

# KRISTAN HIGGINS

CONFIARÉ EN TI

SEDA ROMÁNTICA



Libros de  
*seda*



©Kristan Higgins

**Kristan Higgins** vive en una pequeña localidad de Connecticut que cuenta con una bonita biblioteca, una feria agrícola magnífica, gente encantadora y poco más. Tiene dos hijos maravillosos y a un valiente bombero por marido que es, además de lo evidente, un cocinero excelente.

Trabajó como redactora hasta que fue madre. Entonces, empezó a escribir relatos de ficción en cuanto tuvo la suerte de que sus hijos se echaran la siesta al mismo tiempo. Desde luego, escribir le resultaba mucho más gratificante que recoger la colada, así que decidió ponerse a trabajar en su primera novela. Ha ganado el premio *Romance Writers of America's RITA®* de novela romántica en dos ocasiones, 2008 y 2010.

Emmaline Neal necesita una cita. Solo una. Alguien que la acompañe a la boda de su ex novio en Malibú. Pero hay poco donde elegir en una localidad como Manningsport, de setecientos quince habitantes. De hecho, opción solo hay una: el rompecorazones del pueblo, Jack Holland. Todo el mundo le conoce, y él no se hará ninguna idea equivocada... Después de todo, Jack nunca se interesaría en una mujer como Em. Y menos cuando su guapísima ex mujer anda por ahí, tratando de repescarlo desde que él se convirtió en un héroe al salvar a un grupo de adolescentes.

Sin embargo, durante la celebración de la boda las cosas dan un giro inesperado —y apasionado—. Aunque, bueno, solo habrá sido una noche loca... Jack es demasiado guapo, demasiado popular, como para acabar con ella. Pero, entonces, ¿por qué es con ella con quien se atreve a hablar de sus sentimientos más profundos y secretos? Si va a ser el hombre de sus sueños, tendrá que empezar por creerle...

CONFIARÉ EN TI

*Por ti, lo que sea*

Título original: *In Your Dreams, Blue Heron 4*

Por acuerdo con Maria Carvainis Agency, Inc. y **Julio F. Yáñez, Agencia Literaria**. Traducido del inglés **IN YOUR DREAMS**.  
Copyright © 2014 by **Kristan Higgins**. Publicado por primera vez en los Estados Unidos por **Harlequin Books, S.A.**

© de la traducción: María José Lozano

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Salva Ardid

Imagen de cubierta: © Fernando Madeira/Shutterstock

Conversión a libro digital: Books and Chips

Primera edición digital: septiembre de 2016

ISBN: 978-84-16550-22-7

Hecho en España - *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

KRISTAN HIGGINS

# CONFIARÉ EN TI

Este libro está dedicado a mi gran amiga: la maravillosa, generosa y poderosa Robyn Carr.

# Prólogo

No es necesario decir que a todos nos gusta Jack Holland. En especial a las mujeres.

Pero el «milagro del invierno» fue... ¡Oh, Dios! ¿Quién iba a imaginárselo? No es que nos sorprendiera que Jack fuera maravilloso, ¡claro que no! Para empezar, es hijo de John Holland, el único niño de la familia, aunque imagino que ya deberíamos decir «hombre», claro está. Además, por si no nos hubiera conquistado ya por ser el tipo más majo del mundo, ha pasado por la Marina. ¡Por no decir lo guapo que es! Con esos ojos azules... ¡Si hasta Cathy y Louise estaban hablando de sus ojos el otro día!

Jack pertenece a lo que podríamos llamar la «realeza» de la zona, ya que los Holland son una de las familias fundadoras de Manningsport, y el propio Jack es el enólogo jefe de Viñedos Blue Heron, la empresa familiar. Imagino que no vamos a tener que preocuparnos por que vendan sus tierras a un promotor, al menos mientras toda la familia esté implicada en el negocio. Y luego está la forma en que Jack trata a sus tres hermanas y a su madrastra. ¡Un príncipe, eso es! De quien no vamos a decir nada es de su exesposa, porque esa mujer no se lo merece.

De todas formas, ¿de qué estábamos hablando? ¡Ah, sí! ¡Del milagro del invierno! Bueno, está claro que fue un esfuerzo conjunto. Levi Cooper, el jefe de la policía local, que es maravilloso (y no tiene nada que ver con Anderson, ni siquiera lo pensamos), y su ayudante, la nieta de Luanne Macomb, ¿cómo se llama esa muchacha? ¿Emily? ¿Emmaline? Como sea, da igual. Pues los dos hicieron la reanimación cardiopulmonar. Y el guapetón de Gerard Chartier también colaboró.

Pero sobre todo fue cosa de Jack.

Lo cual no nos sorprendió en absoluto.

Fue bastante... «emocionante» no es la palabra adecuada, ¿verdad? Pero sí «notable», sin faltar al respeto a esa pobre familia, claro está. Manningsport casi se apaga en invierno, solo quedamos los residentes. Los turistas no regresan hasta la primavera, cuando vuelven a ponerse en marcha las catas de vino. Por lo que el milagro del invierno trajo consigo a un montón de celebridades de los medios de comunicación. Brian Williams se quedó en el Black Swan, por ejemplo. ¡Es encantador! Y casi todo el mundo pasó por la Taberna de O'Rourke cuando Anderson Cooper estuvo allí.

Esa noche todo el mundo habló de nuestro pueblo, y como sucedió en enero, todos tuvimos distracción. Laney Hughes incluso abrió la tienda de regalos estando fuera de temporada, por la cantidad de gente que acudió a Manningsport. Seguro que vendió un montón de camisetas del lago Keuka. Lorelei, en su panadería Sunrise Bakery, vendió antes de las ocho de la mañana la producción de toda la semana.

¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo Jack? ¡Estuvo increíble! ¡Fue maravilloso! ¡Un verdadero héroe! Todo el mundo lo sabe.

No hace falta ni preguntarlo.



# Capítulo 1

Para Emmaline Neal no había nada mejor que empezar el fin de semana usando una Taser.

Era cierto que todavía no había utilizado la pistola eléctrica y que seguramente no llegaría a hacerlo, pero la expectación que sentía era real. En efecto, había un intruso en la casa de los McIntosh, y sería muy satisfactorio detenerlo. Barb McIntosh sospechaba que se trataba de un delincuente sexual, y si tenía razón, Em sabía muy bien dónde apuntaría con los electrodos.

De acuerdo, Barb había admitido que era seguidora de *Ley y Orden: Unidad de víctimas especiales* (¡qué guapísimo salía Christopher Meloni!), pero había oído ruidos extraños en el sótano y su nieto, el espeluznante Bobby, no estaba en casa.

—Acercándome a las escaleras del sótano —susurró Everett Field.

—Sí, me he dado cuenta, Ev. Estoy justo detrás de ti —repuso Emmaline—, no hace falta que susurres.

—Entendido —musitó Everett.

A pesar de que Emmaline solo llevaba nueve meses en el trabajo y de que Everett era mayor, los dos sabían quién era mejor policía. Ev no era, definitivamente, la patata más crujiente de la bolsa.

—¿Estás segura de que Bobby no está aquí? —preguntó Em a Barb por encima de su hombro.

—No. Lo llamé por teléfono y le grité desde arriba, así que...

—Entendido —intervino Everett, llevando la mano a la funda del arma—. Alerta, peligro cercano.

—Aparta la mano de la pistola, Everett —ordenó Emmaline—. ¿Y de dónde has sacado ese lenguaje?

—De *Call of Duty*.

—Estupendo. Tranquilízate. No vamos a dispararle a nadie. —Solo con la Taser, y únicamente si hubiera una pelea.

La tasa de criminalidad era bastante baja en Manningsport, estado de Nueva York. El pueblo, que contaba con una población de setecientos quince habitantes, estaba situado a orillas del lago Keuka. Everett y Em eran dos tercios del departamento de policía; el jefe, Levi Cooper, el tercio restante. Hacían controles de tráfico, mediciones de alcoholemia, detenciones por vandalismo, ponían multas... Que era casi tan emocionante como lo que estaban haciendo allí. Además, Em tutelaba a un grupo de adolescentes en riesgo de exclusión que estaban alejándose del buen camino: cuatro, nada menos. En verano y otoño, cuando llegaban los turistas para catar el vino, nadar y navegar por el lago Keuka, estaban más ocupados, pero ahora estaban en enero y reinaba la tranquilidad. De hecho, aquella era la primera llamada que recibían en tres días.

Oyó un golpe, y Everett siseó. Lo más probable era que se tratara de la caldera. O de un mapache. Levi siempre decía que si se oían ruidos de cascos se esperaba ver caballos, no cebras.

Estaban en un sótano; ante ellos se encontraba el apartamento de Bobby; a la derecha estaba la puerta que comunicaba con la otra mitad de la bodega, donde estaban la caldera de la calefacción y el agua caliente y, por lo que Barb les había dicho, varias docenas de conservas vegetales que había hecho en verano.

Toc.

De acuerdo, ahí dentro había algo.

—Lo más probable es que se trate de un animal —murmuró Em, sacando la Maglite del cinturón. Al cuarto de instalaciones no se podía acceder desde el exterior, por lo que quien fuera había tenido que entrar a través de la casa. Y Barb siempre estaba bajo llave (de nuevo, culpa de la poderosa influencia de *Ley y orden*).

Everett puso la mano en el pomo de la puerta y miró a Em, que asintió. Entonces él abrió la puerta y ella alumbró el interior. Algo se movió, Everett gritó y, antes de que nadie pudiera detenerlo, sacó el arma y disparó.

«¡La leche!» El ruido le taladró los tímpanos.

—¡Es un gato! ¡Everett, es un gato! —gritó—. ¡Guarda el arma!

Everett obedeció. Mientras metía la pistola en la funda, una bola de pelo blanco y negro saltó sobre él bufando y le hincó los dientes en el muslo. Al parecer, al *Gato con botas* no le gustaba que le dispararan.

—¡Agente herido! ¡Agente herido! —gritó Ev, inclinándose—. ¡Diez cero cero! ¡Agente herido!

—Cállate —ordenó Em—. Te lo mereces. —Por supuesto, el gatito se había asustado. Aquel tipo era idiota.

Ella levantó suavemente al animal por la piel del cuello y lo retiró de la pierna de Everett. De repente, Bobby McIntosh agarró a Ev por el cuello. Después de todo, aquella era su casa.

—¿Por qué has disparado a mi gato? —gritó.

—¡Bobby! ¡Suéltalo! —ordenó ella.

—¡No tenemos gato! —agregó Barb desde arriba—. Bobby, ¿has traído uno a casa?

Everett resoplaba con la cara roja. Em suspiró.

—Bobby, como no lo sueltes, voy a tener que usar esto —advirtió, sacando la Taser del cinturón—. Y te dolerá.

Bobby vaciló. Ella arqueó una ceja y, suspirando, él soltó al agente.

«¡La leche!»

—Gracias, Bobby —dijo ella. «Por los pelos.»

—¡Bobby! ¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —preguntó Barb—. Te llamé y no me respondiste. ¿Y de dónde has sacado a ese bicho? Odio los gatos.

—A mí me encantan —replicó Bobby—. Lo he adoptado.

—Bien, pues todo en orden —concluyó Emmaline. Everett tenía los ojos muy abiertos—. Venga, Ev, vámonos. Vas a tener que presentar un informe por haber usado la pistola, ya sabes.

—He creído que se trataba de un violador —confesó Everett, que tenía las manos temblorosas.

—No lo era. Amigo mío, ya estás a salvo —lo animó ella, acariciándole el brazo—. Venga, volvamos a la comisaría.

\* \* \*

—¿Le has disparado a un gato? —dijo el jefe Cooper quince minutos más tarde con los ojos clavados en Everett.

—Lo siento —respondió Ev, que parecía un niño arrepentido.

—No le dio —intervino Emmaline. Ahora que ya no le zumbaban los oídos, era difícil no reírse—. El sospechoso fue muy rápido —añadió cuando Levi la miró.

—Presenta un informe, Everett. Estamos revisando el incidente, lo que significa que acabas de darme más trabajo.

—Lo siento, jefe. Mmm... Bobby McIntosh me atacó.

—Porque tú disparaste a su gato.

—En defensa propia.

—En realidad no —aclaró Emmaline—. Fue el gato el que tuvo que defenderse.

Levi esbozó una sonrisa.

—Ev, a tu madre no va a gustarle esto.

—¿Es necesario que se entere?

—Dado que es la alcaldesa, sí.

—¡Mierda! —Everett emitió un suspiro—. ¿Alguna otra cosa, jefe?

—No. Rellena el informe y vete de aquí.

Everett salió del despacho de Levi y birló una galleta de la mesa de Carol Robinson, la secretaria recién contratada, que lo había escuchado todo a escondidas sin avergonzarse ni un poquito.

—Gracias por impedir que Bobby matara a Everett —dijo Levi a Emmaline.

—Tenía la esperanza de utilizar la Taser.

—Podrías haberlo hecho con Everett —puntualizó él—. Pero me alegro de que mantuvieras la cabeza fría.

Era un gran elogio viniendo del jefe de policía, y Emmaline se sintió orgullosa de sí misma. De acuerdo, había sido un aviso estúpido..., pero aun así...

Levi, que había ido un curso por detrás de ella en el instituto, se levantó y tomó un ramo de rosas rojas envueltas en un papel verde de floristería atado con cinta blanca mientras la avisaba con la mirada para que no dijera nada.

—Oh —comentó ella—. ¿Son para tu mujer? Levi, te has convertido en un encanto.

—Eso es inapropiado, agente Neal —dijo él al tiempo que le lanzaba su famosa mirada «te tolero porque tengo que hacerlo»—. Por cierto, ¿recuerdas las clases de Negociaciones para situaciones de crisis? He conseguido una subvención. Empiezas dentro de dos semanas.

—¿En serio? ¡Oh, eres el mejor! Retiro todas las quejas que haya podido formular sobre ti.

—Muy graciosa —dijo Levi—. Me largo a casa. Quizá nos veamos esta noche en la Taberna de O'Rourke.

—Quizá. Saluda a Pregnita de mi parte.

Él sonrió y salió del despacho, pero se detuvo un momento para decirle algo a Carol antes de salir de la comisaría.

Era difícil no sentir un poco de envidia. Levi y Faith se habían casado hacía poco más de un año y tenían un bebé en camino. Últimamente parecía que se casaba todo el mundo: Em había ido a tres bodas durante el verano. De hecho, estaba considerando la posibilidad de casarse consigo misma solo para que le regalaran esos artículos tan divertidos para la casa.

Bueno, había llegado el momento de irse también a casa. El edificio de emergencias O'Keefe albergaba los departamentos de bomberos, policía y ambulancias y estaba a cinco minutos del pueblo. Pasó por delante de la granja Hastings, del instituto de secundaria y entró en la zona residencial de Manningsport, a tres manzanas de una zona verde a orillas del lago Keuka, donde había unos bloques de viviendas.

Emmaline vivía en Water Street, justo al lado de la biblioteca. Frecuentemente estacionaba el vehículo policial en el aparcamiento de la zona verde, donde la buena gente de Manningsport podía verlo y reconsiderar las malas decisiones, como conducir bajo la influencia del alcohol. La Taberna de O'Rourke, el único lugar de la ciudad que abría todo el año, brillaba ante ella, cálida y luminosa. Quizá fuera a cenar allí esa noche, dado que no había hecho ningún plan. Pero antes de nada, tenía que sacar a pasear a *Sargento*, el maravilloso cachorro de pastor alemán que recientemente había adoptado. El perrito necesitaba hacer un poco de ejercicio a pesar de que tenía libre acceso al patio trasero por una gatera.

Cuando se bajó del vehículo, su aliento empañó el aire frío y limpio.

—¡Hola, Em! —dijo alguien. Lorelei Buzzetta y Gerard Chartier la saludaron con la mano mientras entraban en O'Rourke, y Em les devolvió el gesto. Gerard era bombero y sanitario. Em lo veía casi todos los días en el trabajo (también veía a Lorelei, que era la propietaria de la panadería Sunrise Bakery y podía hacer llorar a los ángeles con sus cruasanes de chocolate). Hacía poco tiempo que habían comenzado a salir juntos.

A través de las ventanas vio a Colleen O'Rourke, ahora Colleen Campbell, besando a su guapísimo marido, Lucas. También estaban allí Honor Holland y su marido, el agradable Tom Barlow. Y Paulie y Bryce Petrosinsky. Este último dirigía el refugio de animales donde había recogido a su perrito hacía apenas dos semanas.

Parecía que era noche de parejas en la taberna.

Quizá sería mejor que se quedara en casa a pasar la velada. *Sargento* y ella podían ver videos en YouTube sobre negociaciones con rehenes mientras comía Kraft Mac & Cheese (no iba a recriminarse, estaban deliciosos). O tal vez vería *The Walking Dead*. También tenía un montón de libros de la biblioteca. O podía darse una vuelta por las «Amargadas y traicionadas», el nombre que ella misma le había puesto al club de lectura, y ver quién más estaba subiéndose por las paredes.

De pronto, el fin de semana se presentaba largo y vacío. No había turno hasta el lunes. No había más planes que jugar el partido de hockey el domingo con el equipo del pueblo. También podía hacer la colada. Mmm... y tal vez comprar unas toallas nuevas. Ir al campo de tiro. Eso sería divertido... aunque deprimente.

Empezaban a entumecerse los pies. Era hora de ponerse en movimiento. Aun así se quedó allí, en la pequeña zona verde, mirando la alegre taberna.

Quizá debería ir en el automóvil hasta Penn Yan y ver una película, pero había media hora de trayecto y se esperaba que nevara. Y después del accidente, todos pensaban que no era seguro conducir tan lejos en invierno.

Hablando de eso, allí estaba Jack Holland.

Estaba ante la Taberna de O'Rourke mirando el edificio como si no lo hubiera visto antes. Quizá debería saludarlo. Jugaban juntos al hockey y era cuñado de su jefe, así que no era como si no lo conociera de nada.

Él no se movió, parecía como si estuviera decidiendo si debía o no entrar en el bar.

Em cruzó la calle.

—Hola, Jack —lo saludó.

No respondió.

—Hola, Jack —repitió. Él se estremeció antes de mirarla.

—Hola, Emmaline —dijo por fin, forzando una sonrisa.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien.

Sin embargo, no parecía estar tan bien como decía, allí parado, como un muerto viviente.

Mala elección de palabras.

Pero Jack no parecía estar bien.

—¿Entras? —preguntó él, quizá consciente de que había pasado demasiado tiempo.

—No. Iba a casa. Acabo de adoptar un perrito. *Sargento*. Es un pastor alemán muy bonito. Espero que no haya hecho cositas en casa.

—Oh, ya —balbuceó él. Aparte de todo lo demás, Jack Holland estaba realmente bueno. Como un dios recién salido del Olimpo. Alto y rubio, con ojos tan claros y perfectos que hacía que cualquiera pensara en todo tipo de sinónimos ridículos para aquel azul, desde celeste a aguamarina. Su sonrisa detenía el tráfico y hacía que los árboles se cubrieran de flores y todas esas tonterías.

Pues sí: volvía estúpidas a las mujeres. Incluso a aquellas que estaban protegidas contra hombres con tan buen aspecto. Pero todo el mundo, incluyéndola a ella, sabía también que Jack era un tipo muy, muy agradable.

—¿Jack? ¿Te encuentras bien?

—¡Sí! —respondió él con demasiada rapidez—. Lo siento. Solo estoy un poco cansado. Anda con cuidado, Emma.

Nadie la llamaba así. Era más que probable que Jack Holland se hubiera olvidado de su nombre. En ese momento se abrió la puerta de la taberna.

—¡Jack! —rugieron por detrás de él—. ¡El héroe! —Un aplauso general. La campana de detrás de la barra comenzó a sonar, y eso era algo que los gemelos O'Rourke solo hacían cuando había algo muy importante que celebrar.

Pobre hombre.

Emmaline sabía que la buena gente de Manningsport se había quedado muy impresionada con lo que había hecho Jack Holland. También ella. ¿Cuántas personas serían capaces de hacer lo que había hecho él, después de todo? Había sido increíble.

Así que no se explicaba la mirada que veía en Jack.

Bien. Tenía una gran familia y muchos amigos. Los Holland caían bien a todo el mundo. Y él especialmente.

Emmaline aspiró una profunda bocanada de aire helado y se dio la vuelta hacia su casa, su cabañita. Había dejado un par de luces encendidas para el cachorro y parecía como si su pequeño hogar le estuviera dando la bienvenida.

Ella no había nacido en Manningsport, pero había ido allí al instituto y había vivido con su abuela en aquella misma casa. Nana había muerto cuatro años antes y le había dejado la cabaña a ella y a su hermana, Ángela, que ahora vivía en California. Pero para Em la casa significaba mucho, porque era el lugar donde había encontrado refugio y normalidad en su momento... y donde lo volvió a encontrar cuando se mudó tres años antes. Había conservado un montón de muebles de Nana, comprado otros, pintado aquí y allá, y el resultado era una agradable combinación de estilos antiguo y moderno, cómodo y alegre, que siempre le arrancaba una sonrisa.

Recogió el correo en el pequeño buzón de latón, abrió la puerta y se puso a cuatro patas.

—Mamá ya está en casa —dijo.

El sonido de patas y los espasmos de alegría eran música para su alma.

*Sargento* corrió hacia ella con su juguete favorito, un pollo de goma chillón, entre los dientes, como una ofrenda.

Emmaline tomó al cachorro en brazos y lo besó en la cabeza peluda.

—Hola, perrito —dijo. Resistió el fuerte deseo de hablarle como hablaría a un bebé para conservar tanto la dignidad del animal como la propia, pero no pudo evitar reírse mientras él le lamía la cara, retorciéndose como una pequeña nutria.

Se levantó, dio un par de vueltas, como le gustaba, y a continuación lo animó a salir a la calle antes de que de la emoción se hiciera pis en el suelo. El animal galopó hacia el exterior y se puso a perseguir una hoja por el pequeño patio trasero, que estaba rodeado por una valla.

Em echó un vistazo al correo. Un cupón para obtener descuento en unas galletas con forma de corazón y *cupcakes* en la panadería de Lorelei como oferta anticipada por el día de San Valentín. No tenía necesidad de conservarlo a menos que quisiera comprar alguna de esas cosas (lo hacía, a pesar de que los pantalones del uniforme le habían jurado guerra eterna). Una factura de la compañía de la televisión por cable. Una postal de su hermana. *Saluti da Milano!* Perfecto. La impecable Ángela había estado en Italia. Sí: en una convención de astrofísicos.

Dio la vuelta a la tarjeta.

¡Hola, hermanita! Espero que estés bien. Todavía no he podido ver demasiado de Milán, pero espero poder exprimir unos días de vacaciones después de la convención. ¡Ojalá nos veamos pronto! Te quiere, Ángela.

Eso estaba bien. Su hermana, cuatro años más pequeña, era muy atenta. Era la Hija 2.0, que había sido adoptada en Etiopía cuando Em estaba en secundaria. El tipo de hija que los doctores Neal esperaban tener, aunque nunca hubieran dicho nada por el estilo. Ángela era inteligente, amable, alegre e impresionantemente guapa, con la piel bronceada y luminosa, y ojos enormes y expresivos. Incluso había trabajado de modelo cuando estaba en la universidad. Si no la quisiera tanto, sería muy fácil odiarla.

*Sargento* regresó por la gatera con un copo de nieve en la nariz. Era tan bonito que resultaba absurdo. Le dio la cena y luego se sirvió una Toasted Lager de Blue Point. Sí, sí: los lagos Finger eran conocidos por sus viñedos, pero había también buena cerveza.

Ups. Había una carta más en el suelo de la cocina. Saltó y la recogió justo antes que *Sargento*. Aquel perro adoraba el papel.

Parecía una invitación de boda. Un sobre grueso, de color crema, con caligrafía roja y un sello con una flor.

En el matasellos ponía «Malibú, CA». La ciudad donde había nacido.

Sintió un cosquilleo de advertencia en las rodillas.

Se sentó ante la pequeña mesa con superficie esmaltada de la cocina. Abrió el sobre y encontró otro dentro.

«Señorita Emmaline Neal & acompañante.»

Lo abrió también.

«Naomi Norman y Kevin Bates, junto con sus padres, solicitan el honor de su compañía el día de su boda.»

*Sargento* apoyó las patas en su rodilla, y ella se lo puso en el regazo.

—Bueno... —le dijo a su perro, con la boca seca—, parece que mi prometido se va a casar.

## Capítulo 2

El sábado por la tarde, cuando Jack Holland regresaba del hospital de Corning a Blue Heron, los viñedos que poseía y administraba su familia, sintonizó un programa de entrevistas en la radio. No sabía muy bien de qué iba, pero oír voces le resultaba reconfortante.

Se le ocurrió que seguramente era porque se sentía muy solo. Al parecer, un gato maltrecho no era suficiente compañía y debería estar con gente. Pero acudir a la Taberna de O'Rourke la noche anterior había sido como bajar al infierno, con toda aquella gente dándole palmaditas en la espalda e invitándolo a cervezas. Le habían preguntado cómo estaba, cómo iba Josh, le habían dado las gracias al tiempo que le aseguraban que era un hijo de puta valiente y que en el pueblo seguirían comentando lo ocurrido durante años. Eso hizo que le sudaran las palmas de las manos.

Aun así, sonrió y dio las gracias a la gente por todo lo que decían, porque en el fondo sabía que le estaban diciendo cosas agradables que consideraban elogios, y sabía que cuanto más tiempo se alejara de las cosas normales, más difícil sería. Estaba bien. Todo iba bien. Todo estaba bien.

Se quedó todo el tiempo que pudo tolerar. Colleen O'Rourke, que era como otra hermana a añadir a las tres que tenía, le dio un abrazo y, por lo que sabía, se lo había devuelto. Pero una vez que llegó a casa se sentó en el sofá, con *Lázaro* a su lado, sin tocarlo, y allí se quedó.

Así que estar con su familia, hacer cosas normales, era bueno. Adoraba a su familia. Estar con ellos no era como bajar al infierno. Bueno, al menos no del todo.

Puso el intermitente, a pesar de que estaba solo en la carretera. Siempre prudente.

Ojalá pudiera ver a Josh. Ir cuando sus padres no estuvieran. Solo para verlo.

¡Mierda! Tenía que dejar de hacer eso.

En una ocasión, cuando estaba construyéndose su casa, se había acercado un lince, atraído por el olor de las albóndigas que llevaba en la mochila. Cuando entró en el salón, al animal le dio un ataque de pánico y huyó hacia la puerta cerrada, contra la que se golpeó una y otra vez.

Eso era lo que le ocurría a su corazón en ese momento. Que tropezaba una y otra vez contra las costillas. Sintió las manos resbaladizas sobre el volante, pero estaba bien; no era necesario que se detuviera, estaba bien. Estaba bien.

Parecía haber miles de vehículos delante de la casa de Honor. Jack y sus hermanas, Prudence, Honor y Faith, habían crecido allí, en la Casa Nueva, construida en el siglo XIX. Ahora era su hermana mediana, Honor, la que vivía allí con Tom, su marido, y Charlie, el adolescente que habían medio adoptado. Su padre, John Holland, y su madrastra, la señora Johnson —aunque técnicamente era la señora Holland, nadie la llamaba así—, vivían en un amplio apartamento sobre el garaje.

Hoy era el día de la fiesta del bebé de Faith.

—Hola, tío Jack. —El hijo de Pru, Ned, se acercó a él cuando se bajó de la *pickup*—. ¿Por qué estamos aquí?

—No tengo ni idea —dijo Jack—. Por solidaridad con Levi, imagino.

Los hombres de su familia —su padre, su abuelo, sus tres cuñados y su sobrino no oficial, Charlie— estaban escondiéndose como valientes en la cocina mientras una oleada de risas femeninas surgía desde el salón.

—¡Jack! —lo saludó su padre—. ¿Una copa de vino?

—Gracias, papá. Hola, Levi, ¿qué tal estás?

Su cuñado parecía afligido.

—Están hablando de infecciones de pezones —le confesó, señalando con un gesto el salón, decorado con cintas azules.

—Si hablo de aquelarre es por alguna razón —dijo Jack.

—¡Levi! —lo llamó Faith—. Ven a ver esto, cariño. ¡Es un dispensador de pañales!

—¡Anda! Un dispensador de pañales —repitió Ned—. Abuelo, ¿puedes servirme también una copa de vino? ¿Por favor? ¿Lo más rápido que puedas?

—¿Tienes edad suficiente?

—La tengo. Date prisa.

—¡Levi!

—Te está llamando, amigo —intervino Tom, dándole a Levi una palmada en el hombro—. Es mejor no hacer esperar a una mujer embarazada.

—Ya te llegará el turno —murmuró Levi de forma ominosa—. Estoy deseando tener el bebé. Es... todo lo demás lo que me pone nervioso. —Suspiró y entró en el salón para admirar el dispensador de pañales.

—Otro bebé —dijo John con satisfacción—. Ya iba siendo hora. ¿Qué te parece, Jack? Otro sobrino más.

—Recemos para que sea tan salado como Charlie o como yo —intervino Ned.

Jack sonrió. Vio que había acabado el vino. Era gracioso. No recordaba haberlo probado.

La señora Johnson irrumpió con una imponente bandeja llena de delicias para picar.

—Me ha parecido oír tu voz, Jackie, muchacho. ¿Te apetece comer algo? Estás muy delgado.

—Señora J —saludó Jack a su madrastra—, estás muy guapa hoy. Y, ahora que lo pienso, todos los días. —Supuso que su voz sonaba normal.

—¡Eres un mentiroso! —Ella le acarició la cabeza con la mano—. Venga, ve a saludar a tu hermana. Date prisa, luego podrás comer.

Jack se dejó conducir al salón, donde Faith estaba sentada con un plato de tarta en equilibrio sobre la barriga, rodeada de trozos de papel de regalo color pastel y diminutos trajecitos esparcidos a su alrededor.

Las múltiples voces femeninas hablando a la vez sonaban como un montón de cubos de basura golpeándose contra una escalera.

—Jack, ¿cómo estás?

—Jack, ¿a que es increíble?

—Jack, ¡gracias a Dios que has venido!

—¡Jack!

—¡Jack!

—¡Jack!

—Señoras... —las saludó. El lince comenzó a embestir una y otra vez contra la puerta—. Hola, hermanita. —Se inclinó y besó de forma mecánica a Faith en la cabeza.

—¡Jack! —dijo ella, dándole una palmadita en el brazo—. Gracias por venir, cariño.

—Por supuesto. ¿Qué hermana eres?

—La embarazada. La reina.

Él sonrió. «¿Ves? Completamente normal.» Faith había dicho algo gracioso y él había reaccionado de forma apropiada. Honor le dedicó una sonrisa para indicarle que estaba haciéndolo bien.

—Bueno, espero que tu parto sea mejor que el mío, Faith —intervino su abuela con grandilocuencia—. Tres días. Entonces no había epidural. Solo éter o alcohol. Había mucha gente que moría al dar a luz. ¡John! ¿Dónde estás, hijo? —Su padre apareció por la puerta de la cocina, como si fuera culpable—. Tres días de parto estuve contigo.

—Sigo lamentándolo, mamá —dijo él al tiempo que lanzaba a Jack una mirada incómoda.

—¡Me encanta dar a luz! —dijo Prudence—. Ned salió como una pequeña nutria, y con Abby no me dio tiempo siquiera a llegar a la camioneta. Nació en el suelo de la cocina. De nalgas, nada menos.

—Gracias, mamá —medió Abby—. Me alegro de que todos conozcan estos detalles íntimos.

—Eso explica muchas cosas —gritó su hermano desde la cocina.

—Pide que te hagan una episiotomía, Faith —añadió otra mujer—. De lo contrario, podrías tener un desgarro. ¿A alguien le llegan los puntos al trasero?

Por desgracia, Jack ya había sufrido antes conversaciones similares. Sus tres hermanas no eran nada pudorosas a la hora de compartir sus experiencias. Supuso que era como comparar historias de guerra, aunque su paso por la Marina no había dado lugar a ninguna: había estado en las oficinas de Washington D. C.

Era un poco extraño estar en la Casa Nueva —llamada así porque había sido construida años más tarde que la casa original—, ya que había ardido el año anterior. Honor la había reconstruido durante el verano y, aunque seguía siendo el mismo lugar agradable donde él había crecido, todavía no se había acostumbrado. De hecho, resultaba un poco desconcertante estar allí.

O quizá fuera como todo ahora. Lo mismo, pero diferente de algún modo.

Levi se acercó y se sentó junto a él.

—¿Has oído esas historias? ¡Santo Dios!

—Sí, ya, es que yo crecí con ellas tres. Mis hermanas no pueden estar en la misma habitación sin hablar de la regla o sus ovarios. Y la de lágrimas y gruñidos que soltaron cuando eran adolescentes. Fue espantoso.

—Me alegro de haber estado en Afganistán cuando mi hermana pasó la pubertad —dijo Levi—. Seguramente estaba más seguro allí. —Permaneció en silencio durante un rato—. ¿Te encuentras bien, Jack?

—Sí, claro.

—¿Has dormido bien?

—Bastante bien —mintió. No quería que Levi se preocupara por él.

—Bueno, incluso aunque los resultados sean óptimos, a veces estas cuestiones pueden ser algo... traumáticas.

—Sí. Por supuesto.

—Si quieres hablar con alguien, solo tienes que decírmelo.

—Gracias, amigo. Te lo agradezco. —El lince estaba de vuelta. «Zas. Zas. Zas. Zas.» Se preguntó si Levi le notaría el pulso en el cuello.

Jack se levantó cuando se oyó otra carcajada en el salón.

—Bueno, ya he tenido suficiente dosis de estrógenos por un día. —Hizo una pausa—. ¿Sabes algo del niño de los Deiner?

Levi levantó la vista.

—No hay cambios.

—Bien. Gracias. —Trató de respirar hondo, pero no fue capaz de aspirar aire. Se despidió de Levi con un gesto con la cabeza, saludó a las mujeres y se dirigió a la cocina, donde los demás hombres estaban jugando al póquer.

—Toma asiento, Jack —le indicó su abuelo—. Te hacemos hueco.

—Tengo cosas que hacer en casa —respondió él, apretando el hombro de Pops—. Papá, mañana tienes que comprobar el pinot, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas, hijo. —Su padre esbozó una sonrisa y él se aseguró de devolvérsela.

Se fue a la *pickup*. El cielo estaba casi oscuro. Había pasado otro día, así que estupendo. No es que las noches fueran más fáciles. De hecho, eran todo lo contrario.

La puerta se cerró detrás de él. Esa vez era Tom.

—Espera, amigo —dijo—. Solo será una pregunta. ¿Cómo va todo?

—Gracias, Tom. Todo va bien.

El marido de su hermana era un buen tipo. De hecho, todos sus cuñados lo eran. Incluso los consideraba sus amigos. Aunque no conocía a Tom, un británico afincado en Manningsport, tan bien como a Carl y a Levi.

—Si necesitas algo, dímelo, ¿de acuerdo? Siempre eres bienvenido en casa, lo sabes, ¿verdad? Honor espera que vengas a ver alguno de esos programas médicos tan asquerosos con ella. —Tom sonrió amablemente.

—Por supuesto que iré —dijo él. Seguramente no lo haría—. Gracias, Tom.

Se metió en la *pickup* y condujo por el camino de acceso.

El equipo de la carretera aún no había reparado el quitamiedos, y allí había surgido un homenaje improvisado la primera noche. Ahora las flores estaban marchitas, ajadas en sus envoltorios de plástico. Un oso de peluche con un corazón en el pecho reposaba sobre la nieve.

«No mires.»

Lo cierto era, pensó mientras conducía por la carretera y giraba hacia el largo camino que serpenteaba por el bosque hasta Rose Ridge, que no quería ser el centro de atención de preocupaciones, atenciones, preguntas y abrazos. No quería pensar. Quería que Josh mejorara. Quería que todo acabara.

Acercó la llave a la puerta y se detuvo en seco.

La casa olía a perfume.

Sobre la mesa había unas velas encendidas, y en la chimenea crepitaba el fuego.

Una mujer guapísima estaba tumbada en el sofá.

—Jack. ¡Oh, cielo! ¿Cómo estás? Estaba muy preocupada por ti...

¡Mierda!

Era la última persona que quería ver.

—Hadley —la saludó. Y una vez dicho su nombre, su exmujer le echó los brazos al cuello.

\* \* \*

Ella estaba allí porque dijo haber visto, por supuestísimo, los hechos por la televisión y le faltó tiempo para ir. Había sido maravilloso, increíble lo que había hecho. ¡Eso sí que era el milagro del invierno! Papá estaba muy orgulloso, todos lo estaban, por supuesto, era como si Jack...

—Hadley, ¿qué haces aquí? —La interrumpió él.

Ella se acomodó en el sofá y se envolvió en la manta. Jack apostaría lo que fuera a que se había mirado en el espejo antes de que él llegara a casa.

«¿Me tapo con la manta o no? ¿Quiero parecer indecisa y perdida o fuerte y segura? ¿Con el pelo recogido o suelto?»

Hadley tomó un sorbo de vino (que se había servido ella misma).

—Tenía que venir —respondió—. Y no quiero que te preocupes por nada. He pedido permiso en el trabajo y me quedará el tiempo que sea necesario.

—¿El que sea necesario para qué?

La vio respirar hondo.

—Jack, sé lo difícil que ha debido resultarte todo esto, y soy consciente de que hemos tenido algunos problemas...

Él se rio. Menuda manera de decirlo...

—Quiero estar aquí por si me necesitas. Ocuparme de ti. —Hizo una pausa para mirarlo directamente a los ojos—. Hacer las paces contigo.

—Hace dos años que no te veo, Hadley.

—Sé perfectamente cuánto tiempo ha pasado. No sé decirte lo mucho que me he arrepentido de todo lo que pasó entre nosotros. He madurado mucho estos dos años y quiero demostrarte que ya no soy esa persona.

Él pensó que era un buen discurso.

—Me alegro por ti, pero no me interesa.

Ella se miró las manos.

—No puedo decir que te culpe por ello.

Siempre había sido capaz de seguir estando guapísima hiciera lo que hiciera.

—Ahora tienes que marcharte —dijo él—. Gracias por venir.

—Lo entiendo —convino ella con la voz ronca. Se puso de pie y cruzó la estancia—. Bueno, de todas formas me voy a quedar un tiempo en el pueblo.

—¿Por qué?

—Porque aunque tú no te des cuenta, sé que tenemos un asunto pendiente. Y quiero ayudarte, Jack. Lo quiero de verdad.

—No necesito tu ayuda. Gracias de todas formas, buena suerte en el futuro y todo eso.

—Estás enfadado. No te culpo. De todas formas, estaré por aquí. Además, así tendré la oportunidad de estar más cerca de mi hermana.

Cierto. Frankie Boudreau, la más joven de las cuatro hermanas Boudreau, que estaba haciendo el último curso en Cornell para obtener el título de veterinaria, como bien sabía él, ya que todavía cenaba de vez en cuando con su excuñada.

—Bueno, pues no voy a entretenerme —dijo él—. Buenas noches.

—De acuerdo. Tengo... tengo que llamar a un taxi. Todavía no he alquilado un automóvil.

Él cerró los ojos un instante. En Manningsport no había taxis en invierno. Tendría que esperar media hora, quizá más, hasta que llegara uno desde Penn Yan.

—Yo te llevo. ¿Dónde te alojas?

—En el Black Swan. ¡Oh, Jack! Gracias. Eres todo un caballero.

Vio que había dejado las maletas cerca de la puerta principal. Eran cuatro en total: suficiente equipaje para quedarse meses. Las agarró y las llevó a la *pickup*. Hadley lo siguió, estremeciéndose con delicadeza. Él le abrió la puerta; tenía muy arraigadas las normas de cortesía.

—Gracias. —Ella esbozó una dulce sonrisa mientras se subía al asiento del copiloto.

Jack tuvo la sensación de que su vida acababa de complicarse de forma considerable.

—¿Qué demonios es eso? —Emmaline miraba con horror las... las cosas que Shelayne tenía en las manos.

—Confía en mí —dijo Shelayne—. Son un poco gruesas, pero funcionales.

Las «Amargadas y traicionadas» la habían acompañado a comprar ropa, porque sí: iba a asistir a la maldita boda. Cada vez que lo pensaba, le entraban ganas de convertirse en la protagonista de *El grito* de Edvard Munch, pero así y todo, iría.

Sería peor no ir. Kevin pensaría que todavía no había superado lo suyo. Y Naomi podría regodearse.

Cuando Emmaline y Kevin se hicieron amigos, hacía mucho tiempo, los padres de ambos se habían sentido muy aliviados por que sus hijos hubieran encontrado a alguien. Cuando los padres de Em se divorciaron diez años antes (aunque seguían viviendo en la misma casa, ¿era o no una auténtica locura?), los Bates y los Neal continuaron cenando juntos el tercer sábado de cada mes. Y unos años más tarde fueron juntos a Alaska y poco después a París.

Eso significaba que los padres de Emmaline irían a la boda, lo mismo que su hermana. Y si ella no iba, había muchas posibilidades de que cualquiera de sus padres, siendo psicólogos como eran, acabaran analizando sus motivos frente a quienquiera que les preguntara. Asegurarían que ella no había reunido la fortaleza emocional necesaria para emprender aquel doloroso viaje y poner fin a esa etapa. Su madre ya la había llamado tres veces esa semana para compartir sus pensamientos. Eso era capaz de acabar con cualquier determinación por fuerte que fuera.

Allison Whitaker, líder no oficial de las «Amargadas y traicionadas», había aprovechado la oportunidad de evitar la discusión sobre otro libro que nadie había leído organizando una excursión en masa al centro comercial.

«Amargadas y traicionadas» no era realmente un club de lectura. Como su nombre indicaba, para pertenecer tenías que haber sido pisoteada. Allison, una pediatra sureña que había acabado en el norte, se había divorciado de su marido después de que él se consumiera con pasión por coleccionar cajas antiguas de galletas «sin ni siquiera haber tenido la decencia de ser gay, como el guapísimo Jeremy Lyon». A Shelayne Schanta, la enfermera jefe de urgencias, la habían abandonado por su propia tía. El marido de Jeannette O'Rourke había dejado embarazada a una mujer más joven hacía ya algunos años. A Grace Knapton, que dirigía el grupo de teatro del pueblo y la función en la escuela, la había convencido un paquistaní que conoció en un chat de que estaba enamorado de ella, y no volvió a saber nada de él después de darle cinco mil dólares. Por supuesto, Grace no estaba realmente amargada por eso; de hecho, se reía de la experiencia. Pero tenía un don para hacer cócteles (sus Peach Sunrise eran increíbles) y deliciosas bolitas de queso, por lo que había sido admitida en el club sin una palabra en contra.

Era evidente que la asistencia de Emmaline a la boda del hombre que la había hecho ingresar en el club se había convertido en tema de conversación.

—Ya sabes lo que pienso que debes hacer —intervino Allison, arrastrando las palabras con su precioso acento de Luisiana mientras acariciaba un sujetador de encaje negro—. Ponle un poco de laxante en la bebida. Puedo recetarte uno bien fuerte, querida. O mejor todavía, trocea un jalapeño justo antes de la recepción y luego frótatelo en las manos así —movió las manos— y tócale los ojos. Sentirá el fuego del infierno.

—¿Cómo va a tocarle los ojos? —preguntó Shelayne—. Em, si pudieras hacer lo que sugiere Allison y ver su sufrimiento sería fantástico. Tuvimos un caso así en urgencias el año pasado. Fue muy gracioso. Bueno, por lo menos para las enfermeras.

—Sí. Es tentador —dijo Em, incapaz de apartar la vista del paquete que tenía Shelayne en las manos—. Pero no creo que lo haga.

—Pruébatelas, Emmaline —indicó Jeanette—. Es posible que me compre un par para mí.

—¿No es ya suficientemente malo que tenga que comprarme un bañador? —preguntó Em.

—Deportes acuáticos obligatorios —cloqueó Grace—. ¿Quién ha visto tal cosa en una boda?

—Exacto —convino Emmaline.

—Shhh, niña —intervino Allison—. Demuéstranos tu valor saliendo entera de esto. Ahora entra ahí y enséñanos las tetas.

—Esto es humillante —dijo Emmaline, pero obedeció y se metió en el probador con el bañador en una mano y las... las cosas en la otra.

Se quitó la sudadera del departamento de policía de Manningsport y los *jeans*. Se puso el bañador, que era uno de esos que anunciaba «quítate cinco kilos de encima», ¡Santo Dios! Cuando se había probado el primer traje de baño, las «Amargadas y traicionadas» habían considerado que sus pechos no eran nada del otro mundo. Y quedaban aplastados y exprimidos por la tela milagrosa que tenía como misión reducir al mínimo tanto su estómago como su busto.

Ahí era cuando entraban en escena las ¡Tachán!

Las ¡Tachán! parecían pechugas crudas de pollo. Su misión, dotar a las mujeres de pechos. «Sí, de pechos.»

Abrió el paquete e hizo una mueca. No solo parecían pechugas de pollo crudo al mirarlas, también al tocarlas. Suspiró, se levantó el pecho izquierdo y metió aquella cosa debajo. Se estremeció. Estaba fría. En la caja ponía que eran de silicona. Quizá debía comprarse unas pechugas de pollo de verdad. Le costarían menos que esas. Se puso la otra en el lado derecho.

«Bueno, bueno.» Funcionaban. La verdad es que funcionaban muy bien.

Salió para enseñar el resultado al resto del grupo.

—¡Guau! —dijo Allison—. Allá vamos, gente.

—¿Qué sensación producen, Emmaline? —preguntó Grace.

—Asquerosa. Voy a vestirme, ya os habéis divertido suficiente.

Un poco después, sentadas alrededor de una mesa en el Olive Garden mientras degustaban unos Peach Sunrise no tan buenos como los de Grace, Em respiró hondo.

—Bueno, me gustaría llevar un acompañante —confesó—. ¿Conocéis a alguien?

—Jack Holland —respondieron a coro.

—¡Guau! —dijo Em—. ¿Está en venta o algo así?

—No, no —se apresuró a decir Jeanette. Ella trabajaba en Blue Heron y era, por tanto, experta en los Holland—. Él hace ese tipo de cosas. Si necesitas una cita, Jack irá.

—Con Jack no —dijo Em.

—¿Por qué? ¡Es muy guapo! Si yo tuviera veinte años menos... ¡Salvó a esos niños! Es decir, ya estaba bueno, pero ahora me estremezco cuando pienso en él. Por la zona femenina. —Así era Grace cuando llevaba tres copas. Por lo menos no iba a conducir.

—Fui con Jack a la boda de mi hermana —intervino Shelayne—. Fue un día perfecto. Ya sabemos todas que está muy bueno, pero además sabe mantener una conversación, huele de maravilla y no baila mal. Cuando me llevó a casa, me dio un beso en la mejilla. Me insinuó, pero me rechazó. Sin embargo, lo hizo muy bien, ¿sabéis? No hirió mis sentimientos ni nada.

—Su ex ha vuelto al pueblo —indicó Allison. Em ya lo sabía; Faith se había detenido en la comisaría, seguramente para que Levi la besara, le pusiera la mano en la barriga e hiciera otros devotos gestos de marido enamorado y soltó la noticia.

—¿Su esposa? —preguntó Grace—. ¿La belleza sureña? ¿La rubia? Cuando estrenamos *Sonrisas y lágrimas*, le pedí que interpretara a Liesl, pero fue... bueno... Ya sabéis. —Bajó la voz y susurró—. No fue muy agradable. —Eso era un insulto en toda regla cuando se trataba de Grace.

—Se llama Hadley —dijo Jeanette—. Y sí, es muy guapa. El otro día apareció por la tienda de regalos de Blue Heron. Iba muy elegante.

Emmaline recordaba muy bien a la pequeña y rubia esposa de Jack, tan indefensa y adorable como un gatito recién nacido. Una vez coincidió con ella en el supermercado, supo que era la mujer de Jack Holland por su acento (era un pueblo pequeño, no hace falta decir más). Em llevaba los brazos llenos de bolsas con comida, con un bote de helado Ben & Jerry's a punto de caerse. Gerard Chartier la vio, la saludó con amabilidad y casi pasó por encima de ella para ofrecerse a llevar la bolsa de Hadley, que no parecía llevar más que una manzana.

—Digamos que la cosa se enfrió con rapidez —añadió Jeanette con entusiasmo—. Honor prácticamente la dejó paralizada con esa mirada que tiene, y Hadley lo pilló a la primera. Se podría decir que corrió hacia la puerta.

—¿Quién en su sano juicio sería capaz de engañar a Jack Holland? —preguntó Allison.

—Si Jack fuera mujer —elucubró Grace— podría pertenecer al club de lectura.

—No tomes más Peach Sunrise —le sugirió Emmaline—. Volviendo a la cuestión, no creo que a Jack le apetezca mucho. Tiene demasiadas cosas en la cabeza. —

Además de ser demasiado guapo para una simple mortal como ella—. ¿No sabéis de nadie más?

—Le preguntaré al primo de Charles —intervino Allison. El divorcio por culpa de la colección de cajas de galletas no había impedido que Allison y Charles hablaran todos los días—. Es un hombre. Debe conocer a otros hombres.

Volvieron a hablar sobre lo que Emmaline debía hacer: si debía someterse previamente a una dieta de choque, si dejarse el pelo de su color y llevarlo recogido o si, para hacer sentir culpable a Kevin, llevar ropa usada y no lavarse el pelo desde una semana antes.

—No, no —aseguró Jeanette—. Tienes que ir guapísima —dijo mirando a Em con firmeza—. ¿Quieres hablar con mi hija? Ella sabe de estas cosas. —De hecho, Colleen se unía en ocasiones a las «Amargadas y traicionadas» y las premiaba con cócteles fabulosos; aunque ahora había vuelto con el tipo que la volvía loca, le hacía ver la vida de color rosa y alteraba sus hormonas, así que la habían echado.

—¿Sabéis qué? —concluyó Emmaline—. Voy a ir sola y estaré con mi familia. —Hizo una pausa al imaginarlo—. Bueno, en serio. Si alguna conoce a un hombre dispuesto a acompañarme a California durante unos días, haré que le desaparezcan todas las multas.

\* \* \*

Y así fue cómo, dos noches después, Emmaline besó a *Sargento* siete veces y, tras asegurarse de que tenía con él al pollo de goma chillón, se dirigió a la Taberna de O'Rourke para conocer al hombre que le había buscado el primo del exmarido de Allison, Mason Maynard.

Según Allison y las rápidas averiguaciones que Emmaline había hecho, Mason tenía trabajo (¡un punto!), era independiente y no vivía con su madre (¡dos puntos!). No se había casado nunca, tenía cuarenta y un años y su aspecto era bastante agradable, pero no intimidatorio.

—Le gustan los perros, comer fuera y el cine francés —había dicho Allison.

Emmaline había hecho una mueca.

—Eso significa algo. ¿Por qué no películas a secas? ¿O telefilms?

—Sé positiva, Em. Tengo que irme. Quiero mandar un mensaje erótico a alguien que conocí en un chat.

—¿Y si es un asesino en serie? ¿Allison? ¿Hola? —Su amiga había colgado.

Pero Allison tenía razón. Ella estaba dispuesta a perdonar lo de las películas francesas e incluso vería una o dos si el tal Mason Maynard estaba dispuesto a acompañarla a la maldita boda.

Respiró hondo y entró en O'Rourke, donde esa noche se podía disfrutar un ambiente cálido y tranquilo. Las luces suaves contribuían a ello. Los clientes de siempre estaban allí: los Iskin, Bryce y Paulie, Jessica Dunn y el gran Frankie Pepitone. Lucas sonreía a su esposa mientras ella agitaba una coctelera de martini.

—¡Hola, Emmaline! —la saludó Bryce—. ¿Qué tal está *Sargento*?

—Es un perrito fantástico, Bryce —le respondió ella—. Te debo una.

—Oh, no, no es nada. Me basta con que te asegures de que es feliz.

—¡Hola, guapa! —dijo Colleen—. ¿Quieres sentarte en la barra?

—Me sentaré en una mesa, mejor. He quedado con alguien. —Hizo una mueca.

—¿Una cita a ciegas? —Colleen tenía un sexto sentido para esas cosas, como todo el mundo sabía—. ¿Estás buscando a alguien, Em? ¿Por qué no me lo has dicho?

Me parece mal.

Colleen tenía muchas cualidades maravillosas, pero la discreción no era una de ellas.

—No estoy buscando nada. Solo necesito que alguien me acompañe a una boda. —Se quitó la cazadora y la colgó en el perchero.

—¿Se lo has dicho a Jack Holland? Eso se le da muy bien. Salvo conmigo, ahora que lo pienso.

—Bueno, ahora estás casada.

—Cierto. Aun así, si deseas que te acompañe alguien, pregúntaselo a Jack. Le encanta ayudar a damiselas en peligro.

—Me figuro que en estos momentos tiene otras cosas en la cabeza.

Colleen asintió.

—El pobre parece cansado —reconoció mientras le entregaba la carta—. ¿De quién es la boda?

—De mi antiguo prometido.

—¡Por San Patricio! De acuerdo, necesitamos a alguien muy guapo. ¿Cuándo y dónde es la boda?

—Dentro de diez días. En Malibú. —Em había desperdiciado dos semanas desde que llegó la invitación debatiendo si debía ir o no, si debía ir con acompañante o no, si quizá debería marcharse a Alaska y salir con un pescador de cangrejos.

Colleen la miró de forma extraña.

—Mmm... ¿no será la boda de Naomi Norman?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Es que yo también voy. Naomi y yo fuimos juntas a la universidad. Estábamos en el mismo club femenino.

—Ah... Bien, pues era la otra cuando yo estaba comprometida con él. —Mejor decirlo ya.

—¡No! ¿Sabes? Nunca me cayó bien. Creo que me ha pedido que sea su dama de honor porque no tiene amigos.

—¿Vas a ser la dama de honor?

Colleen asintió.

—Lo siento. Le he dicho que sí porque he pensado que sería buena idea salir de este infierno nevado con mi marido antes de que esté demasiado embarazada para viajar. Bueno, esperamos pasarlo bien. El hotel tiene muy buena pinta.

—Seguro.

—Así que tienes una cita esta noche y, quién sabe, podría salir muy bien. Es decir, nunca pasa, pero vamos a ser positivas. Espera... ¡Espera! —Colleen se dio una palmada en la frente—. Podrías ir con Connor. El embarazo me nubla la razón. Me olvidé de todo, incluso de que tengo un gemelo. ¡Connor! —gritó hacia la cocina—.

¡Tienes que ir a una boda en California con Emmaline Neal!

—¡De eso nada! —fue la respuesta—. Lo siento, Em.

—No pasa nada. —Ella notó que tenía las mejillas calientes.

—¡Sí, tienes que hacerlo! —bramó Colleen—. El novio es su exprometido. —Ya, bueno, ¿por qué no proclamar sus penas de amor por toda la ciudad? Aquello era horrible, porque Connor era agradable, atractivo y muy varonil.

—Deja de intentar liarme —dijo el susodicho, que apareció en la puerta de la cocina.

—¡De acuerdo! —dijo ella—. Pero eres idiota, Con. —Se volvió de nuevo hacia Emmaline—. ¿Quieres beber algo?

—Supongo. Una Blue Point Lager.

—¿Por qué no una copa de pinot noir? —sugirió Colleen—. Da mejor imagen de ti. Sensual, pero no muy absorta en ti misma y no demasiado machota, tampoco.

—Prefiero la cerveza. —Hizo una pausa—. No soy lesbiana, ¿sabes?

—Eso ya lo sé. Pero lo pareces.



Em suspiró.

—Estupendo.

—Suéltate el pelo. Es bonito. —Colleen le quitó la horquilla que le sujetaba el cabello—. Así. Ya pareces hetero. Soy un genio para el maquillaje. Solo tienes que decirlo.

—Gracias. Seguro que tienes cosas que hacer.

—Mensaje recibido. Estaré pendiente de tu cita. —Colleen sonrió y se alejó.

Sin la presión de Colleen, Em sintió un gran alivio. Colleen estaría presente en la boda, y Lucas. Además, contaría con el apoyo de Ángela. En otras palabras, tendría aliados. Sus padres, según sus estados de ánimo, serían más neutrales... o no.

Hannah O'Rourke le llevó la cerveza, y Em tomó un sorbo. Miró en dirección a la reunión semanal del cuerpo de bomberos de Manningsport, que consistía en jugar al póquer y contar chistes verdes.

A ver... ¿Qué se suponía que tenía que hacer en ese momento? No había tenido muchas citas desde su ruptura. Habían sido..., mmm..., veamos... Dos.

Le había costado un tiempo superar lo de Kevin, por supuesto, el único hombre con el que había salido, con el que se había acostado e incluso besado. Y las dos citas habían sido horribles. A uno de los hombres había tenido que acompañarlo a urgencias por un cálculo renal; ella estaba dispuesta a esperar a su lado, pero él le dijo que se fuera antes de que llegara su esposa. El otro le pidió que lo pasara a recoger, la invitó a entrar, se sentó en el sofá, tomó su pipa y le preguntó si quería pasárselo bien y ver *Bob Esponja*. «Tiene derecho a permanecer en silencio», había dicho ella, y la noche había terminado deteniéndolo.

Además, los hombres no hacían cola ante su puerta. Había leído libros que daban instrucciones para fingir ser idiota y dejar que el hombre hiciera todo el trabajo, que se comportara de forma más femenina, no fuera fácil y todo eso y estaba más que dispuesta a probar. Pero, simplemente, no se lo pedía ninguno.

Lo conseguiría. Era agente de policía, jugaba al hockey y sabía hablar bien. Era atractiva, no guapa como Colleen o Faith, pero sí resultona. Llevaba el pelo castaño a la altura de los hombros; tenía los ojos azules, aunque no zafiro, ultramar, cobalto o turquesa, sino de un azul ordinario. Tenía una figura normal. Estaba en buena forma física, ya que corría y recibía alguna clase de *kickboxing* de vez en cuando. Aunque, por otra parte, se había comido una tarta de coco Pepperidge Farm la noche anterior.

Las palabras de despedida de Kevin habían sido sobre su peso.

Suspiró. Mason Maynard llevaba cuarenta y siete segundos de retraso. No es que los estuviera contando.

Había sido muy sincera con él en el correo que intercambiaron: estaba buscando un acompañante para la boda, nada más. Ella le pagaría el vuelo y el hotel durante el fin de semana, por supuesto, y lo único que deseaba era disfrutar de un agradable compañero de viaje. Alguien con quien sentarse a hablar y que dijera simplemente que eran amigos cuando sus padres lo interrogaran.

Había ido a bodas sin pareja, por supuesto, pero habían sido enlaces de gente agradable. Tom Barlow y Honor Holland, Faith y Levi el año anterior.

Miró de nuevo el reloj. El amigo del primo del ex de Allison tardaba ahora tres minutos y catorce segundos. Tomó un sorbo de cerveza, pero no muy largo, porque no quería que Mason Maynard pensara que llevaba mucho tiempo esperándolo o que era del tipo de mujeres que bebía como un cosaco.

Era posible que Mason fuera guapo, aunque teniendo cuarenta y un años —ocho más que ella— también tendría su historia. Él entendería por qué necesitaba un acompañante, y en la boda sería encantador y autocrítico. Cuando volvieran a Manningsport, él le diría: «¿Sabes? Me lo he pasado muy bien. ¿Qué te parece si salimos a cenar alguna vez?»

Porque sí. Emmaline siempre había querido casarse.

La cuestión era que siempre había querido casarse con Kevin.

Eso era lo que pasaba cuando conocías al amor de tu vida en octavo curso.

—¿Emmaline?

Se volvió tan de repente que casi se contracturó el cuello.

—¿Sí? ¡Hola! Sí. Soy yo.

Mason Maynard era más guapo que en la foto.

Mucho más guapo.

Eso no ocurría todos los días. Era igualito a Michael Fassbender. Esperaba que en todos los sentidos.

—Encantado de conocerte —dijo él con una leve sonrisa. A ella le dio un vuelco el corazón. Sintió que se le dibujaba una sonrisa tonta.

Tenía los ojos oscuros, canas, y parecía... parecía un marido. Tampoco es que estuviera adelantándose a los acontecimientos.

—Sí. Yo también estoy encantada —suspiró.

La sonrisa de Mason se extendió de oreja a oreja.

«Sí. Marido.»

—Esta es mi hermana —dijo él, haciéndose a un lado. Una mujer delgada y con canas, bastante parecida a él, la miró con expresión seria y sombría—. Patricia, te presento a Emmaline.

—Hola —saludó Patricia en tono neutral.

—Hola —respondió Em.

«Mierda.»

Pero no, no, eso no quería decir nada. Después de todo, no era tan extraño que un hombre fuera con su hermana a una cita. ¿verdad?

«Sí, es extraño». Pero quizá había una buena razón. Quizá se le había estropeado el automóvil, o quizá se la había encontrado de forma inesperada. O bien, dado cómo la miraba, necesitara un guardián.

—Patricia quería conocerte —explicó Mason, guiñándole un ojo.

—Sí, claro. Eso es... es estupendo.

Colleen se acercó.

—¡Hola! ¿Qué os pongo? —preguntó con alegría.

—Yo quiero un vodka con tónica —respondió Mason—. Y mi hermana tomará un agua mineral con una rodaja de limón muy fina, por favor.

—Por supuesto —dijo Colleen, que miró a Em de forma significativa—. ¿Queréis comer algo?

—No, gracias —replicó Mason mientras su hermana y él se sentaban—. Hemos venido a tomar una copa.

Emmaline vaciló. Por un lado, aquello era muy raro. Por otro, tenía tanta hambre que le rugía el estómago.

—Yo quiero unos nachos —pidió. Sabía que era comida basura, pero le gustaba. Patricia se hundió en su asiento—. Podéis picar, si queréis —añadió Em.

Mason sonrió. Emmaline sonrió. Patricia no. Colleen regresó a la cocina.

—Bien —dijo Em—. Me alegro de conoceros a los dos.

—Tengo una pequeña fobia a quedarme solo con mujeres —explicó Mason con suavidad.

—Así que siempre lo acompaño —intervino Patricia—. Siempre.

—Ah... —«Querido Dios, ¿dónde escondes a la gente normal? Con cariño, Emmaline.»

Mason se rio.

—No, no es cierto.

—Sí, lo es.

—No. No es cierto. —Mason volvió a sonreír—. Solo lo hace la primera vez. Soy consciente de que es un poco raro.

—Es por culpa de nuestra madre —indicó Patricia.

—No quiero que hablemos de eso —intervino Mason.

—Deberías contárselo, Mase —ladró Patricia—. Mantener esas cosas en secreto es peligroso. ¡Muy peligroso!

El departamento de bomberos en pleno estaba mirándolos sin disimulo. A los bomberos les encantaban ese tipo de cosas.

—No pasa nada —dijo Em—. Algunas cosas son demasiado personales para hablarlas con extraños.

—Mason tiene problemas con los límites —se apresuró a confiarle Patricia—. Nos ocurre a los dos. En las comunas hay pocas limitaciones.

—¿Has dicho comunas? —preguntó Em.

—Y muchos gatos. ¡Dios! —Patricia se estremeció.

—Sí que hay muchos gatos —corroboró Mason. Lo vio tomar aire para tranquilizarse antes de sonreír de nuevo. Ella intentó devolverle la sonrisa.

—A mí me gustan más los perros —les confesó.

—Gracias —musitó él, agarrándole la mano. Fue algo incómodo, dado que él la miraba a los ojos y su hermana se puso a hurgar en los dientes—. Eres muy amable.

Entonces, ¿qué me cuentas de esa boda? Yo diría que son unas circunstancias difíciles.

—¿Sabes? Lo más probable es que vaya sola. Quiero decir que no me importa. Pero gracias de todas formas.

—Por lo que decías en el correo electrónico, él fue tu primer amor.

«¡Mierda!» ¿Por qué le había contado eso?

—Sí.

Patricia dejó de hurgarse los dientes.

—Mase, cuéntale lo de tu primer amor. Hazlo. Díselo.

—No es necesario —intervino Em—. De verdad.

—No, no, me gustaría compartir esa historia. Es muy bonita. —Él seguía agarrándole la mano—. Lisbeth. Era encantadora de verdad. Una amiga de mi abuela...

—Fue en la comuna. Deberíamos habernos ido de allí mucho antes, Mase.

—Como estaba diciendo —continuó Mason—, Lisbeth era una mujer muy hermosa. Bueno, quizá fuera un poco madura para un joven de diecisiete años, pero...

—Ella tenía setenta y cuatro años —puntualizó Patricia al tiempo que arqueaba una de sus pobladas cejas—. Setenta. Y. Cuatro.

—¡Aquí están los nachos! —dijo Colleen dejando la fuente.

¿Por qué se había dejado llevar por su hambre y los había pedido? Ahora iba a tener que comérselos.

Espera. Era policía. Siempre tenía una excusa a mano.

—¿Os he dicho que estoy de guardia esta noche? Es por si me llaman. Patricia, soy policía, y este es un pueblo pequeño, así que...

—En realidad, esta noche está Levi —intervino Colleen.

«Dios, ¿podrías echarme un cabo? Con cariño, Emmaline.»

—No, estoy yo. —Miró a Colleen con ganas de matarla.

—No, estoy segura. Faith vino a recoger la cena para llevársela a Levi, así que hoy libras tú. ¡Oh! —Por lo que fuera, justo en ese momento, Colleen pareció darse cuenta de que acababa de echar al agua el último bote salvavidas del Titanic—. Lo siento.

—¡No! Es... es estupendo. Pensaba que estaba de guardia. Pero parece que no. ¡Maravilloso! Está muy bien.

—Tómate la cena —dijo Mason con aquella amplia sonrisa que comenzaba a resultarle espeluznante—. Adelante, disfrútala mientras está caliente. En la comuna nunca comíamos caliente, así que ahora nos encanta.

—Er... ¿quieres un poco? No te cortes. —«No la toques. No te tomes esa libertad.»

—Somos vegetarianos —indicó Patricia, que tomó un nacho y lo examinó—. Aunque he probado el jamón de vez en cuando. ¿Sabías que los franceses le llaman *jambon*? Me parece fascinante. —Volvió a ponerlo en el plato—. *Jambon. Jambon. Jambon.*

—Volviendo a Lisbeth —recordó Mason—. Éramos almas gemelas. Me resultaba refrescante no tener que ocultar quién era, no verme cegado por lo que se considera una belleza al uso. Que, por cierto, es una de las razones por las que creo que lo nuestro puede salir bien.

—Ah... gracias.

—De nada. Lo cierto es que la edad de Lisbeth no era importante. En la comuna no se tenía en cuenta el envejecimiento.

Em tomó un nacho.

—¿De verdad? ¿Cómo lo resolviste tú?

—¡Murió! —gritó Mason de repente—. Lisbeth murió, cayó como una piedra mientras recogía albahaca. —Se echó a llorar—. ¡No lo esperaba!

—¡Oh, Mase! —su hermana le rodeó el cuello con los brazos—. ¡No llores! —Al parecer, ver las lágrimas de su hermano fue demasiado para ella, porque también se puso a sollozar.

Emmaline miró a la barra. Colleen tenía una mano sobre los ojos y le temblaban los hombros por la risa.

—¿Coll? —la llamó—. ¿Puedes ponérmelos para llevar?

## Capítulo 4

Jack sabía muy bien que cuando Hadley quería algo nada la apartaba de su objetivo. Ni la opinión de otras personas ni el sentido común. Nada. Y en ese momento, lo quería a él.

Una absoluta pérdida de tiempo.

—Cásate demasiado pronto y te arrepentirás demasiado tarde —había canturreado su abuela cuando le dijo que iba a casarse con Hadley.

—¿Qué tiene de malo estar soltero? —había preguntado su abuelo—. Me gustaría estar soltero. Hace sesenta años que quiero estarlo.

—Pues llama a un abogado —había respondido Goggy—. Estaré preparada cuando tú lo estés, viejo.

Viéndolo en retrospectiva, los dos tenían razón.

Pero entonces estaba obnubilado por el amor, y Hadley Belle Boudreau era diferente a todas las mujeres que había conocido.

Tenía una voz melodiosa, era inteligente y divertida, y aunque sus tres hermanas lo matarían si lo oyeran, hacía gala de unos modales que las mujeres yanquis —o al menos las mujeres Holland— no sabían que existían. Pru, que usaba ropa masculina y olía a uvas y tierra igual que su padre, llevaba décadas atormentándolo con conversaciones detalladas sobre la regla y los quistes ováricos. Honor era fría y poco sentimental. Faith, la más joven, seguía disfrutando cuando le daba un puñetazo (y pasaba de los treinta).

Pero Hadley era... ¿cómo definirla? Sureña. Era (que Dios le perdonara) una dama, de esas que no se encuentran en las regiones rurales al oeste del estado de Nueva York. Y sí, tendría una muerte larga, dolorosa y muy sangrienta si sus hermanas (o incluso su abuela) se lo oían decir en voz alta, lo que básicamente demostraba que tenía razón.

Hadley tenía un aspecto vulnerable: era una mujer menuda que no llegaba a uno sesenta, cuerpo delicado, sedoso cabello rubio y grandes ojos castaños. Era capaz de iluminar una habitación con su sonrisa. Pero también tenía un sentido del humor muy pícaro de vez en cuando, lo que impedía que resultara demasiado ñoña y pretenciosa.

La había conocido en Nueva York, en una cata de vinos que tuvo lugar en el ruidoso restaurante de un lujoso hotel cerca de Wall Street lleno de mujeres delgadas, fanáticas de la moda y hombres seguros de sí mismos que daban cuenta de los aperitivos de forma agresiva mientras comentaban con condescendencia las noticias más importantes de la semana. Pero aquel lugar era uno de los mejores clientes de Blue Heron en Manhattan, y los propietarios eran bastante agradables.

Por lo general, Honor se ocupaba de esas cosas, pero esa vez le había pedido que fuera. Las catas (y cotorrear con los dueños de los restaurantes) formaban parte del negocio de la familia, y él estaba dispuesto a hacer su parte. Se había unido al cuerpo de entrenamiento de oficiales de la reserva de la Marina en la universidad, y después de obtener su título como químico, porque elaborar vino era un proceso químico, estuvo un tiempo en un laboratorio de la Marina, estudiando los posibles efectos y el tratamiento contra la contaminación química de grandes masas de agua. Luego regresó a Manningsport y asumió un puesto de enólogo junto a su padre y su abuelo.

Ese había sido el plan siempre: estudios, servicio militar y vuelta a casa. Le había funcionado muy bien. Adoraba a su familia, le gustaba elaborar vino y le encantaba aquella zona del oeste del estado de Nueva York. Aunque era bastante popular entre los miembros del otro sexo, estaba un poco cansado de citas. Quería sentar cabeza y tener un par de críos.

Lo único que le faltaba era encontrar a la mujer adecuada, y dado que conocía a casi todo el mundo en Manningsport, estaba seguro de que no la encontraría allí. Le habían roto el corazón dos veces; primero en la universidad, y luego una asesora del congreso, pero desde entonces no había tenido ninguna relación estable.

Así que aquella noche sirvió el vino y describió a la gente interesada lo que estaba degustando. Los hombres de Wall Street lo consideraban un camarero más, y si se sintieron amenazados al notar que algunas mujeres lo miraban, lo contrarrestaron ignorándolo. Y le pareció bien. A fin de cuentas, solo estaba allí en representación de Blue Heron.

De todas formas, aquellas mujeres no eran su tipo: todas iban vestidas con ceñidos vestidos negros y llevaban joyas trenzadas en el pelo. Debía ser la tendencia ese año, porque podían haber pasado por clones si no fuera por las diferencias de piel, cabello y color de ojos.

—Entonces, ¿qué estoy bebiendo? —había preguntado una de esos clones, inclinándose para asegurarse de que admiraba la vista (no era difícil: el sujetador era una maravilla arquitectónica que exhibía sus pechos como si estuvieran en un plato).

—Este es un sauvignon blanc —respondió él—. Tiene notas de mandarina y albaricoque y matices terrosos y calizos.

—Mmm... —dijo ella, deslizando la mirada por su torso.

—Posee una firme acidez y un *bouquet* final limpio. Va bien con cualquier tipo de pescado o ave.

—¿Te apetece venirte a mi casa cuando acabe esto? —preguntó la mujer—. Me llamo Renee. Soy socia en Goldman.

—Por desgracia, va contra la política de la empresa —mintió él.

Otro clon de Wall Street se acercó a la barra y lo escudriñó igual que la primera mujer. Él reprimió un suspiro y forzó una sonrisa mientras servía el vino y repetía el numerito.

Uno de los hombres se acercó con un vaso vacío sin ni siquiera mirarlo y él sirvió el vino, obediente.

—¡Ese no! ¡El cabernet! —gritó el hombre. Jack arqueó una ceja y obedeció.

Entonces la vio.

Era la única mujer allí que no iba vestida con colores oscuros. Parecía un personaje de Disney. Su vestido era rosa fuerte, llevaba el pelo recogido pero con unos mechones sueltos y parecía un poco perdida.

En realidad parecía muy perdida. Miraba a su alrededor poniéndose de puntillas. A continuación, comenzó a pedir perdón a los fuertes corredores de bolsa (que ni siquiera le hacían caso, como si fuera inferior a las demás mujeres) y se dirigió a la barra.

—Hola —la saludó él—. ¿Qué tal va la noche? —Pudo oler su perfume.

—Hola —dijo ella—. Me siento un poco abrumada... creo. Se supone que debería reunirme aquí con una antigua amiga de la universidad, pero no ha llegado todavía. Así que me siento como un pez fuera del agua.

Tenía acento sureño y la voz ronca. Y funcionaba. Vaya que sí.

—Jack Holland —dijo él, tendiéndole la mano.

—Hadley Boudreau. —Su piel era suave y tersa—. Me alegro de conocerte. Eres la primera persona que me ha sonreído en todo el día, te lo juro. Jamás había estado en Nueva York y, créeme, parece como si estuviéramos en un país completamente diferente, ¿verdad?

Antes de que ella terminara de hablar, ya estaba enamorado. Hadley no encajaba en aquella multitud ruidosa, era demasiado confiada. Tenía la sensación de que si alguien tropezaba con ella o la pisaba se echaría a llorar. Uno no crecía con tres hermanas sin saber cómo pensaban las mujeres.

Y sus hermanas siempre le habían dicho que tenía debilidad por las damiselas en apuros.

—¿De dónde eres? —preguntó Jack.

—De Savannah.

—Hermosa ciudad —dijo él, sonriendo.

—¿La conoces? —se sorprendió ella—. Es muy bonita, ¿no crees?

Él le contó que había presentado allí un documento hacía unos años, y ella abrió mucho los ojos cuando mencionó a la Marina de los Estados Unidos (Jack siempre la había considerado el cuerpo más *sexy* del ejército). De hecho, ella soltó un chillido cuando él mencionó un restaurante que conocía; resultaba tan dulce, energética y fácil de

compacer, que llamaba la atención como una flor abandonada en un aparcamiento.

Ella siguió bebiendo vino y, aunque parecía un poco borracha, seguía pareciéndole preciosa. Le quedaba medio vaso, pero no debía pesar más de cincuenta kilos.

La estudió: era guapísima. Tenía la piel perfecta, la nariz respingona, labios voluptuosos de color rosa y un hoyuelo en la mejilla. Su risa era ronca, y Jack sintió que se emborrachaba cada vez que la oía. Cuando tenía que servir una copa para otra persona, acababa mirándola por encima del hombro y le hacía un guiño o esbozaba una sonrisa y, cada vez, ella se sonrojaba y se la devolvía.

Cuando entró su amiga (vestida de negro, por supuesto), Hadley se la presentó, comentando lo contenta que estaba de haberlo conocido y lo mucho que agradecía su conversación. Ella le tendió la mano y él la tomó durante un largo minuto.

—Me quedaré en la ciudad unos días —dijo él—. ¿Quieres cenar conmigo?

Hadley sonrió.

—Creo que me gustaría mucho, Jack Holland.

Habían cenado juntos la noche siguiente, en un restaurante tan bonito como caro situado en South Street Seaport, con una formidable vista del puente de Brooklyn. ¿Había tratado de impresionarla? Por supuesto. La acompañó después al apartamento de su amiga y, cuando se inclinó para besarla, ella se sonrojó y le ofreció la mejilla.

—Creo que estoy chapada a la antigua —comentó ella—. Espero que no te importe, pero no beso a nadie en la primera cita.

De alguna forma, aquel beso en la mejilla fue más especial que cualquier otro que hubiera dado hasta la fecha.

Al día siguiente, Jack llamó a su padre y le dijo que se quedaría en Nueva York unos días más. Llamó a algunos clientes, sí, pero sobre todo vio a Hadley. Como su amiga estaba trabajando, ella había planeado hacer algo de turismo antes de que comenzara oficialmente su fin de semana de amigas del alma. Así que Jack la acompañó y le enseñó los lugares más famosos: Greenwich Village, el Metropolitan, el Empire State y Times Square, pero también la llevó al norte de Manhattan, vieron los Cloisters y se apuntaron a un *tour* en bicicleta por Governors Island.

Compartieron un *pretzel* en Bryant Park, se subieron en un ferry a Staten Island, compraron un *cupcake* a un vendedor callejero en el SoHo. En Central Park, él alquiló un auto de caballos y Hadley pareció sentirse en la luna. Dejó que la besara en los labios, y fue tan dulce, tierna y encantadora como él esperaba. Pero además, ella poseía un humor rápido y una franca naturalidad que él encontraba increíblemente *sexy*. La imagen de ella comiéndose un perrito caliente casi le había hecho caer de rodillas, y ella había sonreído mientras cantaba, consciente del efecto que tenía en él.

Era decoradora de interiores y le encantaba pasarse por los vestíbulos de los hoteles. Al salir de uno de ellos, un hombre les sostuvo la puerta abierta, y Hadley casi se derritió.

—¿Has visto eso? ¡Era Neil Patrick Harris! ¡Oh, si hasta he estado enamorada de él! ¿Crees que se haría hetero por mí aunque solo fuera una hora? —Luego se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Ha sido la mejor semana de mi vida, Jack Holland.

También lo había sido para él.

Lo que tuvieron después fue un noviazgo muy chapado a la antigua. Cartas (no solo correos electrónicos), largas conversaciones telefónicas por la noche. Él le envió flores y una bola de nieve de Manhattan. Ella le respondió con galletas y una bufanda que había hecho ella misma. Y, tres semanas después, fue al sur a visitarla.

Hadley vivía en un barrio encantador, no demasiado lejos de sus padres y de sus dos hermanas mayores. Su casa, que no era muy grande, tenía el patio lleno de flores. Cuando Jack llamó, ella le abrió la puerta (llevaba vestido, tacones y olía de forma increíble), recogió su abrigo, lo colgó en un armario y le sirvió un té helado casero en un vaso alto, lleno de hielo. Añadió un par de hojas de menta que había recogido en el jardín. Había hecho galletas de azúcar para él y las sirvió en un plato de porcelana después de haberlo invitado a sentarse y relajarse.

Esa noche cenaron con su familia, y todos le parecieron gente maravillosa, optimista e inteligente. El señor Boudreau era abogado, su mujer había sido profesora de inglés en un colegio. Hadley tenía tres hermanas, dos eran mayores que ella. Ruthie era cirujana pediátrica, y Rachel funcionaria. Las dos estaban casadas y cada una tenía una parejita. La hermana más joven, Frances-Lynne, a la que todos llamaban Frankie, estaba a punto de entrar en la universidad, quería ser veterinaria y estaba intentando ser admitida en Cornell, donde había estudiado el propio Jack.

Resultó evidente que los Boudreau eran una familia maravillosa y, al conocerlos, todavía fue más evidente que Hadley Belle sería una esposa increíble.

Esa noche lo acompañó de vuelta al Bohemian Hotel y se acostaron por primera vez.

Después, Hadley le dijo que estar con él había sido diferente, aunque tampoco era una mujer demasiado experimentada. Aun así, sabía que había sido especial. Que había significado algo.

Fueron a casa de él un par de semanas después. Era un buen momento para visitar Manningsport; los árboles acababan de florecer, el cielo estaba azul, hacía calor y era el fin de semana que se celebraba el baile Blanco y Negro, una recaudación benéfica que su familia apoyaba todos los años. Aquel año se llevó a cabo en Viñedos McMurtry, otra empresa vinícola del lago Keuka. A Hadley le encantó, y ella, con su vestido blanco de lentejuelas, los encandiló a todos.

—¿Qué te parece? —preguntó Jack a su hermana Honor—. ¿No es fantástica?

—Es muy, muy guapa —respondió. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que Honor había esquivado la pregunta.

A Hadley le encantó Blue Heron, y su familia, y la casa que él había construido en lo alto de Rose Ridge, oculta en el bosque, en el extremo oeste de los campos.

—No puedo imaginar nada mejor que sentarme en esta terraza y ver salir el sol —comentó ella.

Nueve semanas después de haberla conocido, Jack se subió por tercera vez en un avión con rumbo a Savannah y llamó a la puerta de los Boudreau. El cabeza de familia lo hizo pasar a su despacho y sirvió un vaso de un excelente *bourbon* ahumado para cada uno.

—Creo que sé lo que tienes en mente, hijo —comenzó el hombre, sentado detrás del escritorio.

—Me gustaría pedirle a Hadley que se case conmigo, señor —confesó Jack—. Y quería tener antes su bendición.

—Y luego dicen que los yanquis no tiene modales —bromeó Boudreau con una leve sonrisa. Tomó un sorbo de la bebida mientras estudiaba a Jack—. Bueno... Aprecio que hayas venido a hablar conmigo, de verdad que lo hago. Sin embargo, debo hacerte una pregunta. ¿Seguro que lo has pensado bien?

—Sé que todo va muy rápido —respondió—, pero sí, lo he pensado bien, señor.

—¿Y no crees que sería bueno daros un poco más de tiempo?

En un principio, Jack pensó que Bill Boudreau estaba tratando de mantener a su tercera hija cerca de casa, que estaba siendo un padre protector. Todavía tardaría un tiempo en entender sus palabras.

—Creo que sé lo que necesito, señor. Ella es lo que siempre he querido.

Bill suspiró.

—Tiene sus encantos, ¿verdad? —Dio una palmada a la mesa—. Bueno, está bien, entonces. Suerte, Jack. Creo que serás bueno para ella.

Jack la llevó a cenar esa noche al 700 Drayton, en la mansión Forsyth, su restaurante favorito. Después caminaron por el parque y, frente a la fuente, Jack la agarró de la mano, se arrodilló y sacó una caja de color turquesa del bolsillo.

—Hadley, hazme el hombre más feliz...

—¡Sí! Sí, Jack, sí. ¡Déjame ver ese anillo! ¡Oh, Dios mío! ¡Es precioso! ¡Oh, Jack! —Dejó que se lo deslizara en el dedo y casi se puso a bailar a su alrededor de lo feliz que estaba.

Sin duda había acertado con el anillo.

En un principio, Jack iba a darle el anillo de compromiso de su madre, el que su padre le había entregado años antes con ese propósito. Pero algo le hizo pensar que Hadley querría algo que hubiera sido comprado solo para ella, así que había quedado con Faith y habían ido a Tiffany's para comprar un anillo de platino y diamantes que costaba lo mismo que un tractor nuevo.

Quería casarse rápido con ella y que se fuera con él a Manningsport, y ella estuvo de acuerdo. A pesar de la naturaleza apresurada de la boda, fue un gran acontecimiento. Hadley tenía una carpeta en su ordenador, que había comenzado con siete años, con hojas de cálculo y miles de imágenes de flores, ramos, pasteles, vestidos de dama de honor, invitaciones y salones de bodas organizadas por categorías. Lo único que no necesitaba era un vestido de novia: se lo había comprado

cuando tenía veintiún años, le había confesado ella. A Jack le había parecido algo aterrador. Aunque las cosas eran diferentes en el sur.

Jack comprendió que a la avanzada edad de veintisiete años Hadley se consideraba una solterona. La mayoría de sus amigas se habían comprometido (o arrejuntado, fuera lo que fuera) en la universidad. El verano después de graduarse, Hadley había asistido a ocho bodas y había llegado a pensar que nunca llegaría su día. Cuando él mencionó que tenía dos hermanas solteras mayores que ella, Hadley se encogió de hombros.

—A las mujeres del sur nos gusta sentar la cabeza pronto y formar una familia. Para nosotras es prioritario.

Ella se fue convirtiendo poco a poco en un monstruo respecto a la boda. Montaba en cólera si el proveedor no disponía del color marfil adecuado para las servilletas. Sus ojos se entrecerraban ante la mención de una prima que le había «robado» su idea para un ramo de novia el verano anterior, porque, claro está, todo el mundo «sabía» que Hadley estaba como loca desde siempre por un ramo de gardenias y campanillas azules, y por eso, «esa» Vanna se había apropiado de la idea y ahora todos podrían comparar, y Hadley había querido ser única pero tradicional y tener la boda más hermosa jamás celebrada.

Jack se sintió muy, muy feliz de ser un hombre. Pero a más de mil kilómetros de distancia consideraba que todas aquellas excentricidades eran divertidas.

—Claro que va a ser la mejor boda —le había dicho por teléfono—, a fin de cuentas, nena, tú serás la novia.

—¡Oh, Jack! ¡Siempre sabes qué decir! Pero me han estropeado la boda y pienso matar a «esa» Vanna cuando la vea en mi despedida de soltera.

Hablando de fiestas: hubo muchas. La más tradicional fue la de compromiso, a la que Jack acudió con su padre para que conociera a los padres de su novia y Jack a los parientes lejanos de Hadley. Eso había sido agradable. Sin duda los sureños sabían hacer que uno se sintiera a gusto, y a su padre le cayeron muy bien los señores Boudreau. Pero se celebraron tres fiestas más, y Hadley se sintió herida al ver que sus hermanas no acudían a la despedida de soltera. Sin embargo, hubo otra más la noche del ensayo y también un almuerzo para los invitados el día posterior a la boda. Por no hablar de la boda en sí.

Por fin, llegó el gran día, lo que supuso un gran alivio, porque él quería casarse de una vez con Hadley para que ella volviera a ser su dócil novia y no un monstruo obsesionado tipo Martha Stewart.

La boda se celebró en la preciosa casa de sus padres, en el enorme patio trasero. Hadley tuvo miles de damas (las tres hermanas de ella, las de él, su sobrina, sus compañeras del club femenino y muchas primas, incluida la propia Vanna, todas con vestidos color rosa pálido). Jack conservaba un par de amigos de la universidad, que junto con Connor O'Rourke, un compañero de la Marina, su padre y los cuñados de Hadley, fueron sus padrinos. Fue la boda más fastuosa que hubiera visto nunca y, francamente, le resultó un poco embarazoso que fuera la de él.

Pero Hadley estaba radiante y feliz. Tanto, que parecía flotar sobre el voluminoso vestido como si fuera una nube. Sí, dirigió una mirada acerada a una dama que se reía demasiado alto o a un niño que derramó el zumo en una mesa, pero era por que quería que su día fuera perfecto.

A él le pareció encantador. La hospitalidad sureña en su máxima expresión.

Las mesas cubiertas de manteles blancos lucían arreglos florales en jarrones de color azul añil. Había media docena de cubos de cobre llenos de hielo y botellines de Coca-Cola en puntos estratégicos (a él ya le habían informado de que Pepsi era considerada un pecado contra la humanidad allí en el sur). En el bar servían julepe de menta y *whisky*, y también había jarras de té dulce en lugar de agua en las mesas. Había un pastel de novio (típico en el sur) decorado de tal manera que parecía cubierto de hojas de parra. En el bufé se podían encontrar camarones y sémola, macarrones con queso, pollo frito y ostras. La tarta de boda tenía doce pisos.

—¡Dios! ¿Pero qué te parece esto? —exclamó Prudence abanicándose—. Me siento como si estuviera en la propia Tara.

La palabra «sureño» y todas sus acepciones era mencionada sin parar, como si los invitados necesitaran recordar dónde vivían: Hadley pertenecía a una buena familia sureña, aquella era una auténtica boda del sur, Hadley era una belleza sureña, se mantenían las maravillosas tradiciones sureñas, la comida sureña era deliciosa, Barb era una típica madre sureña, y Bill, por supuesto, era un padre muy sureño. Por no mencionar el magnífico clima sureño o las hermosas sonrisas de las mujeres del sur.

Jack perdió la cuenta de las veces que le dijeron que para ser un yanqui era bastante decente, pero no le importaba. Al parecer, la Guerra de la agresión del norte, como seguían llamándola por esas latitudes, seguía siendo un acontecimiento doloroso.

El baile se prolongó hasta altas horas hasta que, por fin, logró atravesar el umbral de la habitación del hotel con su novia en brazos.

La luna de miel fue en las Outer Banks, las islas que había en la costa de Carolina del Norte. Una semana perfecta en la que caminaron por la playa, hicieron el amor, nadaron, navegaron a vela, comieron, bebieron vino, abrieron regalos y hablaron (mucho) sobre la boda. Hadley pensaba que había sido mágica y perfecta, por lo que quería repasar cada minuto una y otra vez.

Tomaron un avión de regreso a Manhattan para pasar allí la noche y sí, estuvieron en uno de los elegantes hoteles en los que habían entrado a curiosear el día que se conocieron. Durmieron en una suite, aunque no fue la suite del ático, lo que provocó un leve mohín.

Y luego, por fin, fueron a Manningsport, y Jack sintió que se relajaba según se acercaba a casa. La boda había sido magnífica (aunque agotadora), la luna de miel idílica, pero lo que venía ahora era lo que había estado esperando. No solo casarse, sino estar casado. Comer en casa en vez de en restaurantes. Dormir en tu propia cama sin oír sonidos extraños.

Y tuvo que admitir que quería volver a los viñedos, porque le gustaba su trabajo. Haber estado dos semanas enteras sin hacer nada le ponía nervioso. Echaba de menos su casa, la bruma matinal que solía cubrir el lago Torcido, los campos con niebla, las largas tardes tranquilas en compañía de su padre y de su abuelo experimentando técnicas, escuchando las tradiciones de Pops y añadiendo sus propias teorías a las de su padre. Le encantaba el olor de las uvas en los campos, las vides retorcidas y los milagrosos racimos dorados, verdes o púrpuras. Añoraba los húmedos y fríos graneros y las bodegas donde se almacenaban y fermentaban los caldos Blue Heron.

Pero, casi en el mismo momento en que llegaron a casa, comenzaron los problemas.

## Capítulo 5

El jueves, con un viento invernal procedente del lago que era cortante como un cuchillo, Jack entró en la sala de barricadas, el sótano de piedra donde se almacenaban los barriles de roble en el que maduraban los tintos de Blue Heron. Las paredes frías, el olor intenso de la piedra, la tenue iluminación... Todo hablaba del arte secular de la elaboración del vino.

El tiempo era el factor más importante. Supuso que como en la mayoría de las cosas. Si el tiempo era poco, el vino no tendría la oportunidad de madurar y alcanzar los niveles de sabor y textura. Si era demasiado, el color se enturbiaría y el sabor se desvanecería.

Igual que Josh Deiner. Demasiado tiempo sin aire. Demasiado tiempo debajo del agua.

«Una de las víctimas sufrió una lesión en la cabeza y sufre posible daño cerebral por anoxia. Fue el último en ser rescatado.»

Así había sido el informe sobre la noticia. Jack había visto todo lo emitido en las cadenas; había programado el vídeo para grabar cada historia, cada mención, con la esperanza de escuchar algo positivo sobre Josh. El adolescente no estaba muerto. Ya está.

No estaba muerto todavía, sin más. Pero tampoco había mejorado.

Jack se dio cuenta de que estaba sudando a pesar de la frialdad reinante en la bodega. Sin duda necesitaba dormir un poco.

Dos noches antes, al llegar a casa después del trabajo, se había encontrado la puerta abierta y todas las luces encendidas; sin embargo, tenía el claro recuerdo de haber cerrado con llave, como hacía todas las mañanas, reminiscencias que quedaban tras haber vivido en Washington DC. ¿Cuándo demonios había ido allí para encender las luces? No lo sabía, y era desconcertante. Jeremy Lyon, amigo suyo desde la infancia y médico, lo había llamado para saber cómo estaba; quizá debería pedirle que le recetara pastillas para dormir.

Recibió un mensaje de texto en el móvil.

Pensando en ti.

Hadley. Frankie se había rendido y le había dado a su hermana el número. Luego lo había llamado para disculparse.

Su ex era como un vino que no hubiera envejecido lo suficiente: de color hermoso y brillante, vigoroso y alegre en una primera cata, pero con un tanino persistente, una sensación arenosa y desagradable posteriormente. Demasiado, demasiado pronto.

Cenas con Frankie y con mi hermana?

¿Hadley estaba haciendo la jugada con Frankie tan pronto? A veces Jack cenaba con Frankie, con la que compartía historias de la universidad y de ella misma sin mencionar nunca a su hermana. Su excuñada lo había llamado justo después de que apareciera la noticia sobre el accidente, y le había enviado algunos mensajes desde entonces. Siempre le había caído bien esa muchacha.

Se metió el móvil en el bolsillo, quitó el tapón del barril e introdujo el tubo para recoger muestras. Dejó que se llenara y vertió el vino en una copa. Lo hizo girar e inhaló el aroma, percibiendo las notas de mora, tabaco y cuero. «Maravilloso.» Tomó un sorbo. No, todavía no estaba listo. Demasiado arenoso.

La puerta se abrió de golpe. Su hermana pequeña bajó contoneándose por las escaleras. Su enorme golden retriever, *Blue*, la siguió y fue derecho hasta la pierna de él.

—Hola, bonito —lo saludó. Y el perro sonrió, feliz de estar allí.

—Hola, Jack —dijo Faith.

—Hola. ¿Es prudente que estés aquí dado tu delicado estado?

—Me faltan por lo menos siete semanas. Goggy recolectó media tonelada de uvas el día que se puso de parto, y Pru condujo la vendimiadora el día que Ned nació. Creo que puedo subir y bajar unas escaleras. —Cuando estuvo a su lado, ella le entregó un paquete envuelto en papel de aluminio—. Tarta de limón de parte de la señora Johnson. Me dijo que no comiera ni una miga. Es muy injusto que seas su favorito.

—No tengo la culpa de ser perfecto —repuso como pálida imitación del desparpajo con el que tomaba el pelo a sus hermanas habitualmente. La tarta todavía estaba caliente. Quizá se la comería un poco más tarde. Su apetito no estaba en su mejor momento.

Faith se sentó ante la vieja mesa de madera.

—¿Puedo oler el vino al menos?

Le entregó la copa. Ella inspiró con fuerza.

—Oh, huele bien. Cuero y ciruela. Será magnífico dentro de unos meses, ¿no te parece?

—Sí.

Ella se acomodó en la silla y puso las manos sobre el abultado vientre.

—Bien, ¿cómo va todo últimamente, querido?

—Estupendo.

—¿De verdad?

—Sí, gracias. —No iba a andar quejándose como un adolescente lánguido—. Estoy bien, Faithie.

—De acuerdo. Ya sabes que todos te queremos, nos da igual que seas un principito.

—Por favor. Soy el enólogo jefe de la dinastía familiar. Tú, por el contrario, eres una plantadora de flores. —Faith era arquitecto paisajista, y aunque él respetaba por completo su trabajo, no iba a decírselo en ese momento. Sería renunciar a su poder como hermano mayor.

—Voy a hacer como si no lo hubiera oído. Jack...

—Sí... ¿Cómo te llamabas tú?

—Conoces a Emmaline, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Necesita un acompañante para ir a la boda de su ex.

—De acuerdo.

—¡Guau! Ha sido... fácil. —El perro se acercó, se sentó junto a ella y apoyó en su rodilla una cabeza del tamaño de un bloque de hormigón. Faith le rascó las orejas

—La pega es que será en California. Un fin de semana entero. Colleen también va. Al parecer conoció a la novia en la universidad.

—No hay problema. —Era invierno, las cosas iban lentas y, la verdad, sería fantástico salir del pueblo. Ir a un lugar cálido donde la gente no le preguntara cómo había sido salvar a esos niños—. ¿Con quién tengo que ir esta vez?

—Con Emmaline, idiota. La policía.

—Ah, sí. Pues dile que irá.

—¡Hurra! Y nosotros pensando que no tenías ningún objetivo en la vida. —Faith sonrió—. ¿Puedes decírselo tú? No estamos en octavo.

—Pero lo parece, Faithie. Eso es lo que te gusta de esto.

—Solo tienes que hacer lo que te digo, ¿de acuerdo? Estoy gestando a tu sobrino. —Se puso de pie y se frotó la parte baja de la espalda—. Te cae bien, ¿verdad? Es decir, ¿vas a ser un acompañante impecable y todo eso?

—Por supuesto. Em es el mejor lateral del equipo de hockey.

—A las mujeres les encanta oír estas cosas.

—Entonces se lo diré. —Él abrió otro barril—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. ¿Quieres ser el padrino del bebé?

Él tardó en reaccionar.

—Por supuesto. Gracias, Faith. —Se acercó y la besó en la frente—. Estaba seguro de que sería Jeremy. O Tom.

—Jeremy y Tom no son mi querido y adorado hermano mayor.

Jack sonrió, esta vez de verdad.

—No pienses que me he olvidado de que le dijiste a Megan Delgado que tenía lombrices intestinales.

—Oye, que te hice un favor —replicó ella.

—¿De veras? Porque la última vez que la vi seguía siendo muy guapa.

—Y hablando de mujeres preciosas...

—Tranqui...

—Lo sé. Hablando de mujeres preciosas, he oído que Hadley está en la ciudad.

—Sí.

—¿Quiere que os reconciliéis? —preguntó Faith.

—Sí.

—¿Estás interesado?

—No.

—¿Por qué ahora? —insistió ella—. ¿Ha visto lo del rescate o algo así?

—Sí. —Apartó a *Blue* de su pierna. Veía al perro un poco borroso, y eso no era buena señal.

—¡Venga, Jack! Saco más palabras de Levi cuando está de mal humor.

—Sí. Ella vio algo en las noticias y pensó que podría necesitarla.

—¿Lo haces?

—Tanto como una lombriz intestinal. —Le dolía el oído interno.

Faith sonrió.

—¿Quieres que Pru, Honor y yo vayamos a por ella? Podríamos reclutar también a la señora Johnson. Ya sabes que nunca le gustó.

—Os lo haré saber.

El agua había estado más fría que nunca. Tanto como para que le dolieran los huesos.

—Así que esa boda llega en un buen momento —comentó Faith.

Él sacudió la cabeza.

—¿Qué boda?

—¡Jack! ¡Por Dios! La boda a la que acabas de decir que vas. La del prometido de Emmaline.

—Está bien, está bien... Pararé en la comisaría. Ahora sal de aquí y vete a pensar en tu próximo jardín. Tengo cosas que hacer. —Hizo una pausa—. Gracias por pedirme que sea el padrino. Significa mucho para mí, Faith. Díselo a Levi, ¿de acuerdo?

—Te quiero —le dijo ella antes de darle un abrazo.

—Yo también te quiero. —Faith siempre olía a galletas de vainilla o algo así, su hermanita, y él le devolvió el abrazo. La sensación borrosa se desvaneció un poco.

Faith se alejó.

—¡Oh! El bebé acaba de darme una patada. Sabe que está aquí su tío Jack. —Ella le puso la mano sobre el estómago, y él sintió un fuerte movimiento y una extraña ondulación.

Su sobrino. Un niño que jugaría con la tierra y con camiones, que aprendería a manejar cosechadoras antes de conducir automóviles. Cuando lo hiciera, su tío Jack le metería el miedo en el cuerpo: amigo, nunca, nunca, nunca bebas si vas a conducir.

Retiró la mano y se aclaró la garganta.

—¿Habéis elegido algún nombre?

—No —suspiró ella—. Levi dice que cualquiera que me guste estará bien, lo que me está volviendo loca.

—Sin duda es un capullo sin corazón.

—Lo sé. No será John... Queda reservado para ti, para que puedas tener el quinto John de la familia. Si alguna vez te casas y tienes otro pequeño Holland. No es que la señora J se haya quejado ni nada. Ni Goggy. Hoy pasé por Rushing Creek y me dijo: «Claro que es maravilloso que vayas a tener un bebé, Faith, pero yo quiero un bebé Holland que continúe el linaje».

—No olvidemos que mis genes son superiores —presumió Jack. Se detuvo—. Pero si quieres llamar John al pequeño, hazlo, Faith. A papá le encantaría.

—No —replicó ella—. Tú eres John Noble Holland IV. Y tendrás el quinto si quieres. Si logras engañar a otra mujer para que se case contigo y todo eso. —Entonces, como si se diera cuenta de que su estado civil era un tema delicado con su exesposa en la ciudad, lo miró contrita—. Lo siento.

Jack notó el corazón muy acelerado.

—No te preocupes por ella. Bueno, mejor preocúpate. Hazme una tarta o algo así y te perdonaré. Ahora, vete. Lo digo en serio.

Porque notó que le llegaba un *flashback* y quería estar solo cuando lo atacara.

\* \* \*

El día que el automóvil cayó al lago, Jack llevaba esperando veinte años para salvar una vida.

Hacia veinte años que no estaba en el lugar correcto en el momento adecuado. Hacia veinte años que llegaba cinco minutos demasiado tarde o cinco minutos demasiado pronto y perdía la oportunidad de ayudar.

Hacia veinte años que tenía que vivir con la imagen de su hermana pequeña atrapada entre los restos del accidente con el cuerpo de su madre, y había esperado esos veinte años la oportunidad de compensarlo. No es que fuera un pensamiento lógico: a fin de cuentas, estaba en la universidad cuando su madre murió, pero la idea de que su hermanita hubiera estado allí sola, en estado de *shock*, sin que nadie la ayudara durante más de una hora..., de que su madre no hubiera tenido a nadie que le sostuviera la mano en sus últimos momentos..., de que nadie las hubiera socorrido durante todo ese tiempo..., lo había dejado marcado.

Desde ese día, Jack estaba en permanente alerta. Se unió a la Marina pensando que podía intentar convertirse en SEAL, pero el tío Sam tenía otros planes para él después de ver los resultados de su test, así que fue destinado al laboratorio. Eso estuvo bien; tuvo que entrenar igual, mejorar su forma de nadar, sacarse la licencia de buceo avanzado y de rescate especializado, aprender a buscar en aguas residuales y todo lo que uno pueda imaginarse.

Pero aquella sensación jamás desapareció. Ni cuando acabó el servicio militar.

Cada vez que le adelantaban por encima de los límites de velocidad permitidos, cada vez que veía a un motorista sin casco, volvía a ver las imágenes. El accidente. Las víctimas. Lo que iba a hacer, cómo iba a ayudar, cómo se aseguraría de retirar su propio vehículo de la carretera de forma segura, cómo llamaría al 911 mientras acudía corriendo, cómo sacaría al conductor del interior, o de la carretera, cómo haría presión sobre las heridas hasta que llegara la ayuda correspondiente. Llevaba un extintor en la *pickup* (como todo el mundo), una herramienta para romper ventanillas en el llavero y una buena linterna (a la que cambiaba las pilas dos veces al año), un cortador de cinturones de seguridad y una manta térmica.

En verano, cuando iba al lago, contaba a los niños que estaban bañándose y lo comprobaba una y otra vez. Se aseguraba de que los padres estaban alerta y no demasiado absortos en sus libros, conversaciones o juegos del móvil. Cuando los auxiliares de vuelo explicaban los procedimientos de seguridad, él los escuchaba y luego miraba a sus compañeros de viaje y anotaba mentalmente quiénes podrían necesitar ayuda si el avión cayera en el río Hudson o en un campo de maíz de Iowa.

Como decía Honor, un *hobby* era un *hobby*.

Jack se puso manos a la obra y se convirtió en buzo voluntario de rescate para el cuerpo de bomberos de Manningsport. Tenía formación para rescate en la nieve y como salvavidas. Era paramédico.

Y aun así, jamás había salvado un alma. La primavera anterior, cuando se quemó la casa de sus abuelos, fue Honor la heroína; la casa de Jack estaba mucho más cerca de la cima de la colina, en el punto más alejado de la Casa Vieja sin salir de las tierras de Blue Heron. Cuando llegó abajo, Honor ya había salvado la vida de su abuela con ayuda de su prometido.

El doce de enero, Jack había ido al embarcadero a sacar fotos. Adoraba el invierno, adoraba los atardeceres rojos y brillantes en la oscuridad y ver la vía láctea en las frías noches invernales. Desde ese punto se podía ver el lago Torcido por el este y el camino hasta Blue Heron al oeste. Así que, sobre las cuatro y media de la tarde, estaba haciendo fotos en los campos nevados, donde las vides latentes marcaban el límite entre la blanca superficie y el cielo. El cielo sobre Rose Ridge prometía una de las famosas puestas de sol del oeste del estado de Nueva York. También, si tenía suerte, podría presenciar una aurora boreal poco después.

En momentos como ese, hablaba el poder de la tierra. No se trataba de que los Holland hubieran ayudado a fundar la ciudad, de que sus antepasados, padres y abuelos hubieran trabajado esas tierras. Era la zona en sí: los profundos lagos, el frío, las gargantas y saltos de agua, el suelo fértil y rocoso.

Ese tipo de cosas que le recordaban lo afortunado que era. Una familia, tres hermanas casadas, un sobrino, una sobrina y otro en camino. Su padre y su madrastra. Un trabajo que amaba. Un... er... un gato. Salud. Todo eso era bueno.

Pero últimamente se había comenzado a sentir un poco... incompleto.

Después de veinte años de viudez, su padre se había casado la primavera pasada. Eso era estupendo, porque la señora Johnson era la mejor mujer del mundo y había sido como una madre sustituta desde que la suya había muerto. Pru y Carl llevaban juntos casi veinticinco años. Tanto Honor como Faith se habían casado recientemente. Goggy y Pops se habían vuelto a enamorar hacía poco, después de sesenta y cinco años de tormentoso matrimonio, gracias al incendio.

Y él... Él se había divorciado después de ocho meses de matrimonio.

Y oyó el vehículo. A juzgar por el sonido del motor, parecía que iba al menos a cien kilómetros por hora en una zona en la que no se podía ir a más de cincuenta.

Se alejó del agua y esperó, preso de una extraña calma. El automóvil iba a estrellarse, ¿cómo no iba a hacerlo yendo tan rápido?

Por otra parte, había tenido el mismo pensamiento cientos de veces. Quizá miles.

Y no había pasado nada. Sin embargo, el instinto que le hacía estar expectante, prestar atención, estar alerta, preparado, era reflejo en él. Su cerebro racional sabía que era improbable que ocurriera lo que temía. Observó lo que sucedía.

Mantuvo la vista clavada en la colina de todas formas. Al cabo de unos segundos vería el automóvil, que ya bajaba la curva que hacía la carretera Shore Road al llegar al lago tras pasar por la loma.

Más tarde, cuando la gente comentó el accidente, dijo que había sido un milagro que Jack estuviera allí en ese momento exacto, que todo ocurría por una razón, que Dios obraba de manera misteriosa.

Para él, sin embargo, fue una cuestión estadística. Tantos años de «no estar» a tiempo tenían que terminar en algún momento.

De forma casi automática procesó lo que podría ocurrir: el vehículo se desviaría de la carretera cuando el conductor tratara de tomar la curva y daría una vuelta de campana tras otra por las vides de chardonnay de su familia, las más cercanas a la carretera. O quizá se estrellara contra el poste que él mismo había rozado cuando tenía dieciséis años.

Peor aún: podría chocar contra el enorme arce que había a la entrada de Blue Heron. Jack supuso que el conductor era un adolescente, porque solo alguien muy joven creía a la vez en su habilidad para la conducción y en la inmortalidad.

Con suerte, todos los ocupantes llevarían puesto el cinturón de seguridad. Las ventanillas estarían cerradas, ya que era enero, y nadie saldría disparado desde el interior. Aunque tan rápido, ni siquiera con airbags...

El motor rugió antes de derrapar mientras el niño insensato jugaba con su vida.

Y allí estaba. El chirrido de los frenos accionados demasiado tarde. Jack se tensó y esperó el ruido metálico cuando el vehículo se golpeará contra un árbol, el estruendo posterior y el pitido constante de una bocina.

El sonido llegó, pero no el que él esperaba.

Hubo un ruido agudo, extraño por su limpieza, y miró boquiabierto cómo el automóvil rompía el quitamiedos y cortaba las ramas más altas de los árboles de la ladera. Pasó por encima de su cabeza con el motor todavía acelerado y los neumáticos girando. Tuvo una detallada vista de la parte inferior.

Y luego, un tremendo silbido cuando el vehículo cayó al agua, entrando primero con el morro. El lago no estaba congelado: era demasiado profundo para eso. Contempló inmóvil el chapoteo, y un cuervo chilló en un árbol mientras veía las caras pálidas y aterradas de dos jóvenes. Sí, apenas adolescentes.

Se trataba de un cupé plateado, un Audi, que comenzó a hundirse casi de inmediato. Los faros iluminaron el lago. El cielo era de color rojizo y púrpura, una puesta de sol maravillosa. Él se quitó las botas y se metió en el agua, aunque hubiera preferido que fuera agosto, porque ¡santa madre de Dios!, estaba muy fría.

Durante un segundo, el choque del frío borró los demás pensamientos de su cabeza, y todos los músculos de su cuerpo se contrajeron por la impresión, incluso mientras seguía moviendo los brazos, cortando el agua (gracias, Marina de los Estados Unidos, que lo había entrenado para actuar primero y pensar después).

Los huesos le dolían del frío.

Los adolescentes gritaban, aunque sus voces quedaban amortiguadas por las ventanillas cerradas. «¡Joder!» Hubiera sido mejor que estuvieran abiertas, porque les facilitarían la salida. Uno de los muchachos estaba golpeándolas con el puño. No tenía sentido, solo se rompería los huesos de la mano. Debía haberse estropeado el sistema eléctrico, si no, hubiera sido más eficaz apretar el botón. O quizá el crío estaba dejándose llevar por el pánico y era incapaz de pensar.

El joven se puso a golpear la puerta con el hombro. Otra sinrazón, ya que varias toneladas de agua hacían presión contra la puerta. No, habría que romper las ventanillas para salir o dejar que el agua inundara el interior e igualara la presión antes de abrir la puerta.

Pero en el instituto no enseñaban esas cosas y, si, creyó reconocer a uno de los ocupantes: un compañero de clase de su sobrina, Abby. De tercer curso, más o menos.

Empezó a pensar con rapidez.

El agua comenzó a inundar la parte delantera del vehículo.

Debían de quedar unos cinco minutos para que se sumergiera por completo. Quizá ocho, pero no más. En ocho tendrían hipotermia. Evidentemente la tendrían antes si no podían respirar.

Él ya sentía los brazos pesados y muertos. No, eso no. No podía permitirse tener pensamientos negativos. Solo podía moverse. Llegó al automóvil, que ya se había hundido hasta la mitad en el lago y formado un ángulo de cuarenta y cinco grados con el agua hasta la mitad de las ventanillas. Había cuatro jóvenes: dos delante y dos detrás, uno de ellos con sangre en la cara. El conductor estaba desplomado sobre el volante.

—¡Ayuda! ¡Socorro! —gritó el muchacho que estaba sangrando, como si no fuera esa la intención que Jack tenía.

Buscó en el bolsillo de los pantalones el dispositivo que llevaba en el llavero. Le había costado diez dólares en Amazon, y tenía uno para cada miembro de su familia. Su destreza disminuía por culpa del frío. Tenía los dedos torpes y lentos.

Uno de los críos tenía un iPhone en la mano. «¡Bien!» Eso significaba que habría ayuda en camino. Claro que cuando llegara el cuerpo de bomberos estarían ahogados. Todos, él incluido, o muerto de hipotermia. ¿Cuántos minutos llevaba en el agua? ¿Uno? ¿Dos?

El vehículo se hundió más.

«¡Bingo!» Sus dedos, entumecidos, se cerraron alrededor del pequeño dispositivo. Lo apretó contra la ventanilla con las manos temblando y se echó a un lado.

—¡Deprisa! ¡Date prisa! —gritó el muchacho que sangraba.



—Puedes hacerlo —le dijo otro, que parecía extrañamente tranquilo, con la voz ahogada por el vidrio.

Jack colocó la herramienta de nuevo, empujó con fuerza y rompió el cristal. El agua inundó el interior.

El automóvil comenzó a hundirse con más rapidez, pero uno de los niños ya se retorció a través de la ventanilla. Jack lo agarró por el cuello de su cazadora y tiró de él. Hizo lo mismo con el segundo, el tranquilo, que se llamaba Sam Miller.

—Nadad hacia el embarcadero —les dijo. Lo hicieron. Nadaban bien.

El conductor, por el contrario, no se movía. Eso no era bueno, y el niño que sangraba seguía gritando. Deberían estar fuera ya.

La parte trasera del Audi se hundió, gorgoteando.

Y luego todo se calmó.

Jack se agarró al techo y se dejó arrastrar con el vehículo. Sentía al agua en la cara y en la cabeza como un puño helado. A través de la ventanilla, el muchacho se aferró a sus brazos. Jack tiró de él, pero el Audi estaba de lado en el agua y era difícil. Las luces alumbraban hacia abajo, al agua oscura y misteriosa.

El muchacho pudo salir. Jack sacudió sus piernas entumecidas con la esperanza de estar moviéndose hacia arriba. Le ardían los pulmones. El resto de su cuerpo parecía muerto. Luego salieron a la superficie, donde el aire era tan frío que dolía, pero no importaba. El muchacho se atragantó y se quedó sin aliento, pero no lo soltó.

—Relájate y descansa —ordenó Jack, con los labios duros por el frío. Su aliento nublaba el aire. El niño se limitó a agarrarlo con más fuerza, así que él le pasó el brazo por el cuello y nadó arrastrándolo.

El embarcadero estaba a cinco metros, quizá a siete. Podía llegar.

¿Cuántos minutos habían pasado? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Quizá alguno más?

Sam estaba en la escalera de madera, ofreciéndoles los brazos. Junto con el otro adolescente, agarró a su amigo por el brazo, sin decir nada, tiritando.

Pero Jack ya nadaba otra vez hacia el vehículo.

—¡Puedo ayudar! —gritó Sam.

—¡Quédate ahí! —ordenó Jack.

También él temblaba. No, tiritaba. Eso no era bueno. Eso era hipotermia. Hipotermia de manual.

Sin embargo... ¿cómo se decía? Todavía podía... sobrevivir.

El último muchacho, el conductor, seguramente estaba muerto. O ahogado, o muerto tras el impacto. Y el propio Jack iba a... ¿cómo era? ¡Ah, sí!: morir en el intento.

Se le hacía difícil pensar. La hipotermia avanzaba.

Había tal silencio... El cielo rojo arriba, el agua fría por todas partes.

El frío que ya no dolía tanto.

Los faros del automóvil seguían alumbrando. Jack no sabía por qué.

Una respiración profunda, una exhalación fuerte, una inhalación más y volvió a sumergirse, buceando lo más rápido que podía, pero todavía demasiado lento.

El Audi estaba en el fondo del lago, apoyado sobre el lado del conductor. A unos cuatro metros de profundidad, más o menos. Un pez nadaba ante los faros. Luego desapareció en la oscuridad.

Jack trató de abrir la puerta del copiloto, pero estaba bloqueada o atascada. La ventanilla estaba rota. El salpicadero todavía estaba iluminado. El reloj marcaba las cuatro y cuarenta y un minutos.

Llegó hasta el conductor, que parecía sereno, con los brazos a la deriva y el pelo ondeando. Tenía los ojos cerrados. Estaba casi seguro de que estaba muerto. No llevaba el cinturón, tenía una enorme herida en la frente, negra sobre su piel blanca. La sangre goteaba y formaba un remolino oscuro y difuso.

No había burbujas, lo que significaba que no respiraba.

Jack agarró el brazo del muchacho y tiró.

No lo movió.

Sabía que pronto tendría que salir a la superficie de nuevo o moriría allí abajo. Eso quizá no fuera malo. Qué bien que pudiera ver. Todo era azul oscuro a su alrededor.

Lo intentó de nuevo. Un pequeño movimiento, pero notó un tirón en el pecho: debía respirar, y si no lo hacía ya se ahogaría, hubiera entrenado con la Marina o no.

Su sobrina también tenía dieciocho años.

Querría que alguien lo intentara una vez más con Abby.

Se tensó todo lo que pudo, apoyó las piernas en el vehículo, soltó todo el aire que le quedaba en los pulmones y a la vez tiró hacia arriba.

Y de pronto comenzó a subir, sin saber cómo. No lo sabía porque no podía pensar en nada, pero ascendía, centímetro a centímetro. Luego vio el cielo rojo y púrpura, hermoso y lleno de aire, que impactó como agujas de hielo en sus pulmones. Pero era bueno que su jadeo rasgara el frío.

Su jadeo. No el del muchacho.

Agarró al adolescente y se obligó a continuar. No era agradable. Era duro, y él estaba cansado y débil.

Se oyó una sirena, y luego otra. La policía y los bomberos estaban en camino.

El embarcadero quedaba todavía muy lejos. Jack cerró los ojos, la cabeza se le hundió de nuevo en el agua. «¡Mierda!» Se movió con más fuerza, aunque ahora solo agitaba levemente las piernas.

El jovencito estaba quieto. Callado. No jadeaba. No tosía. No se resistía.

Jack, sin embargo, tenía la respiración entrecortada y los pulmones doloridos.

El agua seguía salpicando, un sonido húmedo y desesperado cuando su débil brazo la golpeaba en una mera imitación de la natación. Sujetaba al muchacho con el otro brazo y, ¡Dios!, qué difícil era.

Todavía no. Todavía no. Y en cada brazada, su cara se hundía un poco más en el agua. Se atragantó.

Todavía no.

Entonces alguien lo agarró por el brazo. Sam Miller, aferrado a la escalera del embarcadero, tiró de él. «¡Dios bendiga a Sam Miller!»

Los demás muchachos se agacharon, agarraron a su amigo inconsciente (o muerto) y lo subieron por la escalera. Tenían hielo en el pelo. Y uno de ellos sollozaba.

Sam se inclinó entonces hacia Jack y tiró de él. Afortunadamente, porque no hubiera sido capaz de hacerlo por sí mismo. El agua comenzó a resbalarle por el cuerpo antes de que cayera de rodillas.

—Ponedlo de costado —se las arregló para decir, y ellos, obedientes, pusieron al muchacho sobre su lado izquierdo.

—¡Joder, Josh! —lloró uno de los jóvenes—. Josh, por favor...

«Josh. Cierto. Josh Deiner. Uno de los problemáticos.»

Ya estaba demasiado oscuro para ver si Josh había expulsado el agua que tenía en los pulmones. Jack lo empujó para ponerlo boca arriba y comenzó a hacerle un masaje torácico. No sentía las manos, pero era un trabajo brutal: había que empujar, presionar, aplastar, con los codos bloqueados, con rapidez, con dureza.

Las sirenas eran cada vez más fuertes.

Sam sopló aire en la boca de Josh.

«Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco...»

Dios, estaba cansado.

Y luego aparecieron luces rojas y azules y se oyeron pisadas en el muelle.

—Jack, nosotros nos encargamos —dijo una voz. Levi. Emmaline Neal estaba allí, también policía, una buena jugadora de hockey. Ambos se arrodillaron y se hicieron cargo de las compresiones.

Oyó un ruido. Jessica Dunn y Gerard Chartier aparecieron con la camilla.

—¡Secadlo! —ordenó alguien—. Tiene que estar seco si vamos a darle las descargas.

Se había juntado una pequeña multitud. Envolvieron a los tres muchachos con mantas y los apartaron a un lado. Sus caras brillaban pálidas en la penumbra.

El sol seguía poniéndose. ¿Cómo era posible? Parecía como si hubieran pasado horas.

Alguien le puso una manta encima también a él y, a continuación, lo llevaron por el embarcadero, con un brazo en la cintura, sosteniéndolo cuando se tambaleaba. Los tres muchachos subieron a la parte posterior de una de las dos ambulancias de la ciudad.

La otra sería para Josh.

—Vamos a quitarte del frío —dijo la persona que lo sostenía. Era Emmaline. «¿Eh?» Pensaba que ella estaba con Josh. Em abrió la puerta de la patrulla y lo empujó con suavidad al interior.

—¿Está muerto? —preguntó él.

Vio que ella miraba al embarcadero.

—No estará muerto hasta que esté en un lugar caliente y muerto. Y tú lo sabes. De momento, vamos a ocuparnos de ti, ¿de acuerdo?

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando se acercó corriendo Sam Miller. Tenía la cara sonrojada; estaba entrando en calor.

—Nos has salvado —dijo con la voz quebrada—. Tú nos has salvado a todos.

Pero no lo había hecho, porque el cuerpo de Josh Deiner todavía estaba en el embarcadero, y Levi y Gerard seguían arrodillados a su lado, como si estuvieran rezando.

\* \* \*

Los medios lo llamaron «el milagro del invierno» y, durante unos días, fue noticia. Anderson Cooper, entre otros, se desplazó al pueblo y entrevistó a los tres muchachos: Sam Miller, Garrett Baines y Nick Bankowski, que todavía estaban afectados, pero, salvo la nariz rota de Nick, en perfecto estado. Sus padres dijeron entre lágrimas que Jack era un héroe, un ángel, la mano de Dios. Entrevistaron a un antiguo SEAL de la Marina, que aseguró que había sido un «rescate tremendo».

Como portavoz de la policía, Levi leyó también un comunicado, y cuando Anderson le preguntó si Jack era su cuñado, Levi se lo confirmó. Le pidió que lo describiera y Levi se limitó a decir «Jack es un buen tipo». Nada más. Jack se lo agradeció.

A él le pidieron entrevistas cincuenta y siete medios de comunicación. No concedió ninguna.

Aquella noche, en urgencias, su padre lo abrazó durante muchísimo tiempo. A Pops se le entrecortó la voz cuando le aseguró que estaba muy orgulloso de él. Sus hermanas se desvivieron, su sobrina sollozó y su sobrino también tenía los ojos llenos de lágrimas. La señora Johnson hizo sus comidas favoritas todas las noches de la semana siguiente, igual que su abuela, para no ser menos. Así que se encontró con un montón de comida que trató de comer.

Josh Deiner no pudo hacer declaraciones: estaba en coma. Había daño cerebral y estaba conectado a un respirador.

Jack no podía dormir por las noches. Seguía viendo el cuerpo inerte de Josh Deiner tendido en el embarcadero de madera mientras sus párpados se cubrían de hielo porque ya no le latía el corazón para mantenerlo caliente. Veía la cara de la novia de Josh sollozando sobre el hombro de Anderson Cooper. Y las palabras que la madre de Josh le escupió en la sala de urgencias le daban vueltas en la cabeza una y otra vez.

—Lo dejaste para el final. Era el que más te necesitaba, y lo dejaste para el final.

## Capítulo 6

Emmaline estaba sentada delante del ordenador con Carol Robinson, que señalaba la pantalla.

—Ese está bien. Tiene los ojos bonitos.

Era cierto.

—Sí, pero mira. Asalto con agresión.

—¿Y eso lo descarta?

—Sí, Carol.

—Eres demasiado exigente. De acuerdo, ¿siguiente?

Las dos se encogieron al ver la foto. El hombre no tenía dientes.

—Esto es muy divertido —comentó Carol—. Es mucho más interesante que el sector inmobiliario. ¡Oh, mira! Este es un bomboncito.

Emmaline clicó para obtener más información.

—En la actualidad está en una prisión federal. ¡Maldita sea! Todos los guapos están entre rejas.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Levi. Las dos lo miraron, luego volvieron a clavar los ojos en la pantalla.

—Estamos buscando a un hombre que acompañe a Em a la boda —dijo Carol.

—¿Has hecho el informe que te pedí?

—Todavía no —respondió Carol con alegría—. Y no te atrevas a mirarme así, Levi. Que te he cambiado los pañales.

—No, no es cierto.

—Pero podría haberlo hecho. Tengo edad para ser tu madre.

—Incluso mi abuela.

—Pero ¡cómo te atreves!

Levi las miró con tolerancia.

—¿Em? ¿Hay tan pocos delitos en Manningsport que te sobra tiempo para hacer eso?

—Son más de las cinco y sí —repuso ella—. La condenada boda es dentro de ocho días y todavía no...

—Puedes reservarte tu vida personal, Em —la interrumpió él—. Yo lo hago.

—Sí, claro. Llamando a Faith veinte veces al día y...

—Llamo a Faith tres o cuatro veces al día porque es mi esposa y está esperando un bebé. Estamos en mitad del invierno y quiero estar seguro de que ella...

—¡Este! ¡Este! —exclamó Carol—. Si no sales tú con él, lo haré yo.

Em estaba de acuerdo. Sí, el tipo era guapísimo. Con el pelo negro y los ojos verdes, aunque un poco separados.

—Tiene pinta de psicópata —comentó Em.

—Sí, ya, ¿quién sale bien en la foto que hacen en comisaría para la ficha policial? —preguntó Carol—. Y no seas tan exigente. Por favor, ni siquiera Robert Downey

Jr. salió favorecido y podría alimentarse de comida para gatos, y aun así querría acostarme con él.

—No es apropiado decir eso en el trabajo, Carol —intervino Levi—. Además, agente Neal, pensaba que ibas a ir con mi cuñado.

—¿Con quién? ¿Con Jack? No.

—Faith me ha dicho que se lo ha pedido.

—¿Por qué? —gritó Emmaline—. ¿Cómo se ha enterado ella?

Levi la miró con pesar.

—El otro día lo anunciaron en la Taberna de O'Rourke, y tú no hablas de otra cosa.

—¡No puede ser!

—Claro que sí. Además, déjame decirte que tenía la esperanza de que después pudieras volver a centrarte en el trabajo.

—¡Oh, por favor! ¿Quién acudió ayer a siete avisos, eh? Desde luego no fue Everett, jefe. —Levi arqueó una ceja y esperó—. Por no hablar de que... —añadió— no quiero ir con Jack.

—¿Por qué? —preguntó Carol—. Yo iría con Jack. Es un hombre adorable. ¡Y tiene unos ojos...!

—Gracias, Carol. —dijo otra persona. ¡Mierda!, era el propio Jack—. ¡Hola, Em!

—Hola —susurró ella.

Claro, él le hablaba. Por supuesto que sí. Era un buen tipo. Jugaban juntos al hockey (junto con diez o doce personas más). Cuando él iba a la comisaría, cosa que hacía de vez en cuando para hablar con Levi, siempre le decía hola (y adiós). Si la veía en la Taberna de O'Rourke, le decía hola (y adiós).

Y, por supuesto, el día del milagro del invierno, le había preguntado si Josh estaba muerto.

Pero ahora, como posible acompañante, era diferente.

Jack cruzó los brazos y la miró.

—Faith me ha dicho que necesitas que alguien te acompañe a una boda.

—Sí.

—No te limites a estar ahí sentada como un pasmarote —siseó Carol—. Sonríele. ¿Con quién vas a ir si no? ¿Con un convicto?

—No te parecía mal hace diez segundos.

—¡Sonríe!

Emmaline trató de obedecer. Carol esperó. Levi esperó. Jack esperó.

¿Había mencionado ya que era muy, muy guapo?

—De acuerdo —claudicó Em—. Quizá podríamos hablarlo ante una cerveza.

—Claro.

—¿Nos vemos en la Taberna de O'Rourke alrededor de las seis? —De esa forma podría ir a casa, pasear al perrito y darse un respiro.

—Me parece bien —dijo—. Hasta luego, guapos.

—¡Venga! —dijo Carol—. Ponte algo femenino. Usa perfume. A los hombres les encanta. ¿No es cierto, Levi?

Emmaline se marchó, feliz de que en el breve trayecto hasta su casa le diera tiempo a pensar. Bajó la ventanilla y dejó que el aire frío le enfriara las mejillas.

Sí, de acuerdo. Aceptaría que Jack la ayudara. Claro que lo haría. Cuando un dios griego decía que podía acompañarte a una boda, una boda en la que querías que pareciera tu novio, no era razonable rechazarlo.

Incluso aunque eso significara perder la dignidad. Incluso aunque se tratara de algo muy parecido a la prostitución. La verdad era que prefería ir con un extraño, y a que, por alguna razón, le parecía que sería más fácil tolerar a una persona... no tan agradable. Que pudiera (Dios no lo quisiera) compadecerla.

Se preguntó por qué Jack estaba dispuesto a echarle una mano. Estaba segura de que jamás la invitaría a salir. Ni siquiera estaba segura de que supiera que era una mujer, dado el interés que había mostrado hasta la fecha.

Pero el día que se había mudado de nuevo a Manningsport, con el corazón roto en mil pedazos por culpa de Kevin, una sensación de ansiedad la había inundado

mientras cargaba las cajas con sus pertenencias hasta su pequeña casa. Aquello le había parecido surrealista. ¿Estaba pasando de verdad? ¿Iba a vivir allí en vez de casarse? Era un húmedo día de abril y caía una lluvia torrencial que parecía burlarse de los valientes brotes de color rosa en la magnolia de Nana, y Em se sentía como si nunca fuera a volver a tener calor. Jamás volvería a tener a Kevin a su lado en la cama.

Era impactante.

«Nada de lágrimas —se había dicho a sí misma—. Ese ánimo arriba. ¡Vaya cosa! Te han puesto los cuernos. Es algo que pasa.»

Eso no detuvo las cálidas lágrimas que se deslizaron por sus mejillas.

En ese momento, se había detenido a su lado una *pickup* y se había bajado un hombre.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó el desconocido. Sin esperar respuesta, agarró una caja y la llevó al interior de la pequeña cabaña—. Soy Jack Holland —se presentó—. Mi familia es la propietaria de los Viñedos Blue Heron.

—Emmaline Neal —dijo ella, secándose los ojos con la manga.

—Bienvenida al pueblo. —Él sonrió, haciendo caso omiso de las lágrimas (porque si era un asesino en serie, no le importarían, solo la mataría y así podría olvidarse de Kevin), antes de regresar al Subaru para llevar otra caja.

Recordaba a los Holland; Faith iba un curso por debajo de ella en la escuela. No creía que Jack fuera un asesino en serie. Entonces le debería haber contado que había vivido allí cuatro años cuando era niña, que una vez había jugado en su casa. Pero la angustia se había apoderado de ella y apenas pudo reprimirse para no llorar. No tenía que estar allí. Se suponía que debía estar en Michigan, con el amor de su vida; que debía casarse siete semanas después.

Jack y ella descargaron en silencio el resto de las cajas.

—Cuidate —se había despedido él antes de marcharse.

Jack Holland la saludaba siempre que la veía desde ese día. Hubo una época en la que se entretuvo brevemente con una vengativa fantasía en la que él se enamoraba de ella y Kevin se volvía salvaje de celos y abandonaba a aquella horrible Naomi. Pero no: Jack se comprometió poco después de que ella se mudara al pueblo y luego se casó.

Él era agradable. Y su mujer también; Jack se la había presentado una vez en la Taberna de O'Rourke. Hadley parecía ser la típica mujercita que tomaba café con espuma y que siempre llevaba falda o vestido. Cuando la veía en O'Rourke, siempre estaba bebiendo un cóctel de color rosa con hojas verdes.

En el pueblo se comentaba que no era lo suficientemente buena para Jack.

Al final, resultó que era cierto. Cuando su matrimonio terminó, los chismes recorrieron el pueblo como un rayo. Según decía la gente, Hadley había engañado a Jack. Se había liado con un corredor de bolsa que era el propietario de Dandelion Hill, que murió (en la cama, si los rumores eran ciertos) poco después.

Incluso en esas circunstancias, Jack continuó siendo Mister Maravilloso. No se emborrachaba, no se aprovechaba de las mujeres que caían sobre él, no rompió ningún cristal a puñetazos.

Em pensaba que él era... agradable. Y sí, guapo. Una noche, en un partido de hockey, lo bloqueó y ambos acabaron enredados en el suelo. Hacía mucho tiempo de lo de Kevin, casi año y medio, y había olvidado lo que se sentía estando apretada contra un hombre, aunque ambos estaban cubiertos por la voluminosa ropa de protección y luchaban por un disco. Al poco rato se liberaron y volvieron a patinar de nuevo sobre el hielo; ella se preguntó si Jack habría sentido lo mismo que ella.

No fue así. Y si fue, la trató tan románticamente como trataba a Levi, Jeremy o Gerard. O sea: nada.

Em paseó al perro, le dio palmaditas en el lomo, le llenó el cuenco de comida y luego se dirigió a la Taberna de O'Rourke.

Era una situación muy embarazosa.

Jack estaba esperándola en la puerta.

—Hola —la saludó al tiempo que le abría la puerta.

El local estaba medio lleno: Colleen besaba a su marido; los Iskin estaban allí, Lorena tan locuaz como siempre y Víctor silencioso. Los Meering se ignoraban entre sí, como de costumbre. Cathy Kennedy y Louise Casco estaban enfrascadas en una conversación. También vio a Bryce y Paulie, que se echaban un pulso en una mesa, y a los Knox, que la saludaron con la mano a pesar de que había estado a punto de atropellar a sus gallinas esa mañana.

Emmaline se dirigió a uno de los reservados de la parte de atrás y se quitó el abrigo. ¡Mierda! Había olvidado cambiarse de ropa. La mayoría de las noches, cuando se quitaba el uniforme, era para ponerse el pijama. Bueno, no importaba. Además, le gustaba su uniforme. En especial el arma... Y la Taser.

—Hola, guapos, ¿qué os pongo? —preguntó Hannah O'Rourke.

—Yo quiero una cerveza —dijo Em—. ¿Puede ser una Cave IPA de Cooper?

—Ponme lo mismo a mí —añadió Jack.

—De acuerdo, muchachos —les animó Hannah mientras se alejaba.

Jack no dijo nada, solo esbozó una sonrisa que hizo que le doliera el estómago.

—Mmm... ¿Quieres cenar? —preguntó ella—. Yo invito.

—Estoy bien, gracias.

—Estupendo.

Hannah regresó con las bebidas.

—¿Queréis cenar algo? —preguntó.

—Estamos bien así —respondió Jack con una de sus sonrisas amistosas—. Gracias, Hannah.

—De acuerdo. Si queréis algo más, avisadme. —La camarera se fue a atender otra mesa. Era guapa. Quizá Jack debería salir con ella.

«Céntrate, Emmaline.»

—Bueno, así que esto es lo que hay —dijo ella. Se bebió de golpe la mitad de la cerveza y, a continuación, se limpió la boca con una servilleta—. Mi exprometido se va a casar y no quiero ir sola a la boda, aunque podría hacerlo. Mis padres y mi hermana también asistirán y, de hecho, me encontraré también con Colleen y Lucas, así que no es que parezca una apestada ni nada de eso. Y no pienso montar un numerito ni llorar durante la ceremonia ni nada por el estilo. Sin embargo, me gustaría llevar un acompañante, algo así como un escudo humano. Puedo ir con una amiga, si tú no quieres acompañarme...

—Pensaba que éramos amigos —respondió Jack con suavidad.

—Oh. Sí, claro. —Em hizo una pausa—. Quiero que me escuches atentamente, Jack. No tienes por qué ir. Imagino que han sido un par de semanas muy duras y...

—Me encantaría ir. Gracias por pedírmelo.

—En realidad no te lo he pedido. Tú te has ofrecido. —Comenzaba a parecer un poco borde—. Te lo pidió tu hermana, pero no le dije que lo hiciera. —«Cállate», le aconsejó su parte más racional. Su boca no obedeció—. La cuestión es que no tienes que venir. Es decir, que sería fantástico acudir con un tipo que parece un dios griego —él sonrió—, pero no soy de esas mujeres que...

—Hola, Jack.

Mierda.

Era Hadley. La guapísima ex con nombre travieso.

—Te he visto aquí sentado y se me ha ocurrido venir a saludarte.

Era preciosa. Em había olvidado lo guapa que era. «¡Estupendo!» De hecho, prácticamente se estaba enamorando de ella. También olía muy bien. Enormes ojos marrones, cabello rubio y sedoso, mejillas rosadas, cara en forma de corazón y labios voluptuosos. Llevaba un vestido verde de punto, medias de color canela y botas de ante por el tobillo que cubrían sus diminutos pies. Em calculó que sus caderas debían ser casi el doble de anchas que las de Hadley. De hecho, si la ex de Jack se diera la vuelta, a Em no le sorprendería ver que tenía alas en la espalda y que podía rociar polvos mágicos.

—Hadley. —Jack se levantó y quedó muy por encima de ella—. Te presento a mi amiga, Emmaline Neal. Em, no sé si recuerdas a mi exmujer.

La rubia esbozó una radiante sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Hadley Holland. Mucho gusto.

Así que no había renunciado al apellido. Interesante.

—En realidad ya nos conocemos.

—¿De verdad? Lamento no acordarme. ¿Eres agente de la policía?

—Sí —contestó.

—Siempre he admirado a las mujeres capaces de abrirse camino en un campo dominado por los hombres. Yo nunca hubiera podido. Supongo que no soy lo suficientemente fuerte. No me puedo imaginar corriendo detrás de un criminal y derribándolo. ¡Dios mío! Debes ser muy fuerte.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —preguntó Em.

—¡Oh, por Dios! ¡No! —Hadley soltó una carcajada—. Es que yo soy decoradora de interiores. No manejo armas de fuego ni nada parecido. Solo entiendo de pinturas y telas para dar ambiente a una casa.

Em tuvo que admirar la habilidad con la que Hadley había trazado la línea: Hadley, femenina y artística. Emmaline, viril y bruta.

—¿Qué quieres, Hadley? —preguntó Jack.

—Solo estaba... saludando, supongo —respondió Campanilla—. ¿Qué tal estás, Jack? —Le apretó el brazo con cariño. Tenía las uñas arregladas.

—Estoy bien. —La cara de Jack era completamente neutra.

—Me alegra saberlo. —Hadley sonrió, una sonrisa hermosa y trágica. Cualquiera yanqui hubiera reconocido la respuesta de Jack como una despedida, pero Hadley era del sur, y los sureños podían mantener una conversación con un bloque de madera, o eso parecía—. Jack, hoy he hablado con Frankie. Ya sabes que te adora. Y ahora incluso más que antes, después de tu heroicidad. ¡Está presumiendo con todos sus amigos de que eres su cuñado!

—Excuñado —puntualizó él.

—Bueno, ahora mismo no te considera ex en absoluto —replicó Hadley sin cortarse—. Pero me voy ya. No quiero interrumpiros. Jack, te llamaré por lo de la cena. ¡Hasta luego, Evelyn! ¡Mucho gusto!

Dicho eso, Hadley chasqueó los dedos y se alejó flotando. Jack volvió a sentarse y tomó un largo sorbo de cerveza. Ella se fijó en que no había rechazado la invitación a cenar.

—Bien —dijo él—. ¿Cuándo nos vamos?

—De acuerdo. Esa es otra cuestión. La boda es el sábado que viene. En Malibú. Así que, por supuesto, pagaré tu billete de avión, el hotel y todos tus gastos.

—No. De eso nada.

—Sí, lo haré.

—No hace falta.

—O te pago el viaje, Jack, o no vas.

Él se encogió de hombros.

—Maravilloso. Así que vamos a ir y fingiré ser tu novio.

—No, no —intervino Em—. No. Como ya te he dicho, solo quiero que me acompañe un amigo. —Ella suspiró y se frotó los ojos—. De verdad, no tienes por qué ir, Jack. A Allison Whitaker le encantaría dejar a sus hijos unos días y venir conmigo.

—Pero quieres ir con un hombre, o de lo contrario no habrías estado mirando fichas policiales con Carol.

—Bueno, sí. Si voy con Allison, mis padres jamás creerán que soy hetero.

—¿Lo eres?

—¡Sí! Estaba comprometida con un hombre. ¿de acuerdo? ¡Soy hetero! —«Baja la voz, Emmaline», dijo para sus adentros—. Es solo que... piensan que no lo soy.

Jack no la miraba. Sus ojos estaban clavados en Hadley, que se había sentado sola en la barra y trataba de llamar la atención de Colleen.

—Discúlpame un segundo —dijo él antes de levantarse de la mesa. Se acercó a Colleen, le dijo algo y luego regresó. Colleen soltó un enorme suspiro, sacó un menú y se acercó a Hadley para dárselo.

En base a sus excelentes poderes de deducción, Em adivinó que Colleen no estaba haciéndole caso a la ex de Jack Holland y él le había dicho que ya estaba bien.

Bien. La princesa de las bellas tierras había vuelto al pueblo y había rociado a Jack con su polvo de hadas. Y aunque todo el mundo sabía que lo había engañado, los hombres se comportaban como estúpidos en temas como ese. La gente que se parecía a Hadley (y a Naomi Norman, ya que estábamos) salían de rositas de la situación más apesotosa.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Jack cuando volvió a sentarse.

—¿El jueves?

—El jueves me parece bien.

Ella hizo una pausa.

—Bueno. Gracias, Jack.

—Es un placer. Me apetece ir a un lugar cálido.

—Malibú es muy bonita. Todos los días del año, más o menos.

Él se terminó la cerveza.

—Envíame la información sobre el vuelo y el hotel, así podré hacer la reserva, ¿de acuerdo?

—Lo haré yo. No vas a gastarte ni un centavo en este viaje.

Él sonrió tan de repente que fue como verse envuelta en una manta cálida y suave.

—Bla, bla, bla —dijo él. Bueno, seguramente había dicho algo coherente, pero Em no fue capaz de oír nada en ese momento, porque estaba a punto de morir por la belleza de esa sonrisa, por las arruguitas que aparecieron en los rabillos de sus ojos azules, por el pelo rubio alborotado... por el brutal atractivo de Jack Holland.

Luego él se levantó, le apretó el hombro y se fue, saludando a los gemelos O'Rourke y a su ex, que volvió a agitar sus alas como una mariposa.

Lo que hizo que él brillara más.

Emmaline tuvo que esperar cinco minutos antes de estar segura de que no se caería si se ponía de pie.

«No te enamores de ese hombre», se advirtió con severidad.

Pero todavía sentía en el hombro la calidez de su mano.

Estaba a punto de ocurrir un desastre.

## Capítulo 7

—Deja que lo haga yo. —Jack le dirigió su mejor mirada seria de hermano mayor. No funcionó. De hecho, ahora que lo pensaba, nunca le había funcionado.

—Está bien. Puedo poner arriba yo sola mi estúpida maleta. —Alguien estaba de mal humor, pero no podía culparla, dadas las circunstancias. Hubo una pausa—. Quiero decir: no, gracias.

—Yo lo haré —intervino la asistente de vuelo, que arrancó la bolsa de las manos de Emmaline—. Tome asiento mientras voy a buscar un poco de champán.

—¿Por qué lo has hecho? —siseó Emmaline.

—Porque mido más de metro noventa y los asientos de turista están hechos para enanos muy flacos —repuso él, hundiéndose en el asiento de cuero.

—Estupendo. Pero ¿por qué lo has hecho por mí?

—Porque no eres una enana flaca.

—¿Es un insulto?

—¿Eso crees? ¿Te gustaría ser una enana flaca? A pesar de que estás actuando como el enanito gruñón...

—De acuerdo, de acuerdo... Estupendo. Me sentaré aquí. Pero no me gusta.

—Claro que te gusta. Es primera clase. Relájate, Emmaline.

Ella se sentó, y él tuvo que sonreír. Em estaba tan poco relajada que casi era divertido.

En cuanto a él, estaba francamente agradecido por esa boda. Adoraba a Kevin y a su novia por haber decidido casarse e invitar a Emmaline. Que ella tuviera que llevar un acompañante. Que tuvieran que atravesar todo el país. No se sentía tan bien desde antes del accidente. Iba a estar a miles de kilómetros de personas que solo querían estrecharle la mano o invitarlo a cerveza, de los platos cocinados que no dejaba de llevarle la madre de Sam Miller, del aparcamiento del hospital, de su bien intencionada pero omnipresente familia, de que Hadley le diera la lata día sí y día también. Que su compañera de asiento estuviera de mal humor era un precio pequeño a pagar.

La azafata apareció con dos copas de champán.

—Gracias —dijo Jack.

—De nada. —La joven les sonrió a los dos—. ¿Le pone nerviosa ir en avión? —preguntó amablemente a Em.

—Hoy sí —respondió ella, resoplando contra la copa de champán—. ¡Oh, mierda! Me he olvidado el *spray* antiencrespamiento.

—Seguramente haya alguno en las tiendas de Los Ángeles —murmuró Jack.

—No como este. Lo pedí por Internet. Vino desde Sicilia. Es de importación. En Sicilia sí que entienden de pelo encrespado. No lo venden en Estados Unidos.

—¿Acaso está hecho con alas de ángeles y pecas?

Ella tomó la copa de champán de Jack y se la bebió también.

—Sí, y de sangre de hadas.

La asistente mantuvo una inquebrantable sonrisa que acabó resultando un poco espeluznante.

—Si quieren algo más me avisan —dijo inclinándose un poco.

Emmaline jugueteó con el móvil, examinó el cinturón de seguridad, lo soltó y se lo abrochó un par de veces. Se quitó la goma del pelo y volvió a recogerse en una coleta. Bajó la persiana, la subió. Trató de guardar la copa de champán en el bolsillo del asiento. La puso en la bandeja. La volvió a quitar.

—¿Quieres relajarte, por favor? —le pidió él, quitándole la copa—. Tranquilízate, anda. El pelo estará bien. Limitate a divertirme.

—Mi pelo no va a estar bien, Jack. Y es la boda de mi exprometido. Será tan divertido como un ahorcamiento.

—Sin embargo, la comida estará bien.

—No creo. Son veganos.

—Y me lo dices ahora. Cuando estoy atrapado en un avión.

Emmaline era muy guapa cuando sonreía, pensó él. Por supuesto, parecía una sin techo en aquel momento, con el pelo recogido y sin maquillar y con una sudadera gris que parecía decir «no me mires, soy asexual».

Se preguntó si lo sería. Siempre le había parecido bastante vivaracha. Claro que su contacto con ella se había limitado a «Hola, Em. Adiós, Em» en la comisaría de policía, en la Taberna de O'Rourke y durante los toqueteos ocasionales en los partidos (sin duda era más divertido tocarla a ella que a Gerard Chartier), pero siempre parecía tener algo rondándole.

—No nos conocemos demasiado bien, ¿verdad? —le preguntó.

—Creo que no. —Ella comenzó a jugar con la bandeja, así que le agarró la mano.

—Relájate —le dijo—. No estamos dirigiéndonos a un pelotón de fusilamiento.

—Eso sería un juego de niños comparado con esto.

El avión comenzó a rodar por la pista de aterrizaje. Emmaline se soltó de la mano para poder apretar los reposabrazos.

—Dime, ¿te gusta tener hermanas? —le preguntó ella.

—No. ¿Quieres alguna?

—Ya tengo una. Ángela. Te gustará. Es muy guapa. —Tenía los nudillos blancos.

—Cuéntame algo sobre los novios.

La vio respirar hondo.

—Bien. Kevin Bates y Naomi Norman.

—¿La boda Norman Bates?

Otra sonrisita apareció en los labios de Em. Tenía la boca ancha, rosada, con los labios gruesos y bonitos.

«Ah...» Ella estaba hablando, sus palabras eran rápidas y encendidas.

—Sí. Él fue mi novio desde octavo. Fuimos a la universidad y vivíamos juntos, y parecía feliz, más o menos. Yo al menos lo era. Luego se enamoró de otra persona y... ya está. —Ella se encogió de hombros y miró por la ventanilla.

Jack había crecido rodeado de mujeres. Había salido con un montón durante los últimos años. En realidad, siempre se le habían dado bien esas cosas. Le había pedido a Eve Mikkes que lo acompañara al baile de graduación, hacía ya muchos años, porque Eve era agradable y divertida, aunque de pequeña había sufrido un incendio que le había dejado algunas cicatrices en la cara y las manos. Había ido a varios aniversarios del instituto de los últimos años, a tres bodas y a un aniversario de bodas. Tenía las hermanas antes mencionadas.

Así que supo que a esa mujer le habían roto el corazón.

—Era el amor de tu vida, ¿no? —preguntó.

Ella lo miró. Luego volvió a mirar las nubes.

—Sí.

Entonces le agarró la mano y se la apretó.

—No te alejes de mí, nena. Te prometo que vamos a divertirnos.

Emmaline conoció a su elegido en octavo, durante un partido de balón prisionero, un juego que demostraba claramente que los profesores de educación física odiaban a los niños. Algunos años antes, los padres de alguien habían solicitado a la escuela que eliminara los partidos de balón prisionero, pero luego otra persona pidió que volvieran a jugarlos, y aunque en la actualidad de nuevo había una petición para que se prohibiera, el deporte seguía permitido para que, al parecer, la señora Goldberg pudiera esbozar su sonrisa maligna de serpiente mientras acariciaba el silbato.

Ya era suficientemente malo ser el objetivo de sus compañeros de clase. No necesitaba que la bombardearan con una lluvia de pelotas rojas de goma. Pero lo peor, como todo el mundo sabía, era cuando se elegían los equipos.

Ella trataba de parecer indiferente y despreocupada, pero le sudaban las palmas de las manos y el corazón se le aceleraba cada vez que empezaba aquel horrible ritual. Lyric Adams (la hija de una estrella del rock de mediana edad y su cuarta esposa) y Seven Finlay (hijo de una actriz británica premiada y su tercer marido) eran los alumnos más populares y, ungidos por Goldberg, hacían los honores a la hora de reforzar o destruir el ego de sus compañeros de clase, uno por uno.

—Ireland —decía Lyric, y Ireland, hija de unos productores de gran nivel, inclinaba la cabeza gentilmente, aceptando su estatus, y galopaba hacia su mejor amiga.

—Milán —contrarrestaba Seven.

La mayoría de los compañeros de Emmaline tenían nombre de algún lugar. Además de Milán había tres París, un York, una Dallas y un Boston: parecía que Lyric y Seven estaban recitando la lección de geografía más que estar en clase de educación física, pero bueno. «Emmaline» tampoco era nada del otro mundo. Le hubiera gustado tener un nombre más desenfadado. Aunque también le hubiera gustado ser una de las muchachas más populares, a pesar de reconocer su crueldad. Se hubiera conformado con menos, incluso... Le hubiera encantado ser capaz de acercarse al niño nuevo y hacer una broma sobre todos los nombres de mapa y cómo los dos estaban excluidos de ese grupo.

Pero no era capaz.

—¡Júpiter! —dijo Lyric con un movimiento de cabello.

—Diesel —contrapuso Seven.

El otro componente del grupo de los parias se había trasladado desde una ciudad que la mayoría de los compañeros de clase de Em no había oído mencionar nunca: Tacoma... o algo así. Sus padres no trabajaban en la industria del entretenimiento, por tanto ya era considerado un indeseable. Además, tenía nombre humano, cosa que tampoco ayudaba.

Kevin. Kevin Bates.

Además, era —pausa dramática— gordo.

En Malibú era mucho más aceptable socialmente ser un adicto a la heroína o un asesino que tener sobrepeso. Cuando Kevin entró en el aula de Álgebra, el resto de la clase lo miró como si tuviera una tercera tetilla en la barbilla. Si era justa con el resto de sus compañeros, debía decir que muchos de ellos no habían visto a una persona gorda en su vida. No había gordos en Malibú. Ni en las playas o montañas exclusivas en las que retozaban sus familias. ¿Un gordo? ¿Cómo iba a atreverse a estar con ellos?

¿Por qué sus padres no le habían hecho un *bypass* gástrico? ¿Una cirugía abdominal o una liposucción? O, como mínimo, ¿cómo no lo habían mandado a un campamento de gordos? Em sabía sin dudar que si hubiera una operación quirúrgica que resolviera su problema, sus padres la hubieran sometido a ella. ¿Por qué no arreglar lo que le hacía la vida difícil? Era como si en Malibú los niños imperfectos se arrojaran al océano o se enviaran a vivir a un estado más normal.

El primer día de clase, el profesor pidió a Kevin que hablara al resto de sus compañeros sobre sí mismo. Los otros niños lo habían saturado con preguntas. Por supuesto, era gordo, pero sería tolerable si fuera, por ejemplo, hijo de Steven Spielberg.

La madre de Kevin era contable, y su padre programador informático.

Una sentencia de muerte. No habría importado si la madre de Kevin hubiera ganado el Nobel de economía o su padre hubiera inventado los viajes en el tiempo. Daba igual que sus padres vivieran cómodamente: Kevin no cenaba con famosos, no iba a la escuela en limusina y estaba gordo. No era nadie. *Bye, bye*.

Em conocía la sensación. Ella no estaba gorda. No era bajita, ni alta, al menos para los estándares del sur de California; era sólida, tenía una buena estructura ósea y no tenía trastornos alimentarios. Pero su problema no tenía que ver con su tamaño.

Era su tartamudez.

Las palabras siempre se le habían resistido. Años y años de terapia con un logopeda no habían dado demasiados frutos. La única forma de superarlo había sido estar relajada, sentirse espontánea o tener una audiencia llena de paciencia, e incluso entonces había sido una lucha.

Y la paciencia no era una cualidad de la que hicieran gala muchos niños. Al no ser capaz de dar una respuesta, al no saber si su garganta se cerraría y empezarían los horribles sonidos, comenzaba a abrir y cerrar la boca mientras sus compañeros la miraban con horror... Eso la había convertido en un blanco fácil.

No importaba que hubiera conseguido el cinturón negro en aikido a los once años. Que se le dieran muy bien los deportes. Que fuera alta e inteligente y que, salvo en participación en clase, sacara muy buenas notas. Sus compañeros eran aleccionados por los niños más populares, que no eran más que vampiros que alcanzaban la felicidad si se alimentaban de la miseria de otra persona.

Cuando eran más pequeños, Em se había metido en un montón de peleas, en los viejos tiempos, cuando «portarse mal» era más importante. En quinto grado, sin embargo, los padres de Asia Redding habían amenazado a los Neal con una demanda después de que Emmaline empujara a Asia en el recreo. Daba igual que Asia se hubiera burlado sin piedad durante años de la tartamudez de Em.

La defensa de Emmaline había sido fingir —por desgracia— que no le importaba. Había llegado a dominar el arte de las miradas vacías, y llevaba Doctor Martens y ropa de color negro. Aprendió el lenguaje de signos para las frases groseras que su tartamudeo no le permitía decir.

Sus padres le habían dicho que se riera de ello o no le hiciera caso. Pero sus padres eran psicólogos infantiles, por lo que no tenían ni idea de cómo actuaban los niños en realidad. Al menos, fingir ser extraña la protegía ante otros niños, y nadie se enteraba de lo que le dolía su rechazo.

A su lado, Kevin emitió un suspiro. Emmaline le echó un vistazo. Su expresión era divertida y tolerante. Él la miró y curvó los labios en una sonrisa.

—Es jodido ser nosotros, ¿verdad? —le dijo.

«Nosotros.» Eso sonaba muy bien.

—Chord —llamó Seven.

—Birch —dijo Lyric.

—Imagino que sus padres lo odiaban —murmuró Kevin—. ¿Birch? —«Abedul.»— ¿En serio?

Emmaline sintió que se le escapaba una sonrisa. Ese muchacho tenía algo. Era un poco... fanfarrón. Allí estaba, un gordito en la tierra en la que a los dieciséis años las niñas recibían implantes de pecho por su cumpleaños, donde los niños tenían entrenadores personales y destacaban profesionalmente antes de haber comenzado en el instituto. ¿Estar gordo? ¿Gordo? Era un rechazo a la propia estructura de la sociedad. Casi un James Dean en términos de rebelión.

Un tipo emocionante de verdad.

—Journey —Hubo un suspiro, pues Journey era fruto de un primer matrimonio cuyos padres seguían juntos, y por lo tanto no era tan interesante como otros niños. No llegaba al nivel de Emmaline o Kevin, pero casi. Además, su nombre no procedía de un lugar, sino de un grupo de música, por lo que...

Ya solo quedaban ellos dos.

Emmaline echó otro vistazo a Kevin.

Él le devolvió la mirada. Puso los ojos en blanco. No por ella... sino por eso, aquel horrible ritual que aplastaba el espíritu humano. Ella sonrió.

—Kevin, imagino —dijo Lyric—. Me da igual.

—Estupendo —repuso Seven—. A mí me toca cargar con E-e-e-emmaline.

Em echó un vistazo a la profesora, que tomaba nota en su pizarra y fingía no haber oído nada. No iba a castigar a Seven, y Em lo sabía. Y ella no sería capaz de decirle nada al respecto.

—Gilipollas —murmuró Kevin, luego suspiró y se acercó para unirse a sus compañeros de equipo. Gulliver entre los liliputienses.

Aquel día, en el recreo, Kevin la esperó en la puerta.

—¿Quieres un Twinkie? —preguntó.

Ella tomó el extraño pastelito en forma de tubo con asombro. Para su desgracia, sus padres estaban pasando una etapa macrobiótica.

—G-gracias —dijo.

—¿Eres tartamuda? —preguntó él.

—A-a-algunas v-veces. —Casi siempre.

—Yo estoy gordo —reconoció Kevin.

Él tenía los ojos preciosos, oscuros y con unas pestañas increíbles, y el pelo negro y rizado. Si se le miraba con atención, en realidad no estaba gordo. La palabra exacta era «fornido». Y sí, mullido. Pero era alto, casi de la misma altura que ella, y lo cierto era que le parecía... guapo.

—¿Quieres que seamos amigos? —le preguntó él. Así que, por supuesto, ella se enamoró de él.

Cuando estaba con Kevin, su tartamudeo no era tan pronunciado, y cuando le ocurría, él esperaba. No como sus padres, que la miraban como si esperaran, esperaran, esperaran... Quizá si no hubiera estado rodeada de médicos y de extrañas palabras como «transferencia», «potenciación» y «autorrealización», Em se habría sentido un poco menos rara.

Sus padres conocían de sobra el método recomendado para hacer frente a la tartamudez (o «habla no fluida», como les gustaba llamarla).

—Tenemos todo el tiempo del mundo —solía decir su madre. Esa era otra. Siempre era «nosotros», nunca «yo»—. No te sientas presionada. Esperaremos el tiempo que sea necesario.

Lo que provocaba que la tartamudez fuera todavía peor. La manera en que tomaban su defecto era una implacable reformulación de los hechos (Em conocía bien la terminología).

—Nos encanta tu tartamudez porque ¡te queremos! —dijo una vez su padre, lo que era, sencillamente, absurdo.

Ella odiaba ser tartamuda. Se imaginaba que un esqueleto vestido con un traje negro se cernía sobre ella y envolvía sus duros y afilados dedos alrededor de sus cuerdas vocales y las apretaba sonriente.

Kevin, sin embargo, lo reconocía. Se gustaba a sí mismo, aunque no le gustaba estar gordo. Y le gustaba ella, pero no le gustaba su tartamudez.

Se besaron por primera vez en abril, en octavo, cuando llevaban unos meses siendo amigos. Sus labios eran suaves y no hizo más que besarla. Sin lengua ni intentar meterle mano. Fue encantador. Después, él sonrió.

—¿Quieres ir al cine este fin de semana? —preguntó.

—Claro —dijo ella—. ¿Qué quieres ver?

Ni un solo tartamudeo.

Por desgracia, la idea de que los dos frikis de octavo grado estuvieran saliendo resultó muy ofensiva para sus compañeros de clase con nombres raros. Así que el acoso al que los sometían empeoró. Emmaline encontró un condón usado en su taquilla, una imagen tan repugnante que tuvo la garganta cerrada durante todo el día. En otra ocasión, cuando entró en clase de música, todas las demás compañeras se echaron a reír sin razón aparente. Alguna había puesto una prueba de embarazo en su mochila, lo que hizo que su madre le soltara un sermón sobre el sexo y la precaución, haciendo caso omiso a las protestas con las que aseguraba que Kevin y ella solo se habían besado.

Pero cuando Lyric le arrojó una cerilla encendida en clase de ciencias aquello tomó otro cariz, más importante. El fósforo se apagó antes de que le alcanzara el pelo, por suerte, y Em empujó a Lyric, que gritó como si le estuvieran persiguiendo los caníbales. Emmaline fue expulsada una semana. Lo peor fue que tuvo que disculparse con la acosadora. Y no, una carta no fue suficiente.

Pero tenía a Kevin.

Luego recibió la noticia. Kevin había sido inscrito en el mismo internado en el que había estado su padre. En Connecticut. Kevin era listo para su edad y sabía que solo tenían catorce años, por eso se fue.

Su único amigo de verdad. El muchacho al que amaba.

Entonces, ella se sentó ante el ordenador de su casa y escribió una carta a sus padres. Quería irse a vivir con Nana e ir allí al instituto. No podía seguir luchando contra aquello.

Nana, la madre de su madre, vivía en Manningsport, Nueva York, un pueblo precioso junto a uno de los grandes lagos donde Em pasaba los veranos. Nana era la típica abuelita: cocinaba, protestaba y se acurrucaba. Aquellas semanas veraniegas eran fantásticas, llenas de gluten, carne roja y postres azucarados. Paseos en bici y baños por la mañana en las heladas aguas del lago, caminatas y cascadas y visitas a la pastelería. Nana incluso invitaba a un par de niñas a jugar con ella y, a diferencia de las que había en la bulliciosa Malibú, parecían agradables. Cuando una la escuchó tartamudear por primera vez, le puso la mano en el brazo y le dijo: «No te preocupes. Yo tengo epilepsia, así que yo también soy diferente».

Allí, Em tartamudeaba menos. Todavía lo hacía, pero no tanto.

Sus padres estaban a favor de la idea de que se trasladara.

—Puede ser enriquecedor para ti —comentó su madre, fingiendo que tenía algo en el ojo.

Su padre se aclaró la garganta.

—Es una decisión muy saludable. Te apoyamos.

Los tres sabían que ellos no podían ayudarla ni arreglar sus problemas.

En cierto sentido, estaba huyendo, pero la idea de dejar atrás a sus mezquinos compañeros le producía tanto alivio y emoción que no le importaba.

Los niños de Manningsport pensaban que una nativa de California era exótica y fascinante y no les importaba que no hablara mucho y, cuando lo hacía, era como si su tartamudez la dotara todavía de más *glamour*.

La relación con sus padres mejoró también: tenía más que decirles y no era necesario mirarlos a la cara. El teléfono y el correo electrónico facilitaban la comunicación. Cuando les dijo que ella, que nunca se había apuntado a ninguna actividad escolar, ahora estaba en el equipo de hockey y en el coro, donde cantaba a pesar de su problema... bueno... su alivio fue evidente.

La casa de Nana era una acogedora cabaña con pequeños armarios y anchas ventanas y una vidriera en el descansillo de la escalera. Cuando hacía buen tiempo, Nana se sentaba en el porche delantero y conversaba con los transeúntes (justo lo contrario que el lugar natal de Em). A veces invitaba a una vecina para que la acompañara a degustar una copa de vino o un té helado. Su abuelo había muerto cuando ella era pequeña y Nana tenía alguna cita de vez en cuando. Em pensaba que era encantadora.

Y era agradable ser útil a Nana. Limpiar la acera de nieve y raspar el hielo del automóvil, o correr hasta el supermercado, que estaba a tres manzanas. Era necesaria... y eso era una sensación fantástica. A veces, venía alguno de sus compañeros a pasar el rato o estudiar y a merendar los fabulosos postres de Nana.

Otra de las ventajas de vivir en Nueva York fue que estaba más cerca de Kevin.

Aunque todavía los separaban algunas horas, planearon todo con mucho cuidado. Si su abuela la llevaba a Connecticut en octubre y en febrero (y Nana lo haría, porque le encantaban los romances) y Kevin y ella iban a casa en Acción de Gracias, Navidad y las vacaciones de primavera, podrían verse casi todos los meses. Se escribieron, se enviaron correos electrónicos, hablaron por teléfono y siempre fue igual, siempre fue estupendo. Kevin era divertido, agradable y fiable... Jamás se burlaría de ella. Nunca la rechazaría.

En febrero, ese primer año escolar, Em recibió una llamada de su madre.

—Tenemos una sorpresa maravillosa para ti —le anunció—. ¡Te has convertido en la hermana mayor! ¿Quieres hablar con tu nueva hermanita?

—¿Q-q-qué?

—¿Hola? —dijo una vocecita—. Soy Ángela.

Así que tenía una hermana, Ángela Amarache Demeku Neal, adoptada en Etiopía. Su nombre podría traducirse como «angelical, hermosa, brillante campeona de luz». «Emmaline» significaba, por el contrario, «pequeño rival». Y «trabajadora» Su segundo nombre era Mara, que quería decir «amargo».

Solo unos psicólogos infantiles podían estropear así a su hija.



Ángela tenía diez años. Sus padres biológicos habían muerto mucho tiempo atrás y ella había crecido en un orfanato. Era muy agradable. E inteligente: sabía hablar tres idiomas. Y guapa. Incluso a los diez años destacaban sus grandes ojos exóticos y sus extremidades, largas y elegantes. Era muy amable y llamaba a sus padres «mamá» y «papá», con mayor énfasis en la segunda sílaba: mucho más agradable que «mami» y «papi».

Era difícil no sentirse un poco... desplazada. Sus padres la llamaban para comunicarle la lista de logros y cualidades de Ángela. A veces, Em se preguntaba si la estarían castigando por haberse ido a vivir con Nana, porque parecían querer de verdad a la perfecta Ángela. ¿Quién no lo haría? Ángela adoraba los períodos que Em estaba en casa durante las vacaciones. Le dejaba ramos de flores en la almohada, le metía notitas en la maleta. Durante su primera Navidad con los Neal, le hizo una bufanda preciosa que había tejido ella misma siguiendo la tradición etíope.

Estaba claro que ella también sentía un profundo afecto por su hermanita. No la veía mucho y tardó algún tiempo en acostumbrarse a ella, pero Ángela era estupenda.

Mientras tanto, Kevin y ella quedaron algunas veces. Con él, Emmaline se sentía más ella misma, sus chistes no quedaban interrumpidos en lo mejor por la tartamudez. Con él, podía dejar de hacerse la dura y relajarse un poco. A pesar de que los muchachos de Manningsport eran maravillosos, Em seguía en guardia. Si hacía caso de sus padres, tenía problemas de autoestima.

Pero con Kevin era normal. Su romance continuó mientras estuvieron en el instituto. Los dos fueron a la Universidad de Michigan. Y un día, durante el segundo curso, ocurrió algo milagroso.

En la clase sobre Shakespeare, el profesor dijo a los estudiantes que leerían en voz alta. Solo unas líneas cada uno.

A ella se le detuvo el corazón. Su tartamudez se había aplacado a lo largo de los años, pero todavía aparecía cuando se veía obligada a actuar. El corazón le dio un vuelco y apenas fue capaz de seguir la lectura de *King Lear*. Morgan, el joven que estaba sentado frente a ella, era un buen actor, y leyó con un hermoso acento británico justo la parte del abrazo del malísimo Edmund.

Cuando le llegó el turno de leer las líneas del rey Lear ante el cuerpo de su amada hija, la parte más importante del libro, la tartamudez se frotó las manos huesudas con alegría. La esperaba.

Cerró los ojos, se imaginó a sí misma como Sir Ian McKellan, miró su libro y leyó:

¡Aúllen, aúllen, aúllen, hombres de piedra!

¡Si yo tuviera su voz y sus ojos me serviría de ellos

hasta derrumbar la bóveda del cielo! ¡Se fue para siempre!

No tartamudeó.

Sus palabras habían salido con acento británico, y no había tartamudeado ni una sola vez.

—Muy bien, Emmaline —dijo el profesor—. Meggie, continúa.

Em se dio cuenta de que le temblaban las manos. Una extraña sensación bullía en su pecho.

Era alegría.

A partir de entonces, si sentía que se le bloqueaba la garganta, imaginaba las palabras con un acento, y su cerebro y su garganta se concentraban en los sonidos y se pegaban a ellos como un vehículo pendiente de un control de carretera. Después de tantos años, su problema, el que la había hecho desgraciada, que la había marginado, había desaparecido. Cuando se lo dijo a sus padres, permanecieron en silencio durante un minuto. Aturdidos.

—Es maravilloso —dijo su madre—. Debes de sentirte muy bien.

—Estamos contentos por ti —aseguró su padre en el otro teléfono, dado que siempre le hablaban a la vez.

—Por cierto, estamos divorciándonos —comunicó su madre—. Pero vamos a seguir viviendo juntos. Nada cambiará para Ángela. Ni tampoco para ti.

Un día, un mes más tarde, cuando estaba con Kevin en la cama de matrimonio que él tenía en su apartamento, él estaba extrañamente callado.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Ya no tartamudeas —dijo él después de un largo minuto.

Ella no respondió. No quería tener mala suerte.

—Me resulta un poco extraño —dijo él—. No sé. Los dos teníamos un... defecto cuando nos conocimos. Ahora el tuyo ha desaparecido.

—Bueno, nunca se sabe. —Hizo una pausa, sintiéndose casi culpable—. Está ahí. Acechando, como si estuviera esperando para volver.

Él suspiró.

—Bien. Supongo que es bueno.

Hubiera sido más agradable, pensó más tarde mientras caminaba bajo el viento hacia su propio apartamento, que se hubiera mostrado encantado. Después de todo, pocos sabían tan bien como Kevin de qué manera la paralizaba la tartamudez, cómo suponía para ella una prisión invisible.

Pero lo entendía. Kevin tenía miedo.

Kevin sabía que no había perdido lo que le había convertido en un marginado. Seguía estando gordo. De hecho, era obeso. Cuando lo conoció, tenía quizá quince kilos de sobrepeso, pero había ganado unos veinticinco más en Choate.

El peso siguió aumentando al llegar a la universidad.

Aunque nunca le dijo lo que pesaba, calculaba que eran unos cincuenta kilos por encima de los que debía pesar.

Quizá más.

Jamás hablaba de perderlos. Con otras personas, Kevin reconocía con alegría que estaba gordo, o más bien que era un tipo grande. Le gustaba la comida, le encantaba comer, y no se trataba precisamente de comida basura y *pizza*, aunque tampoco se abstenía de comerlas. Él había cocinado para ella y sí: el plato de Kevin era enorme. Pero a Em también le gustaba comer, y lo último que quería era emitir un juicio o hacerlo sentir poco atractivo. Kevin sabía que le sobraba peso. No era un secreto.

Además, lo amaba. Se sentía realmente atraída por él. Por sus preciosos ojos oscuros, por su sonrisa y su risa, que era absolutamente contagiosa. Y besaba muy bien.

Pero a medida que seguían en la universidad y luego en la escuela de Derecho y veía que seguía ganando peso, se preocupó.

Los dos fueron a Malibú de vacaciones ese año y Kevin tuvo que adquirir un asiento adicional en el avión. Tenía la cara roja como un tomate, pero lo cierto era que ocupaba dos plazas.

Él no le habló durante todo el vuelo.

—Cuando regresemos me voy a apuntar a un gimnasio —comentó en el automóvil.

—Me parece muy bien —respondió ella con calma—. Yo también lo haré si quieres. Sería bueno para los dos.

Él gruñó.

Y lo hicieron. Kevin fue una vez y Em cinco. Luego lo dejó, preocupada de no estarle ayudando. Además, ella corría casi diez kilómetros un par de veces por semana, incluso en invierno. Como siempre, era una mujer grande: medía más de uno setenta y cinco, tenía músculos, un buen trasero y bastante relleno. Tenía una cuarenta y cuatro (a veces cuarenta y seis) de talla, que allí se consideraba bastante normal. En Malibú, la L no le servía.

Kevin se graduó en la facultad de Derecho y aceptó una oferta muy buena de una gran empresa. Los dos se quedaron en Ann Arbor, una pequeña ciudad que les parecía preciosa. Em había conseguido un agradable puesto en un periódico, donde trataba de mejorar su estilo narrativo escribiendo esquelas y comprobando horarios de películas de las que más tarde hacía críticas.

Le resultaba extraño y emocionante ser capaz de pedir una bebida y pagar la cuenta, hablar sobre compañeros de trabajo e ir a comprar un sofá. A los dos les gustaba su trabajo y consiguieron ascender, se mudaron a un apartamento más agradable y parecían estar bien encaminados para convertirse en adultos hechos y derechos.

Kevin se declaró en un restaurante italiano, ante un plato de berenjena con parmesano y pan de ajo, tras conseguir apoyar una rodilla en el suelo para ofrecerle el anillo. Ella le dijo que sí al instante y le dio un beso. Tuvo que ofrecerle la mano para que se levantara, pero lo disimuló bastante bien tirándole del brazo. Los demás clientes del restaurante les aplaudieron con educación, pero Em alcanzó a ver algunas miradas perplejas.

«Es maravilloso, imbéciles —pensó mientras sonreía—. Es el hombre más tierno que he conocido nunca.»

Y lo era.

Pero también era perezoso, poco saludable y podía convertirla en viuda al poco tiempo.

Así que Emmaline cometió el error que cambió su vida.

Se apuntó al SweatWorld, el gimnasio más cercano a su apartamento. Jamás le habían gustado los gimnasios, prefería correr, pero Kevin lo odiaba (y no porque lo hubiera intentado demasiado a lo largo de los últimos años).

SweatWorld era uno de esos horribles lugares con la música demasiado alta, espejos y máquinas complicadas.

Ella había planeado aprender lo que pudiera y luego sugerir a Kevin con suavidad que le diera una oportunidad y utilizar la boda como aliciente. Habían fijado la fecha para junio, y estaban en agosto. Quedaba casi un año para que recuperara su salud y luego se mantuviera en forma, porque ella había amado a ese hombre desde que estaban en octavo y no estaba dispuesta a perderlo.

Pero ella odiaba el gimnasio. El olor a sudor, a las toallas empapadas en lejía que utilizaban para limpiar las máquinas, los ruidos metálicos de los pesos y los gruñidos humanos, el zumbido de la clase de *spinning* y los gritos del personal.

Evitaba a una mujer en particular. Una entrenadora de músculos que se llamaba Naomi Norman que se la quedaba mirando cuando corría en la cinta. El *modus operandi* de Naomi era gritar a sus clientes utilizando palabras de ánimo como: «¡No seas nenaza! ¡Pon en marcha ese culo gordo!»

Se rumoreaba que Naomi había sido militar, convicta, profesora de gimnasia y criada por los lobos. Todo parecía verdad. Em, con los auriculares firmemente puestos en las orejas, fingía no verla cuando estaba por su zona. Cuando hablaba con alguno de los empleados de SweatWorld para pedirle ayuda, se aseguraba de que fuera alguien agradable.

Después de un mes, propuso a Kevin que la acompañara, y utilizó para ello a Naomi.

—Cariño, tienes que venir conmigo. ¿Sabes esa mujer de *The Biggest Loser*?

—La verdad es que no —dijo Kevin sin levantar la vista del papel.

—Bueno, Naomi es como ella, solo que con almorranas más grandes. Es el mal. Me da miedo.

—Tienes que ir a otro gimnasio. —Kevin se levantó para servirse más café. Añadió leche entera, no la desnatada que ella le había comprado.

—Bueno, este está a un par de manzanas de aquí. Tienes que venir un día, cariño. Para protegerme de Naomi.

Él sonrió.

Y ese fue el comienzo.

Ella sabía que a Kevin no le gustaba su exceso de peso. Sabía que tenía alta tanto la presión arterial como el colesterol. También sabía que era consciente de que debía perder kilos y por qué.

Y diciéndoselo no iba a conseguir nada.

Un par de semanas más tarde, una tranquila mañana de domingo, le lanzó el cebo. Cuando estaban terminando de desayunar (tortitas con beicon..., demasiado beicon).

—Cielo, ¿por qué no me acompañas hoy al gimnasio?

—Estoy muy ocupado —respondió él al instante. Y era cierto: su trabajo como abogado de una corporación lo mantenía en su despacho hasta altas horas de la noche y lo absorbía también todos los fines de semana.

Ella le cubrió la mano con la suya.

—Kev, te amo. Lo sabes. Y estoy deseando casarme y tener hijos contigo y todas las demás cosas buenas. Pero quiero que nuestra vida en común sea larga y feliz... y bueno... Me preocupa que no podamos si no estamos saludables.

Sabía que no debía utilizar expresiones como «dieta», «control de las porciones», «más ejercicio» o similares. «Céntrate en la salud y el amor», decían los libros al respecto. Había leído docenas de artículos sobre el tema. Lo llamaban «intervenciones de obesidad» y se encogía un poco ante la frase.

Kevin la miró durante un buen rato. No había dolor en sus ojos, pero los de ella se llenaron de lágrimas.

—Es que no quiero que te pase nada malo, cariño —susurró.

—Podría atropellarme un autobús al cruzar la calle —replicó él en tono defensivo.

—Lo sé. Y a mí también, pero...

—Estupendo. Iré.

—¿De verdad? ¡Eso es estupendo!

—No pienso prometerte nada. Iré solo una vez.

—Gracias. —Ella le dio un beso y él sonrió. Su dulce Kevin, el tipo más agradable del mundo. Antes lo llevó a la cama, para demostrarle cómo se sentía. Sí, era un hombre grande, pero se sentía a salvo con él. Sobre todo cuando después apoyaba la cabeza en su pecho y él la rodeaba con un brazo.

Tuvieron que ir a comprar unos pantalones de deporte que le sirvieran, y Emmaline se horrorizó de lo grandes que eran. Su peso se había ido repartiendo, diez kilos aquí y cinco allí y, de alguna manera, Kevin estaba inmenso.

Cuando se dirigieron al gimnasio, él parecía tranquilo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Estoy repugnante.

—¡Oh, Kevin! ¡De eso nada! —Le apretó el brazo—. Cariño, tienes una constitución fuerte y sí: pesas mucho. Pero estamos haciendo algo al respecto. ¿De acuerdo?

Él hizo un gesto, abatido.

Em le sostuvo la puerta sin dejar de charlar con la esperanza de que la diosa Naomi no estuviera por allí. Su objetivo era que él caminara un poco en una de las cintas de correr, hacer que le resultara divertido, charlar sobre la boda, tratar de mantenerlo distraído, porque Kevin odiaba hacer ejercicio (obviamente). Por doloroso que pudiera ser, a lo mejor aquello funcionaba.

Kevin se registró como invitado de Em, firmando la renuncia a cualquier responsabilidad que hacían firmar a las personas que marcaban en la balanza más del treinta por ciento de su peso ideal.

Él pesaba casi el doble de lo que debería, según les dijo un tipo flaco y musculoso con los dientes blanqueados. Su peso ideal serían unos ochenta y cinco kilos. Pesaba ciento sesenta.

—Es fantástico que estés aquí —dijo el hombre—. ¡Enhorabuena!

Kevin murmuró una respuesta. No la miró a los ojos cuando se dirigieron a las cintas de correr, pasadas las máquinas de pesas y musculación que gemían por los esfuerzos de los usuarios. Cuando llegaron, Kevin tenía la respiración entrecortada.

Em sabía que estaba muriéndose por dentro. Sonrió y puso la cinta de correr a la velocidad más baja.

—Solo tienes que caminar.

Kevin no respondió. Subió un poco la velocidad y empezó a correr.

Ella sabía que no sería capaz de mantener ese ritmo. Era demasiado, demasiado pronto.

En efecto, un minuto más tarde, tuvo que reducir la velocidad. Fingió no darse cuenta y siguió caminando, aunque si hubiera estado sola estaría corriendo a los habituales once kilómetros por hora.

Entonces vio a Naomi.

La entrenadora llevaba unos pantaloncitos de lycra minúsculos y un sujetador deportivo. Sus brazos eran torneados, perfectamente definidos, con músculos elegantes, y tenía el estómago plano y firme, pero no demasiado marcado. Largas piernas bronceadas. Su cuerpo era perfecto. No demasiado musculoso..., simplemente perfecto. No había otra palabra para describirlo.

Y era el mal personificado, porque su expresión cambió cuando su mirada se detuvo en Kevin. Se puso las manos en las caderas y se paseó ante él muy despacio, entrecerrando los ojos.

—¿Qué haces en mi gimnasio? —preguntó a Kevin en tono mortífero—. En serio, ¿qué mierda haces en mi gimnasio?

A su alrededor, la gente se quedó en silencio.

—¿Cómo te atreves? —intervino Emmaline—. Basta, Naomi.

—¿Este es tu hombre? ¿Estás aquí para solidarizarte con él? ¿Eh?

Kevin se puso todavía más rojo.

—Pues lo cierto es que sí —soltó Em entre dientes—. Está aquí. Ha dado el primer paso, así que cállate.

—¿Qué tierno! —se burló Naomi—. Supongo que es ella la que lleva los pantalones en casa, ¿no, gordo?

El silencio ahora era mortal.

—Voy a presentar una queja —protestó Em—. No puedes hablarnos de esa manera.

—De acuerdo —repuso la entrenadora—. Veamos, ¿es cierto o no?

—Cállate —murmuró Kevin.

—Sí —apostilló Em—. Cállate, Naomi.

—Estaba hablándote a ti —dijo él.

Emmaline se detuvo, pero tuvo que volver a correr para evitar que la cinta la tirara.

—Eres repugnante —se cebó Naomi con los ojos clavados en Kevin—. ¿Sabes la cantidad de grasa que tienes ahora mismo? Grasa resbaladiza, amarilla y asquerosa.

Ah, espera, es que eres «de constitución grande», ¿verdad? Eres un tipo grande. ¿No es eso lo que te dice la gente? ¿Lo que te dice ella? ¿Que tienes un metabolismo lento? ¿Un problema de tiroides? Gilipolleces.

—Tengo un problema de tiroides —murmuró él.

—Sí, ya, claro. Eres un gordo perezoso, adicto a la comida y me pones enferma. Eres tú el que te has hecho esto. El que te ha convertido en un ser repugnante.

—Tengo un trastorno alimenticio —añadió Kevin con suavidad.

—«Tengo un trastorno alimenticio» —lo imitó ella—. No, no lo tienes. Lo que no tienes es control, respeto a ti mismo. Te estás mintiendo. Apuesto a que ella también te miente. «Te quiero tal como eres, cariño.» ¿Verdad? —Naomi miró a los demás miembros del gimnasio, que miraban el espectáculo con descaro—. Bien, ¿sabes qué? Aquí todos te miran y piensan que eres grotesco. A nadie le importa tu sentido del humor y tu buen carácter.

—¡Eso no es cierto! ¡Basta! —gritó Emmaline.

—Cierra la boca —gruñó Kevin entre dientes.

Él jamás le había dicho nada así. Nunca.

Naomi se acercó y apretó el botón de parada en la cinta de Kevin. Estaba bañado en sudor; los siete minutos que había pasado caminando eran el mayor ejercicio que había hecho en mucho tiempo.

—Vete —le espetó la entrenadora—. Vete a casa, pedazo de grasa. Pide una *pizza*. Apuesto lo que quieras a que tienes el número de Domino's en las marcaciones abreviadas.

La noche anterior, Em había hecho una abundante ensalada con pollo a la plancha, pero Kevin tenía un apetito tan enorme que al acabar pidió una *pizza*. Con extra de queso.

Y ahora estaba allí, con la cabeza gacha.

—¿Quieres perder peso, pedazo de grasa? No ocurrirá si solo te subes a la cinta dos veces a la semana. ¿Crees que atravesar esa puerta es suficiente? De eso nada.

Para eso, ni siquiera lo intentes.

—¡Dios! —jadeó Emmaline—. Vámonos de aquí, cariño. Hay muchos otros...

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Kevin.

Naomi sonrió.

—Cada jodida cosa que yo te diga.

Aquello iba contra lo que decían los libros de autoayuda. Contra todo lo que decían sus padres. No se debía intimidar. No se debía humillar.

Kevin se apuntó al gimnasio para los siguientes seis meses, pagando por adelantado dos horas de entrenamiento personal al día.

—¿Por qué? —inquirió ella mientras regresaban a casa en el automóvil—. No lo entiendo, Kevin.

—Ella me ha dicho la verdad —repuso él, sin mirarla.

Al llegar a casa, lo vio ir directo al cuarto de baño y abrir la ducha. Un minuto después, lo oyó llorar. Se le rompió el corazón, pero él no le abrió la puerta cuando llamó.

Kevin no comió nada el resto del día.

Cuando Em regresó del trabajo al día siguiente, él no estaba allí. Le envió un mensaje que él no respondió. Alrededor de las nueve, entró por la puerta, sudoroso y con la cara roja. Llevaba una nueva bolsa de deportes SweatWorld en la mano.

—¡Hola! —lo saludó—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

—Mmm... cariño, me alegro de que te hayas decidido a hacer esto, pero ¿de verdad piensas que Naomi es la persona indicada para guiarte?

—Sí. Lo creo. Gracias.

Tres días después, Kevin llegó del gimnasio con una lista en la mano y, sin más preámbulos, comenzó a abrir las alacenas y a tirar todo lo que contenían a la basura, haciendo ominosos sonidos de disgusto al leer las etiquetas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, recuperando una lata de sopa de pollo—. ¡Venga ya! Ni siquiera está abierta.

—Es veneno —dijo él—. Mira el porcentaje de sodio. —La miró de forma condenatoria. Después de todo, había sido ella la que había hecho la compra. Luego agarró un frasco de salsa tailandesa y lo tiró a la basura.

—Está bien, cariño, podemos donar esos alimentos a un refugio. Pero ¿por qué no me dices lo que está pasando? —Vio cómo él tiraba una caja sin abrir de Special K, que ella recuperó. Le encantaban los cereales—. ¿Vamos a llevar una dieta sin gluten?

—Sí. Y sin azúcar ni leche.

—¿Y qué queda? —preguntó, tratando de hacer una broma.

Él se volvió hacia ella.

—¿Crees que esto es gracioso? Mírame, doy asco.

—No, Kevin, no das asco.

Él puso los ojos en blanco y siguió arrasando la despensa.

Aquel fin de semana, Kevin tuvo tantas agujetas que apenas podía ponerse los pantalones. Pero no por ello dejó de acudir al gimnasio.

—Naomi dice que el dolor es la debilidad que sale del cuerpo —aseguró.

Ella lo acompañó, pero Naomi ni la miró, porque prefirió ponerse a gritar a Kevin y llamarlo «perezoso», «desertor» y «babosa». Em tuvo que ir al baño de señoras dos veces a llorar.

—Creo que sería mejor que fuéramos al gimnasio a horas distintas —le sugirió él de camino a casa—. Te agradezco el apoyo, pero tengo que concentrarme.

—Pero... bueno, claro. Haré lo que sea mejor para ti, cariño. Lo que dé mejor resultado.

—Gracias —respondió él al tiempo que le apretaba la mano.

Naomi fue con Kevin al supermercado y, cuando Em vio el ticket, soltó un grito: dos bolsas de alimentos orgánicos sin gluten, sin lactosa y sin azúcar que costaban más de lo que gastaban en comida para un mes.

A partir de entonces, fue lo único que él compró. Comía solo proteínas sin grasa y verduras, que acompañaba con batidos hechos con unos polvos verdes y leche de soja. En casa comenzó a verse quinoa, lino y germen de trigo. Se hacían tortillas con clara de huevo y brócoli crudo, se cocinaba pescado a la plancha y pimientos rojos. Él hizo ayuno, limpiezas y purgas. El baño olía fatal. El deseo sexual se redujo.

Y todo lo que él decía comenzaba con «Naomi dice...». Y sus frases incluían términos como «carga calórica», «tejido adiposo», «ejercicio anaeróbico», «comidas disociadas»... Y solo hablaban de eso. Bueno, era lo único lo que hablaba Kevin.

Sin embargo, comenzó a perder peso.

El primer mes perdió cuatro kilos. El segundo, cinco. En diciembre tuvieron una discusión descomunal, porque ella quería hacer galletas de Navidad para enviárselas a sus padres y a Ángela. Kevin afirmó que no podía «arriesgarse» a que cocinara algo que no fuera su pan de dieta.

Ella hizo las galletas de todas formas mientras él estaba trabajando, las metió en una caja y la cerró con cinta de embalaje antes de poner la dirección. Luego se fue a correr. Cuando regresó a casa, se encontró el paquete abierto y a Kevin furioso. Había comido al menos una docena de galletas y, según le dijo, era culpa de ella. Em lo había tentado cuando estaba en una fase vulnerable. ¿Eso era ser solidario?

—Mira, yo he hecho galletas para mi familia —se defendió Em con frialdad—. No me di cuenta de que suponían una tentación.

—No me hagas reír. Acabarás llorando sobre mi tumba como no me apoyes.

—¡Te apoyo! ¡Por Dios! Comienzo a hartarme de esa palabra.

—Tengo que irme al gimnasio —dijo él con aire de mártir—. Y voy a tener que ayunar durante tres días. Por favor, que el resto de las galletas no estén en casa cuando vuelva.

—Por el amor de Dios —murmuró ella—. De acuerdo. —Suspiró y luego lo abrazó—. Lo siento. Te amo y estoy muy orgullosa de ti, lo sabes, ¿verdad? No me había dado cuenta de que ya no podía cocinar para los demás.

—Soy un adicto —explicó él—. Por favor, sé más respetuosa con mis problemas.

Ese mes, Kevin solo perdió dos kilos. Según le dijo, fue culpa de ella, por llevarlo a la fiesta del periódico y dejar que Ángela y su madre hicieran el desayuno de Navidad.

El gimnasio se convirtió en el lugar favorito de Kevin, y las largas horas que antes pasaba de forma inapelable en el bufete se convirtieron en tardes en el gimnasio, donde entrenaba cada vez que le apetecía. De hecho, al ver que estaba cuidándose, sus socios se sintieron tan emocionados como ella.

Pero apenas lo veía, y cuando lo hacía, lo único de lo que hablaban era de alimentos y ejercicios.

No podían salir a comer con amigos porque la tentación era demasiado grande. Si ella salía con sus amigos o compañeros de la universidad, Kevin le pedía que no llevara las sobras a casa. No podían ir al cine. Noche tras noche, se quedaban en casa, y Kevin acababa durmiéndose en el sofá, agotado después de entrenar.

De vez en cuando, corrían juntos, pero Kevin planificaba la ruta con detalle, porque no quisiera Dios que pasaran por delante de una panadería o de un vendedor de perritos calientes.

—Naomi dice que me costará un año fortalecer mi voluntad —comentó Kevin mientras corrían por un polígono industrial abandonado a las siete de la mañana de un sábado—. Hasta entonces, tengo que tener mucho cuidado.

Emmaline lo apoyaba comiendo lo mismo que él, sin comprar nada que no estuviera en la lista que Naomi había aprobado. Ni siquiera hacía contrabando de Ben & Jerry's, a pesar de lo mucho que echaba de menos el helado.

Kevin había pegado frases de Naomi en el frigorífico que hacían que comer en casa se convirtiera en un acto culpable.

«Lo que comes en privado, lo muestras en público.»

«Los abdominales se consiguen en la cocina.»

«No destroces tu entrenamiento con comida.»

«No te preguntes si puedes: hazlo.»

«No hay nada tan satisfactorio como estar delgado.»

Em no estaba de acuerdo con la última frase. Sin duda, el Ben & Jerry's era mucho más satisfactorio que estar delgado. No es que ella lo estuviera, pero tampoco estaba gorda.

Todavía no.

Según Kevin perdía peso, la comida se volvió más seductora que nunca para Emmaline. No podía pensar en otra cosa. El tiempo comenzó a convertirse en las horas que faltaban hasta que pudiera comer. Dormía pensando en la comida, y tan pronto comía, se ponía a pensar en cuándo podría volver a hacerlo.

Aunque siempre se había llevado un yogur y una manzana para el almuerzo, empezó a hacer una comida más copiosa en el trabajo. Un bocadillo de carne y queso, hamburguesas, nachos, sopa de pescado y el revuelto completo de Big Boy. Deseaba comer tarta de cerezas, una especialidad de Michigan.

Un día, cuando llegó a casa del trabajo, se encontró allí a Kevin. Algo raro desde que había descubierto el gimnasio.

—¡Hola, cariño! —lo saludó con vitalidad, dejando caer el bolso al suelo.

—¡Hola, guapa! —dijo, abrazándola y, por un segundo, ella sintió una oleada de amor y nostalgia que casi la hizo tambalearse. Ella lo apretó con fuerza y notó que ahora podía tocar una mano con otra. Él estaba derritiéndose de verdad.

De pronto, Kevin dio un paso atrás.

—¿Intentas matarme o qué? —espetó.

—¿Qué?

—¡Tú! ¡Hueles a...! Has ido a tomarte un perrito caliente a Ray's —la acusó.

Lo decía como si acabara de merendarse un bebé de panda.

—Culpable, señoría.

—No me parece divertido, Emmaline —replicó él, que de pronto parecía un alumno de guardería—. Apesta a Diablo Dogs.

—Bueno, me he tomado dos, Kevin. ¿Qué pasa? Denúnciame. —El puesto de perritos calientes era un icono en Ann Arbor y, en los viejos tiempos, Kevin y ella iban allí a menudo.

Él la miró, agarró su bolsa de deportes y se dio la vuelta.

—¡Oh, por el amor de Dios, Kevin! —le gritó cuando ya bajaba las escaleras—. ¡Yo no estoy a dieta! ¡Tú sí! Creo que puedo salir a comer.

Kevin no volvió a casa esa noche.

Por primera vez.

Em no quiso especular sobre dónde podía estar.

Por el contrario, fue a la tienda y compró una tarrina de Ben & Jerry's y se la comió entera. Sabor a cacahuete. Y le resultó realmente deliciosa.

Cuando Kevin regresó a la noche siguiente, lo arreglaron. Más o menos.

En marzo había perdido ya treinta y cinco kilos, y ella se fijó en algo una noche, mientras él dormitaba en el sofá, agotado tras la dura jornada en el gimnasio que Naomi había planificado para él.

Kevin era guapísimo.

Siempre lo había considerado bien parecido. Pero ahora su cara estaba despojándose de la grasa que le cubría las mejillas y la papada. Notó que tenía buenos pómulos y la mandíbula cuadrada. Sus ojos cerrados parecían más grandes, y las pestañas eran como manchas oscuras sobre sus mejillas.

Ojalá a ella le siguiera gustando como antes.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se... divirtieron. O que mantuvieron relaciones sexuales. O relaciones sexuales divertidas.

«Es solo una etapa —le dijo su conciencia—. Sigue siento tu Kevin.»

Pero no lo era.

Antes, Kevin era tolerante, divertido, tierno y amable. Ahora era superficial, obsesivo y... mezquino. No había otra palabra para él.

Ahora, él odiaba a la gente gorda. La miraba asqueado. Chasqueaba la lengua en señal de desaprobación. También odiaba a las personas que se ponían un *bypass* gástrico.

—Son unos tramposos —acusó una noche cuando estaban viendo en las noticias a un tipo que había perdido ciento treinta kilos—. Los volverá a ganar. La salud es como el matrimonio. No se puede engañar y esperar que funcione. —Una de las citas de Naomi.

—Hablando de matrimonio, cariño —comenzó ella, pero sonó el teléfono. Era Naomi, que estaba viendo al «tramposo» en la televisión.

Un día, cuando estaban esperando en la cola para entrar a un concierto en la universidad, vio a un niño gordito, de unos ocho o nueve años.

—No tienes por qué estar así —le dijo—. Yo también estaba gordo.

—¡Kevin! —le advirtió ella—. ¡Basta!

—No le está haciendo ningún bien al darle toda esa comida basura —acusó él a la madre del niño, y ella le mostró el dedo índice.

—Cariño, no puedes ser tan crítico —le aconsejó ella más tarde—. Sé que deseas ayudar, pero no es la manera adecuada.

—¿Quieres decir que debo dejar que su madre lo convierta en un diabético? —se defendió.

Tenía su parte de razón. Pero su razón no estaba respaldada por la bondad.

Cuando Naomi le dio luz verde para comer en público, Emmaline casi lloró de alivio. Por fin, se dijo, vamos a recuperar la vida normal. Claro que comía mucho más sano (con excepción de los atracones secretos que ella se daba a solas). Pero no podía salir a comer ni ir a casa de unos amigos a cenar... ¡era muy complicado! Por fin, pensó, podrían ser normales. Salir a cenar, ver una película. Hablar.

Aquella noche, Em se sentía feliz. Se puso un vestido, se maquilló con esmero y se dejó el pelo suelto, porque a Kevin le gustaba así. El restaurante era francés, muy romántico, con velas encendidas y un camarero con voz suave y atractiva.

—¿Qué le apetece beber, *mademoiselle*? —preguntó.

—Me gustaría una copa de pinot noir —dijo Em. Kevin la miró, y ella esperó que él también pidiera uno. Estaba nervioso, pobre, al estar en un restaurante por primera vez desde hacía meses.

—¿Y usted, *monsieur*?

Desde la mesa de atrás, alguien se aclaró la garganta dos o tres veces. Emmaline se dio la vuelta y miró en esa dirección.

Se trataba de Naomi, que tenía los ojos clavados en Kevin.

—Un agua fría —pidió Kevin secamente—. Y no queremos pan.

—Por favor —agregó Emmaline. Se volvió otra vez hacia Naomi—. Hola. ¿Quieres unirse a nosotros?

—Has pasado la primera prueba, Kev —lo felicitó Naomi, haciendo caso omiso de ella—. Lo estás haciendo muy bien. ¿Qué ves en el menú que puedas tomar?

Em suspiró.

Y así fue la cena. Naomi tosía o carraspeaba ante cada respuesta incorrecta. ¿Ensalada verde? ¿Y qué tipo de acompañamiento podía añadir? (Cof, cof.) ¿Sin acompañamiento? Muy bien. ¿Salmón a la plancha? (Cof, cof.) Mejor pescadilla. Coles de Bruselas (cof, cof) sin sal, sin aceite. Sin patatas.

—Tomaré lo mismo que él. —Em soltó un suspiro. No sería justo pedir pato asado con pudín de Gruyere y espárragos glaseados con mantequilla. Y ya podía olvidarse del *soufflé* de chocolate que parecía hacerle guiños desde el menú de postres. De todas formas, había ganado algunos kilos durante el invierno, y los vaqueros le apretaban un poco. Una vez dicho eso, oyó que la mujer de la mesa contigua canturreaba algo cursi sobre el delicioso olor de su comida y notó que le gruñía el estómago.

Naomi se acercó y se inclinó para decirle algo a Kevin al oído poniendo el trasero ante la cara de Em.

—Mira a tu alrededor, Kev —susurró—. ¿Quieres que te dé un ataque al corazón como puede ocurrirle a esos?

Em asomó la cabeza por encima de las perfectas nalgas de Naomi. No vio a nadie anormal. Sus ojos se detuvieron en una pareja de mediana edad, de constitución bastante normal. El camarero les llevaba el postre.

—¿Un trozo de tarta? Son casi quinientas calorías. Setenta gramos de grasa —puntualizó Naomi—. Si sacaras una foto de tu corazón después de comer esa mierda, Kev, verías que los músculos bombean más despacio, atrofiados por la grasa. —Kevin parecía hipnotizado.

—En realidad no es así —murmuró Em. Ninguno de los dos le hizo caso.

—Una copa de champán por cuenta de la casa —invitó el *maitre* a la pareja—. ¡Feliz aniversario! Y gracias por compartirlo con nosotros. ¿Cuántos años llevan juntos?

—Veinticinco —respondió la mujer, sonriendo. Era una pareja de aspecto agradable y parecían muy felices juntos, con las manos entrelazadas mientras sonreían.

—Esos dos tendrían que despojar sus gordos traseros de toda la grasa que les sobra y moverse un poco —continuó Naomi—. Pero no: aquí están, poniéndose morados.

—¡Ya está bien! Gracias, Naomi. Ha sido un placer verte —la interrumpió Emmaline.

—Tiene razón, Em —aseguró Kevin.

—Pero ¿qué es de la vida sin un poco de tarta de queso de vez en cuando? —replicó ella con una sonrisa—. Solo de vez en cuando, por supuesto.

—¿Ves? Esa es la actitud que te mantendrá gordo, Kevin. La actitud que hará que la gente te mire, preguntándose por qué ese gordo sebosos no se mira en el espejo de vez en cuando y se da cuenta de lo repulsivo que...

—¡Basta! —dijo Emmaline—. Por favor..., Naomi. Kevin y yo estamos cenando, agradecemos que lo estés ayudando a recuperar la salud, pero basta. Estás siendo cruel.

—Está siendo sincera —la defendió Kevin con vehemencia.

—Buena, pero también está siendo mala, desagradable y odiosa —espetó Em—. ¿Quién quiere vivir como ella? Todo el día metida en el gimnasio. Sin disfrutar de una comida, bebiendo esos batidos asquerosos. Yo prefiero ser como ellos. —Señaló a la pareja—. ¡A mí no me parecen gordos!

Huy.

El restaurante se había quedado en silencio, la pareja de aniversario se había quedado paralizada, el hombre con un trozo de tarta de queso a mitad de camino de su boca.

Naomi arqueó una ceja y regresó a sus raciones carcelarias.

Kevin pidió la cuenta. No habló con ella en el interior del automóvil, ni siquiera cuando trató de quitarle importancia a lo ocurrido. Cuando llegaron a casa, él entró en su habitación y cerró la puerta. Un segundo más tarde, lo escuchó hablar por teléfono.

—Hola, Naomi. Soy yo...

\* \* \*

Cuando Kevin había perdido cincuenta kilos le dijo a Emmaline que quería hablar con ella.

—Creo que deberíamos romper —le dijo con calma—. Mi vida está tomando un rumbo diferente y tengo que centrarme en ello. —No la miró a los ojos.

—Vamos a casarnos dentro de dos meses —susurró ella.

De nada sirvió todo lo que le dijo. Trató de no llorar y no pudo. Trató de no suplicar y falló también.

—Tú no me apoyas —la acusó él, y sus palabras chorrearon como mantequilla derretida.

—Claro que te apoyo —negó—. Sabes que lo hago.

—No, no lo haces. Sigues hablando de mi antiguo yo.

—¡Echo de menos a tu antiguo yo! ¡Kevin, eras más feliz! No estoy hablando de que estuvieras gordo. Es que eras más divertido, más feliz, y disfrutábamos más de todo. Ahora solo vas al gimnasio y cuentas calorías. ¡Eso no es vida!

—Naomi dice...

—¡Por favor! No me sueltes otra de las famosas citas de Naomi. ¡No cuando estás rompiendo conmigo! —Comenzó a sollozar—. Kevin, te amo desde que tenía trece años.

—No me conoces.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Em, no lo vas a entender nunca. Por fin soy la persona que siempre quise ser. Y lamento que no te guste. No me digas que vuelva a ser como antes.

—¿No puedes estar sano y seguir siendo tierno, Kevin? Eras la mejor persona que yo..

—Sí. Tenía que serlo para que la gente no me odiara.

—Nadie te odiaba, Kevin. Nadie odia a otra persona por tener sobrepeso.

Él puso los ojos en blanco.

—De acuerdo. Mira. Lo siento, ¿de acuerdo? Pero no puedo ser yo de verdad mientras siga contigo. Estás frenándome.

Ella se secó los ojos con el dorso de la mano.

—K-Kevin, p-por favor.

La tartamudez había regresado y puso una sonrisa en el rostro de él.

Había vuelto. La gordura de Kevin estaba desapareciendo, y después de muchos años ausente, su tartamudez había aparecido de nuevo.

Kevin la miró amablemente.

—Te voy a decir una cosa por tu propio bien, Emmaline —le dijo con ternura—. Has ganado peso el último año. Es posible que tengas que vigilar lo que comes.

\* \* \*

Y ya está. El Kevin que había amado, el que había hecho tolerable el pasado, el que la había amado cuando sus palabras estaban prisioneras, se había marchado deslizándose como una serpiente.

Se mudó con Naomi.

Ella le escribió una carta, incapaz de reprimirse. Estaba llena de frases como «Jamás dejaré de amarte», «No lo entiendo» y «Por favor, danos otra oportunidad». Todas esas horribles y desgraciadas frases degradantes que sus amigas le decían que no dijera. Él no respondió.

Pero cuando acabó de verdad, regresó a Malibú para darle la noticia a su familia.

—Kevin y yo lo hemos dejado —dijo esa noche sentada ante la mesa de la cocina con sus padres (que no se hablaban, pero todavía vivían juntos) y Ángela, que había llegado de visita desde la Universidad de Stanford, donde estaba haciendo el doctorado en Astrofísica.

—Sabíamos que iba a ocurrir —aceptó su madre sin problemas—. Pero yo te acepto tal y como eres.

—Y yo te quiero incondicionalmente —dijo su padre para no ser menos.

—Mmm... gracias —respondió ella—. ¿A qué os referís?

—Siempre lo hemos sabido —añadió su padre.

—¿El qué?

Su madre le acarició la mano.

—Que eres gay, cariño.

Ella parpadeó.

—No soy gay.

—No es necesario que finjas, Emmaline. A tu padre y a mí no nos importa tu orientación sexual. —Le entregó un pañuelo.

—Tu madre y yo estuvimos cenando con los Bates la otra noche —anunció su padre—. Nos hablaron sobre la pérdida de peso de Kevin. Es maravilloso, ¿verdad? —El bueno de su padre, siempre tan despistado...

—Me gustaba más Kevin cuando estaba gordo —intervino Ángela—. Lo lamento mucho, Emmaline. —La perfecta Ángela, que siempre decía lo correcto.

Em regresó a Ann Arbor y se encontró con que el periódico reducía la plantilla. Se había quedado sin trabajo.

Nana les había dejado a ella y a Ángela su pequeña casa en el testamento. Habían planeado alquilarla, pero ahora parecía un regalo caído del cielo.

El diario de Manningsport tenía un empleado. Pero aunque hubiera una vacante, Em solo podría cubrir reuniones municipales y conciertos escolares.

Había un puesto vacante en el departamento de policía, donde trabajaban un agente a tiempo completo y otro a tiempo parcial. Levi Cooper, el jefe, había asistido al instituto un año después que ella. Era uno de los chulitos del equipo de fútbol americano. Ahora, ya adulto, era un veterano del ejército, un hombre malhumorado que hacía bien su trabajo.

Em se dio cuenta de que las personas confiaban en ella cuando la llamaban para contarle sus problemas.

—Oh, Emmaline. Hola, cielo. Mi marido no ha llegado a casa, y aunque no me gusta comportarme como una neurótica, creo que Levi podría pasarse por casa de Suzette Minor y ver si está allí la *pickup* de Bill. Ya sabes cómo es Bill, ¿verdad? Bueno, no es el perro más fiel del trineo.

Un día, entró una mujer en la comisaría y se presentó como Shelayne Schanta, y le dijo que iba a formar un club de lectura. Le preguntó si podía poner un anuncio en el tablón del departamento.

—Mi prometido me dejó por mi tía, ¿puedes creerlo? —dijo—. Tengo que encontrar algo que hacer en mi tiempo libre.

—El mío cortó conmigo hace seis meses —se oyó decir Em.

—¿Te engañaba?

Siempre había afirmado que no, pero incluso aunque no se hubiera acostado con Naomi antes de dejarla, le había sido infiel emocionalmente, entregando toda su confianza, atención y tiempo a otra mujer. Además, acababa de salir el suplemento de la revista *People*, *Half Their Size*, y Em (y el resto del mundo) pudo leer lo que Kevin pensaba realmente de ella. Eso era infidelidad suficiente.

—Creo que sí.

—Bienvenida al club —dijo Shelayne—. «Amargadas y traicionadas.»

El nombre se quedó, y «Amargadas y traicionadas» se convirtió en su refugio. No leían mucho, pero había martinis y podían desahogarse. De vez en cuando iban a la Taberna de O'Rourke. En se unió al equipo de hockey del pueblo, puesto que se había convertido en una buena patinadora durante el instituto. Se ocupó del jardín de su abuela, donde el olor a lilas y lirios le recordaba tiempos felices.

Como en la escuela, su actitud se convirtió en su armadura. Si era dura y bocazas, no sería la mujer que había sido sustituida por otra.

Pero... ¡Dios! Echaba de menos a Kevin.

Conservaba una camisa de él, de cuando había estado más grueso. Era enorme: podía envolverse dos veces con ella. Le recordaba al hombre que le hacía macarrones con queso el segundo día de su período menstrual. Al que había visto con ella los dibujos animados de Dilbert cuando estaban en la escuela. Al que le envió la colección entera de *Buffy*, *cazavampiros* cuando la operaron de apendicitis.

Siempre que se sentía sola o cada vez que creía que había llegado el momento de inscribirse en eCommitment o en Match.com, acababa mirando aquella vieja camisa azul. Se la ponía y dormía con ella, y aunque el antiguo Kevin ya no existía, no podía evitar recordar al niño que había sido su amigo cuando no tenía a nadie más.

## Capítulo 8

El viaje desde el aeropuerto de Los Ángeles al Rancho de la Luna no era demasiado largo.

Emmaline había planeado llegar al hotel, registrarse lo antes posible y esconderse en la habitación con una botella de vino. Se quedaría dormida viendo la televisión.

Jack se puso a dormir a los pocos segundos de sentarse en el asiento del copiloto del vehículo de alquiler después de pasar la mano por la capota. Porque ella había alquilado un Mustang descapotable. No iba a aparecer en el Rancho de la Luna en un utilitario cualquiera.

Tomó la 405, hizo caso omiso del conductor que le tocó el claxon e intentó relajarse.

Jack no se movió. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y su pelo rubio brillaba bajo el sol. Llevaba las gafas de sol puestas. Era como si perteneciera allí, a la tierra de la gente guapa. Faith tenía razón sobre su hermano: era el acompañante perfecto. Al menos lo había sido hasta ese momento. Alegre, tranquilo, magnífico. Y eso era tanto una sorpresa como una preocupación, porque ella podía verse a sí misma convertida en un pervertido cliché y acostándose con su pareja en la boda para demostrar que no era una solterona reseca y rechazada.

Inglewood. Culver City. Santa Mónica. Aquellos nombres familiares la acompañaron mientras circulaba junto a automóviles que la adelantaban a toda velocidad. Conducir de nuevo por las autopistas de Los Ángeles era todo un choque cultural, y se recreó en los deslumbrantes rayos del sol y el olor que la envolvía.

El día anterior, los trillizos Cabrera, de cinco años, se habían acercado a ella en el parque para jugar con *Sargento*, y todos acabaron rodando por la nieve recién caída jugando a ser serpientes (idea de Lucia). A continuación, los tres críos se subieron encima de ella como si fuera un pony, y avanzó por la nieve, relinchando para deleite de los niños... y de *Sargento*.

Solo llevaba veinte minutos en el sur de California y ya echaba de menos Manningsport.

El dorado sol caía a plomo. La temperatura debía rondar los veinte grados, pero allí en la autopista hacía más calor. Tomó el desvío de Santa Mónica y se dirigió hacia la costa del Pacífico.

Su madre le había dicho hacía tiempo que Kevin y Naomi se habían trasladado de nuevo a Malibú. Eso fue antes de que sus padres se mudaran a Stanford para estar más cerca de Ángela.

Era raro imaginar a Kevin viviendo allí. En su mente, él seguía siendo el mismo niño gordito y pálido que había conocido. Sintió un dolor agriado en el pecho.

Allí estaba el océano, azul, brillante y tranquilo. Las colinas del sur de California formaban un muro por el oeste de la autopista, el Pacífico estaba al otro.

—Esto es precioso —comentó Jack, que se incorporó y se quitó las gafas de sol.

No, para ella no. Em había olvidado lo seco que era. Sí, el mar era hermoso, brillante. Pero el paisaje era de maleza y arena, a menos que hubiera sido ajardinado de una forma artificial. Un exuberante oasis en la aridez. Las casas y los hoteles se dejaban caer sin gracia a lo largo de la autopista y ocultaban las vistas al océano.

Si hubiera tenido mejores recuerdos, quizá lo habría mirado con otros ojos. Después de todo, Malibú era considerado uno de los lugares más bellos de Estados Unidos.

Cuando llegaron a la ciudad propiamente dicha, Em tenía el corazón acelerado. Pero debía reconocer que las casas que salpicaban las colinas, con jardines llenos de palmeras y arbustos en flor que se agrupaban de forma exuberante, eran bonitas, perfectamente conservadas.

—¿Es aquí donde vive tanta gente famosa? —se interesó Jack.

—¡Oh, sí! Bruce Willis, Courteney Cox, Leonardo DiCaprio...

—¿Alguna vez te has topado con un famoso por aquí?

Em sonrió ante la pregunta.

—Claro. Cuando hay un evento de Hollywood te puedes encontrar con un montón de actores. Morgan Freeman me abrió la puerta en una ocasión.

—¡Qué maravilla!

Ella abandonó la autovía del Pacífico y se dirigió al rancho. El sol comenzaba a ponerse y notó que le gruñía el estómago. A pesar de que en primera clase les habían dado de comer, estaba muerta de hambre.

—¿Cuál es el plan para esta noche? —preguntó Jack.

—Espero poder esconderme en mi habitación para cenar y beber vino —dijo—. Tú puedes hacer lo que quieras. —En cuanto dijo las palabras, se dio cuenta de lo groseras que sonaban—. Me refiero a que puedes darte una vuelta. Es un rancho precioso. Antes era un lugar donde se rehabilitaban los más ricos.

—Haré lo que tú quieras —aseguró él.

«No me tientes, Jack.»

Em dirigió el vehículo hacia White Horse Canyon Road. El corazón le latía ahora de forma arrítmica. Allí estaba el letrero «Bienvenidos al Rancho de la Luna, el campamento más lujoso de América».

—¿«Campamento lujoso»? —se extrañó Jack—. Es una especie de oxímoron.

—Es el sitio ideal para *The Biggest Loser* —dijo ella—. Naomi es una gurú del *fitness*.

—Qué divertido para los demás...

Sin avisar previamente, Em se detuvo a un lado de la carretera y se ganó un bocinazo y algunos insultos del enfurecido conductor de atrás. Ella le hizo un gesto con el dedo —que era como se hacían las cosas en California, después de todo— y miró a Jack.

—Muy bien, así están las cosas: Kevin era gordo, ella lo convirtió en su proyecto y se enamoraron. Mis padres piensan que soy lesbiana. Y, ¿te he contado que tengo una hermana perfecta y muy guapa?

—Sí.

—Además, mis padres están divorciados, pero siguen viviendo juntos y no se hablan directamente. Puede que te analicen. Son psicólogos.

—Ah. ¿Algo más?

—Seguramente esté olvidándome de algo, pero por ahora no.

Él sonrió.

—¿Quieres parar a cambiarte de ropa?

Ella se volvió hacia él.

—¿Perdón?

Jack se encogió de hombros.

—Tengo tres hermanas. Imagino que no te gustaría enfrentarte a tu ex como si...

—¿Como qué, Jack?

—Como si acabaras de atravesar el país en un avión sin tu producto estrella para el pelo.

—No te he traído para que seas un bicho. —Puso el Mustang en marcha—. No soy de esas personas que se preocupan por su aspecto.

—Es evidente.

—Jack, si no quieres que te clave un puñal en el cuello, cierra el pico. Tu equipo de *marketing* me aseguró que eras el acompañante perfecto. Actúa en consecuencia.

Él sonrió. ¡Oh! Estaba bromeando. Se sintió afectada por su sonrisa.

—Lo siento —se disculpó ella.

El Rancho de la Luna era un precioso lugar de estuco blanco con tejados de arcilla roja. Estaba rodeado de hermosa vegetación y había una fuente. Los naranjos y

limoneros en flor competían con los perales blancos, y el aroma a jazmín flotaba en el aire.

Era muy romántico.

—Bienvenidos —dijo el botones tras salir por las enormes puertas de madera—. ¿Son invitados del enlace Norman-Bates?

—Claro —aseguró ella bajándose del vehículo y entregándole las llaves—. Yo soy Janet Leigh y él es Anthony Perkins.

—¡Encantado de conocerles! —respondió el joven con una sonrisa tan brillante que Em casi se protegió los ojos—. Todo recto. ¡Bienvenidos al Rancho de la Luna!

Jack sacó el equipaje del maletero.

—Comienza el *show* —dijo él, intentando tomarla de la mano.

—No, no... de eso nada —protestó ella. Pero ¡maldición!, estaba contenta de estar allí con un acompañante alto y guapo. En realidad, él debería empezar a cobrar.

Haría una fortuna.

El vestíbulo del hotel tenía baldosas estilo mexicano en el suelo y paredes blancas. De las paredes colgaban algunos ejemplos de arte religioso. Em había leído en algún sitio que el lugar había sido antiguamente una misión española. Miró a su alrededor. No conocía a nadie.

—Emmaline Neal —dijo a la recepcionista.

—Bienvenida —repuso la joven antes de teclear su nombre—. Señor, ¿y usted es...?

—Jack Holland. ¿Podría ponernos en habitaciones contiguas?

—No es necesario —aseguró Em.

—No es molestia —respondió la empleada con alegría—. Puedo darles las habitaciones 112 y 114. Es por ese pasillo. Al final doblen a la derecha. Todas las habitaciones dan al mar. —La recepcionista sonrió de nuevo a Jack y les entregó las llaves.

—Gracias —dijo Emmaline. Recogió el bolso, se dio la vuelta y casi chocó con un hombre guapísimo. Pelo y ojos oscuros. Hombros anchos, estructura ósea perfecta, cincelado y atractivo... Sintió mariposas en el estómago.

—¡Emmaline! —exclamó el hombre.

¡Madre del amor hermoso! ¡Era Kevin!

Parecía un cruce entre Johnny Depp y Orlando Bloom. Mandíbula cuadrada, nariz perfecta, boca preciosa y esos ojos... Los ojos eran los mismos.

—Lo has hecho... —dijo él.

—¿El qué? —Em se aclaró la garganta—. Sí, lo he hecho. Mmm... bueno, lo hemos hecho. Sí. Gracias por invitarme. Estás... estás muy bien, Kevin.

Hacía casi tres años que no lo veía. Entonces era muy guapo, sí, y fuerte y sólido.

Ahora, sin embargo... ahora era una estatua griega fruto de la ciencia y la divinidad. Su camiseta, donde ponía: «Pisotea la debilidad, el único obstáculo es la muerte», marcaba unos pectorales perfectos, y sus brazos... sus brazos eran preciosos. Eran como los de Daryl de *The Walking Dead*. Unos brazos Jeremy Renner.

Em cerró la boca. Por lo que podía suponer, Jack estaba cerca y no había estallado en llamas, pero incluso aunque lo hubiera hecho, a ella le habría resultado difícil apartar la mirada de Kevin.

Su ex sonrió.

—Bueno... Creo que no habías visto el resultado final. Es sorprendente, ¿verdad? —Dicho eso, se quitó la camiseta y flexionó un brazo.

¿Cómo... cómo... podía ser tan imbécil?

Pero, madre del amor hermoso...

Estaba bronceado y sin un pelo (Kevin solía tener vello en el pecho, pero ahora su piel era suave y dorada). Sus músculos estaban perfectamente definidos, no había ni rastro de grasa en ningún lugar. Era como si el nuevo Kevin hubiera matado al antiguo, fundido su grasa y utilizado el aceite para sacarse brillo, porque a pesar de que se había acostado con ese tipo durante años, no reconocía nada en aquel hermoso panorama de piel, músculo y belleza.

Entonces llegó Naomi corriendo, vestida con ropa deportiva más pequeña que cualquier bañador que ella hubiera tenido. Emmaline apartó la mirada de los marcados abdominales de Kevin (¡Una tableta de chocolate, nada menos! ¿Existía de verdad algo así?) y parpadeó.

—Cariño, por fin te encuentro. —Naomi deslizó un brazo por la cintura perfecta y bronceada de Kevin y le sonrió—. Emily. Cuánto tiempo sin verte.

—Me llamo Emmaline.

—Cierto. —Naomi levantó una botella de bebida deportiva color bilis y la terminó.

—Hola. Soy Jack Holland —dijo una voz—. Los novios, imagino.

—Lo siento —intervino Em—. Jack, estos son Kevin Bates y Naomi Norman. Jack es un amigo.

Naomi lo miró de arriba abajo.

—¿Cuál es tu índice de masa corporal?

—No tengo ni idea —repuso él con paciencia.

—¿Cuánto peso levantas? —preguntó Kevin.

—No soy muy aficionado a los gimnasios —replicó Jack con una sonrisa mientras buscaba la mano de Em. Ella no lo rechazó. Incluso era posible que se la hubiera apretado bastante.

Debería haber abrazado a Kevin para demostrarle que era mejor que él. Debería haber sonreído. Debería haberle dicho: «¡Hola, Kevin! ¡Mira qué magnífico estás!». Tenía que haberse mostrado relajada y feliz en vez de paralizada y estúpida.

—Es un sitio muy bonito —comentó Jack—. Estamos encantados de haber escapado del clima del norte por unos días.

Ni Naomi ni Kevin le respondieron.

—Emmaline, ¿por qué no vamos a instalarnos? —preguntó Jack.

Ella lo miró en silencio. Sin duda era mejor que mirar a Kevin. Por no hablar de Naomi.

—¡Qué buena idea! —aceptó. ¡Hurra por ella!, estaba hablando por fin—. Nos vemos luego, guapos. Claro que sí. Porque es vuestra boda. ¡Estupendo! —«¡Oh, Dios!» ¿Dónde había metido la pistola? La había guardado en la maleta, ¿verdad? Le vendría muy bien para dispararse en ese momento.

Jack se rio, ¡que Dios lo bendijera!, y le puso un brazo en los hombros.

—Ha sido un vuelo muy largo —la disculpó al tiempo que le daba un leve apretón—. Nos hemos levantado antes del amanecer.

Naomi sonrió.

—Sí. Descansa un poco, Emily. Pareces agotada.

Luego, tomados de la mano, los novios se fueron en sentido contrario. Naomi seguía teniendo el cuerpo más increíble que hubiera visto jamás. Em no pudo evitar sentir envidia. Solo por una vez, por una tarde en la playa, le hubiera gustado lucir así un bañador. De acuerdo..., le hubiera gustado que fuera un fin de semana. Un mes. Unos años.

Y Kevin... Lo había conseguido. Desde luego ya no estaba gordo. Era uno de los cientos de personas perfectamente perfectas con cuerpos perfectamente perfectos de Malibú.

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

—Sí. —Se zafó de la protección de su brazo—. Agradezco el gesto, Jack, pero no quiero que finjamos ser pareja.

Él la miró durante un largo minuto.

—¿Estás segura?

—Sí. Pero gracias. —Apartó la vista de la bondad que reflejaban sus ojos y recorrió el pasillo.

Había llegado el momento de buscar consuelo en una gran copa de vino... O en dos. Pasaron junto a otro pasillo, y una voz familiar los detuvo.

—¿Emmaline? ¡Cielo! —Era su madre—. ¿Cómo estás? ¿Estás destrozada? ¿Has visto a Kevin? Has sido muy valiente al venir.

—Claro que ha venido. Emmaline, eres muy fuerte, justo como te educué —corroboró su padre. Hubo una breve lucha entre sus padres para ver quién la abrazaba



primero.

—Hola, mamá. Hola, papá. —Los abrazó a la vez para que no pareciera que tenía favoritos. Luego sonrió a su hermana.

—¡Emmaline! —gritó Ángela con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Qué alegría verte!

Su hermana logró colarse entre sus padres para darle un abrazo. Luego su padre tuvo que darle otro, un abrazo superlargo para demostrar que era mejor que su madre, lo que supuso que su madre tuviera que abrazarla de nuevo y besarla dos veces en la mejilla.

—Me alegro de veros —dijo Em. Y lo decía en serio, pero no era capaz de sonar tan agradable y sincera como su hermana—. Os presento a mi amigo, Jack Holland.

—Jack, es un placer conocerte —dijo Ángela, estrechándole la mano con afecto. Era evidente que las monjas del orfanato habían hecho un trabajo fantástico con ella.

—¡Oh! ¿Este es Jack? —exclamó su madre—. ¡Qué sorpresa! Yo no... bueno, nosotros... er...

—¿Qué te pasa, mamá? Os avisé de que vendría con alguien.

—Me figuré que el tal «Jack» —su madre hizo unas comillas en el aire con los dedos— era en realidad «Jacqueline». No es que tengas nada malo, Jack.

—Me alegro de conocerlos —saludó Jack al tiempo que sonreía a Em antes de estrechar la mano a sus padres.

—Es un placer, hijo —aseguró su padre para demostrar que era mucho mejor que su madre.

—Estábamos a punto de ir a cenar al restaurante —informó Ángela—. Es una pasada. Tenéis que venir con nosotros, ¿verdad, mamá? ¿Papá?

—Me parece bien —intervino Jack, maldito fuera—. Dadnos una hora y ¿por qué no? Allí nos vemos.

Se intercambiaron más abrazos hasta que, por fin, los otros tres Neal se alejaron. Cuando estaba a una distancia prudencial, Em se volvió hacia Jack.

—¿No te había dicho que quería esconderme en mi habitación y beber vino? —preguntó—. Pensaba que eras enólogo. Se suponía que apoyarías mis planes.

—Son tu familia. Y te quieren. —Él recogió la maleta de ella, haciendo caso omiso a sus intentos de recuperarla—. Puedes beber vino en la cena.

\* \* \*

Emmaline no pudo beber vino en la cena. Nadie pudo.

El restaurante del hotel —«Mar de la tranquilidad»— era precioso, con vistas al Pacífico, pero no servía bebidas alcohólicas. ¿Dónde venía eso en su web, eh? Eran odiosos, en serio.

Era muy *chill-out*. Había un pintoresco fuego en una chimenea de cristal en el centro de la estancia y ventanas en tres de los lados. Ellos ocuparon una mesa en la esquina. Em estaba segura de que Jack le había dado una propina de veinte dólares al *maitre*, pero su cerebro no estaba demasiado lúcido por culpa de la fatiga. Había unas velas muy raras encendidas en la mesa, pero seguramente estaban hechas de trigo y semillas de soja. Fuera, alguien comenzó a cantar.

Gracias a Dios, Naomi y Kevin no estaban en el restaurante. Em creyó reconocer a uno de los primos de su ex, pero nadie la saludó ni se paró en su mesa, por lo que se sintió muy agradecida. Ya vería a todo el mundo a la mañana siguiente, y el sábado, pues habían programado una serie de actividades «divertidas y saludables» que incluían deportes acuáticos obligatorios.

El sábado por la tarde era la boda.

Se preguntó qué habría sentido Kevin al volver a verla. Si podrían tener una conversación de verdad, solos los dos, y quizá recuperar algunos de los viejos sentimientos latentes. Tal vez podrían ser amigos de nuevo. Seguramente, en algún lugar dentro de ese hermoso y escultural cuerpo, había un poco del antiguo Kevin.

La cena fue una aventura extraña, borrosa. Sus padres eran buenos conversadores, pero como no se hablaban entre sí, era como si hubiera dos conversaciones abiertas a la vez, salvo alguna que otra indirecta que se lanzaban el uno al otro. Además, la combinación de *jet lag* y estrés equivalía a una pastilla para dormir y el golpe de una pelota de béisbol en la cabeza.

En el rancho solo se servían alimentos libres de gluten, comida vegetariana y, aunque no era horrible, no era identificable ni llenaba.

Solo Ángela se comportaba de manera normal, tan encantadora como era habitual, riendo y poniendo la mano en el brazo de Jack de vez en cuando, contando historias mientras su madre le preguntaba a ella por lo bajo por qué había elegido llevar a un hombre como acompañante.

—Soy hetero, mamá —repitió Emmaline por quinta o sexta vez.

—No es que haya nada malo en ello —repitió su madre—. Emmaline, con nosotros no tienes que ocultar tu sexualidad. Soy de mente abierta, incluso aunque tu padre no lo sea.

—Yo también tengo la mente abierta —se opuso su padre—. Creo que todos sabemos quién es aquí homófobo. Emmaline, no tienes que ocultarle nada a tu viejo padre.

—¡No estoy ocultando nada! —dijo Em—. Estoy comunicando mi sexualidad, ¿de acuerdo? Me gustan los hombres. Jamás he besado a una mujer y no quiero hacerlo.

—Qué pena —murmuró Jack, ganándose un ceño fruncido. Para su gusto, estaba actuando demasiado como si fuera su novio.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —preguntó ella, apartando un misterioso alimento que empezaba por Z en el plato—. Ange, ¿qué novedades hay en el panorama estelar? —Se volvió hacia Jack—. Ángela es astrofísica. Acaba de terminar el doctorado en Stanford.

—Emmaline, eres un amor al preguntar, pero mi trabajo es aburrido en comparación con el tuyo —aseguró su hermana—. Cuéntame cómo va todo en ese precioso lugar que es Manningsport. ¿Algún caso interesante últimamente?

—Sí, claro —comentó ella—. Mmm... un niño de cuatro años se metió un arándano por la nariz y ayudé... —De acuerdo, había sido más divertido de lo que parecía. El pequeño Flynn Maloney había quedado encantado con la atención y había mostrado en alto, con orgullo, la baya que tanto había costado recuperar—. Bueno, el otro día tuve que liberar a un hombre que estaba esposado a su cama. Su esposa había puesto la llave en salsa de chocolate y pensaba que podía habérsela tragado... mmm... En realidad da igual.

La pareja en cuestión habían sido Prudence y Carl Vanderbeek. La hermana de Jack y su marido. «¡Dios!»

—Eso lo podrían haber hecho Carl y mi hermana —comentó él.

—¡Bingo!

Él sonrió.

Él sonrió.

Madre mía: él sonrió.

Sí, eso era muy bueno, mejor que poseer un buen *sex appeal*. Sus ojos eran increíblemente bonitos, y su sonrisa actuaba como un bálsamo en un alma maltratada. ¡Incluso le aparecían arruguitas en los rabillos de los ojos! Y la maldita sonrisa se extendía como una onda expansiva. La cara de Jack Holland era... era...

—Formáis una pareja encantadora —aseguró Ángela.

—¡No! No, no, solo somos amigos —se apresuró a señalar Em al tiempo que lanzaba a Jack una mirada significativa.

—Jugamos juntos al hockey —añadió Jack—. Em tiene el mejor golpe de muñeca del equipo —comentó al tiempo que ponía el brazo en el respaldo de su silla, comportándose de nuevo como un novio—. Pero parece agotada, así que si no os importa, vamos a retirarnos a nuestras habitaciones.

—¡Por supuesto! Un cuerpo bien descansado es la base de una buena salud mental —informó su padre, que se puso de pie para abrazarla—. Eres maravillosa, cariño. Papá te quiere mucho.

—Yo también te quiero, papá —respondió ella.

—Y yo te quiero igual, si no más —añadió su madre.

—Me alegro saberlo. ¿Ange? ¿No quieres añadir nada?

Ángela se rio.

—Yo te quiero más que los dos juntos... Hasta el infinito.

Emmaline sonrió, abrazó a su hermana y a su madre, y Jack y ella se dirigieron hacia sus habitaciones.

—Tienes una buena familia —comentó él.

No era ese el adjetivo con el que los calificaría, pero eran su familia y los quería.

—Gracias. Les has caído bien.

—Me pasa con todo el mundo. —Él sonrió, eliminando cualquier prepotencia que podría haberse asociado a sus palabras. Después de todo, era cierto. ¿A quién no le iba a caer bien? ¿Quién no lo iba a querer? ¿Quién no querría frotarse contra él y...?

—¿Quieres pasear un rato o algo? —preguntó él.

—Mmm... debería acostarme. Estoy siendo un poco borde, ¿verdad?

Él vaciló.

—No. Yo también estoy cansado.

—Por la mañana, si paseas por la playa, es posible que veas nutrias. Son muy bonitas.

—Me fijaré.

—A las cinco y media hay una clase de yoga —informó—. Está en el calendario de eventos.

—Voy a hacer como que no te he oído —respondió él, que deslizó la tarjeta por la ranura—. Buenas noches, Emmaline. Que duermas bien.

Ella también entró en su habitación y puso el cerrojo. Después de lavarse, se puso el pijama y se metió en la cama. Era muy cómoda. Agitó los brazos y las piernas como si estuviera haciendo un ángel en la nieve. Era una cama muy grande. Había un montón de sitio para *Sargento*. Se preguntó cómo estaría. Sheylayne, que sentía un amor incondicional por los perros, se ocuparía de él durante el fin de semana. Tendría suerte si volvía a recuperar al cachorro, teniendo en cuenta que Shelayne le había prometido que lo echaría a perder.

Sí. Una cama grande. Muy grande. Muy cómoda.

¡Mierda! Estaba nerviosa. Cansada, pero nerviosa.

Cerró los ojos y trató de relajarse. Se imaginó un mar con un barco flotando a la deriva suavemente. (¿Por qué a la deriva? ¿Y si se quedaba atrapada en la corriente del Golfo y terminaba como Pi, solo que sin el tigre? ¿O peor aún, con el tigre?). Se imaginó el océano azul. (Nota mental: advertir a Jack de que comprobara los informes sobre tiburones antes de ir a nadar. Por otra parte, el agua solo estaría a dieciocho grados, aunque él se bañaba en los lagos Finger, sabía lo que era el agua fría y, de nuevo, quizá... no le gustaría nadar después del rescate. Pero ella sí quería bañarse. Aunque tendría que ponerse un neopreno y ¿qué trasero resultaría atractivo enfundado en un traje de neopreno? Solo el de Naomi, el único.)

—Está bien, esto no funciona —dijo en voz alta, arrojando las mantas a un lado. Era el momento de disfrutar de un poco de aire fresco.

Salió al balcón, que era pequeño pero encantador. Había una rama de vid roja que subía por el pilar, una pequeña mesa de hierro forjado y dos sillas. Aspiró el fresco aire salado. Quizá debería salir a tomar un café allí por la mañana. Pero espera... No. En el rancho tampoco había cafeína. Era un lugar horrible.

Miró al balcón de Jack, que era idéntico al suyo. Había dejado abierta la puerta corredera y la brisa agitaba la cortina. Esperaba que él disfrutara del fin de semana, que le gustara estar lejos de Manningsport, en la tierra del sol y el océano. Sin duda era un buen hombre.

El césped del Rancho de la Luna se extendía ante ella, verde y oscuro. El cantante del restaurante seguía con su música, rompiendo el silencio. La brisa olía a jazmín, una fragancia que ella recordaba de su infancia, y pensó que podía captar el suave sonido del Pacífico rompiendo en la orilla. O quizá eran los automóviles que recorrían la costa. En cualquier caso, el Rancho de la Luna estaba en un sitio privilegiado. Solo Dios sabía lo que costaría esa boda. El lugar en sí era caro, por no hablar de los alimentos, la orquesta, las flores y las actividades.

Si se hubiera casado con Kevin, la ceremonia habría tenido lugar en casa de sus padres. Tanto su padre como su madre habrían trabajado codo con codo en silencio todos los fines de semana del año para que el patio estuviera listo. Su padre incluso había levantado un arco, una pequeña estructura adorablemente torcida.

Había cosas mucho peores en el mundo que ser engañada por tu prometido. Lo sabía. Tenía una buena vida en Manningsport. Adoraba su trabajo. Estimaba a su jefe, quería a Carol, y sí, incluso sentía afecto por el idiota de Everett. Tenía amigos y un perro.

Era solo esa sensación de estar sola. De volver a casa una noche oscura, a una casa vacía. Semana tras semana después de meses de no conocer a nadie con quien pudiera imaginarse pasando la vida.

Parecía que Kevin había sido el amor de su vida. El antiguo Kevin.

Suspiró y miró el reloj. Llevaba despierta y a una hora. Bueno, el Kindle se había inventado para algo.

—Elmore Leonard, allá vamos —murmuró.

Se sobresaltó al oír un ruido en la habitación de Jack. Un golpe muy fuerte.

—¿Jack? ¿Estás bien? —llamó.

Él no respondió.

—¿Jack?

Regresó al interior y se dirigió a la puerta que comunicaba sus habitaciones.

—¿Jack? —volvió a llamarlo—. ¿Estás bien?

Nada.

Luego hubo otro ruido y un sonido de cristales rotos.

La puerta estaba cerrada con llave.

—¡Jack! Abre la puerta.

No se oía ningún movimiento en el interior.

Volvió a llamar, esta vez más fuerte.

—Jack, soy Emmaline. Abre, ¿de acuerdo?

Cinco segundos y ninguna respuesta.

Bueno... Parecía que tocaba hacer de policía.

\* \* \*

Jack tenía a Josh Deiner sujeto por el brazo y tiraba de él hacia arriba. Y, en realidad, no era tan difícil, después de todo: ¿por qué había estado temiendo tanto bajar allí? Ni siquiera hacía frío, lo que era raro, porque Anderson Cooper estaba en la orilla narrando la acción y no paraba de decir el frío que hacía.

El Audi estaba a más profundidad de lo que recordaba, pero eso estaba bien, porque era un agua cálida y había nutrias, y el hijo de los Deiner incluso sonreía un poco, casi como si fuera una broma entre ellos dos. Sin embargo, el joven no podía abrir los ojos. Los otros muchachos sí. Habían nadado con la misma gracia que las nutrias, pero Josh fingía estar inconsciente, seguramente porque quería ser actor. Jack lo sabía porque Anderson Cooper lo había dicho.

Entonces, todas las nutrias huyeron, igual que hacen los peces cuando se acerca un tiburón.

Y, de repente, hacía frío. Jack levantó la mirada. Quizá no debería haber nadado tan abajo, porque ahora la superficie quedaba muy, muy lejos. Era extraño que pudiera contener la respiración tanto tiempo. En realidad no podía, ¿verdad?

De pronto, era como si sus pulmones se convirtieran en trozos de carbón. Estaba oscureciendo. «¡Mierda!», el hielo se cerraba sobre él, un sólido techo helado que bloqueaba la puesta de sol púrpura y rojiza. Necesitaba respirar ya. Miró a Josh, que tenía los ojos abiertos y estaba sonriendo, pero no era una sonrisa agradable. Él le agarró el brazo y comenzó a hundirlo, a tirar de él hacia abajo porque estaba muerto y furioso porque no lo había salvado, y no iba a morir él solo. Jack trató de liberarse, trató de golpear a Josh en la cara, pero le pesaban demasiado los brazos y los movía muy despacio, por lo que apenas golpeó al niño contra...

—¡Jack! ¡Jack! Estás bien. Solo es un mal sueño.

Era una mujer. Estaba allí, debajo de él.

—Hola —dijo ella—. Despierta, amigo.

«Sí, es Emmaline.» Él estaba sujetándola por las muñecas. Tenía las sábanas respojadas por las caderas y se había acomodado entre las piernas femeninas. La pequeña lámpara de noche estaba encendida, pero en el suelo.

Se echó atrás al tiempo que le soltaba los brazos a ella.

—Lo siento —dijo con la voz ronca. Se pasó una mano por el pelo y notó que estaba sudado. De hecho, estaba sudando. De pies a cabeza.

—¿Quieres un vaso de agua? —le preguntó ella, que parecía muy tranquila a pesar de que acababa de ser agarrada por un hombre sudoroso y desnudo.

Pues sí. Estaba desnudo. Siempre dormía así.

Ella no esperó una respuesta. Se levantó y fue al cuarto de baño. Él se sentó contra el cabecero y colocó las sábanas. Miró a su alrededor mientras seguía respirando con fuerza.

Debió haber un vaso en alguna parte. ¡Ah! Allí estaba, hecho añicos en el suelo, junto a la lámpara.

Era la cuarta vez esa semana que tenía el mismo sueño, más o menos. La única innovación era la aparición de las nutrias.

—¿Cómo has entrado? —preguntó a Em cuando regresó a la habitación.

—Llamé —se justificó ella, ofreciéndole el vaso—. Pero no me respondiste, así que pasé a tu balcón a través del mío. Llevo dentro un ladrón de guante blanco. Por cierto: deberías cerrar las puertas por la noche.

—Pensé que había pocas probabilidades de que entrara un intruso.

—Pues no eran pocas —replicó ella con una sonrisa. La vio inclinarse para recoger la lámpara encendida, y luego se puso a recoger los trozos de vidrio del vaso.

—Yo lo haré —dijo él.

—Tú quédate en la cama —ordenó ella—. Apuesto lo que quieras a que duermes desnudo como una rana y no quiero ver un espectáculo en este momento.

Él habría hecho una broma, pero la cara de Josh todavía estaba grabada en su mente, diciéndole que no le perdonaba con aquella sonrisa despiadada.

Em puso los trozos de cristal sobre la mesilla.

—¿Sueles tener muchas pesadillas? —preguntó ella.

—No. No muchas.

—No parecía agradable.

—No la recuerdo.

Ella lo miró como si supiera que estaba mintiendo. Mejor eso que tener que sufrir un psicoanálisis freudiano por su parte.

Debería de haberlo superado. El accidente había tenido lugar hacía veinte días. Tres de los niños estaban perfectos.

Josh Deiner estaba aguantando.

Si es que se podía decir que estar en coma era aguantar.

—Échate para allá —pidió ella, y él lo hizo.

Em se sentó a su lado, sobre las sábanas, y agarró una de las muchas almohadas del hotel, que sostuvo en su regazo. Lo miró mientras se retiraba el pelo de la cara.

Fue un gesto práctico, carente de coquetería: el pelo le estorbaba la visión y lo había retirado. Muy diferente al estilo *sexy* y provocativo de Hadley.

Pero Emmaline tenía algo... Su cabello era oscuro y espeso, y llevaba un pantalón de pijama, calcetines y una camiseta de tirantes. Era agradable, aunque intentó no fijarse.

Supo que estaba a punto de recibir un sermón sobre la importancia de buscar ayuda, quizá ella añadiera algo sobre el trastorno de estrés posttraumático, o a lo mejor se limitaba a darle una palmada en el hombro y recordarle que los cuatro niños se hubieran ahogado sin su ayuda, no solo Josh. E incluso Josh podía superar su estado.

—¿Quieres un poco de chocolate? —preguntó ella—. Tengo hambre.

Sin esperar respuesta, se levantó y abrió la puerta que comunicaba sus habitaciones, en la que él no se había fijado, y regresó al cabo de unos segundos con una tableta de Hershey. De almendras, nada menos. Em volvió a acomodarse a su lado y abrió el chocolate.

—Traje un alijo. No te chives o me pondrán a hacer abdominales o algo así. —La vio romper la tableta por la mitad y darle un trozo.

Él tomó una onza. Hacía mucho que no tomaba chocolate.

—Dime, Emmaline, ¿por qué aceptaste asistir a esta boda? —preguntó. Sí. Lo mejor era hablar de algo que no fuera él.

Ella se encogió de hombros.

—Por un estúpido orgullo, y también por curiosidad morbosa. —Ella tomó un bocado de Hershey. Jack se fijó en que la mitad de Em era más grande, y eso hizo que, por alguna razón, ella le gustara más—. Ya sabes... ¿realmente se va a casar tu ex? ¿Lo has superado de verdad? —Ella lo miró de reojo—. Tú también debes saber lo que es.

—Lo cierto es que no.

—¿No te molesta que Hadley haya vuelto al pueblo?

Jack se terminó su mitad (que en realidad era un tercio).

—Hubiera preferido que no lo hiciera, pero así están las cosas.

—¿Ella quiere volver contigo?

—Sí.

La vio asentir.

—¿Piensas darle una oportunidad?

—No. ¿Le darías a Kevin otra oportunidad? —contraatacó él.

Ella se terminó su trozo de chocolate y lamió la envoltura, lo que le hizo sentir una sacudida en la ingle.

—Seguramente sí —confesó ella—. El Kevin del que me enamoré merecía una segunda oportunidad, pero a quién le importa... —Em permaneció en silencio durante un minuto—. Pero a este nuevo Kevin... Creo que la gente cambia. ¿No crees?

—No lo sé.

—¿Lo ha hecho Hadley?

Quizá fuera la luz tenue y la hora tardía, o la intimidación de compartir una chocolatina, o tal vez las ganas de pensar en otra cosa, pero Jack acabó respondiendo.

—Creo que no —dijo—. Pero vi en ella lo que quería ver.

—Los hombres, a veces, hacen estupideces —convino Emmaline y, para su sorpresa, él se rio.

—Entonces, ¿las mujeres no las hacen?

—Ellas asisten a la boda de su ex con la esperanza de que pase algo que no ocurrirá nunca.

—¿Qué te gustaría que ocurriera? ¿Que dejara a la entrenadora y te rogara que volvieras con él?

—Es divertido imaginar tal cosa —admitió ella—. Pero no. Creo que solo espero una especie de... disculpa. —La vio sonrojarse.

Divertido. Ella no estaba molesta por estar tumbada a su lado o porque él estuviera desnudo como una rana debajo de las sábanas, ni siquiera le importaba que hubiera tenido pesadillas y hubiera roto el vaso. Pero se sonrojaba al admitir que todo lo que quería era un sencillo «lo siento».

—¿Qué es lo que tiene que lamentar? —preguntó Jack.

Ella arrugó el envoltorio y lo lanzó a la papelera, donde entró limpiamente.

—Tres puntos. —Se volvió a encoger de hombros—. No lo sé. Nada. El comentario que hizo a *People*, quizá.

—¿Qué comentario en *People*?

—Dios, Jack, tienes tres hermanas. Pensé que lo sabrías.

—Suelo hacer caso omiso de lo que dicen.

Otro rubor.

—Me acusó de no apoyarle.

—¿Y?

—Bueno, que sí lo apoyé. ¡Jack, lo apoyé! Fui como una faja de los cincuenta en cuestión de apoyo.

—Ya he entendido que fuiste solidaria con él —repuso él, reprimiendo una sonrisa—. Pero ¿en qué lo apoyaste exactamente?

—¡Dios! Eres un acompañante terrible. Lo apoyé mientras perdía ochenta y tantos kilos.

—¿En serio? Bueno, bien por él. Y eso, por lo que veo, lo cambió, ¿no?

—Sí. El antiguo Kevin era fantástico. El nuevo es un idiota obsesionado con su cuerpo. —Em lo miró, una mirada de poli que reconoció haber visto en Levi—. ¿Ya estás bien?

Él asintió con una sonrisa forzada.

—Estoy bien. Gracias. Lamento haberte despertado.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba despierta. —La miró mientras se levantaba—. Espero que duermas tranquilo el resto de la noche, Jack.

—Te acompañaría hasta la puerta, pero estoy desnudo como una rana.

Ella le sonrió por encima del hombro y abrió la puerta que conectaba sus habitaciones.

—Llámame si me necesitas. —Su tono era serio y amable.

Em no cerró la puerta.

Él lo tuvo en cuenta.

Hacía mucho que no se acostaba con una mujer.

Emmaline olía bien. No hablaba demasiado. No hacía esas preguntas estúpidas que hacían otras mujeres cuando salía con ellas, como cuál era su noche ideal y si él se veía con críos al cabo de cinco años. No parecía evaluarlo por el potencial genético de sus futuros hijos, y no había coqueteado con él ni una vez. Y, sobre todo, no hacía preguntas sobre el accidente.

Que estuviera desnudo como una rana no había tenido ningún efecto sobre ella.

Em era, simplemente, agradable. Bueno, no, esa no era la palabra correcta.

Era fácil estar con ella. Era sincera. Le gustaba que tuviera unos principios y aquel afecto tolerante hacia su familia, tan claro y, sin embargo, tan lleno de ojos en blanco y comentarios sarcásticos.

Olía muy bien.

Y tenía un trasero de infarto.

Su labio superior era un poco más grueso que el inferior, y se preguntó cómo sería besarla.

Y si la tuviera en la cama con él, tendría otra cosa en la que pensar en vez de en el niño de los Deiner.

## Capítulo 9

Emmaline decidió abrazar sus raíces californianas a la mañana siguiente y salir a correr por el sendero de la playa.

Era temprano. Su reloj interno seguía con el horario de la costa este y se imaginó que estaría a salvo. Además, siempre le había gustado correr. No era demasiado rápida y no recorría largas distancias, pero el simple hecho de correr tenía algo, y ni siquiera era necesario hacerlo demasiado bien para que fuera eficaz. Sus carreras y una clase de *kickboxing* semanal la mantenían en forma para su trabajo. Si dejara de comer como un jugador universitario de fútbol seguramente adelgazaría un poco y tendría una talla cuarenta y dos, más o menos. Pero el tiempo que había pasado con Kevin mientras perdía peso le había hecho odiar las dietas en todas sus formas. Además, Ben & Jerry's quebrarían sin ella.

En realidad, jamás había tenido problemas con su figura. En general, le gustaba cómo era: alta, con los huesos grandes, fuerte.

Pero cuando estaba cerca de gente como Naomi se sentía grotesca. Colleen O'Rourke también era preciosa, delgada y perfecta, pero era diferente. Cada vez que Em veía a Naomi era en una especie de pose con la que hacía hincapié en sus brazos perfectos y musculosos o en su vientre plano. Colleen, en comparación, era normal. Además, Naomi quería que la gente se sintiera incómoda con su aspecto. Era su trabajo aprovecharse de las personas y hacerles pensar que la necesitaban para dirigir todos sus movimientos.

Sin duda, lo había conseguido con Kevin.

El mismo Kevin que cada mañana le había dicho a Em, cuando se despertaba a su lado, qué había hecho para tener tanta suerte.

—Déjalo ya, Neal —se dijo a sí misma. Se puso unos pantalones cortos, un sujetador deportivo y una camiseta de Ben & Jerry's. A continuación, se calzó sus Nike y salió.

No había nadie cerca. La gente de la clase de yoga no estaba a la vista, gracias a Dios. Un camarero con cara de sueño le brindó una sonrisa superficial y le preparó un té. «Maldita sea. Por supuesto, sin cafeína.» Cada vez era más difícil creer que la gente pagara por alojarse allí.

Aparte de eso, el lugar era precioso. Em corrió por el sendero hacia el Pacífico. Las coreopsis estaban en flor y salpicaban el camino con pequeños y alegres puntos amarillos.

Se detuvo en lo alto del acantilado.

El cielo seguía siendo azul oscuro, pero una línea de color rosa rompía el horizonte. Aunque había algunos vehículos cerca, podía oír el mar, y el pelo le ondeaba con la brisa.

No echaba de menos el sur de California, pero sí aquellas vistas. Comenzó a correr de nuevo. No iba escuchando música ese día, quería oír a los pájaros. El sendero era ancho y con curvas, flanqueado por el espeso follaje de la zona. No hacía calor. Como mucho, unos diez grados.

Había sido bastante agradable estar sentada con Jack la noche anterior, incluso aunque él estuviera en el agónico trance posterior a un trastorno de estrés postraumático. Él lo superaría antes si lo reconociera. Ella, a fin de cuentas, era hija de psicólogos, y en casa tenía bastantes libros sobre estrés, traumas y reacciones de la gente. Pensaba que podía ayudar en las llamadas complicadas que debía responder como agente de policía.

Un coyote atravesó el sendero delante de ella. Un animal pequeño y escuálido si lo comparaba con los que la esperaban cuando volviera a casa.

Miró el reloj. Haría veinte minutos en esa dirección y otros tantos de vuelta... Eso serían casi ocho kilómetros (de acuerdo, más bien siete). ¿A quién le importaba? Cualquier actividad justificaría por completo un viaje a la ciudad para degustar unos donuts en Nance's Coffee Shop, si todavía no había cerrado... ¡Por favor, Dios, que siguiera abierto!

Cuando pasaron veinte minutos, se dio la vuelta, inspirada en los donuts. Entonces oyó pasos a su espalda.

Kevin. Un Kevin sin camiseta, nada menos.

—¡Hola, Emmaline! —la saludó, y el sonido de su voz, tan amable y tierno, hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¡Hola, Kevin! ¿Qué tal?

—¡Estupendo! —Él se detuvo y se secó la frente con el antebrazo.

No llevaba camiseta. ¿Lo había dicho ya? ¡Oh, sí! Toda aquella perfecta perfección tuvo un gran impacto en ella. Parecía el modelo de la portada de *Men's Health* o de un sitio porno *online*. Demonios, si los hombres que aparecían en las fotos de las *webs* porno tenían ese aspecto, quizá comenzara a visitarlas.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó. Una pregunta normal y corriente.

—¡Bien! ¿Y tú?

—Estupendo —sonrió—. ¿Quieres que volvamos juntos? Por lo general me gusta correr veinte kilómetros, pero me gustaría ponerme al día contigo. Saber qué has estado haciendo.

—Claro. —El corazón se le aceleró.

—¿Cuánto has corrido esta mañana?

—Oh, mmm... Solo cuatro kilómetros.

—Bueno, lo podrás compensar más tarde. Vamos a hacer media maratón antes de la boda.

—Qué divertido...

—¿Te he dicho ya que Naomi está en la lista para presentar *The Biggest Loser*? —dijo él.

—No, Kevin. No me has dicho nada. Llevamos tres años sin hablar, ¿recuerdas? —Hombre, lo que le faltaba: ver la cara de Naomi en la pantalla, gruñendo a los pobres concursantes.

—Es cierto —contestó él con suavidad—. Bueno, ya sabes que Naomi es la mejor. Tiene una prueba el día trece.

—Que tenga suerte.

—La suerte no tiene nada que ver en esto, Emmaline. Todo es cuestión de trabajo y objetivos. De ponerte metas y comprometerte con ellas.

Un punto positivo de haber roto con él era no tener que escuchar esas estúpidas frases nunca más. También podía decirle que se había comprometido a casarse con ella y no había sido fiel a la idea. Aunque eso era agua pasada.

—Lo siento —dijo él, sorprendiéndola—. Parezco idiota. —Se detuvo un segundo, se agachó y cortó una pequeña flor amarilla que le entregó con aquella sonrisa infantil que ella recordaba muy bien—. ¿Qué tal te ha ido, Emmaline? Te he echado de menos. —Sus ojos eran amables.

«¡Oh, no!»

Atisbó al antiguo Kevin. Al tipo dulce y reflexivo que había adorado durante tanto tiempo.

La tartamudez despertó de su sueño.

Respiró hondo y pensó en un acento británico.

—Bien, de verdad. Me ha ido bien.

—¿Tu madre me dijo que eres policía?

—Mmm... mmm...

—¿Te gusta ese trabajo?

—Sí. Es muy... —«Estimulante», quiso decir, pero se le atascó la palabra.

La tartamudez abrió los ojos.

Mejor no decir nada. Alzó la cabeza como si buscara la expresión correcta.

—Imagino que «gratificante» —sugirió Kevin.

—Sí. Eso mismo.

—Y tu novio, ¿a qué se dedica?

Corregir a Kevin requeriría de más palabras de las que estaba dispuesta a decir.

—Es enólogo —dijo. Muy bien. Una oración completa, sencilla. Dos palabras. Cinco sílabas.

—¿De verdad? Ahora no bebo, pero es una profesión muy bonita. —Se detuvo y se volvió para mirarla. Ella había olvidado lo ridículamente largas que eran sus pestañas—. Em, tengo que admitir que he pensado mucho en ti durante los tres últimos años.

Ella clavó en él una mirada penetrante. ¿Llegaría por fin? ¿Iba a disculparse? ¿O algo más?

—Estaba preocupado por ti. Parecías... destrozada.

Un puño de furia fría le apretó el corazón.

«¿En serio? —Quiso decir—. ¿Destrozada como si tuviera el corazón roto? ¿Y por qué sería? ¿Porque me dejaste plantada dos meses antes de la boda? ¿Porque me dejaste por una adicta al deporte y le dijiste a todo el mundo que no te había apoyado cuando en realidad te amaba con todo mi corazón desde hacía diecisiete años? ¿Por qué demonios estabas preocupado?»

—No estaba seguro de que llegaras a olvidarte de mí —dijo él, alargando la mano para meterle un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ella se echó atrás.

—Bueno, pues me las arreglé. Hace tiempo que dejé de pensar en el suicidio.

Él esbozó una sonrisa triste que ella recordaba muy bien. Una sonrisa de lástima, la que tenía cuando él era gordo y ella tartamuda, la sonrisa «sí, sé lo que es eso», y de alguna manera, eso era lo peor de todo. ¿Cómo se atrevía a sentir lástima por ella? ¿Cómo se atrevía a preocuparse por ella? ¿Cómo se atrevía a despertar su tartamudez cuando en realidad debería estar más que superada? ¡Maldición!

—Me alegro —dijo Kevin—. Espero que tu novio y tú seáis tan felices como Nay y yo. —«Nay” ¡Qué asco!» —. ¿Vais en serio?

—Sí. De hecho, estamos prometidos.

Mierda. Mierda. Eso no había sido inteligente. No, en absoluto.

Pero había valido la pena solo por ver a Kevin con la boca abierta. La tartamudez también se sorprendió y se retiró a un rincón para reagruparse.

—¿En serio? —preguntó Kevin. Sus mejillas estaban rojas cuando bajó la mirada a su mano izquierda—. ¿Y el anillo?

—Están ajustándolo. —Vaya, vaya, vaya. Al parecer, se le daba de vicio mentir. Uno no sabe de lo que es capaz hasta que no tiene más remedio que hacerlo.

—Me alegro por ti.

Pues parecía todo lo contrario.

Imaginó que Kevin había conseguido sentir una gran satisfacción pensando que ella estaba llorando por él (cosa que había ocurrido), que se había quedado en casa todos los viernes por la noche (bueno, eso lo hacía con frecuencia), que había sentido que nadie volvería a enamorarse de ella (¡de acuerdo! Lo había pensado muchas veces).

Aún así, ese paseo se había vuelto mucho más agradable.

—Entonces, ¿cuándo te casas? —preguntó él.

—Todavía no hemos fijado la fecha.

—Bien. Mmm... Estupendo, Emmaline.

—Gracias —le dijo ella—. Mira, creo que voy a hacer corriendo el resto del camino, ¿de acuerdo? Nos vemos más tarde.

Dejando a un lado su satisfacción, tenía que hablar con Jack. Pronto.

—Claro. Nos vemos luego en el rancho. Espero que participéis más tarde en los juegos de pareja. —Sonrió, pero ya no era la tierna sonrisa del viejo Kevin—. Espera a ver a Naomi en bikini, quizá te motive a perder algo de peso.

«¡Oh!» Acababa de declarar la guerra.

—No todo el mundo se fija en la apariencia física —le dijo con fingida dulzura—. Algunas personas ponen más énfasis en la bondad, la lealtad y las buenas costumbres.

—Sí. Era lo que me decía a mí mismo cuando estaba gordo. Vamos, a correr. Quemamos calorías. Venga, te echo una carrera.

\* \* \*

Jack estaba afeitándose cuando la policía trató de echar la puerta abajo.

Puntualización: cuando la agente Neal trató de echar su puerta abajo, vestida con pantalones cortos y una camiseta, empapada en sudor y resoplando como una locomotora.

—¿Nos han invadido? —preguntó al abrir—. ¿Aliens? ¿Meteoritos? ¿Qué...? —Ella pasó junto a él sin tener en cuenta que solo llevaba una toalla—. ¿Por qué no pasas?

Con un suspiro («¡mujeres!»), volvió a entrar en el cuarto de baño para continuar afeitándose. Ella lo siguió, bajó la tapa del inodoro y se sentó encima.

—Estamos comprometidos —jadeó.

—Siéntete como en tu casa... ¿Qué?

—Lo siento. Ya sé que te dije que no quería que mintiéramos sobre ese tema, pero le acabo de decir a Kevin que estamos comprometidos.

—Entonces, exijo derechos conyugales.

—Jack, cállate.

—¿Es esa manera de hablarle a tu prometido? —Aclaró la maquinilla de afeitar y continuó.

—Se comportó de forma muy agradable. Incluso me dio una flor.

—Desgraciado.

—¡Exacto! Oh, estás siendo sarcástico. Ya te vale, amigo. De todas formas, fue muy tierno. Luego ya se puso en plan condescendiente, y claro, acabé diciéndole que estábamos prometidos. Así que déjate llevar, ¿de acuerdo?

—¿Y tu familia?

—¡Mierda! —Cerró los ojos—. Mis padres son genéticamente incapaces de guardar un secreto. No puedo decíros la verdad. Los llamaré cuando nos marchemos de este infierno.

En ese momento, otro conjunto de golpes frenéticos rompió el silencio, esta vez en la puerta de Emmaline.

—¿Emmaline? —gritó su madre—. ¡Abre! ¿Por qué no nos lo has dicho? ¿Estás segura de que no es un error?

—La red ya está tejida —dijo Jack—. Es mejor que abras la puerta, osito Pooh. Y dame un segundo para vestirme, ¿de acuerdo?

Por fin, ella se dio cuenta de que estaba prácticamente desnudo y se puso roja. La vio apartar la mirada de su torso y luego volver a clavar allí los ojos. Jack no pudo reprimir una sonrisa.

—Tenemos una vida por delante para explorarnos —aseguró—. Ahora abre la puerta antes de que consigan un ariete.

—Odio mentir —murmuró ella.

—Tu opción es que le digas la verdad a Kevin.

—No odio tanto mentir. —Luego atravesó la puerta de comunicación para saludar a su familia.

Jack terminó de afeitarse, se lavó la cara y se puso unos *jeans* y una camiseta. De acuerdo, estaban prometidos. Las mujeres hacían cosas así. ¿No le había pedido

Colleen O'Rourke que fingiera ser su novio? ¿O había sido Shelayne? Así eran las cosas. Se volvían locas cuando sus ex estaban cerca. Era un hecho comprobado.

—¡Lo sabía! —canturreó Ángela cuando Jack se reunió con ellos—. ¡Jack! ¡Qué demonio!

El padre de Emmaline le estrechó la mano de forma vigorosa.

—¡Bienvenido a la familia!

Su madre estaba perpleja.

—Emmaline, ¿estás...? Estaba tan segura de que eras... —Ángela le dio un codazo—. Bueno —rectificó la mujer—, es una buena noticia —dijo antes de dar un abrazo a Em que resultó muy incómodo, porque la flamante prometida parecía tan relajada como un muro de hormigón.

—¿Y el anillo? —preguntó Ángela.

—Sí, cariño, díles lo del anillo —intervino Jack.

—¡Oh, sí! Es muy bonito. Muy... grande. Están ajustándolo.

—¿Cómo es? ¿Una esmeralda? ¿Es cuadrado? ¿Un solitario? —indagó Ángela.

—Es una cosa redonda —murmuró Em.

—¿Por qué tenéis dos habitaciones? —preguntó la señora Neal, mirando a su alrededor.

Jack arqueó una ceja. Dejaría que Em se encargara de eso.

—Yo... Jack tiene un problema médico... No puede... er...

—¿Vejiga tímida? —sugirió su padre—. No te preocupes. Me pasa lo mismo.

Emmaline parecía tan incómoda como si estuviera dando a luz a un puercoespín enorme.

—Así estamos más amplios. Espaciosos. Nos gusta el espacio.

—La última frontera —murmuró Jack.

—Exacto —corroboró ella—. Así que ¿quién más va a participar en todas esas estúpidas actividades para parejas que hay programadas hoy?

—Nos dijiste que erais solo amigos —recriminó la señora Neal—. Trato de establecer un firme vínculo madre-hija contigo, Emmaline, pero tú no pones nada de tu parte.

—Yo lo sospechaba —aseguró el señor Neal, moviendo la cabeza—. Capté algo raro en su tono la última vez que hablamos.

—¡No, no es cierto! —lo acusó su madre—. Tú también creías que era lesbiana.

Jack vio que su nueva novia parecía afligida. Ella comenzó a responder, pero se detuvo.

—Tengo que hacer una llamada telefónica. Acabo de recordarlo.

—Cobarde —murmuró cuando pasó junto a él y cerró la puerta de su habitación. Regresó de inmediato a recoger su teléfono y volvió a desaparecer, cerrando de nuevo la puerta.

—Lo habéis pensado muy rápido —dijo la madre de Em con aire sospechoso—. ¿Por qué tanta prisa?

—Bueno, no queremos perder el tiempo —respondió él—. Ya sabéis.

Hubo un jadeo colectivo.

Vaya.

—¿Emmaline está embarazada? —susurró Ángela.

Él hizo una mueca.

—Er... no puedo responder a eso.

—¡Emmaline! —gritó la señora Neal—. ¿Estás embarazada?

Ella asomó la cabeza desde la habitación contigua.

—¡No! Pero ¿qué les has contado? No, claro que no lo estoy.

—Me equivoqué —intervino Jack—. No está embarazada. Claro que no lo está.

—¡Lo estás! ¿Verdad? —canturreó Ángela—. ¡Hurra! ¡Voy a ser tía!

\* \* \*

Un millón de murmullos más tarde, los Neal se marcharon, firmemente convencidos de que Em tenía un bollo en el horno.

—¿Cómo has podido hacer eso? —gimió Emmaline—. ¡Por favor, Jack! Acabaré teniendo que hacer pis en un palito para que vean que no estoy embarazada, y mi madre querrá estar presente cuando lo haga, así que muchas gracias.

—Bueno, lo siento —dijo él—. Ha sido todo muy rápido, me enteré de que estábamos comprometidos solo treinta segundos antes.

—¡Exacto! Creo que concebir lleva un poco más de tiempo.

—Entonces vamos a tener que ponernos a ello.

—En tus sueños, Jack. Y ya está bien, por cierto.

—¿No tenemos que estar en algún sitio en este momento? —preguntó él.

Ella se dejó caer en la silla.

—Sí. Las pruebas de voleibol por parejas comienzan dentro de diez minutos.

—Estoy deseando —dijo él.

Ella se levantó y empezó a abrir cajones.

—Y, por si fuera poco, tengo que ponerme el traje de baño. Está claro que, hoy, Dios me odia.

Dicho esto, se fue al cuarto de baño y cerró la puerta.

Muy mal. Ahora que estaban comprometidos, Jack pensaba que al menos se merecía verla desnuda.

Él se dio cuenta pronto de que no se trataba de voleibol por parejas cuando se dirigieron a la piscina, sino de peleas de parejas a caballito. Bueno, lo habían llamado de otra manera, algo que sonaba tan divertido como falso, «Fiesta del agua por parejas», pero eran peleas a caballito y punto. La piscina era otro tema: turquesa con forma de trébol, con una cascada a un lado y una barra donde servían batido de col orgánica por el otro. Varias parejas en muy buena forma chillaban, se reían y movían como si fuera un anuncio publicitario.

A su lado, Emmaline gimió. Llevaba puesto lo que parecía un paracaídas blanco. De hecho, había visto *burkas* que mostraban más piel.

Era una pena que no fueran a nadar al océano. Al parecer, el Pacífico estaba demasiado frío y no se podían meter sin neopreno (evidentemente, los californianos no habían nadado en el Keuka en mayo, como hacía él todos los años).

El recuerdo del agua fría del lago hizo que se le acelerara el corazón. Se detuvo bruscamente y Emmaline, que caminaba a su lado, se detuvo también.

—Jack, ¿estás bien?

Su respiración se había entrecortado. El pecho le subía y bajaba con brusquedad. Sentía como si su corazón fuera del tamaño de un melón. Algo no iba bien. Posiblemente estuviera sufriendo un ataque cardíaco...

Entonces, Em lo llevó hasta una silla y lo obligó a sentarse. Luego le sujetó la muñeca.

—Respira hondo —le ordenó al tiempo que se sentaba de forma que quedaron cara a cara—. Y suelta el aire muy despacio, grandullón. —Subió la mano libre y le apartó el pelo de la frente—. Así, lentamente.

Se suponía que debía de ser él quien la cuidara ese fin de semana. No al revés.

—Es increíble el clima que hace aquí, ¿verdad? —dijo Em—. Ya pueden decir lo que quieran del sur de California, pero en eso no les gana nadie.

Ella olía a protector solar. Además, tenía pecas. No se había dado cuenta antes.

—He pensado que luego podríamos salir a dar una vuelta. Sería bueno quitarnos de aquí un rato. No es que lo esté pasando mal ni nada. —Ella sonrió mientras movía la mano. Ya no le estaba agarrando la muñeca, pero dejó que sus palmas se encontraran—. Hay un sitio de donuts cerca de aquí. Bueno, lo había hace tiempo. Espero que siga abierto. Te voy a invitar a uno cubierto de azúcar y...

Entonces, él se inclinó hacia delante y la besó, y ella abrió la boca sorprendida. Los labios de Em eran suaves y eso fue suficiente. Era lo único que necesitaba. Su boca, suave y preciosa, y su pelo, caliente por el sol, debajo de su mano cuando la puso en la parte posterior de su cabeza.

El ataque de pánico se disolvió en el fondo de su mente. La brisa agitaba el pelo de Em sobre su rostro y él lo retiró sin dejar de besarla, algo que quizá debería dejar de hacer. Y lo haría. En algún momento.

Fue ella la que interrumpió el beso. Se alejó unos centímetros sin mirarlo y apretó los labios.

—Lo siento —dijo él en voz baja.

—No. Ha estado... bien.

Colleen O'Rourke —bueno, ahora, Colleen Campbell— apareció a su lado de repente. Jack no la había visto todavía porque habían llegado en vuelos distintos, pero estaba allí porque era una vieja amiga de la novia o algo así.

—¡Por San Patricio! ¿Estabais besándoos? —preguntó.

—Déjalos en paz, Coll —dijo su hermano gemelo.

—¡Hola, Connor! —saludó Jack—. ¿Qué haces aquí?

—Penitencia. —Suspiró y miró a su hermana—. Soy su niñera.

—Es mi acompañante —dijo Colleen a la vez.

—Colleen y Connor —se oyó decir por los altavoces—. Por favor, pasad por la piscina de inmediato.

Vaya, la novia había encontrado un megáfono. Qué buena idea.

—Santo Dios —murmuró Connor.

—Lucas no ha podido acompañarme —dijo Colleen—. Lo creas o no, Con no era mi primera opción. La sobrina de Lucas ha tenido un ataque de apendicitis, así que tuvo que marcharse ayer a Chicago. Sin embargo, antes, obligó a Connor a que viniera conmigo porque claro, soy una flor delicada. Como puedes haber oído por ahí, estamos esperando un bebé. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¿Vais a jugar a las peleas a caballito en la piscina? Con y yo somos una de las parejas.

—Es horrible —se quejó Connor—. No me puedo creer que tenga que hacer esto. Ni siquiera me gusta abrazarte.

—¡Ya basta! Solo me llevarás a caballito, no te vas a morir.

—Podría ser, teniendo en cuenta lo que comes ahora.

—Colleen y Connor: a la piscina de inmediato.

—¿Os lo podéis creer? No me caía bien en la universidad, y no me cae bien ahora. —Colleen miró a Em—. ¿Vais a participar?

Emmaline, que no había dicho nada hasta el momento, se aclaró la garganta.

—Pensábamos que se trataba de voleibol. Por cierto: Jack y yo hemos decidido fingir que estamos comprometidos.

Connor lo miró, y Jack se encogió de hombros. Colleen levantó las manos.

—Ya te dije desde el principio que eso era lo que debías hacer. Vamos, Connor. Naomi nos reclama. ¡Dios!, cómo me gustaría que Lucas estuviera aquí.

—Bueno, no eres la única —dijo Connor.

—Créeme, no es que quiera estar aquí con mi malhumorado hermano y, por cierto, Connor: si hubieras aceptado venir con Emmaline, ahora no tendrías que ser mi acompañante.

—No soy tu acompañante, soy tu guardián —puntualizó Connor.

—Emily y Jack, presentaos en la piscina de inmediato —ordenó la novia por megafonía. ¿Cómo era el término? ¿«Noviazilla»? Sí. Le iba perfecto.

—¡Mierda! —Colleen suspiró—. Venga, Connor. Prepárate para luchar hasta la muerte. Tu muerte, por supuesto. Tienes que salvarnos a mí y a mi bebé.

—Esto es horrible —dijo Connor, pero obedeció y se fueron.

Jack miró a Emmaline, que todavía no lo miraba.

—Lamento haberte besado.

—No, no. No pasa nada —repuso ella.

—Por cierto... Gracias.

Ella lo miró bruscamente.

—¿Por qué?

Em tenía los ojos azules. Azul oscuro.

—Por haberme hablado así —le recordó—. Por dejar que te bese.

Ella se sonrojó y soltó un extraño resoplido.

—Ha sido un sacrificio enorme, Jack. A ver, ¿te has mirado al espejo? Eres horrible. ¿Te he contado en alguna ocasión que me voy a hacer negociadora? Bueno, pues ya lo sabes. Es decir, iré a un curso cuando regresemos a casa. Ya sabes, situaciones con rehenes. Suicidas. Así que ha sido una buena práctica. No es que tú tengas rehenes o... mmm... No importa. Está bien. Estamos bien.

Estaba nerviosa. Le pareció bonito.

—¿Lista para jugar a peleas a caballito?

—No.

—Venga, será divertido. Quitate eso y vamos.

—No debería haber venido a la boda —aseguró ella.

—Eres poli. Sé valiente.

—Que te den.

—Así me gusta.

El rubor de Em se hizo más intenso. De pronto, ella frunció el ceño, gruñó un poco más y se quitó el *burka* por encima de la cabeza.

¿Hola?

Pero ¿por qué demonios se preocupaba ella de tener que estar en bañador con el aspecto que tenía? Em tenía las piernas largas, un trasero impresionante y un escote de infarto que enseñaba de una forma fantástica y que se mantenía tan erguido que deberían darle un premio de ingeniería, porque... guau.

Emmaline no podía ser considerada flaca ni echándole imaginación, pero a Jack siempre le habían gustado las mujeres así. Las que parecían mujeres y no adolescentes. Las que parecían suaves y resistentes al mismo tiempo.

«Averigüémoslo», le dijo su cerebro.

—¿Qué miras? —gruñó ella.

Él bajó la vista.

—Mi abuela tiene el mismo bañador —replicó él—. A ver si la próxima vez pruebas con un bikini.

—De acuerdo. Además, me echaré a la hoguera, ya que sería igual de divertido. Ya es bastante malo estar aquí, en la tierra de la gente de plástico.

—¡Emily y Jack, os queremos en la piscina! —aulló la novia.

—Quiero verte en bikini —dijo él, levantándose—. Ahora estamos comprometidos.

—Vamos a acabar con esto de una vez. Me disculpo de antemano si acabas con una hernia.



—Relájate. Diviértete. Estamos comprometidos y seguramente esperando un bebé. —Le agarró la mano y la llevó hacia la piscina.

La idea de entrar en el agua no le molestaba. Una piscina no era un lago. No había ninguna posibilidad de que ocurriera un accidente de tráfico. Todo iría bien.

La novia dejó el megáfono a un lado.

—Ya era hora —dijo al verlos, recorriendo a Emmaline con la vista de arriba abajo.

Por suerte, Em no le hizo caso y se lanzó limpiamente a la parte más profunda de la piscina. Cuando salió a la superficie, parecía como si quisiera que le pegaran como a una tonta.

«De acuerdo, Jack, ya vale. La pobre muchacha está pasando por un momento difícil. Puedes poner algo de tu parte.»

Él se lanzó al agua también con precisión. Sin problemas. Bueno, después de todo, había pertenecido a la Marina. No podía tener miedo al agua. Y no lo hacía. Esa era la prueba.

Nadó hacia Emmaline.

—Súbete, osito Pooh —le indicó.

—Esto es lo más estúpido que he hecho en mi vida.

No pudo evitar volver a mirar sus pechos. En el agua solo parecían más... boyantes.

—Estás de muerte con ese bañador —reconoció él.

—Sí, sí, y tú también estás muy bien. Y, por cierto, ¿de dónde saca un enólogo unos abdominales así?

Era agradable que ella se diera cuenta.

—Soy un dios griego, ¿recuerdas?

—Me molesta que recuerdes eso. —Pero ella sonrió.

Hubo un chapoteo en la parte más profunda.

—¡Vaya por Dios! —oyeron la voz de Colleen—. Hemos perdido. Con, vamos a comer algo. ¿Qué te parece? Estoy hambrienta.

Jack se volvió hacia Emmaline y sonrió.

—Nuestro turno, Pooh.

\* \* \*

Emmaline no estaba contenta.

El bañador milagroso le oprimía el estómago como si fuera el corsé de Escarlata O'Hara y casi tenía dificultades para respirar.

Las «¡Tachán!» estaban en su sitio, y aunque nunca había sido una mujer obsesionada por sus pechos, no le importaba nada que él pareciera no poder quitarles los ojos de encima. Sus tetas tenían buen aspecto.

Jack continuaba mirándola, lo que podría haber sido gratificante, si no fuera porque a) Eran falsas y b) Las dos pechugas de pollo eran asquerosas a más no poder.

Y ahora tenía que subirse a los hombros de Jack. Con suerte, él no gritaría de agonía.

Sin embargo, sus hombros parecían resistentes como para poder sostenerla. De hecho, todo él parecía... parecía como... ¿de qué estaba hablando?

Porque incluso en ese grupo, en el que los invitados a la boda parecían sacados de un catálogo de Abercrombie & Fitch, Jack destacaba. No solo porque era ridículamente guapo, además tenía un cuerpo proporcionado. No estaba demasiado musculado ni esculpido (ni depilado, a Dios gracias)... pero era... ¡joder!... era perfecto.

Mientras Kevin y los demás hombres parecían lo que eran —adictos a los gimnasios—, Jack se limitaba a ser fuerte. Tenía unos hombros anchos que iba a poner a prueba con su peso. Un vientre plano y musculoso. Unos brazos que eran el resultado de levantar barriles (o lo que fuera que su trabajo requiriera que levantara, pero imaginarlo cargando barriles de madera era bastante satisfactorio) y había un encantador rastro de vello desde su ombligo a la cintura del bañador, y...

—¡Emily y Jack! Por favor, ¿podéis acercaros aquí?

—¿Preparada? —dijo Jack, y antes de que ella se diera cuenta, él se sumergió en el agua y, ¡Dios!, puso la cabeza entre sus piernas. Luego se irguió, y ella se tambaleó sobre sus hombros. ¿Qué aspecto tendría su estómago? ¿Sería el bañador tan milagroso como prometía?

Em se agarró a la frente de Jack para no caerse.

—¿Qué tal por ahí arriba? —preguntó él.

—¡Muy bien! —respondió. Muy, muy bien. Sin duda las «Amargadas y traicionadas» se enterarían. Incluso era posible que se hiciera un tatuaje en cada muslo: «La cabeza de Jack Holland estuvo aquí».

Había un DJ en la barra de batidos, y empezó a sonar el tema principal de *Tiburón*.

—¡Estamos aquí para ganar! —gritó Naomi, subida a los hombros de Kevin. Otras dos parejas participaban también en esa fase de la lucha, y las dos mujeres eran magníficas, aunque no tan guapas como Naomi. Las dos llevaban bikinis, como la novia.

«¡No, no! ¡Nada de eso! No vas a sentirte como si fueras el patito feo —se dijo seriamente—. Tienes una precisión del noventa y tres por ciento con tu Smith & Wesson. Puedes cuidar a los trillizos Cabrera a la vez. Eres poderosa.»

—Vamos a tirarnos como hicieron Colleen y Connor —sugirió a Jack, un poco preocupada por aplastarle las vértebras—. Luego podemos ir a tomar los donuts.

—De eso nada —respondió él—. Estamos aquí para ganar.

Las reglas eran simples: derribar a las otras parejas. Estaban en una parte de la piscina donde el agua llegaba por el pecho, y cada pareja tenía que defender su cuadrante. Si había suerte, nadie se caería ni golpearía en la cabeza, porque si cayera una gota de sangre en el agua, Em estaba bastante segura de que Naomi entraría en una especie de frenesí. En ese mismo momento estaba esbozando una sonrisa de tiburón. Y la música no ayudaba.

De hecho, Em sospechaba que estaba a punto de sentir que le arrancaba la pierna de un mordisco.

—¿Vamos a seguir alguna estrategia? —preguntó Em. El pelo mojado de Jack le hacía cosquillas en los muslos.

Él miró hacia arriba. El movimiento de su cabeza hizo que ella contuviera un gemido de lujuria. Sus hermosos ojos azules se arrugaron cuando sonrió.

—¡Ir a por ellos!

—¡A sus marcas! —gritó Naomi—. ¡Preparados, listos... ya!

Hubo un chapoteo cuando todas las parejas se acercaron al centro. El DJ subió el volumen de la música. «Chunda, chunda..., chunda, chunda.»

Jack se acercó a la primera pareja. Una pelirroja encima de un hombre guapísimo.

—Hola —la saludó Em.

—Hola.

—Mmm... —Emmaline alargó la mano y empujó con suavidad a la joven.

Ella se desplomó como un gatito drogado. Seguramente pesaba lo mismo que la niebla.

—¡Lo siento! —se disculpó Em al instante.

—No, no, no te preocupes —dijo la joven. ¿Era su imaginación o la mujer parecía aliviada?

—Siguiente —dijo Jack, dándose la vuelta. La segunda pareja no se hizo esperar. El hombre se sumergió incluso antes de que Emmaline tocara a la mujer.

—¡Oh, vamos, Randy! —gritó Naomi.

—¡Sí, vamos! —repitió Kevin.

Emmaline se dio cuenta de que nadie quería competir contra la feliz pareja. De hecho, Naomi parecía un poco irritada al ver que las otras dos parejas estaban nadando hacia la escalerilla.

—¿Cuántas ganas tienes de ganar? —murmuró Jack.

—Lo cierto es que me da igual.

—Bueno, pues yo sí quiero ganar. —Dicho eso, Jack se abalanzó hacia delante y Em soltó un chillido. «¡Oh!» Aquello había sido increíble. ¿Estaría muy mal que le pidiera que lo hiciera otra vez? Es que sentir su cabeza contra su...

De repente, Kevin y Naomi estaban justo delante de ellos. El hermoso rostro de Naomi parecía demasiado salvaje delante de ella mientras lanzaba lo que solo se podía describir como un gruñido.

—No quiero asustarte —dijo la entrenadora—, pero Kevin y yo jamás hemos perdido. ¿Verdad, cariño?

—Verdad —respondió Kevin obedientemente.

—Nosotros tampoco —replicó Jack.

—Bueno, estáis a punto —aseguró Naomi—. La única diferencia entre perder y ganar es no rendirse.

—Te mereces perder solo por eso, Naomi. —Em captó una sonrisa en la voz de Jack.

—Yo nunca pierdo —presumió ella antes de ponerle las manos en los hombros y empujar con fuerza.

Em apretó los empujadores contra la espalda de Jack para no caerse. Era posible que estuviera asfixiándolo con los muslos, pero no le importó. De repente, lo único que quería era que Naomi perdiera en algo, y se inclinó y luchó contra ella. En realidad estaba siendo estúpida, ¿por qué no dejar que Naomi fuera la vencedora de aquellos Juegos del Hambre y matara a todos los demás? Pero, ¡maldita sea!, Em no pensaba perder.

Aun así, no podía dejar de admirar los magníficos hombros de Naomi.

En ese momento, Jack se hizo a un lado, seguramente porque necesitaba respirar con urgencia, y Em se inclinó hacia delante, aprovechando su impulso para empujar. Con fuerza. Naomi vaciló, Em imaginó que era una amenaza para los trillizos Cabrera y empujó de nuevo. A fin de cuentas era una agente de la ley.

Naomi y Kevin se cayeron y salpicaron agua.

—¡No es justo! —gritó Naomi, golpeando el agua con el puño—. No se puede utilizar el peso de esa manera.

—Sí —convino Kevin, también de mal humor—. Es evidente que tú pesas mucho más que Nay.

—Entonces, ¿qué se supone que debo usar? —preguntó Em—. ¿Una espada? ¿Mi ballesta?

—Venga, daos la mano, niñas —intervino Jack—. Recordad: humilde en la victoria, elegante en la derrota —citó con una sonrisa—. Yo me siento muy humilde, la verdad.

«Oh, oh»

Em notó... algo. Esa sonrisa. Esos ojos. El hecho de que no se hubiera quejado ni una sola vez de lo pesada que era.

Entonces él se sumergió y ella se metió bajo el agua. Salió a la superficie y se apartó el pelo de la cara.

—Gracias, poderoso corcel —dijo—. Ha sido más divertido de lo que pensaba.

Él seguía sonriendo. De pronto, Jack bajó los ojos a sus pechos y su sonrisa vaciló.

—Mmm... Em, parece que estás desinflándote...

Ella se miró las tetas.

Mierda.

Uno de sus pechos estaba lozano y abultado, igual que cuando había salido de la habitación.

El otro estaba normal.

Lo que significaba que...

Presa del pánico, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba? Era posible que solo se hubiera resbalado... Así que se pasó la mano por el estómago para ver si... No. No estaba allí.

¿Dónde estaban sus «¡Tachán!»?

—Er... ¿es eso lo que estás buscando? —susurró Jack.

Kevin y Naomi estaban hablando en voz baja, todavía dentro de la piscina. Naomi resoplaba y Kevin se disculpaba. Y allí, en su hermoso omóplato, como si fuera una sanguijuela gigante, estaba el «¡Tachán!».

—¿Qué demonios es eso? —susurró Jack.

Una gaviota gritó, dando vueltas sobre la piscina, y a continuación, se cernió sobre ellos. Em sabía lo que quería. Había visto lo que creía que era su cena.

Se lanzó hacia ella. Jack se lanzó también. La gaviota se sumergió y arrancó el postizo del hombro de Kevin, lo que le hizo gritar de sorpresa. Em se habría reído si no fuera porque estaba en el pico del ave. Pero era demasiado pesado para la pobre gaviota y su cabeza se tambaleó. El pájaro abrió el pico y el pedazo de silicona cayó de nuevo en la piscina.

Ella se lanzó a por él, pero Jack fue más rápido. Lo agarró y se volvió hacia ella.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Naomi.

Em pensó que quizá había llegado el momento de suicidarse.

Jack salió a la superficie justo a su lado.

—¿Es una pechuga de pollo cruda? —susurró.

—¡Shhh! ¡No! ¡Dámelo!

—¡Habéis hecho trampa! —aseguró Naomi.

—¿Cómo vamos a hacer trampa en la fiesta del agua por parejas? —preguntó Jack—. No alborotéis, niños. Las bebidas van por nuestra cuenta. —Se volvió hacia Em—. Ten —dijo en voz más baja—. En este momento me alegro mucho de no ser mujer.

—¡Quiero la revancha! —gritó Naomi.

Em agarró la desagradable pieza de silicona (que además había estado en el pico de una gaviota). ¿Debería ponérsela de nuevo o no? ¿Si el ave tenía alguna enfermedad (como la gripe aviaria, por ejemplo) sería suficiente el cloro de la piscina para matar los gérmenes?

—¿Y bien? —preguntó Jack—. ¿Te lo pones o lo hago yo? —Él arqueó una ceja.

—Muy gracioso.

—De acuerdo, al menos deja que... —la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó—. Venga. Puedes explicarme dentro de un rato por qué llevas pechugas de pollo crudo.

—No es pollo. Es... no importa. —Puso de nuevo el ofensivo relleno bajo su pecho.

No pudo evitar darse cuenta de cómo se sentía al estar apretada contra Jack. Mojada. Caliente. Resbaladiza.

—Me preguntaba cómo era posible que tus pechos desafiaran la gravedad de esa manera —murmuró él. Sentía su voz retumbando contra el pecho mientras se ajustaba el bañador.

—No te burles de mí —le ordenó—. Es un fin de semana estresante.

Él se echó atrás y bajó la mirada hacia ella. Em se fijó en una gota de agua que se deslizaba por su cuello hasta detenerse en su clavícula y, de repente, solo pudo pensar en lamerla.

—Solo para que lo sepas: no necesitas nada de eso —aseguró él. Se le aflojaron las rodillas. Notó que a Jack le aparecían unas arruguitas en los rabillos de los ojos justo antes de que la besara en la frente.

«¡Mierda!» Estaba enamorándose de ese tipo.

—Gracias —le dijo con energía, y luego, mortificada porque Jack (y posiblemente todos los demás) sabía lo que llevaba debajo del bañador, nadó hacia las escaleras y salió de la piscina.

## Capítulo 10

—Mi reino por una hamburguesa —murmuró Colleen.

—Tú lo has dicho, hermana —respondió Em.

El ensayo general de la «cena» consistía en un bufé de verdura cruda. Las bebidas se limitaban a té verde (frío y caliente), té de menta, leche de soja desnatada, agua y zumo de arándanos, del de verdad que hacía que uno se estriñera. Emmaline tenía dolor de cabeza, seguramente debido a la alarmante falta de cafeína, carbohidratos y helado durante las últimas veinticuatro horas.

Lo primero que haría al llegar a casa, después de dar a *Sargento* todos los mimos del mundo, sería llevar al cachorro a la Taberna de O'Rourke —porque el animal era, en teoría, un perro policía en fase de entrenamiento— y pedir una fuente grande de nachos y dos hamburguesas gigantes. Una para cada uno.

Le rugió el estómago.

—¿Dónde está Jack? —preguntó Colleen mientras ponía un poco de col en su plato.

—Creo que está durmiendo —respondió Em. Había llamado a su puerta, pero no obtuvo respuesta. Tal vez el *jet lag* le estaba pasando factura finalmente. O tal vez estaba dando un paseo por la playa. A lo mejor le dolía la espalda después de jugar en la piscina o solo necesitaba descansar un poco.

Esperaba que no fuera... bueno, eso que le pasaba. La mirada perdida que había visto antes en su cara la había matado.

—De nuevo a la mesa de los acólitos de la novia —suspiró Colleen—. Nos vemos después.

Cierto. A Jack y a Em los habían sentado en la mesa con unos ancianos rusos. Unos familiares de Naomi que procedían de Irkursk, si ella no había entendido mal, basándose en el mapa que dibujó en una servilleta el único componente del grupo que hablaba inglés. Una tía abuela estaba llenando su bolso de palitos de pepino. Otro de los ancianos se había dormido y un tercero estaba mirándole las tetas (incluso sin las pechugas de pollo tenían buen aspecto con ese vestido), pero, por lo demás, sus compañeros de mesa se limitaban a hablar entre sí. Ella les sonreía de vez en cuando para demostrar que era una americana buena. Solo el que le miraba los pechos le devolvió la sonrisa. Le faltaban varios dientes.

Ángela y sus padres estaban sentados con los padres de Kevin; Ángela se había ofrecido gentilmente a sentarse con ella, pero la señora Bates (que antes la adoraba, si a Em no le fallaba la memoria) casi se había puesto como un dragón de Komodo ante la sugerencia. Em aseguró a su hermana que no le importaba estar en Siberia, y lo cierto era que se sentía aliviada de no tener que mantener una conversación.

Kevin y Naomi estaban sentados en una pequeña mesa para dos bajo un foco de luz.

Parecían muy enamorados.

—¡Bien, amigos —ladró el DJ—, ha llegado el momento de quemar calorías bailando!

Sí, no quisiera Dios que las diez o doce calorías que tenía la cena pudieran hacer un descanso. Las notas de Black Eyed Peas comenzaron a retumbar en los altavoces.

Em sospechaba que en cualquier momento Kevin y Naomi bailarían su canción especial con una coreografía pensada específicamente para ese instante.

La canción que Kevin y ella iban a bailar en su boda era *Unforgettable*, de Nat King Cole. Todavía no podía escucharla sin que le diera un pequeño derrame cerebral.

—Naomi y Kevin quieren que todos ustedes tengan esto como recuerdo de la boda —dijo una niña que sostenía una cesta.

«Por favor, Dios, que esté llena de botellas de Jack Daniels.»

Pero no.

La cría sostenía algo que le resultaba demasiado familiar. Un montón de ejemplares del suplemento de la revista *People*, edición *Half Their Size*.

En la portada había una fotografía de Kevin sosteniendo unos de sus enormes pantalones. Pantalones que la propia Emmaline le había comprado, dado que entonces él odiaba ir de compras. Seguramente ahora le encantaría.

Los parientes rusos abrieron la revista. Em metió su ejemplar en el bolso. Podría quemarlo más tarde. Aunque eso no serviría para nada: se había aprendido de memoria aquel maldito artículo.

En la página cuarenta y siete, Kevin contaba que había tenido problemas con los alimentos durante toda su vida, y que ello le había llevado a tener problemas de tensión arterial y prediabetes. Y luego, el golpe asesino:

«Estaba viviendo con alguien que no me apoyaba —dice Bates—. Esa persona sabotaba todos mis esfuerzos comprando alimentos que acrecentaban mi adicción. Entonces conocí a Naomi y me di cuenta de que tenía que cortar por lo sano aquella relación. Esa mujer no era solidaria conmigo.

Naomi Norman, la entrenadora de Kevin, que pronto se convertirá en su esposa, también interviene:

—Las personas que nos rodean suponen una gran diferencia en nuestras vidas —asegura ella, poniendo la mano sobre el brazo ahora musculoso de Kevin

—. Creo en Kevin y apoyo todos sus sueños y metas. Es la persona más extraordinaria que he conocido.»

Puaj.

Además, ay.

Y ahora todos estaban estudiando detenidamente sus ejemplares, deslumbrados por la pérdida de peso de Kevin. Quizás al día siguiente, en lugar de caminar sin más hasta el altar, el nuevo Kevin aparecería a través de una imagen gigante del antiguo, como hacían en *The Biggest Loser*.

Aunque no había tantos amigos de la universidad como había esperado Em, algunas personas sabían quién era y la miraron sin disimulo. Al menos, los rusos no le prestaban atención: estaban viendo las imágenes de todos los eventos de alfombra roja que cubría ese número en concreto del suplemento.

«Mi reino por un martini muy fuerte», pensó Em. Sonrió a los rusos y luego comprobó su móvil. Ángela le había enviado un mensaje:

Esta es la boda más hortera que he visto en mi vida. Tengo pensado quemar mi ejemplar en plan dramático mientras me como un helado.

Em miró a su hermana y sonrió.

Faith también le había enviado un mensaje preguntándole cómo le iban las cosas. Además tenía otros de Shelayne y de Allison. Shelayne le había enviado una foto de *Sargento* durmiendo en su cama (bajo las sábanas) que la hizo sonreír. Sí, sería bueno, muy bueno, regresar a casa.

Jack todavía no había llegado. Iría a buscarlo. Una excusa magnífica para salir de allí.

En ese momento, el DJ dio un toquecito en el micrófono.

—Damas y caballeros, por favor, demos un aplauso a Naomi y Kevin, que van a bailar su último baile como solteros. —El ritmo de una alegre canción resonó en los altavoces. Bruno Mars, por supuesto. *I think I wanna marry you*.

«Qué adorables.»

Hubo gritos, aplausos y risas, y luego, por supuesto, la coreografía.

Kevin siempre había sido un buen bailarín.

—¿Te importa que me sienta aquí? —preguntó una mujer. Era de su edad—. Me llamo Trisha.

—Yo soy Emmaline. Por favor, toma asiento.

—Solo quería descansar un poco. Me siento un poco mareada de tanto baile.

—Seguramente tengas hambre.

Trisha se rio.

—Sí, la comida no es precisamente saciante. Pero no me importaría perder algunos kilos. ¿De qué conoces a los novios?

—Fui a la universidad con Kevin. —Sin duda era la respuesta más segura.

—¿Ah, sí? Yo trabajo con él. Estuve colgadísima por él. No creo que te extrañe, ¿verdad? Es guapisimo.

—Sí, lo es. —¡Qué complaciente era! Quizá tuviera que ponerse un pin. Quizás incluso darse un premio a sí misma.

Trisha se acomodó y miró el baile.

—Ni te imaginas lo que he oído.

—¿Qué?

—La antigua prometida de Kevin está aquí. Lo está acosando. Creo que no puede conseguir olvidarlo. Le hizo un montón de cosas odiosas.

—¿De verdad? ¿Cuáles?

—Dijo un montón de idioteces a Naomi, tratando de sabotear la pérdida de peso de Kevin —Señaló uno de los ejemplares de *People*—. Ahí lo cuenta todo. Es triste sentirte tan amenazada. Oye, tú debes de haberlo conocido cuando estaba gordo, ¿no? ¿No es una transformación asombrosa?

—Lo es. Y por cierto, yo era su prometida.

Fue divertido ver la cara que se le quedó a Trisha.

—Y me invitaron. No fue necesario acosarlo ni nada, aunque creo que tengo una ardilla muerta en la maleta. —Em sonrió con dulzura—. ¿Quieres acompañarme a mi habitación para verla? Es muy bonita.

Trisha huyó despavorida.

—¿Divirtiéndote, osito Pooh?

—¡Jack! ¿Qué tal estás?

—Estupendo. ¿Por qué no me has despertado?

—Llamé a tu puerta. Supuse que estabas durmiendo.

—Bueno, deberías haber llamado con más fuerza. Después de todo, estoy aquí por una razón. —Él frunció el ceño y sus azules ojos se nublaron.

Ella apostaría lo que fuera a que la siesta no había sido precisamente pacífica.

—¿Has hablado con Levi, por casualidad? —preguntó él.

—Sí, hace un par de horas.

Jack miró las parejas que bailaban.

—¿Salió Josh Deiner en la conversación?

A ella se le encogió el corazón.

—Lo cierto es que sí. Me ha dicho que Josh está... bien. —No era eso exactamente lo que había dicho. «Sin cambios.» Eso era.

Vio un brillo en los ojos de Jack.

—¿Alguna mejora? —insistió él, poniendo el alma en esas dos palabras.

Hubiera sido fácil decirle algo esperanzador y vago, algo tipo «hay señales positivas» o «no existe ninguna razón para no tener esperanzas». Pero no podía mentirle.

—No. Pero tampoco ha habido empeoramiento.

El brillo desapareció.

Em vio a sus padres entre la multitud.

—Emmaline —la llamó su madre—. ¿Estás bien? He oído que participaste en una pelea en la piscina. ¿Cómo se te ocurrió hacer eso en tu estado?

—En realidad no hubo ninguna pelea —respondió ella, reprimiendo un suspiro—. Y tampoco estoy en ningún estado especial.

—¡Jack! —atronó su padre—. ¡Estoy muy contento de que estés aquí! ¿Hablamos de vuestros planes de futuro, hijo? —Ahora que su padre se había convencido de que era hetero, empezaba a comportarse como un suegro delirante.

—Lo cierto es que estábamos a punto de salir a dar un paseo —se disculpó Emmaline—. Mañana nos ponemos al día, ¿de acuerdo?

—Eso me parece muy bien —dijo su madre—. No creo que sea fácil para ti que Kevin siga adelante.

—Gracias por el voto de confianza, mamá.

—Cariño, solo me preocupó. ¿Es eso tan malo? ¿Qué tiene de malo que me preocupe por ti?

—Invertir tiempo juntos es la base de una relación fuerte —intervino su padre—. Por eso la de tu madre y la mía no funcionó. Ella estaba demasiado preocupada por su carrera.

—¿Yo? Era tu padre el que estaba obsesionado con sus pacientes, Emmaline. Como estoy segura que recuerdas. Jack, no cometas ese error con mi hija.

—No, no lo haré —aseguró Jack—. Ella es... es estupenda.

—Hacéis una pareja muy bonita —dijo su madre con un tono extraño y melancólico—. Quizás esta vez podamos ir juntas a comprar el vestido.

Bueno, era hora de cortar por lo sano. Incluso aunque fueran el señor y la señora Disfuncionales, sus padres eran buenas personas. A su manera extraña la querían y, al pensar que estaba mintiéndoles, a ella se le encogía el estómago (aunque eso quizá fuera por culpa de la ensalada de col).

Em se desharía de esa sensación el lunes. Incluso puede que el domingo. En el mismo instante en que saliera de ese lugar.

—¿Cuándo vas a venir por casa? Tenemos que planear la boda —continuó su madre.

—Mmm... pronto. Ahora nos vamos a pasear. ¡Hasta luego! —Emmaline forzó una sonrisa y buscó a tientas torpemente la mano de Jack. Aferró su muñeca y prácticamente lo sacó a rastras del comedor.

—Más despacio, *Correcaminos* —dijo él—. ¿Qué te pasa?

—Que como no salga de aquí voy a decir la verdad.

—Si quieres hacerlo, hazlo —le indicó él—. Estará bien de cualquier manera. ¿Te apetece marcharte? Podemos regresar a casa. Lo que quieras.

—No me estás ayudando.

Él sonrió.

—Antes de ir a ningún sitio, vamos a pasar por mi habitación. Tengo contrabando.

—Dime que has traído vino.

—Por supuesto que he traído vino. Soy enólogo.

—Que Dios te bendiga, Jack Holland. Aunque ya podrías haberlo dicho ayer.

Él sonrió. Ella sintió que se le iba la cabeza.

Quince minutos más tarde estaban en la playa. Hacía el frío suficiente como para una manta, cosa que Jack había previsto. De hecho, había llevado dos. Una para la arena y otra para ponérsela sobre los hombros, ya que su vestido no abrigaba.

No podía negar que aquello era muy romántico.

Tendría que tener cuidado, pensó, tomando un sorbo de vino con agradecimiento. Era un hecho conocido que Jack era así con todo el mundo, y la mitad de las mujeres de Manningsport se comerían un cachorro vivo por disfrutar de una noche con ese tipo. No podía darle importancia a todo eso.

Ni siquiera al beso. Había sido una manera de sortear un mal momento. Nada más. Incluso se había disculpado por ello.

Las olas llegaban a la orilla con suavidad. No había viento, y la luna estaba en lo alto del cielo, por lo que la arena parecía nieve.

—¿Qué edad tenías cuando tus padres adoptaron a Ángela? —preguntó él.

—Catorce —respondió. El vino era bueno, con cuerpo y poso, o cualquier otro adjetivo que los enólogos acostumbraran a usar—. Me fui a vivir a Manningsport y a mis padres no les gustó tener el nido vacío, así que se fueron a Etiopía y adoptaron a Ángela.

—¿Te resultó raro?

—Fue sorprendente.

—Parece que os lleváis muy bien.

—Bueno, ella es estupenda, algo de lo que seguramente ya te has dado cuenta. Es guapa, inteligente y con talento. Posó como modelo cuando estaba en la universidad, pero donó todo lo que ganó al orfanato donde creció. Es casi tan buena como guapa. Es difícil no quererla.

—Tú también estás bien. Lo sabes.

Ella resopló.

—Lo retiro —se apresuró a decir Jack—. ¿Tus padres siguen viviendo aquí?

—Se mudaron a Palo Alto para estar más cerca de Ángela. Está haciendo una investigación en Stanford.

—¿Qué está investigando?

—Algo sobre la evolución de las estrellas en la historia del universo —recordó Em.

—Es estupendo.

—Jack, puedes invitarla a salir. Estoy segura de que te diría que sí. —Figúrate, menudos bebés tendrían. Guapísimos a la enésima potencia.

—No quiero salir con ella. Es que soy un poco friki de la ciencia, eso es todo. ¿Estás celosa?

—Sí. Muy celosa. —Em tomó otro sorbo de vino—. En serio, pídeselo.

—Estoy aquí contigo.

Eso sonó increíble. Sintió la necesidad de estirarse como una estrella de mar y empujar a Jack sobre su... «Guau, ¡qué fuerte!»

Él le dio una palmadita en el hombro.

—Bueno, ¿qué te parece el vino?

—Está muy bien. Afrutado.

Él soltó un suspiro.

—Eres una troglodita.

—Tomo nota de que me acabas de insultar con esa palabra.

—Es el mejor pinot noir que hemos conseguido en diez años, Emmaline. No es una Pepsi. Tómate un segundo para olerlo. —Ella obedeció—. Moras, grosellas, clavo y cuero —enumeró él.

—¡Oh, sí! Cuero... mmm... mmm... Huele a cuero, eso seguro. —Volvió a olfatearlo—. Lo cierto es que soy más de cerveza.

—¡No puede ser! Hemos terminado. Devuélveme el anillo de compromiso y dile a tu padre que no se preocupe por la dote —se burló Jack con una sonrisa.

Él tenía que dejar de hacer eso. Porque cada vez que lo hacía, Em se acercaba más a ser un cliché de las «Traicionadas y amargadas» que querían que Jack Holland fuera su acompañante en cualquier temido acontecimiento, que estaban medio enamoradas de él. Pero cuando regresara a casa no volvería a salir con él.

—¿En qué año te graduaste en el instituto? —preguntó él.

—Un año antes que Faith.

—¿De verdad? —Él se dio la vuelta para mirarla. Dios, ¡era guapísimo! El aire salado había rizado un poco su pelo, como si necesitara algún extra para resultar más atractivo—. ¿Por qué te mudaste a Manningsport?

Él la había besado ese día. En parte para distraerse de un ataque de pánico, pero la había besado, y había sido un beso tierno, apacible, sorprendente, que la hacía palpar de una forma que... que no había sentido desde hacía mucho tiempo.

Sensibilidad.

Y lujuria, sí. No tenía sentido fingir lo contrario. Le había costado todo su control no subirse a su regazo y continuar besándolo... Era delicioso.

—No es de mi incumbencia. Lo siento —dijo Jack.

Oh, ya estaba bien. Él le había hecho una pregunta.

—Fui acosada.

Por lo general, cuando decía eso, la respuesta era: «¿De verdad? ¿Te acosaron a ti? Si eres muy dura/fuerte/valiente, Em», y entonces, ella cambiaba de tema. No lo mencionaba mucho.

—Debió de ser muy malo si tuviste que trasladarte para alejarte de todo —comentó él, mirando al océano.

—Sí.

—Los niños pueden ser muy malos.

—No puedo estar más de acuerdo.

—¿Por qué te acosaban?

—Porque era tartamuda.

Él la miró de nuevo. Luego le puso un brazo sobre los hombros. Era cálido y sólido y, por un segundo, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

«No te dejes llevar por la emoción», le advirtió una vocecita.

—Además, Kevin se fue a un internado en Connecticut. Y era... bueno, éramos muy amigos.

La bondad de Kevin había sido un antídoto contra la crueldad con la que ocasionalmente la obsequiaban sus compañeros de clase. Y lo que era peor, los niños que no se metían con ella pero estaban presentes fingiendo no oír, no queriendo correr el riesgo de ser un don nadie como ella.

Pero lo que no te mata te hace más fuerte. ¿Qué tal como eslogan para una camiseta?

—Debe haber sido duro no ser capaz de decir lo que piensas —reflexionó Jack.

—Sí. Lo era. —Se aclaró la garganta y tomó otro sorbo de vino—. Tenía un amigo imaginario. Horacio.

—¿Horacio?

—Mis padres leían mucho a Shakespeare. Denúnciame.

—Entonces, ¿cómo era Horacio?

Ella se quitó las sandalias y clavó los pies en la arena fresca.

—Bueno, era leal, por supuesto. Me ayudaba psíquicamente, podía decirle todo lo que no me salía, y él pensaba que era muy inteligente y divertida.

—Eres muy inteligente y divertida. Además, tienes un giro de cadera en el hockey brutal. —Jack volvió a sonreír—. Yo también tenía un amigo imaginario.

—¿En serio?

—Sí, pero el mío tenía un nombre estupendo, no como el pobre Horacio.

—Escucha, pringado: Horacio es estupendo.

—Mi amigo se llamaba Otis.

—Otis no es un nombre estupendo, Jack. Me entristece que pienses eso. Lamento mucho decírtelo, pero Horacio gana de largo.

—Eso lo dirás tú.

—¿Otis servía para algún propósito especial?

—Por supuesto. Cada vez que me metía en problemas, les decía a mis padres que era culpa de Otis. Y me hablaba por las noches. Eso acojonaba a mis hermanas. Pensaban que o nuestra casa estaba embrujada o yo estaba poseído.

—¿Y lo estabas?

Él se echó a reír, y el sonido hizo que sintiera en las entrañas un cálido y maravilloso dolor.

—No lo creo. En cualquier caso, ya no lo estoy.

—¿Emmaline? —Era una voz femenina—. ¡Oh, Dios mío! ¿De verdad eres tú?

Em alzó la mirada.

—Er... ¡Hola!

La mujer, que era delgada como un galgo y tenía el pelo muy largo, la miró con incredulidad.

—¿No me recuerdas? —Se pasó el pelo por encima del hombro, sobre el pecho, y comenzó a acariciar las puntas.

—Lo siento. No hay mucha luz.

—¡Soy yo! ¡Lyric! ¡Lyric Adams! ¡Fuimos juntas al colegio!

«¡Oh, sí!» Em se terminó el vino y se levantó. Recordaba a Lyric muy bien. Era peor que los demás niños.

—Hola.

—¡Guau! Estás... er... ¡de maravilla! —aseguró Lyric.

—Tú también estás... er... bien —dijo Emmaline. Lyric se había hecho algunos arreglos, como se solía decir. O más bien muchos: labios inflados —los famosos morritos—, enormes pechos a punto de explotar, demasiado grandes para su pequeña caja torácica, y una nariz mucho más fina de la que tenía cuando era niña.

—¡Lo sé! —replicó Lyric, cambiando el tono de voz—. ¿No crees que tengo un entrenador personal fantástico? Hago pilates cuatro veces a la semana. No pruebo el gluten, ni la carne o los lácteos, además de todas las purgas. ¡Deberías hacerlo! Germen de trigo y aceite de pescado. Es asombroso.

—Creo que paso —dijo Em.

—¡Santo Dios! ¡Ya no tartamudeas! Si apenas reconozco tu voz. ¿Recuerdas lo mal que sonaba? «Ho-ola, soy E-emmaline...» ¿Qué has hecho para conseguirlo? —Se rio con alegría, sin mover apenas la boca, cortesía de la toxina que le habían inyectado en los labios.

—Este es mi amigo Jack —presentó Emmaline, tratando de hacer caso omiso del calor que sentía en las mejillas. Lyric había sido una piraña cuando tenía doce años. No había ninguna razón para pensar que ahora sería más amable.

Jack se levantó.

—Jack Holland —dijo al tiempo que ponía un brazo sobre sus hombros—. Soy el prometido de Em.

—¡Hola! —dijo Lyric—. Soy Lyric. Lyric Adams-Rabinowitz. Y sí, mi padre es Travis Adams. Soy una vieja amiga de Em.

—No lo pareces —repuso Jack.

El comentario entró por un oído de Lyric y le salió por el otro.

—Seguramente hayas oído hablar de a qué me dedico ahora —dijo—. A mi colección de ropa de bebé. Totalmente encantadora. ¿Sabes? La hija de Beyoncé llevaba uno de mis modelos. Y North West, lo mismo. ¿Te lo puedes creer? Bien, ¿qué hacéis por aquí? Oh, oh, espera... ¡espera! ¡Oh, Dios mío! ¡Estás aquí para la boda de Kevin y Naomi! ¿Verdad? ¡Oh, Dios mío! ¡Yo también!

Em hundió los dedos de los pies en la arena. Lyric también había acosado a Kevin y sí, Naomi y él se habían trasladado de nuevo a Malibú, pero aún así... La idea de que Lyric hubiera sido perdonada estaba... mal, de alguna manera. Notó que le dolían los dientes, lo que significaba que estaba tensando de nuevo la mandíbula.

Lyric seguía hablando.

—¿Mi marido? Esperad que os lo presente. No es por presumir, pero es un as del mercado móvil, el año pasado facturó un número de ocho cifras.

—Creo que quieres decir inmobiliario —intervino Jack.

—¿Perdón?

—Inmobiliario. Has dicho «mercado móvil». Creo que querías decir «mercado inmobiliario». No es móvil, no es algo que se pueda mover. Supongo que tu móvil no se casó contigo por tu hermosa mente.

Emmaline reprimió una sonrisa.

—Como sea. Así que Kevin y tú estuvisteis juntos durante mucho tiempo, ¿no, Emmaline? Esto debe resultarte difícil.

—Estuvimos juntos mucho tiempo, sí.

—¿Y a qué te dedicas ahora?

—Soy policía.

—¿Que eres qué? ¿Por qué?

—Para proteger y servir a los buenos ciudadanos de Manningsport, Nueva York.

—¡Huy! ¡Me suena el teléfono! Tengo que irme. N-nos v-vemos mañana. —Otra risita, y Lyric se alejó trotando.

—¡Joder! —exclamó Jack, que parecía casi sorprendido.

—Sí. Era una especie de monstruo desde el principio. Gracias por defenderme.

—De nada. —Jack se quedó en silencio durante un minuto—. ¿Te encuentras bien después de verla? —preguntó finalmente.

—Por supuesto —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—Deberías haberle dicho que se largara.

—Conozco a las de su tipo. No serviría de nada. Le diría lo mala que fue y ella respondería contándome cuánto cuestan sus zapatos.

—Una vez un niño de mi clase se burló de Faith —dijo Jack—. Tuvo un ataque epiléptico en la iglesia y él le hizo un dibujo. Le golpeé allí mismo, en la escuela dominical. —Hizo una pausa—. Es una pena que no fuera tu hermano.

«No tengo ningún interés en que seas mi hermano, Jack.»

—Bueno, deberíamos regresar.

—Lo que usted diga, agente Neal.

En ese momento sonó el teléfono de Jack y él lo sacó del bolsillo. Em alcanzó a ver el nombre de Hadley en la pantalla.

—Dime, ¿cómo se lleva que tu esposa regrese al pueblo? —preguntó ella.

—Exesposa —corrigió.

—Cierto, ¿vas a responderme?

—Bien. —Su tono, que había sido cálido y sonriente durante casi toda la noche, era ahora frío y formal. Ella recibió el mensaje: era un tema del que no hablaba.

Por otra parte, Emmaline era policía, y a los polis les gustan las respuestas.

—¿Todavía la quieres?

—Prefiero no hablar de Hadley.

En otras palabras: Sí.

Recogieron las mantas y subieron la cuesta hasta el rancho.

Ella debería recordar que estaba allí para hacerle un favor. Jack, como muchos hombres, se enamoraba de mujeres en apuros. Y, aunque ella apreciaba el gesto, no le gustaba estar en peligro (y era consciente de que era ridículo que aquella boda le produjera angustia).

La exmujer de Jack, la pequeña, hermosa y vulnerable Hadley..., que quería que la rescataran. Em apostaría sus dientes de delante (que en una ocasión habían sido alcanzados por el disco en un partido de hockey y le había costado un buen pellizco arreglarlos) a que Hadley había pensado mucho en la estrategia a seguir al regresar a Manningsport y que incluía ser rescatada. A menudo.

Además, Em no era del tipo de mujer que luchaba por un hombre. Lo había intentado una vez y perdió.

Además, Jack no estaba interesado en ella. El beso había sido solo una estrategia a seguir, nada más.

Mientras regresaban al Rancho de la Luna permanecieron en silencio.

Al cabo de treinta y seis horas estarían de nuevo en casa. Si tenía suerte, habría una ola de crímenes en Manningsport y podría volver a hacer lo que mejor se le daba.

# Capítulo 11

Las cosas son así.

Si vas a la boda de tu exprometido y si él se va a casar con una mujer que ha aparecido en dos ocasiones en la portada de la revista *Fitness*, intentas ponerte guapa. Haces cosas extrañas y exóticas como secarte el cabello al aire, incluso sin disponer del mágico *spray* adquirido en Sicilia, y cuando te encuentras que tienes los pelos como si hubieras metido los dedos en un enchufe, buscas a una doncella y le pides que te busque cualquier cosa que puedas utilizar. El resultado final es que parece que te has echado un frasco entero de laca y que tu cabello puede romperse si te golpean en la cabeza. Luchas contra ti misma para meterte en la faja, odiándote por someterte a las presiones de la sociedad que ensalza ese tipo de prenda interior. Intentas maquillarte y se te corre el rímel, por lo que tardas otros diez minutos en limpiar el desastre y al final parece que te has pasado la noche llorando. Introduces tus inocentes pies en unos zapatos que tienen unos tacones que parecen inventados por un inquisidor. Además de ponerte otra vez las pechugas de pollo crudas en el sujetador.

Y te pones un vestido que te hace sentir como si estuvieras esforzándote demasiado.

Cosa que, por supuesto, estás haciendo.

Emmaline se miró al espejo.

Estaba rara.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Estás preparada? —preguntó Jack.

Em suspiró, recogió el bolsito y abrió la puerta.

—Hola. Estás... ¿Has estado llorando? —se interesó él.

—No. Se me metió algo en el ojo. ¡Es verdad! No me mires así.

—Podemos saltarnos esto —dijo Jack—. Si te apetece nos vamos a tomar una buena hamburguesa con queso.

—¡*Vade retro*, Satanás! —Lo miró con reproche—. No podemos saltarnos esto. En cuanto a las hamburguesas con queso, podemos ir a un In-N-Out camino del aeropuerto dentro de solo veintidós horas y media.

Jack sonrió.

—Estás muy guapo, por cierto —lo halagó ella. Luego notó que se le enrojecían las mejillas. Pero era cierto. Llevaba un traje gris con una camisa blanca, y su sonrisa era tan luminosa como miles de bombillas encendidas.

Fueron casi los últimos en llegar a la boda, que se celebró sobre un césped que se extendía casi hasta el borde del acantilado. Las filas de sillas blancas —adornadas con rosas y metros y metros de tela blanca— estaban orientadas al mar, donde esperaba una juez de paz vestida con un llamativo color rojo. El cuarteto de cuerda estaba instalado en la parte delantera. Los padres de Em le hicieron una señal con la mano y Ángela formó la figura de un corazón con las manos.

Se sentía como si todo el mundo la estuviera mirando, aunque probablemente no fuera así.

Además, todos pensaban que estaba comprometida con el hombre que iba a su lado.

El cuarteto de cuerda comenzó a tocar algo lento y encantador. Bach, quizá, y la primera de las seis damas de honor apareció al final del pasillo. Todas iban vestidas con modelos ceñidos de color rosa pálido y sostenían ramos de calas blancas. Colleen era la última y más guapa de todas, y al verlos puso los ojos en blanco antes de seguir sonriendo de forma recatada. Después de todo, era demasiado buena para portarse mal. Y quizás ella tuviera buenos recuerdos de Naomi, independientemente de lo que le hubiera hecho a ella.

Luego aparecieron las encantadoras niñas de las flores —cuatro, con vestidos de tul blanco y cintas de color rosa— que esparcieron los pétalos de rosa.

Por fin llegó la propia novia, sin escolta, aunque su padre estaba por allí, en alguna parte. Por lo que Em sabía de Naomi, tuvo claro que quería asegurarse de que todas las miradas estuvieran sobre ella y solo sobre ella. Naomi se quedó al final del pasillo durante un momento, quizá buscando un efecto dramático, mientras esperaba que las damas de honor ocuparan su lugar (o quizás esperara a que empezaran a hacer flexiones). Una vez que todo el mundo estuvo en el sitio asignado, los músicos interrumpieron los acordes durante un segundo.

Si no fuera por sus brillantes ojos, rojos como los de *Smaug* —el dragón de *El hobbit*—, Naomi sería una novia muy guapa.

Era por ese cuerpo, que exhibía perfectamente un vestido de novia muy escotado, con la espalda al aire, que se arremolinaba a su alrededor, aferrándose a todos los lugares que debía aferrarse (en otras palabras: a todas partes) y resultaba elegante y provocativo a la vez. Naomi tenía la piel ligeramente bronceada, llevaba el pelo recogido en un moño y sus joyas se reducían a una sola perla que colgaba de una cadena de oro y a otras perlas en las orejas.

Muy elegante.

Entonces empezó la música. Em no pudo reprimir un sonido de sorpresa al tiempo que intentaba no entrecerrar los ojos. Se encontró deseando que Kevin acabara padeciendo un grave caso de fisuras anales. En serio... Por favor...

Los acordes eran los del «Largo» del *Invierno* de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.

Emmaline lo sabía porque el propio Kevin había elegido esa música para cuando Em recorriera el pasillo. Decía que era la música más hermosa que hubiera oído jamás, y quería oírla mientras la mujer más hermosa del mundo se convirtiera en su esposa.

¿Estaría muy mal pegarle un puñetazo en ese momento?

Naomi empezó a recorrer el pasillo poco a poco, sin problemas. Sonriendo a sus invitados, mientras hacía contacto visual con cada una de las personas presentes. Salvo con Em, por supuesto. Sus ojos pasaron sobre ella, sin verla.

¿Por qué demonios la habían invitado? ¿Por qué demonios había aceptado ella la invitación?

Emmaline miró al novio, que observaba a Naomi desde una nube de lágrimas. El nuevo Kevin era muy diferente de «su» Kevin, y eso ayudaba.

Pero sus ojos eran los mismos. Y, aunque Em había aceptado hacía mucho tiempo que Kevin no la observaría con admiración, amor y alegría mientras recorría el pasillo, se las había arreglado para no imaginarse tampoco esos grandes ojos oscuros mirando a otra persona.

Era curioso cómo funcionaba eso. Creía que se conocía como «negación». Sus padres serían muy felices si pudieran pasarse varias horas analizando esto por ella. Debería mencionárselo.

Aquello comenzaba a parecerle más un funeral que una boda. Quizá por eso estaba allí, para entender que el antiguo Kevin, «su» Kevin, había muerto definitivamente, y que el nuevo Kevin estaba cavando su tumba.

Los zapatos le hacían daño. Sí. Debía pensar en eso. Quizá se le hubiera hecho una ampolla. Casi lo esperaba.

Naomi le entregó el ramo a su dama de honor y se acercó a Kevin. Los invitados se sentaron. Em sintió un zumbido en los oídos.

Entonces, Jack se inclinó hacia ella.

—No me gustan las bodas —le susurró con suavidad al oído.

La besó en la sien, y ella imaginó que parecía exactamente un prometido que apenas podía esperar a que llegaran sus propias nupcias.

Sin volver la cabeza, buscó sus ojos.

—Basta —susurró mientras una de las *minions* de la novia acomodaba el vestido de Naomi—. Estás haciendo que mis padres se creen falsas esperanzas.

—Tú fuiste la que empezó.

—Y deja de susurrarme cerca del pelo. Lo he rociado con tanta mierda que es posible que te rompa un diente.

—Lo sé —susurró, haciendo que le bajara un escalofrío por la espalda—. Hueles a alcohol. Puedo sentir cómo mueren mis neuronas. ¿Hoy llevas las pechugas de

pollo? Tus pechos están de infarto.

—Cállate, Jack. —Notó que le ardía la cara.

—¿Esa es manera de hablarle al hombre que amas? —Otro beso en la sien al tiempo que le guiñaba el ojo a su madre.

—Serías un gigoló extraordinario —musitó ella. Sus ojos eran de un magnífico color azul y la distraían.

—Suelen decírmelo. —Jack detuvo la boca junto a su sien, y el nudo que ella sentía en el estómago se aligeró un poco.

—Buenas tardes —saludó la juez de paz, y seis minutos más tarde, Kevin y Naomi eran marido y mujer.

\* \* \*

En la mesa más alejada de los novios, los misteriosos rusos se pasaban con alegría una botella de vodka casero. Y Em pensando que estar allí sentados era un castigo... El licor de contrabando sabía a rayos, y ella le añadió un saludable zumo sin azúcar, que se cultivaba en la zona, producto del comercio justo y de arándanos orgánicos (que también sabía a rayos), lo que daba como resultado una bebida tan mejorada que sus papilas gustativas estaban a punto de suicidarse. Aun así, era una mesa muy alegre, y se volvía más por momentos.

—Tu pelo *esss* muy bonito —dijo el tío Vlad, que era el hombre que el día anterior no apartaba la mirada de sus pechos. Extendió la mano para tocarle el pelo, aunque hizo una mueca y la retiró.

—Es frágil —explicó Em—, pero se lo agradezco.

Tío Vlad le rodeó el cuello con el brazo y la estrechó con fuerza, luego volvió a llenarle el vaso. ¡Que Dios lo bendijera!

Al parecer, Jack había aprendido ruso en la Marina y charlaba animadamente, lo que estaba bien, porque se trataba de un día estresante. Y para los dos, porque aquel ligero coqueteo que había tenido con ella... no era lo suyo. Seguía poniéndole el brazo sobre los hombros y soltándole cumplidos. Y eso estaba provocándole mucha coezón... y picazón... Y hormigueos.

—¿Cómo estás? —murmuró él. ¿Ves? El cosquilleo se convirtió en un zumbido casi doloroso.

—¡Estoy bien! ¡Muy bien! Sí. *Da*. —La única palabra en ruso que conocía. Bueno, y *vodka*. «Sí, ¡vodka!» ¿Se necesitaba alguna más?

—Ten cuidado con esa bebida —advirtió él—. Seguro que tiene mucha graduación.

—Entendido, capitán —replicó ella. Mmm... en efecto, quizá había bebido mucho.

Ella tomó un bocado de *soufflé* de coles de Bruselas cubierto de queso de imitación, se estremeció y lo bajó con otro trago de vodka con zumo de arándano, que cada vez le parecía más delicioso.

—Damas y caballeros —resonó la voz del DJ—. Por favor, concéntrense en la pista de baile, donde los nuevos señores Norman-Bates nos obsequiarán con su primer baile como marido y mujer.

—Realmente van a poner el guion al apellido, ¿eh? —comentó Jack.

Pero Em no prestaba atención, porque, una vez más, sonaba una canción familiar.

*Unforgettable*, del bueno de Nat King Cole.

Así que Kevin no era tan original, después de todo.

No fue el último vodka con arándano. ¿Cómo se llamaba aquella bebida? ¿Cabo Codders? Ese cabo Codders sí que sabía lo que se hacía. Debería visitarlo cuanto antes. Quizá buscase algún buen pescador como... como... como Phil, el de *Pesca radical*, de Discovery Channel. Espera. ¿No se había muerto? Entonces, de acuerdo. Tendría que ser Sig.

Kevin y Naomi eran muy buenos bailarines y daban vueltas perfectamente coordinados. Y sonreían. Parecían muy felices.

¿Tan desgraciado había sido Kevin cuando estaban juntos? Había habido momentos en que estaba amargado, pero ¿a quién no le pasaba eso de vez en cuando? Siempre le había transmitido que la amaba, ¿cómo era posible que...?

«Deja de pensar en eso», le ordenó la parte más sobria de su cerebro.

Ángela la saludó con la mano. Había una sonrisa simpática en su rostro.

La canción terminó. Em aplaudió con fingido entusiasmo. Había llegado el momento de cortar la tarta, quizá de bailar con su padre y luego decir adiós. Casi era libre. Y cuando regresara, enviaría a Jack un gran... un gran... algo, y le daría las gracias por ser el mejor acompañante del mundo.

Ni siquiera había que esperar al postre. Naomi había anunciado con orgullo que, lo mismo que la cena, la tarta no llevaba gluten, lácteos ni azúcar. Era pastel de arroz integral con ciruelas. ¡No lo decía de broma! La guinda tenía jugo de remolacha. ¡Jugo de remolacha, por Dios!

—Y ahora, los novios desean invitar a los asistentes a la boda a que compartan un recuerdo especial de ellos dos.

—¡Oh, qué divertido! —murmuró Jack. Los rusos murmuraron por lo bajo y volvieron a pasarse el vodka. Em sonrió y negó con la cabeza, pero el tío Vlad no le hizo caso y le llenó el vaso hasta la mitad.

—No te bebas eso —le aconsejó Jack—. Siento insuficiencia hepática solo con mirarlo.

—Lo necesitare —razonó Em— si quiero compartir mis recuerdos superespeciales.

—Si te dijera que vamos a hacer nuevos recuerdos, ¿me pegarías?

—Me gustaría. Sí. Y no te olvides de que he traído mi arma.

Él sonrió. Eso valía la pena, esa sonrisa.

—Presumido.

El padrino, que Em no conocía, fue el primero en compartir su recuerdo.

—En el momento en que los vi juntos —dijo—, supe que era algo serio. Es decir, Naomi le gritaba que no era suficiente. Y Kevin... él hizo como trescientos levantamientos de pesas más. ¿No es cierto, amigo? De todas formas, en momentos así es cuando sabes de verdad si algo tiene futuro, ¿entendéis lo que quiero decir?

—Hermosa historia —murmuró Jack—. Relájate, ¿de acuerdo? Estamos enamorados. Deja de rechinar los dientes.

—De acuerdo. Lo pilló.

Ella aflojó la mandíbula e hizo estallar los nudillos. Quizá podría flirtear de nuevo si tomaba otro trago. Por otra parte, era ese tipo de cosas que le había hecho creer que era una fantástica bailarina el año pasado en la fiesta de Navidad de las «Amargas y traicionadas», aunque el material almacenado en el teléfono de Shelayne le había demostrado lo contrario.

Los recuerdos especiales que compartían eran más de lo mismo. La maratón en la que Kevin llegó a la meta arrastrándose justo después de haber perdido el control de sus intestinos. El difícil momento en que Naomi se había roto el tendón de Aquiles y solo podía correr catorce kilómetros al día. Aquella hilarante ocasión en que estaban haciendo un Ironman y Naomi se había caído de la bicicleta y se había dislocado un hombro. ¡Dios la bendiga!: se lo puso de nuevo en su sitio detrás de un árbol, volvió a subirse a la bici y alcanzó a Kevin, que por supuesto no se había detenido porque era «emocionalmente importante» para él darlo todo en esa carrera, algo que Naomi, por supuesto, comprendió y apoyó.

—No sé —murmuró Em—. Creo que hubiera preferido que alguien se detuviera y llamara a una ambulancia.

—Yo lo habría hecho —aseguró Jack—. Y le hubiera dicho a los sanitarios que te dieran una dosis extra de analgésicos.

—Y pensar que no quería casarme... —«Ajá, ¡podía flirtear!»

Él le guiñó un ojo. A ella le temblaron las rodillas.

Luego llegó el turno de Colleen. Trató de pasar, pero Naomi estaba sonriéndole, por lo que Coll agarró el micrófono y suspiró.

—Bueno, Kevin y Naomi... Creo que, estéis donde estéis, el corazón continuará. —Pasó el micrófono de nuevo al DJ y robó algo misterioso del plato de Connor.

El otro O'Rourke tampoco se libró de hablar en alto.

—Buena suerte —dijo.



El DJ recuperó el micro y se dirigió hacia la parte de atrás de la sala.

—¿Quién más quiere compartir algo con nosotros? ¿Usted, señorita?

«¿Más vodka? Sí, me encantaría un poco más», pensó, arrebatando la botella a tío Vlad, que sonrió con aprobación a sus pechos mejorados con la pechuga de pollo.

Lo peor fue que su madre se sentó en una silla vacía de la mesa.

—¿Cómo te encuentras? No reprimas tu dolor. Déjalo salir, cariño. ¿Y por qué estás bebiendo? ¿No es malo para el bebé?

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? No hay ningún bebé.

—¿Ha disfrutado de la cena, doctora Neal? —preguntó Jack, y su madre murmuró que sí antes de volver a mirarla.

Notó que en sus ojos había preocupación. Fue un golpe bajo. Su madre tenía buenas intenciones. Lo intentaba. Em sabía que la quería, a pesar de que sus padres andaban un poco a ciegas cuando se trataba de ella. Se le daba mejor con Ángela.

—Me alegro de que tengas a Jack —susurró su madre—. A pesar de que me molestó que no desearas compartirlo antes conmigo, me alegro. Era duro verte con el corazón roto.

«¡Mierda!» Mentir era horrible. Apartó la mirada.

El DJ llegó a su mesa.

—¿Tenéis algún recuerdo especial de Naomi y Kevin? —preguntó a la pequeña abuela rusa.

—*Kogda uzhin?* —dijo la mujer.

—«¿Cuándo es la cena?» —tradujo Jack junto a su pelo tieso—. La pobre no se ha dado cuenta de que esa era la cena.

—¡Estupendo! —dijo el DJ, entregando el micro al mirón tío Vlad—. ¿Y usted?

—Hace muchos años, cuando «viene» a Estados Unidos —comenzó el ruso—, «me decí» que este era el país de las oportunidades y el dinero. ¡Ja! Y mi pequeña sobrina está viviendo su sueño. *Za vas, Naomi!* —Echó un trago.

—¡Excelente! —dijo el DJ—. ¿Y usted, señor? —puso el micrófono en la mano de Jack.

—Bueno, no conozco bien ni a Naomi ni a Kevin —dijo—, así que solo puedo desearles que sean tan felices como Emmaline y yo.

Su madre se emocionó y apretó el brazo de Jack.

Em respiró hondo.

—No estamos comprometidos de verdad, mamá —confesó—. He mentido al respecto. Lo siento.

Jack cerró los ojos.

Hubo un murmullo colectivo.

«Ah...» Al parecer el micrófono había recogido sus palabras. Mierda y vodka. Su suerte estaba de vacaciones esos días.

—Lo sabía —se apresuró a decir su madre—. Está bien. Siempre he sabido que eres lesbiana, cariño. ¿Estás embarazada de verdad? ¿Jack es el padre o fue por inseminación artificial?

—No. No estoy embarazada. Y sigo sin ser lesbiana.

—¡De acuerdo! —se rio el DJ, que parecía un poco aterrado—. Er... ¿le importaría compartir un recuerdo especial?

«¿Por qué no?» Emmaline tomó el micrófono, se puso en pie tambaleante y miró a la mesa principal.

Kevin estaba sentado con el brazo sobre los hombros de Naomi, pero se inclinaba un poco hacia delante, con la cabeza ladeada y ¿era compasión lo que veía en sus ojos? ¿Comprensión?

—Correcto —dijo ella—. Mmm... supongo que todo el mundo sabe que Kevin y yo vivíamos juntos. Estábamos... éramos amigos desde que nos conocimos en octavo grado. ¿Verdad, Kevin?

*Él sonrió. La sonrisa del antiguo Kevin.*

El vodka susurró que no solo era una bailarina increíble, sino que Kevin la estaba escuchando por fin. Por primera vez en muchos años, quizá por primera vez desde que conoció a Naomi. De repente, parecía que el joven encantador y sensible estaba allí de nuevo.

Dios, entonces le amaba tanto...

—Cuando lo vi supe que era... —«la persona más divertida y amable que había conocido nunca.»

Pero no. Sus palabras se agolparon. La lengua se detuvo detrás de los dientes tratando de hacer sonidos, pero no era capaz. Los músculos de su garganta parecían haber sido capturados, y los forzó, pero no pasó nada.

La tartamudez.

Había aparecido, y rodeaba con esos cálidos y huesudos dedos sus cuerdas vocales y estrangulaba sus palabras. No emitía ningún sonido. Nada. Ahora solo era la tartamuda, no era la exprometida no embarazada que resultaba patética en aquella boda de los condenados.

—Él e-era. É-el e-era e-el m-más...

Kevin miró hacia otro lado. Naomi sonrió, por supuesto. Era su expresión de reposo. Y Lyric Adams, que estaba sentada a unas mesas de distancia con un hombre mucho mayor, sacó el móvil, sobre el que volaron sus pulgares mientras se reía.

Jack le agarró la mano.

Eso la hizo reaccionar. No quería su piedad. Al infierno.

«Piensa en acento británico —se ordenó a sí misma—. Piensa en Harry Potter, o en Tom Barlow, o en Colin Firth...»

—¡Está bien! —dijo el DJ, arrancándole el micro y pasando a otra mesa—. ¿Y usted, madre de la novia? ¡Seguro que quiere compartir un recuerdo especial!

Emmaline se sentó.

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

—¿Nos has mentido? —preguntó su madre—. Emmaline, esto es... es... ¡casi patológico! ¿Por qué has tenido que...?

—Doctora Neal —intervino Jack—. Creo que debería entender que Emmaline se encuentra en una...

—No, Jack. M-mamá, lo siento. L-lo siento de verdad. —El corazón se le hundió mientras trataba de decir las palabras. Se imaginó a la tartamudez apoyada contra una puerta, riéndose secamente,

«Ja ja ja, lo he conseguido de nuevo.»

—Creo que necesitas tiempo para procesar tus sentimientos —afirmó su madre, con un mundo de dolor en la voz—. Nos vemos después.

¿Quién podía culparla?

Por último, se dieron los discursos, a pesar de que ya nadie escuchaba. La música comenzó de nuevo mientras ella seguía allí sentada.

Jack le apretó la mano.

—Vamos a bailar —sugirió, y ella accedió. Ángela estaba defendiéndose del padrino, pero lanzó a Em una dulce sonrisa que transmitía su apoyo y humor, sin pizca de decepción o culpa. De alguna manera, eso la hacía sentir peor.

Era una canción lenta, una de John Mayer, y Jack la atrajo hacia él. Podría haber estado bien si ella no se hubiera sentido rígida como un trozo de madera de roble.

—Aguanta —murmuró él junto a su pelo. Su barbilla hizo un sonido crujiendo porque rompió la rigidez del *spray* para el cabello. Hubiera respondido si no estuviera tan aterrada de acabar tartamudeando o llorando.

—Tengo que decirte que me siento un poco decepcionado de que hayas roto nuestro compromiso —dijo él, mirándola con una sonrisa—. Tenía la esperanza de tener una despedida de soltero en un club nocturno.

«Gracias, Jack, por ser un acompañante perfecto, por ser el mejor y más guapo del mundo. Gracias por no hacerme sentir peor de lo que ya me siento.» En su lugar, trató de sonreír y clavó los ojos en su hombro. Él la abrazó más, y ella se mordió el labio con fuerza.

La noche siguiente estaría de nuevo en su acogedora casita, con su precioso cachorro y su excelente trabajo. Levi no le preguntaría cómo había ido la boda, porque no

era de esa clase de jefe, y Em le preguntaría a Everett si quería que le cubriera un par de turnos, siempre quería. Se reuniría con sus adolescentes en riesgo de exclusión e iría a su clase de Negociaciones para situaciones de crisis y pasaría una noche con las «Traicionadas y amargadas», y para entonces, aquel fin de semana se habría convertido en una buena historia.

Entonces su padre le dio un golpecito en el hombro.

—¿Te importa si bailo con mi hija mayor? —preguntó.

—No, en absoluto, señor —dijo Jack, echándose a un lado.

Así que bailó con su padre, aspirando su reconfortante olor a papá.

—Estoy seguro de que debes de estar teniendo sensaciones contradictorias en este momento —dijo.

—Mmm... —murmuró, odiando todavía más la tartamudez, porque la convertía en alguien incapaz de hablar con su padre, al que le gustaba mostrar su amor de aquella extraña manera de psicoanalista. Cuando la besó en la frente, ella tragó saliva y lo abrazó.

La canción lenta terminó.

—Será mejor que vaya a bailar con Ángela —dijo su padre—. El padrino no está entendiendo las indirectas. —Em asintió, le dio un beso en la mejilla y lo miró mientras se alejaba.

Tendría que volver e ir a visitar a sus padres para compensarlos por haberles mentido. Los llamaría al día siguiente. Y también a Ángela.

Jack no parecía estar cerca, ni en la mesa del fondo, y la gente la miraba con expresión de desconcierto. Em recogió el bolsito y salió de la sala de baile, sonriendo a cualquier persona con la que cruzaba la mirada (que no eran muchas) y se acercó al encargado del aparcamiento más cercano. No estaba bien para conducir, y menos después de dos (o tres) trillones de sorbos de vodka.

—Necesito que me hagas un favor —le dijo al joven al tiempo que le ofrecía un billete de cien dólares—. ¿Podrías llevarme a la ciudad?

—Claro —dijo él, guardándose el billete—. ¿Dónde quiere ir?

—¿Conoces el *diner* de Nance?

Él sonrió.

—Claro. ¿Tiene hambre?

Ella cruzó los brazos.

—No te haces una idea.

## Capítulo 12

Jack hubiera jurado que olía a beicon.

Estaba de nuevo en la habitación. Em lo había abandonado en la boda y dejado que se enfrentara solo al monólogo sobre la colonoscopia que había sufrido el año pasado la abuela de Naomi. Y sonaba todavía más horrible en ruso, con todos esos sonidos guturales.

Estaba un poco preocupado. Emmaline no había respondido ni cuando la llamó ni a su mensaje de texto. Estaba seguro de que no habría conducido: era policía y sabía mejor que nadie que cuando se bebía no se debía conducir.

Si Josh Deiner lo hubiera entendido igual de bien, ahora no estaría en coma.

Por un segundo, Jack hubiera jurado que sentía el agua del lago por encima de la cabeza. El automóvil parecía lejano, hundido en el fondo del lago. Rodeado por el frío y la oscuridad.

«No. No, gracias.»

Arrancó de su mente el recuerdo de aquella gelidez peligrosa y oscura. Estaba en California, de noche, y la luna creciente brillaba sobre el Pacífico. Hacía más de veinte grados. Si existía alguna razón para vivir en California, era el clima. Y lo mismo ocurría con San Francisco, un lugar que había visitado un par de veces. Además, California era la tierra del vino. Una combinación flipante.

Bien. Estaba pensando en otras cosas. Recogió sus pertenencias, dado que tenían un vuelo temprano, y se cambió el traje por unos *jeans* y una camisa.

Sonó el móvil. La señora J, y eso no lo esperaba, le había enviado un mensaje de texto.

Jackie, querido, te echamos de menos terriblemente. ¿Cuándo te marchas de California y regresas a casa? Tu padre está deseando verte.

Tenía varios mensajes más. Sus tres hermanas, preguntándole cómo iba la boda. Uno de Ned, preguntándole si quería ir a tomar una cerveza, y luego otro diciéndole que se había olvidado de que no estaba. Dos de Abby, pidiéndole ayuda en un proyecto de química para cuando regresara. Otro de Goggy que decía: *WJY SEK a DDjk*. Su abuela acababa de comprar un *smartphone* y, muy a pesar de toda la familia, se quejaba de que las teclas eran diminutas y que no entendía el corrector automático. Eso o que acababa de tener un ictus.

Había cinco mensajes y dos llamadas de Hadley.

Respondió a Abby y a la señora J, le dijo a Goggy que dejara lo de los mensajes hasta que Ned le enseñara e hizo caso omiso de Hadley.

Ojalá se hubiera largado del pueblo. Honor le había dicho que se había instalado en el edificio de apartamentos Opera House. Eso no era buena señal.

Oyó algo en la habitación de Emmaline. Así que, después de todo, estaba allí.

Había sido duro verla tartamudear y no ser capaz de hacerla sentirse mejor.

Llamó a la puerta que separaba sus habitaciones.

—Estoy escuchándote, Neal. Abre o llamaré a recepción avisando de que estás a punto de suicidarte.

—No me incordies, Jack. —Parecía enfadada.

—¿No se supone que estamos enamorados?

—Ya no. Hemos roto.

—Sí. ¿Por qué has hecho eso? Doce horas más y habrías estado en casa.

—No me gustan las mentiras.

—¿Puedes abrir la puerta? Esto es una estupidez.

—No. Estoy ocupada.

—Huelo el beicon. Así que abre la puerta y compártelo o llamaré a Naomi para que la eche abajo.

Ella abrió de inmediato. El olor a beicon se hizo más fuerte.

Bueno, ahora su cabello estaba mejor, sin aquella cosa rara. Se había duchado y tenía el pelo húmedo. Olía bien, a limpio y cítricos. Pero tenía la piel de debajo de los ojos de un tenue color rosado.

Había estado llorando.

Una sensación, sorprendentemente intensa, le inundó el pecho. Emmaline era de las que no lloraban. Nunca.

Llevaba puesto un pantalón de pijama y una camiseta sin mangas, y tenía una mancha marrón en la mejilla. Vio en su mano una bolsa gigante de caramelos masticables, y sobre la mesa, a su espalda, varias bolsas blancas, un trozo enorme de pastel y una botella de vino.

Ella cruzó los brazos y lo miró.

—¿Has comido carne sin mí? —la acusó—. ¿Así me agradeces las cosas?

—Me vendría bien estar un rato a solas, Jack.

—Creo que ya has estado demasiado tiempo a solas.

Ella resopló.

—Entonces, adelante. Hay media hamburguesa a la izquierda.

—¿Has estado llorando? —preguntó él.

—No.

—Mentirosa. Por cierto, tienes cobertura de azúcar en los dientes. —Él agarró la mitad de la hamburguesa con queso y le dio un mordisco. Le supo a gloria. Sin duda, lo mejor que había comido desde que llegó allí.

Ella se dejó caer en la silla y se concentró en el trozo de pastel.

—Estoy comiéndome mis emociones. Muestra algo de respeto.

—¿Y qué emociones son esas, agente Neal?

—Irritación, vergüenza, frustración, celos, envidia, gula... ¿cuántas quieres?

Jack se terminó la hamburguesa y atacó un trozo de pastel. Increíble. No le parecía justo que hubieran estado comiendo verduras y raíces cuando había comida como esa a su alrededor. Se sirvió un vaso de vino y miró la etiqueta. Un zinfandel de la costa. Tomó un sorbo. No estaba mal con carne y chocolate, la verdad.

—No estarás celosa, ¿verdad? —preguntó él—. No es que quiera criticar tu gusto en hombres, pero Kevin me parece idiota, Em.

—No siempre ha sido así. —Em le dio un mordisco al pastel y puso cara de placer.

—¿Qué ibas a decir —preguntó Jack— cuando el DJ te pasó el micrófono?

—No lo sé —respondió después de tragar—. Que Kevin no siempre había sido un idiota. Que había sido buena persona, divertido y amable hasta que me engañó con... con... la hermosa maniquí de los abdominales de acero.

Jack asintió.

—¿Cuánto vodka has bebido?

—¡Cállate! No estoy borracha. Añadiré que por desgracia.

—No sé si lo sabes, pero mi mujer también me engañó.

—Sí, Jack, todo el pueblo conoce tu historia. —Ella hizo una mueca—. Es decir, gracias por compartirla, pero es que tus hermanas hablan mucho. Bueno, puntualizo: Prudence habla mucho, Faith y Honor nunca han dicho nada. Pero fue el chisme estrella en el pueblo durante un tiempo. No quiero decir que fuera bueno, solo interesante. ¡Mierda! Mejor me callo.

—Te lo agradecería. Profundamente.

—¿Habría algo apropiado que decir en esta situación? ¿Algo tipo «lamento que tu matrimonio se fuera a la mierda» o algo así?

Él sonrió, incapaz de reprimirse.

—Dímelo tú. Quizá deberían sacar unas tarjetas con las mejores frases para gente como nosotros. «Tu novio resultó ser un idiota.»

Ella se rio, jadeó y tomó un sorbo de vino antes de estirar las piernas y apoyar los pies en la cama, junto a él.

—¿Cuánto tiempo tardaste en superar lo de...? ¿Cómo se llama? ¿Blanche DuBois?

—Es mejor que hablemos de ti —sugirió él.

—Entonces, ¿sigue siendo una herida abierta?

—No. Es que estamos en la boda de tu ex, y si hay alguna herida abierta es la tuya. —Su preciosa acompañante lo señaló con el dedo—. Vamos, Em, ¿cómo estás?

—Estoy muy bien, Jack. Soy tartamuda, mentirosa, una lesbiana no embarazada que se pone pechugas de pollo crudo de relleno en el sujetador.

Él sonrió.

—Eres cuatro en una.

—Oh, cállate... —pero sonrió mientras lo decía. Era refrescante que ella no quisiera hablar.

El pie de Em había quedado en la cama junto a él. Le puso la mano encima. Era un pie bonito. Limpio y agradable. Con la piel suave.

«Intenta no pensar en eso, Jack —le aconsejó la parte más noble de su mente—. No te vas a acostar con una mujer con el corazón roto.»

—¿Te ha roto el corazón? —se oyó preguntar.

Ella hizo una mueca.

—No. Lo cierto es que no. Fue hace tres años.

—Lo recuerdo.

—¿En serio?

—Sí. Te mudaste y te ayudé a llevar unas cajas.

—Sí, me acuerdo. Lo que me parece mentira es que te acuerdes tú. Apuesto a que eras un águila de los scout.

—Pues la verdad es que sí. Y estoy capacitado para ayudar a damiselas en apuros.

—Si alguna vez vuelves a incluirme en ese grupo te daré una patada en las partes blandas.

Em no tenía ni idea de lo atractiva que era.

Le sirvió más vino. Era posible que Emmaline hubiera dicho que no sabía nada de vino, pero sabía beberlo, reteniéndolo un segundo en la boca antes de tragarlo, y lamiéndose los labios después. Incluso la forma en que movía la copa lo pregonaba, acercándola al pecho, haciendo que el profundo contraste del líquido rojo con su piel blanca...

«¡Eh!» Ella estaba diciendo algo.

—El antiguo Kevin era... un melocotoncito. Era muy agradable, Jack. No te lo imaginas. Pero ese hombre se ha ido, y yo soy la única que parece haberse dado cuenta. Por alguna razón, eso me hace sentir muy, muy triste.

—Claro —murmuró él, asegurándose de que estaba mirándola a la cara.

—Todo lo que me gustaba, lo que amaba de él, ha muerto.

—Así que esto era algo así como un funeral —reflexionó Jack.

Los ojos de Em brillaron.

—Sí.

Él le deslizó la mano hasta el tobillo y la dejó allí.

—Entonces, lo siento.

Ella se aclaró la garganta.

—¿Sabes lo peor de todo? —preguntó Em—. Me compré un conjunto para la fiesta. Me puse zapatos de tacón con una faja debajo porque trataba de parecerme a ellos. A los guapos. Y la cosa es que me gusto como soy. Soy fuerte, recia, pero cuando estoy con alguien como Naomi me pongo pechugas de pollo crudo debajo de las tetas y espero que Kevin me diga algo agradable. Cosa que, por supuesto, no ocurre. Vendí mi alma sin obtener nada a cambio.

La vio mirar la pintura en la pared mientras, de forma sutil, se pasaba un dedo por debajo del ojo.

Em estaba llorando. No mucho, pero sí: había lágrimas.

Lo que le parecía intolerable.

Ella dio otro bocado al pastel sin mirarlo.

—¿Sabes? —dijo él con suavidad—. En realidad los hombres no nos enamoramos de las mujeres por su apariencia.

—¿Qué significa eso? —espetó ella—. ¿Quieres decir que Naomi tiene un cuerpo de infarto y una personalidad a la altura?

—Tranquila, Simba. Estoy diciendo que el aspecto no es tan importante como parece creer.

—... dijo el dios griego.

Jack sonrió.

—Además, eres muy guapa.

—No me hagas la pelota, Jack. Es mejor que sigas con el «tienes un gran sentido del humor».

—Jamás he dicho eso. No te dejes llevar por el entusiasmo. —Ella no le devolvió la sonrisa.

Jack se levantó y le tendió la mano.

—Venga. Déjame enseñarte algo.

Tiró de ella y la llevó hasta el espejo. Encendió la luz.

Ella se encogió.

—¡Maldición! ¿Cómo ha llegado aquí el chocolate? —Ella se miraba la camiseta y empezó a frotar una mancha que había sobre su corazón.

—Mira —dijo él.

—¿La mancha?

—No, Emmaline. Mírate a ti.

—Casi prefiero no hacerlo, Jack.

—No seas cría. Mira. Quiero que veas lo que ve todo el mundo.

Se puso detrás de ella y le retiró el pelo de la cara.

—Es probable que tengas un gran sentido del humor —murmuró él, inhalando el dulce aroma de su champú—. Y estoy seguro de que se te da muy bien esposar a la gente. Pero también eres muy guapa.

Ella puso los ojos en blanco.

—Salvo cuando haces eso —agregó—. Deja de ser tan gruñona y acepta un cumplido.

—¿Dónde está la Taser cuando la necesito?

—Silencio. Mírate.

Le había puesto las manos en los hombros. Su piel era suave como la seda. Las mujeres y sus armas secretas. Sí, los pechos y los labios y los lóbulos de las orejas resultaban ridículamente atractivos, y además estaban complementados con piel sedosa y olor a naranjas y miel.

Casi sin querer, Jack deslizó las manos por sus brazos hasta sus dedos y las volvió a subir a su cuello. Deslizó los dedos por su cabello húmedo, sedoso.

—¿Estás coqueteando conmigo, Jack Holland? —preguntó ella con energía. Aunque él notó que no se movió, y que le latía el pulso con fuerza en la garganta.

—Tus ojos son...

—Normales.

—Deja de interrumpirme. Tus ojos son muy bonitos.

Ella los cerró.

—Dime, ¿de qué color son, Jack?

—Azul oscuro.

Frunció el ceño antes de abrirlos.

—Y tu nariz es perfecta y adorable.

—Sí, mi nariz es perfecta. Muy erótica...

—Shhhh... —Ella se movió, y sus nalgas se apretaron contra su cadera derecha. Si él se inclinara un poco hacia ella, podría... —Tienes una boca preciosa. Hecha para besar.

—¿Esto suele funcionar?

—No lo sé. No lo he probado nunca. —Jack le sonrió en el espejo y notó que tenía las mejillas encendidas—. Tienes la piel perfecta.

—Dímelo dentro de dos semanas, cuando me venga la...

—¿Sabes? Deberías aprender a aceptar un cumplido. Dame las gracias.

—Gracias, Jack, por recrearte en mis miserias. ¿Hay más pastel?

Emmaline era guapa, y cuanto más la miraba, más guapa le parecía. Tenía el cuello largo y suave; sus hombros eran fuertes y firmes; sus pechos eran eso, pechos, y sin duda había que considerarlos un buen par, y había una muy atractiva plenitud en sus caderas.

Cruzó los brazos sobre el pecho de Em y la apretó contra su torso. Ella abrió mucho los ojos y sus labios rosados se separaron.

Él volvió la cabeza para aspirar su olor y la sintió temblar. Pero ella no se apartó.

De su piel emanaba un olor dulce. Depositó un beso en su hombro desnudo, suave como el agua.

Sintió que Emmaline tomaba aire de forma entrecortada.

Volvió a besarla, ahora más cerca del cuello.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con una voz débil, que él percibió como muy lejana porque se vio ahogada por el intenso latido que hacía palpar todo su cuerpo. El sabor de Em era tan bueno como su olor.

—Deberías... Yo debería... Nosotros no deberíamos... —La notó respirar justo antes de subir la mano por las costillas hasta la plenitud de sus pechos, que eran suaves y perfectos, y no necesitaban ningún *push-up* ni pechuga de pollo.

Emmaline emitió un leve sonido y él lo tomó como una invitación para hacer que diera la vuelta entre sus brazos.

—Yo creo que sí deberíamos —afirmó él antes de besarla. Se apoderó de esa boca dulce y voluptuosa que permanecía entreabierta. Empujó la lengua contra la de ella, deleitándose en el sabor a chocolate, y el sordo latido se aceleró y se hizo más fuerte.

La empujó contra la pared y se inclinó sobre ella, buscó su suavidad, su olor, su boca. No quería dejar de besarla, porque ella era como una droga y él se había vuelto adicto y se moría por ella. Le puso las manos por encima de la cabeza y las mantuvo allí sin dejar de besarla en la boca, en el cuello; la suavidad de sus pechos contra su torso lo embriagaba. Em no protestaba. De hecho, emitía tiernos sonidos desde lo más profundo de la garganta, y él hubiera jurado que su piel se había calentado más, porque él seguía besándole el cuello, rozándole la piel con los dientes... Emmaline Neal era absolutamente deliciosa.

Entonces, de repente, ella liberó sus manos, le agarró la camisa con los puños, tiró con fuerza y deslizó las manos por sus costillas. Luego comenzó a desabrocharle los botones con movimientos duros y espasmódicos mientras él adoraba su cuello y cubría con las manos el firme peso de sus pechos. Em le quitó por fin la camisa y, ¡oh, Dios!, estaba tan ávida como él, estaba poseída por la misma urgencia y voracidad. Y vaya... quería borrar de su mente todo lo demás. Todo lo que no fuera él..., ellos... Los dos.

Ella tanteó en busca del cinturón y, sin interrumpir el beso, él se dio la vuelta y la guio hacia la cama, donde cayó encima de ella. Unos cuantos movimientos más y la ropa desapareció.

Em era suave, fuerte. Jack no era capaz de pensar en nada más. En su mente solo había sitio para Emmaline, para su sabor a chocolate, para su hermoso y sólido cuerpo que notaba como seda contra el de él.

\* \* \*

Emmaline se despertó a las dos y cuarto de la madrugada con Jack tumbado sobre ella. Por el sonido pausado y constante de su respiración, estaba dormido. Lentamente, se deslizó por debajo de él y entró de puntillas en el cuarto de baño, donde cerró la puerta y encendió la luz.

Allí estaba ella: la mujer desenfundada.

«¡Mierda!»

Tenía el pelo enredado, los labios hinchados. Notaba las piernas débiles y temblorosas, y algunas partes de su cuerpo estaban muy satisfechas por la dosis de atención recibida. La primera después de mucho, mucho tiempo.

Ah, y estaba completamente desnuda, ¿lo había dicho? Además de casi muerta. Causa de la muerte: orgasmo.

No era mala manera de morir. No, señor. No estaba mal del todo.

Y mira eso... Vio en el espejo su sonrisa de satisfacción total, como solía decirse, y tenía el rostro relajado, aunque por lo general su expresión era más seria.

De alguna manera se había olvidado de lo bien que se sentía uno cuando se daba un revolcón.

Había una gran cantidad de pensamientos esperando ser liberados: protestas desatadas, estremecimientos, recriminaciones y algún que otro sermón, pero de momento parecía que le llegaba con mirarse al espejo.

Se sentía guapa. Jack se lo había dicho un par de veces. Así que a él le gustaba el aspecto que tenía. Tenía una cara bonita. Siempre le había gustado ser fuerte, nunca se había parado a considerar que podía ser guapa.

Hasta ese momento.

—¿Emmaline?

Pegó un brinco.

—Ya voy. —Se puso el albornoz de cortesía de Rancho de la Luna y se ató el cinturón, luego llenó un vaso de agua y volvió a entrar en la habitación.

Jack era guapísimo. La luz de la luna, que parecía haber sido encargada especialmente para la boda, teñía la habitación con una tenue luz blanca y dejaba la cara de Jack en sombras. Su boca era la prueba fehaciente de que existía un poder superior: tenía la forma perfecta, y cuando sonreía... era evidente la existencia de Dios. Sus ojos azules. Sus manos. ¿Había mencionado alguna vez sus manos grandes, fuertes y ligeramente ásperas por su trabajo? ¿Había mencionado también qué tipo de gemidos podían arrancarle esas manos?

Ah... parecía que la agonía de contemplarlo la ponía ñoña. Se aclaró la garganta y bajó la mirada hacia las sábanas arrugadas.

—¿Hambriento? —preguntó.

—Estoy muerto de hambre. —Él alargó el brazo y le soltó el cinturón lenta, muy lentamente.

—Todavía queda un poco de pastel —susurró ella.

—No estoy hambriento de eso —repuso con su voz profunda y ronca. Las partes más femeninas de Em empezaron a palpar—. Pero ahora que lo mencionas... — Y con un rápido movimiento, la puso sobre su regazo, con la bata abierta, y procedió a alimentarla de bocados de pastel a cambio de besos. Se tomó su tiempo, deslizando las manos sobre ella como si nunca hubiera tocado a una mujer, lamiendo el chocolate de sus labios, y vaya si funcionó.

Muy bien.

Muy, muy bien.

## Capítulo 13

¿Cómo es esa expresión? ¿«A plena luz del día»?

Sí.

El tiempo que Emmaline tardó en abrir el ojo izquierdo no estuvo segura de por qué estaba muerta de miedo. ¿Resaca? No, no, no se sentía mal en absoluto. De hecho, se encontraba bastante bien y...

Entonces recordó, y el pesar y la vergüenza la inundaron a partes iguales.

«Mierda, mierda y más mierda.»

Se había acostado con Jack. Se había acostado con él con todas las consecuencias, ya que no solo habían mantenido relaciones sexuales, sino que él estaba profundamente dormido a su lado.

Salió corriendo de la cama y, consciente de repente de que estaba desnuda, agarró la colcha y se envolvió en ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha muerto? —soltó Jack sentándose en la cama. Le encantaba con el cabello despeinado, y los músculos de sus brazos eran fuertes y...

—No ha pasado nada. Nada. —Apartó la mirada de la gloria dorada que era su compañero de cama—. Tengo que hacer el equipaje. Ya es tarde. Tenemos que salir dentro de media hora. Nos hemos quedado dormidos.

—Emmaline...

—Muévete, Jack. Haz el equipaje.

«Estupendo —le dijo su cerebro—. Eres muy sensible.»

—Ya lo tengo hecho —respondió él, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Bueno, pero yo todavía no.

—¿No puedes hacerlo delante de mí?

—No, no puedo. Así que dúchate, afeitáte y come algo. Vete. Tengo que lavarme los dientes. —«Y vestirme. Rápido.»

Se dirigió al cuarto de baño y recogió la maleta de camino.

Esto. Había sido. Un error.

Un revolcón... No, eso no. Era una palabra demasiado fea. Un coito agradable, ¿mejor? Sí.

Jack Holland, dios de Manningsport, se había acostado con ella porque la encontró en la madre de los momentos patéticos. Despechada y soltera, desesperada por sentirse atractiva, medio borracha después de dar cuenta del vodka casero de los rusos y con sobredosis de caramelos masticables.

Bueno, quizá hubiera sido culpa únicamente del vodka casero y los caramelos, pero lo demás también contaba.

Todos esos pensamientos que había desechado cuando fue al cuarto de baño la noche anterior aparecían ahora en un tono autoritario y decepcionado. Cosas sobre acostarse con alguien por acostarse con alguien. Sobre lo fácil que era echarle la culpa al vino y al vodka. Entonces ¿para qué estaba lleno de condones el cajón de la mesilla de noche? Podía considerarse una especie de carta blanca para lanzarse de cabeza al pecado, ¿verdad? No, de eso nada.

Se recogió el pelo en una coleta, se dio una ducha muy rápida y, enfadada, se puso la ropa.

«Estúpida, zorra, estúpida. Te has equivocado.» Había usado a Jack para tener relaciones sexuales. ¡Oh, claro! Él había estado dispuesto, a fin de cuentas era un hombre y se trataba de sexo. Pero era un hombre que tendría que enfrentarse a graves problemas cuando regresara a casa, por no hablar de que tenía una exesposa que quería reconciliarse con él. La había acompañado allí porque era un buen tipo y ella había hecho algo reprochable.

Le había hecho sentir lástima por ella.

Llamaron a la puerta y pegó un brinco.

—¿Qué? —preguntó.

—Abre la puerta y habla conmigo.

Ella abrió.

—Sí, mira... Anoche fue... Gracias. Un trabajo bien hecho. —Buscó el arma de forma automática.

—¿Vas a dispararme? —preguntó él.

—¡Oh! Lo siento. —La dejó de nuevo en la maleta.

—¿Por qué llevas la pistola?

—Porque soy agente de la policía y puedo llevarla si quiero. —Cerró los ojos un instante—. De verdad, tenemos que darnos prisa.

—Tenemos un par de minutos. ¿Estás avergonzada porque nos hemos acostado?

—La verdad es que sí. Ha sido una mala idea, aunque divertida. Es solo que... —Soltó un gruñido de frustración—. Es solo que no quiero tener una relación en este momento.

—Bien. Entonces, son cuatrocientos dólares.

—No te infravalores. Por lo menos te mereces mil.

—¡Guau!

Ella hizo una mueca.

—Jack, mira, lo siento. Eres un buen hombre.

—Estoy cansado de que la gente diga eso.

—De acuerdo, no lo eres. Eres horrible.

Él curvó los labios y el útero de Em respondió al instante. Zorra. Era una zorra.

Ella metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos.

—Me imagino que por ser tan agradable, aunque horrible, quieres actuar de forma caballerosa y asegurarme que no eres de los que tiene relaciones de una noche. Además, tienes hermanas y una sobrina y no te gustaría que fueran el revolcón de una noche de nadie. Te aseguro que no soy ese tipo de mujer, pero no vamos a ir más allá. Vamos a considerarlo un amor de vacaciones y no hablar nunca de ello. ¿De acuerdo?

—No. No estoy de acuerdo.

—Tú no quieres mantener una relación en este momento. Tienes algún que otro problema.

—¿No los tenemos todos?

—Sí. Nunca me habías invitado a salir. Has venido aquí porque yo estaba desesperada y tú querías alejarte de Manningsport. Además, está esa relación con tu ex.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad?

—¿Me equivoco?

En ese momento comenzó a sonar el móvil de Jack.

—Apuesto lo que sea a que es ella —dijo Em—. ¿Cuántos mensajes te ha enviado este fin de semana? ¿Cuántas veces te ha llamado?

La expresión de Jack se endureció.

—Algunas.

—¿Algunas? ¿Más de una docena?

Él no respondió. Así que eran muchas más de una docena.

—Déjame ver tu móvil —le pidió ella.

—No.

—Cobarde.

—De acuerdo. —Él se lo entregó, y Em se puso a examinarlo.

—Vaya sorpresa —comentó—. Es de Hadley. «Estoy tomando un baño de burbujas, bebiendo una copa de vino Blue Heron. Solo me faltas tú. Las burbujas se están metiendo por...».

Él le quitó el aparato.

—Tienes razón —dijo—. Es un poco... intensa.

—¿Ese es el eufemismo que usas para decir que está loca?

—Quizá me gusten un poco locas —respondió él, alargando la mano. Le quitó algo del pelo. Un caramelo.

—Entonces, vuelve con ella.

—Eso no va a ocurrir nunca. Se portó mal con mi gato.

—Mira. Tenemos que irnos. Gracias por el revolcón. De verdad que aprecio tus atenciones...

Él la miró durante un buen rato con aquellos ojos tan hermosos como impenetrables.

—Sí, a lo mejor tienes razón —dijo él justo cuando ella estaba a punto de disculparse y tal vez pedirle que empezaran de nuevo. Él entró en su habitación y cerró la puerta.

Era lo mejor.

Se preguntó si él se acostaría con todas las mujeres que le pedían que las acompañara a bodas y reuniones. Luego se sacó la idea de la cabeza. No estaba siendo justa. Además, si fuera cierto, ¿qué más daba? Estaba soltero. Era hetero. Las mujeres caían en sus brazos. Si las atrapaba, como la había atrapado a ella la noche anterior, ¿quién podía reprochárselo?

Las «Amargadas y traicionadas» habían especulado algunas veces que Jack Holland se había casado con Hadley porque quería a alguien diferente. Él jamás había tenido nada serio con nadie de la localidad, y eso no pasaba desapercibido. Su esposa era distinta, tan fuera de lugar, hermosa e inútil como una mariposa en una tormenta de nieve en febrero.

Pero él la había amado. Em los había visto juntos. Y ella sabía lo que era el amor.

Arrojó el cepillo de dientes en la maleta.

En teoría, quería encontrar a alguien. No, definitivamente, no quería seguir siendo siempre una traicionada y una amargada. Y, por supuesto, aquella boda había puesto las cartas sobre la mesa. Quizás ella no estaba preparada todavía para una relación. Quizá necesitara más tiempo para olvidar al muchacho que había amado durante la mitad de su vida.

Quizá también ella era una cobarde.

No se podía tener el corazón roto si una no se enamoraba previamente.



## Capítulo 14

Cinco días después de regresar de la soleada California, Jack estaba sentado una vez más en el aparcamiento del hospital. Había entrado dos veces en el vestíbulo. Había pensado qué podía decir a los Deiner, pero luego se le ocurrió que podía sobornar a una enfermera. Además, Jeremy Lyon era el médico de familia de los Deiner, y dado que había estado comprometido con Faith... Seguramente podía proporcionarle un poco de información privilegiada, ¿verdad?

De acuerdo, no era muy ético.

Ojalá pudiera ver a Josh y... y... y ¿qué? ¿Pedirle disculpas? ¿De verdad pensaba que Josh se despertaría del coma y le diría: «¡Hola, gracias por haberme sacado del agua! ¡Eres el mejor! No te preocupes, hombre, ¡estoy muy bien!».

Jack suspiró. Su aliento empañó el parabrisas.

Era como si no hubiera estado en Malibú. Había treinta centímetros de nieve, y la temperatura estaba a diez grados bajo cero. Josh Deiner no estaba ni mejor ni peor, y su familia acababa de presentar una demanda contra Jack alegando que al tener un título de primeros auxilios debería haber reconocido que las necesidades de Josh eran mayores a los de los otros muchachos. También habían demandado a la ciudad por no tener una protección mejor en el lugar de los hechos y por no haber respondido de forma más rápida a la llamada al 911.

Según le había asegurado su abogado, la familia de Josh no iba a ganar la demanda. El muchacho conducía al doble de la velocidad permitida. Si no fuera por Jack, Josh estaría muerto. No, solo se trataba de unos padres en duelo atacando como podían.

Por desgracia, aquello causó una conmoción colectiva entre los buenos habitantes de Manningsport y, una vez más, él se convirtió en tema de conversación. Aquello fue suficiente para que Jack deseara que volvieran a pillar a Carl y a Prudence en una situación comprometida.

Y además estaba Hadley.

La había visto la primera noche que estuvo en casa. Regresaba del hospital y tuvo que detenerse en el cruce de la zona verde, donde había una exhibición de esculturas de hielo. Varias docenas de personas con parkas y botas miraban cómo Carlos Méndez tallaba un lobo en un enorme trozo de hielo. Jack vio a algunos miembros de su familia, y por un instante se le ocurrió unirse a ellos.

Entonces vio a los padres de Sam Miller, y para que no lo abrazaran ni ahogaran de agradecimiento una vez más, permaneció en el interior de la *pickup*.

En ese momento vio a Hadley. Llevaba en brazos una bolsa con comida y estaba parada en la calle, alejada de la multitud. Algunas personas pasaron por delante de ella. La notó tan sola que casi la llamó.

Hadley no le importaba a nadie en el pueblo. Solo a él. A Jack le preocupaba, pero no quería volver a involucrarse con ella. Aun así, no quería que se sintiera rechazada, sola o desgraciada.

Por suerte, ella siguió su camino hasta el edificio de apartamentos Opera House. Él continuó hacia su casa.

Desgraciadamente, la vio de nuevo a la noche siguiente, cuando ella fue a buscar la cena (que compró a la empresa de *catering* que acababa de instalarse en el pueblo) y se detuvo temblando ante su puerta hasta que él la dejó entrar. Estuvo en el vestíbulo durante seis minutos hasta que él le dijo que tenía que marcharse.

Hablando de mujeres complicadas, estaba un poco molesto con... Emmaline.

No estaba acostumbrado a que las mujeres lo rechazaran. De hecho, su problema era justo lo contrario. Como cuando se había encontrado con Shelayne Schanta escondida en la parte de atrás de la *pickup* como si fuera una asesina en serie. O la vez en que Shannon Murphy escribió un ensayo en la universidad sobre lo que suponía estar enamorada de un hombre mayor (él), lo que dio como resultado que sus padres, muy furiosos, estuvieran dispuestos a castrarlo, a pesar de que su único contacto con Shannon se hubiera limitado a hacerle un *homerun* la primavera anterior durante un partido de béisbol. En otra ocasión, Lorena Creech Iskin lo arrinconó en la Taberna de O'Rourke y le contó con todo lujo de detalles la disfunción eréctil de su marido para justificar que necesitaba que le dedicara un cuarto de hora.

Que le dieran las gracias por haber pasado un buen rato y se despidieran de él... era nuevo.

La noche del miércoles, en el partido de hockey, había saludado a Emmaline: «Hola, Emmaline». Ella respondió: «Hola, muchachos». Eso fue todo. Ni siquiera lo miró dos veces.

Había encendido el motor cuando alguien llamó a la ventanilla de la *pickup*. La bajó.

—Hola, Abby.

—Hola, tío Jack. —Abby trabajaba como voluntaria en el hospital—. Imagino que quieres saber algo de Josh, ¿verdad?

—Sí.

—No sé nada. Y aunque lo supiera, no podría decírtelo.

—Lo sé. Gracias.

Ella metió la mano y le dio una palmada en el hombro. Hacía aproximadamente un año que Josh Deiner había emborrachado a Abby. Era uno de esos muchachos que siempre se metían en líos, a los que todo les aburría y siempre encontraban problemas.

Parecía que no iba a ser capaz de cambiar nada de eso.

—¿Quieres que te lleve, Abs? —preguntó.

—No, no, he venido en el automóvil de mamá. ¿Sabes lo que encontré dentro la semana pasada?

—¿Es imprescindible que lo sepa?

—No, pero necesito compartir mi dolor con alguien y podría servirte de distracción. ¿Estás preparado? —Su sobrina hizo una pausa buscando un golpe de efecto—.

Una fusta.

—Por favor, dime que ha empezado a recibir clases para montar a caballo.

—No.

—Eres muy cruel, Abby.

Ella sonrió.

—Que tengas un buen día, tío Jack. Vete, anda. Ve a hacer algo con la gente de tu edad.

La observó para asegurarse de que llegaba sana y salva a su automóvil y la siguió de vuelta al pueblo para comprobar que no se saltaba los límites de velocidad ni las leyes de tráfico (ni acababa empotrada en un poste de teléfonos o en el fondo de un lago).

No lo hizo. Atravesó Old Farm Road sin problemas.

Jack notó que respiraba más rápido y de forma superficial y reconoció las señales.

No podía ir a su casa. No es que su gato fuera mala compañía, pero necesitaba contactar con seres humanos. Así que se dirigió a la Taberna de O'Rourke.

—¡Hola, Jack! —lo saludaron a la vez Colleen y Connor cuando traspasó el umbral. Los saludó con un gesto de cabeza, y mientras se sentaba ante la barra pensó que quizá podría hablar un rato con Lucas, que estaba allí también. Si no había mucho movimiento, Connor podía tomar una cerveza con él.

Prudence, vestida como siempre con una camisa de franela y *jeans*, se acercó también.

—¡Hola, inútil! —le dijo al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. ¿Qué tal lo llevas? Adivina... Ya tengo oficialmente la menopausia. Hoy me llegaron los resultados.

—Me alegro por ti.

—¡Oh, no! Es horrible, Jack. Un minuto quiero tirarme encima de Carl y al siguiente estrangularlo lentamente. Hablando de Carl, ¿no tendrás unas espuelas?

—No, Pru. Lo creas o no, no.

—¡Maldición! Tienen que entregarme unas, pero todavía no han llegado.

Por el raballo del ojo, Jack vio una mesa llena de mujeres. Una de ellas sostenía una cerveza delante de su cara.

En otras palabras: no quería que la viera.

—Vas a tener que practicar el sano arte de la paciencia, Pru —repuso antes de acercarse a la mesa. Allí estaban Shelayne Schanta, Allison Whitaker, Grace Knapton, Jeanette O'Rourke y... Emmaline.

—Hola, señoras. ¿Os importa si me siento?

—¡Jack! —gritaron cuatro de ellas al mismo tiempo, moviendo sus sillas para hacerles sitio.

—¿Cómo estás?

—Estás muy guapo.

—¿Qué quieres beber?

—Siéntate a mi lado y cuéntame, ¿cómo fue la boda? ¿Qué os dieron de comer?

Una permaneció en silencio.

—Hola, Em.

—Jack...

—¿Quieres que salgamos alguna vez? ¿Qué vayamos a cenar? ¿A ver una película?

Ella le lanzó una mirada sombría.

El resto de las mujeres permaneció en silencio.

—Yo estoy libre si ella no quiere ir, Jack —intervino Shelayne.

—Y yo —añadió Allison—. Pero solo en caso de que estés buscando a una mujer mayor con dos hijos no muy terribles.

—Yo saldré contigo, Jack —se apuntó Hannah O'Rourke, que se acercaba con una bandeja llena de bebidas densas como el zumo de melocotón pero de color rosa.

—Y yo —dijo la madre de Colleen—. A pesar de que estoy tonteando con Ronnie Petrosinsky.

—¿Con El Rey del Pollo? —preguntó Grace, mencionando la franquicia que gestionaba Ronnie—. Me encantan las Haitianas con salsa yuyu y doble fritura.

—¿Qué tal va todo, Emmaline? —preguntó Jack.

—Estoy muy ocupada —respondió ella—. Pero gracias por preguntar.

—Qué mal. —Miró fijamente a su presa, que clavaba los ojos con determinación en la máquina de discos por encima del hombro de Allison—. Me lo pasé muy bien en California. Sobre todo la última noche.

Sus ojos se encontraron.

—¡Bien! Me alegro. Bien por ti. Es estupendo. Tengo que marcharme. *Sargento* necesita salir. Ha sido un placer haberte visto, Jack. ¡Ciao, queridas!

—¿De verdad no quieres salir con él? —preguntó la señora O'Rourke.

—Te acompaño —dijo él, siguiéndola.

—¡Juntos de nuevo! —gritó Colleen—. Hacéis buena pareja. Preciosa, diría yo. De hecho, lo digo.

—Colleen, deja de acosar a los clientes —intervino Connor desde la cocina.

Emmaline ya estaba fuera.

—Em, espera —la llamó y la alcanzó—. ¿Por qué no quieres salir conmigo?

—¿Sientes tu ego herido? —preguntó.

—Un poco.

Ella reprimió una sonrisa.

—Eres muy agradable, Jack, y no eres precisamente el hombre elefante, pero no creo que sea buena idea.

—Solo quiero ir a cenar.

Ella aspiró aire y lo soltó muy despacio.

—Em, solo una cena —insistió él—. Por favor.

Ella abrió un poco más los ojos y lo miró con ternura.

«¡Bingo!»

Pero entonces ella miró por encima de su hombro y su expresión volvió a parecer la de un policía.

—Ve a cenar con tu esposa. Ahí la tienes. Cuídate. —Dicho eso, se dio la vuelta y se alejó, haciendo que la nieve crujiera bajo sus pies.

—Bueno, ¡hola, extraño! —dijo Hadley—. ¿Qué tal te va, Jack?

Y así, sin querer parecer maleducado, mantuvo abierta la puerta para que Hadley pasara, le sostuvo el abrigo cuando se dio la vuelta y le dio la mano para ayudarla a subirse a un taburete.

Entonces, en lugar de quedarse charlando con su preciosa exmujer, optó por la compañía de su gato y cruzó la calle hasta el lugar donde había aparcado la *pickup*.

Había una nota en el parabrisas de brillante papel rosa.

«Cúbrete las espaldas», decía. No había sido escrito a mano, era de una impresora.

Miró hacia la Taberna de O'Rourke. ¿Sería una advertencia de Hadley al haber percibido su interés por Emmaline? La nota parecía referirse a alguien concreto.

Podía ser también del señor o la señora Deiner. Pero ellos estaban en el hospital todo el día.

«Cúbrete las espaldas.»

El papel rosa suavizaba la amenaza.

Puede que no fuera una amenaza después de todo. Podría estar dirigido a otra persona; la mitad de los habitantes del pueblo poseían una *pickup* gris. De todas formas, era solo una nota. Tampoco era para tanto.

Volvía a sentir que se le congelaba el cuero cabelludo al sumergirse. El pecho le ardía por falta de aire.

En el momento en que el *flashback* se terminó, su camisa de franela estaba húmeda de sudor. Se subió a la *pickup* y se dirigió a su casa con la garganta en carne viva por culpa del aire helado.

\* \* \*

Dos días después, Jack estaba con su padre y su abuelo en el trabajo. Debería haberle resultado fácil, pero por alguna razón, ese día todo le salía mal. Se dio un golpe contra un barril, derramó el café, se perdió la mitad de lo que dijo su padre, pisó a Pops...

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó su padre.

—Sí —respondió—. Todavía no he tomado café suficiente, eso es todo. —Salvo que ya llevaba tres tazas.

Los tres hombres Holland siempre se habían llevado bien. Para empezar, tenían en contra a lo que parecían docenas de mujeres: madres, sus tres hermanas y sus amigas y, por último, la señora Johnson. Cuando la conversación comenzaba a versar sobre ciclos menstruales, peleas sobre quién había utilizado el *spray* para el pelo y cosas similares, los tres se juntaban para hablar de béisbol o vides.

Cuando Jack estaba en la Marina, su padre lo llamaba dos veces a la semana, y eso se había vuelto una suave constante en la vida de Jack. Tanto Pops como su padre le aseguraban que no tenía obligación de regresar a Blue Heron, y su padre le repitió muchas veces que solo le quería allí si era lo que él deseaba. Lo era. La familia, los viñedos, el vino... Eso era lo que Jack había querido siempre. Era la octava generación de los Holland en esa tierra.

Pero parecía que desde el accidente no era capaz de concentrarse en nada.

En ese momento estaban trasegando un pequeño barreño de cabernet en uno de los graneros grandes. El trasego consistía en separar el vino de los sedimentos en una cubeta limpia y prepararlo para el embotellado. Sin embargo, en cuanto Jack sacó el tapón, Pops levantó la vista.

—Algo va mal —dijo. El viejo tenía nariz de sabueso—. Se ha oxidado de más.

Jack tomó un vaso y lo llenó por la mitad.

El líquido era demasiado marrón. Pops tenía razón: no olía bien.

—¿Añadiste las tabletas Campden la última vez? —preguntó su padre.

—Creo que lo hice —repuso Jack. Las tabletas impedían que se formaran microbios en el vino. Hacía tres semanas que habían oxigenado aquel barril por primera vez.

—Bueno, no te preocupes, hijo —dijo su padre, al tiempo que Pops forzaba el corcho para volcarlo—. Le sucede a todo el mundo.

—Lo siento mucho —se lamentó Jack.

—Huele como el perfume de tu abuela —intervino Pops al tiempo que le guiñaba un ojo—. Hablando de viejas glorias, debería regresar.

—Estás hablando de mi madre —dijo su padre con suavidad.

—Y del amor de mi vida. Pero no se lo digas. —Pops sonrió y se dirigió a su vieja y maltratada camioneta.

—Vamos a deshacernos de esto —propuso Jack.

—Puede esperar hasta mañana —replicó su padre—. Dime, ¿cómo van las cosas?

—Bueno. Bien. —Su padre aguardó—. Un poco tenso —admitió.

—El otro día me encontré con Hadley.

—Sí. Es como un perro con un hueso.

—¿Existe alguna posibilidad de que volváis a estar juntos?

—No.

Su padre tocó otro barril y abrió la espita.

—Este está mejor —comentó al llenar un vaso—. El olor es bueno.

Jack se obligó a centrarse. En ese caso el color era perfecto, no se había oxidado, buen aroma frutal. Tomó un sorbo y dejó caer los hombros.

Nunca había perdido un barril. La elaboración del vino dependía de la ciencia y de la suerte, pero sobre todo de la ciencia, y él estaba orgulloso de la calidad de los vinos Blue Heron. Había crecido viendo cómo su padre y su abuelo hacían vino, y tenía dos títulos universitarios que indicaban que no debía olvidarse de algo tan básico como los sulfitos.

—De todas formas, estaba preguntándote por Hadley —insistió su padre sin mirarlo a los ojos—. Fue muy... amable conmigo. Me aseguró que había cometido un terrible error contigo, pero que había crecido y aprendido la lección, que esperaba contar con nuestro apoyo o si decidíais reconciliarnos.

—No vamos a reconciliarnos —aseguró Jack.

—¿Estás seguro? Porque si es lo mejor para ti, para nosotros también.

—La señora Johnson nunca lo superaría —dijo Jack.

Su padre sonrió.

—No, quizás ella no. Pero el resto seguiríamos tu ejemplo, Jack. Si eso es lo que deseas.

—No lo es. —Dejó el vaso—. Siento lo del barril.

Su padre lo miró durante un buen rato.

—Jack, quizá necesites un poco de tiempo libre.

—Ya lo tuve, papá.

—Si necesitas más, solo tienes que decirlo. Has pasado por un momento difícil. —Su padre lo abrazó con algo de torpeza—. Te quiero. Todos te queremos. —Se echó atrás y se aclaró la garganta—. ¿Quieres venir a cenar? A la señora Johnson le encantaría.

—Papá, estáis a punto de celebrar vuestro primer aniversario. ¿Todavía no eres capaz de llamarla Hyacinth? —preguntó Jack.

—A veces —admitió su padre con una tímida sonrisa.

—Iré a darme una ducha antes de la cena. Vete a casa. Yo terminaré aquí. —Ocupó el puesto de su padre—. Y, papá: gracias.

Su padre le apretó el hombro y se dio la vuelta para irse a casa con su mujer.

Le resultaba extraño sentir celos de su propio padre por tener una esposa esperándolo en casa. En cuanto a hacer algo divertido... No había mucho con qué entretenerse en Manningsport en pleno invierno.

—Hola, Jack. —Su cuñado británico entró en el establo—. Acabo de ver a tu abuelo. Me ha dicho que te encontraría aquí.

—Hola, Tom. ¿Qué tal va todo?

—Hoy he recibido un correo de la señora Didier, la directora del instituto. ¿La conoces?

—De vista —reconoció Jack—. La he visto en el gimnasio un par de veces.

—Cierto. Es un poco aterradora, ¿verdad? —Tom sonrió—. En cualquier caso, hay un grupo de adolescentes en riesgo de exclusión. Los habituales matones, ya sabes. Está buscándoles un profesor de química. Yo echo una mano con las matemáticas de vez en cuando.

—¿Te ha enviado Honor?

—Has dado en el blanco, amigo. Me dijo que podría verte bien.

«La misma Honor de siempre.» Tratando de dirigir el mundo (con éxito, debía reconocer). Pero la idea de tratar con algún adolescente que no fuera su sobrina, o quizás Charlie, el hijastro de Tom, se le hacía cuesta arriba.

Todos conocían a Josh Deiner.

—La ayudante de Levi es una de las tutoras. Emmaline Neal. Sois amigos, ¿verdad?

Levantó la mirada.

—Sí. Lo somos.

—Me sorprende que no te lo pidiera ella misma.

A él no.

—Iré a hablar con ella.

—Estupendo. ¡Gracias, amigo! —Tom le dio una palmada en el hombro y se alejó silbando.

\* \* \*

Emmaline miró al falso secuestrador.

—¿Qué te ha hecho para que te volvieras loco? —preguntó.

—Se tomó el último pastelito Twinkie. Los reservaba para el apocalipsis. ¿Qué tomaré ahora de postre?

—Bien, Shirley —dijo Jamie, la instructora—. Parece una locura, clase, pero os juro que no podéis hacer esta mierda.

Em trató de no sonreír, pero ¡maldición! Eso seguro que venía a Conciencia y formas en la Inglaterra del siglo XIII, que había tenido que aprender durante el primer curso (había aprobado por los pelos en esa ocasión, pero estaba bastante segura de que sacaría un sobresaliente en Negociaciones para situaciones de crisis). Jamie, que era negociadora en la policía de Buffalo, tenía un buen puñado de historias, maldiciones y consejos.

—Em, ¿cuál sería tu respuesta al loco de las bragas?

Emmaline miró a la que interpretaba al secuestrador.

—Así que te robó los pastelitos de crema, ¿verdad? Eso no es bueno —dijo ella—. Yo también los adoro. Pensé en cortarme el pelo cuando dejaron de fabricarlos. Menos mal que vuelven a venderlos, ¿verdad?

—Está estableciendo empatía, gente, y creando un vínculo entre ella y el secuestrador. ¡Muy bien, Neal!

—¿Sabes? Podría conseguirte algunos —sugirió Emmaline—. Puedo llevártelos y hablar contigo.

—No puedo arriesgarme a eso —dijo Shirley—. Hay zombis por todas partes.

El resto de la clase resopló.

—De acuerdo —intervino Em—, pero yo soy muy rápida. Y no quiero que te vayas sin tus pastelitos de crema.

—¡Fantástico! —dijo Jamie—. Tenemos que quedar un día, pero ¡buen trabajo! Vuestra tarea será leer los capítulos entre el cuatro y el seis y ocuparos de vuestra familia política sin perder la calma. ¿Creéis que podréis hacerlo?

—Es la ocasión perfecta para meterse en las barricadas, o en su defecto encerrarse en el dormitorio con una pistola —murmuró Ingrid, que era policía en Ithaca.

Jamie se acercó y se apoyó en el escritorio de Em.

—Lo haces muy bien —dijo—. ¿Alguna vez te has planteado trabajar para nosotros?

—Solo hace nueve meses que soy policía —indicó ella.

—¿En serio? Piénsalo —sugirió la instructora—. Tendrías más posibilidades de ascender con nosotros que en tu departamento.

Eso era cierto. Levi no iba a cambiar de trabajo.

La policía estatal sería la que manejara el cotarro en un pueblo como Manningsport si se diera una situación real con rehenes, y el trabajo de la policía local sería mantener la calma hasta que llegaran y se hicieran cargo. Homicidios, secuestros, robos a bancos, no eran cosas que ocurrieran todos los días, y por lo general se ocupaban de ellos los niños grandes.

Era una idea a tener en cuenta. No tenía pensado dejar el departamento de Policía de Manningsport a corto plazo, pero quizás algún día...

Recibió una solicitud de Everett por radio cuando estaba a diez minutos del pueblo pidiéndole que comprara donuts. Antes de que la comisaría se trasladara al nuevo edificio de servicios de emergencias, que estaba en la zona verde, las oficinas estaban al lado de la panadería de Lorelei. Desde entonces, Everett había perdido cinco kilos y se había movido más.

Faith Cooper estaba en la panadería, con las manos sobre su enorme barriga.

—Hola, Faith —la saludó Emmaline.

—¡Hola! ¿Qué tal va todo, Em? ¿Qué tal te lo pasaste en la boda?

—Estuvo muy bien. Er... Le debo una a tu hermano. Es un campeón.

—Bueno, si quieres repartir regalos, no te olvides de mí —le sugirió Faith con una sonrisa—. Después de todo, fue idea mía. Entonces, ¿se portó bien?

—Muy bien. —«Maravillosamente bien.» El recuerdo de Jack sobre ella, besándola, hizo que se le aflojaran las rodillas. Pero en ese momento atendieron a Faith y ella se salvó de seguir conversando sobre ese tema.

Sin embargo, eso no impidió que sus pensamientos siguieran ciertos derroteros.

\* \* \*

—Límpiate los pies —ordenó Carol Robinson a Jack cuando entró en la comisaría—. Ah, eres tú, Jack —dijo al verlo—. ¿Qué tal va todo, cariño? ¿Todavía eres famoso? ¿Qué tal va el niño de los Deiner?

—Hola, señora Robinson —la saludó Jack. Había ido a la escuela con uno de sus hijos y tenía buenos recuerdos de sus galletas de chocolate—. Le sienta muy bien ese color.

Carol sonrió feliz y olvidó sus preguntas.

—Llámame Carol —le pidió—. ¿Por qué sigues soltero, Jack? Oh, espera, se me había olvidado. Estás divorciado. ¿Quieres casarte con mi hija?

Levi salió de su despacho y entregó a Carol unos papeles.

—Basta de cháchara —le dijo—. Adelante, Jack.

El despacho de Levi estaba ordenado y era aséptico, salvo la gran cantidad de imágenes de Faith que había. Y una ecografía de mini Cooper.

—¿Qué tal está mi hermana? —preguntó Jack, que siempre se sentía un poco incómodo al hablar con el hombre que se acostaba con ella. La maldición del hermano.

—Está bien. Solo faltan unas semanas.

—¿Estás nervioso?

—«Aterrado» sería más exacto. —Levi sonrió. Sería un buen padre. Levi era uno de esos tipos que había nacido para tener una familia.

Jack se sentó.

—¿No sabes nada nuevo de Josh?

Levi clavó los ojos en el escritorio antes de mirarlo.

—No hay cambios. Hablo con sus padres todas las noches.

—Eso es bueno.

—Lamento que hayan presentado esa demanda contra ti.

Jack se encogió de hombros.

—Lo entiendo. —No les culpaba. «Lo dejaste para el final. Era el que más te necesitaba, y lo dejaste para el final.»

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Levi.

—En realidad he venido a ver a Emmaline. ¿Está por aquí?

Levi iba a responder, pero se interrumpió y entrecerró los ojos.

—¿Te has acostado con ella?

Suponía que era policía por una buena razón. Jack no respondió.

—Ten cuidado —advirtió Levi—. Para mí es como una hermana.

—Y para mí mi hermana es como una hermana.

Levi hizo una mueca.

—Punto a tu favor. Em llegará dentro de poco. Ha ido a una clase en Penn Yan y esta noche tiene algo con unos críos, pero dijo que vendría antes.

—Sobre eso quiero hablar con ella. Sobre los críos. He oído que necesitan a alguien que les dé clase de química.

En ese momento, entró Emmaline, dejó una caja de donuts en el escritorio de Everett y dijo algo que lo hizo reír.

Jack se estremeció. Emmaline iba de uniforme y llevaba una cazadora abultada, pistola, radio y otras cosas más en el cinturón. Llevaba el pelo recogido en un moño apretado, y el frío le había enrojecido las mejillas.

Y sonreía.

Hasta que lo vio y la sonrisa desapareció.

—Hola, jefe.

—Agente —dijo Levi—. ¿Qué tal la clase?

—Fue fantástica. A ver si la próxima semana puedo electrocutar a alguien.

—Tú y tu Taser. Disfruta.

—Lo haré. —Sus ojos se posaron en él—. Jack, ¿cómo estás?

Él se puso de pie.

—Bien. La verdad es que he venido a verte.

—¿Vas a presentar alguna queja?

—No. —Él esperó y vio que sus mejillas se ponían todavía más rojas.

—¿No habéis ido a una boda juntos? —preguntó Carol—. ¿Estáis saliendo? Levi, me voy. Son casi las cinco y los vecinos vienen a cenar.

—Qué vecinos más afortunados —comentó Jack.

—¡Oh, cómo eres! —Carol, que era unos treinta centímetros más baja que Jack, le rodeó la cintura con los brazos y lo estrechó con fuerza—. Ven a visitarme cuando quieras.

—¿Está tratando de seducirme, señora Robinson? —respondió Jack.

—Lo estoy pensando —dijo—. Es posible que sea un poco mayor para ti. Mejor pregúntale a Emmaline. Seguro que sale contigo.

—Em, ¿es cierto eso?

—En tus sueños —contestó ella.

¡Maldición! Era preciosa.

—Yo también me voy —intervino Levi—. Jack, nos vemos. —Sostuvo la puerta abierta a Carol.

Everett pasaba imágenes con las mejillas abultadas por los donuts.

Jack miró a Emmaline, que jugaba con la cremallera de la cazadora.

—Hola —la saludó.

—Hola —dijo ella en un tono poco alentador.

—He oído que necesitas un profesor de química para ese grupo de adolescentes en riesgo de exclusión.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Tom Barlow.

—De acuerdo. —Ella cruzó los brazos—. ¿Y bien? ¿Contamos contigo?

—Sí. Podrías habérmelo pedido tú.

—Nos reunimos todos los martes por la noche en el sótano de la iglesia luterana. Si no puedes esta noche, ven la próxima.

—Esta noche puedo.

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Tengo que ir a casa, cambiarme, pasear al perrito y comer algo. Nos vemos allí.

—O podría ir contigo. Conocer al perro. —«Mirarte mientras te cambias»—. Venga, Emmaline. Pensaba que éramos amigos.

Ella no respondió.

—Mira —añadió en voz baja—. Lo cierto es que me gusta hablar contigo. Me gusta estar contigo. En este momento, mi vida es un desastre. No puedo dormir, mi ex me agobia e incluso estoy cagándola en el trabajo. Así que sí, tengo... problemas. Tenías razón. No busco una relación, pero me vendría bien una amiga.

—Está bien —dijo ella casi antes de que terminara—. Lamento haber sido tan grosera la otra noche. Podemos ser amigos.

—Gracias.

El rubor se extendió de nuevo.

—No me lo agradecerás cuando veas lo que tengo para cenar.

\* \* \*

De acuerdo, era... agradable, pensó Em al salir de la comisaría. Sus adolescentes en riesgo de exclusión necesitaban un profesor de apoyo en química. Y si Jack quería una amiga, pues... ¡al infierno!, ella también. Sabía cómo manejar una amistad. Le encantaría que fueran amigos. Amigos desnudos.

«No, no, nada de eso», se advirtió a sí misma.

Jack estaba buscando una distracción. Acababa de admitir que no quería una relación. Serían amigos con la ropa puesta. Eso es.

Salieron del edificio y Em echó a correr. Levi estaba de cuclillas, en la acera, hablando con alguien que estaba en el suelo.

—¿Jefe? —preguntó, sacando la radio—. ¿Todo bien?

«Ah...»

Hadley Boudreau estaba tirada artísticamente en el suelo. El vestido se le había subido lo justo para no parecer una zorra y lo suficiente para que todos vieran que llevaba medias por los muslos, con ligas de encaje. ¿En serio? La temperatura era de unos diez grados bajo cero. Iba perfectamente maquillada. Em jamás había sido capaz de lucir el lápiz de labios rojo, pero Hadley sabía lo que se hacía.

—Solo trato de convencer a la señora Boudreau de que vaya al hospital para que la examinen —dijo Levi, lanzándole a Em una mirada significativa.

Em miró a Jack por encima del hombro.

—Creo que esto te pertenece —se burló antes de volver la vista a Escarlata O'Hara.

Y es que, igual que Escarlata, Hadley Boudreau se daba mañas con los hombres y tenía una mirada calculadora.

—Creo que sobre todo tengo herido el orgullo, jefe Cooper. Jack, pasaba por aquí y vi tu *pickup*, así que pensé que podría verte. Lo siguiente que supe fue que había aterrizado sobre mi trasero.

—Figúrate... —dijo Jack en tono muy seco.

Bien por él.

Hadley empezó a moverse, pero luego frunció sus labios de cereza como si sintiera un gran dolor.

Em trató de no poner los ojos en blanco. Se preguntó cuánto tiempo le había llevado a Hadley colocarse de tal manera que solo mostrara la cantidad correcta de muslo.

—¿Puede apoyar el peso sobre el pie? —preguntó ella.

—¡Oh, jefe! —intervino Hadley—. Me he enterado de que está casado con la hermana de Jack. Es tan cariñosa. Siempre la he considerado mi alma gemela.

Em esperaba que no fuera así, por el bien de Levi. Encendió la radio.

—Gerard, muévete. Tenemos un accidente en el aparcamiento.

—Entendido —dijo Gerard.

Hadley la miró con los ojos entrecerrados.

—Prefiero no molestar a nadie —susurró, con la voz ronca y provocativa.

—Están aquí al lado. No es molestia en absoluto —aseguró Emmaline.

—Solo necesito que me echen una mano, ¿Jack? Me siento como una idiota que... que no hace nada en todo el día.

—Esperaremos a que lleguen los profesionales —indicó Jack.

La puerta se abrió y Gerard caminó hacia ellos. Entonces, al ver que se trataba de una mujer guapa en el suelo, aligeró el paso.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó él, arrodillándose junto a Hadley.

—Es posible que haya que amputar —se burló Emmaline, haciendo que Levi arqueara una ceja. «Cierto.» Iba de uniforme y por lo tanto debía de ser agradable con los idiotas.

—Solo necesito un poco de ayuda —repitió Hadley—. Estoy segura de que usted es un paramédico magnífico, señor Chartier —Gerard llevaba bordado el apellido

en la cazadora—, pero Jack y yo estuvimos casados. Él puede ayudarme. —Su voz era firme y agradable.  
Jack suspiró y se acercó. Emmaline lo siguió.  
—Arriba —dijo él, ofreciéndole la mano a su exmujer.  
—Quizá, si no usara zapatos con tacones de diez centímetros en la nieve, no se hubiera caído —observó Emmaline.  
—Una dama siempre lleva zapatos de tacón —replicó Hadley, agarrando la mano de Jack. Cuando él tiró de ella, se dejó caer contra su cuerpo. Jack la agarró justo a tiempo.  
—¡Oh, duele! —se quejó, con lágrimas en sus grandes ojos castaños al tiempo que daba un torpe saltito.  
—Tiene mal aspecto —aseguró Gerard—. No cabe duda de que es un esguince, a juzgar por la contusión. Deje que la lleve al hospital para que le hagan una radiografía.  
—No, no, solo es un esguince. Mmm... Jack, odio pedirte, pero ¿podrías llevarme a casa?  
—Sí, Jack, ¿no te importaría? —se rio Emmaline.  
Él la miró.  
—Hay que hacerte una radiografía —intervino Levi.  
—No, no, solo necesito irme a casa y reposar con el pie en alto. Hielo, una venda apretada, ¿verdad, señor Chartier?  
—Llámame Gerard. Y sí, exacto —afirmó Gerard, sonriéndole como un profesor orgulloso. El tipo era un ligón—. Un ibuprofeno y descanso.  
Bueno, Em tenía que reconocerle algo a Hadley. Cualquiera podía fingir una caída en el aparcamiento. Pero había que estar hecha de una pasta especial para hacerse daño de verdad.  
Hadley se dignó a mirarla y Em apreció cierto brillo en sus ojos. Y la ex de Jack supo que ella lo veía, porque apretó un poco los labios como diciéndole «mira, escucha y aprende, yanqui. Así es como se hace».  
—Esto es muy embarazoso —se disculpó Hadley—, pero creo que vas a tener que llevarme en brazos a la *pickup*, Jack.  
Él suspiró y la tomó en brazos.  
Em tuvo la impresión de que Hadley iba a torcerse los tobillos muchas más veces.  
—Divertíos —les dijo, dirigiéndose a su vehículo.  
—Em, espera —gritó Jack—. Solo serán unos minutos.  
—¡Oh, no! Tienes que ocuparte de Blanche DuBois.  
—Me llamo Hadley —puntualizó la ex con dulzura.  
—Em... —empezó a decir Jack.  
—En serio, no creo que quieras tener una conversación mientras la tienes en brazos —dijo—. Pasadlo bien, guapos.

\* \* \*

Como el edificio de apartamentos Opera House no tenía ascensor, Jack acabó llevando a Hadley en brazos por las escaleras.  
—Te lo agradezco de verdad, Jack —dijo ella cuando la dejó en casa. Hadley se apoyó en el marco de la puerta y le tendió las llaves—. Creo que me había olvidado de la resbaladiza que puede ponerse la calle. Oh, bueno... —Sonrió y abrió la puerta—. ¿Te importaría pasar un segundo? Después de todo, me gustaría hablar contigo. Tal vez podrías ir a buscar una bolsa de hielo al frigorífico. Lamento ocasionar problemas. De verdad, Jack.  
Certo. Si no fuera por el golpe en el tobillo, habría pensado que Hadley lo había planeado todo. Era típico de ella; una vez le había confesado (en la cama) que había estrellado la bicicleta con el propósito de llamar la atención de un jugador del equipo de fútbol americano de la universidad.  
La vio cojear hacia el interior y entrecerró los ojos durante un instante antes de seguirla. No podía dejarla allí así por mucho que quisiera.  
Sharon y Jim Stiles alquilaban aquel apartamento a gente que, como Hadley, iban a estar en el pueblo durante unos meses. Faith lo había alquilado cuando regresó de San Francisco, y el marido de Colleen se había quedado allí durante el verano, cuando su tío estaba enfermo. Era un lugar pequeño y acogedor, amueblado y equipado con platos, vasos y ese tipo de cosas.  
Lo suficientemente cómodo para que Hadley se sintiera en casa.  
—Es bueno estar de nuevo aquí —comentó ella mientras él abría la puerta del congelador y agarraba una bolsa de guisantes, ya que no parecía tener una bolsa de hielo—. Frankie vino el fin de semana pasado. Sentimos mucho que no estuvieras con nosotras.  
—Estaba lejos, con Emmaline —comentó él.  
Hadley se quedó sorprendida, pero se recuperó.  
—Certo —murmuró ella, echándose el pelo a un lado. Sonrió mientras le entregaba los guisantes—. Gracias, Jack. Mmm... ¿te importaría vendármelo? Creo que hay un botiquín en el cuarto de baño.  
*Él no dijo nada, pero obedeció. La encimera del lavabo estaba llena de pequeñas cestas con botes de perfume, maquillaje y cosas de mujeres.*  
Parecía que Hadley tenía intención de quedarse un tiempo.  
Agarró el botiquín y un frasco de ibuprofeno y regresó a la sala.  
—Aquí tienes. Tengo que irme —informó.  
—¿No podrías vendarme el tobillo? —pidió ella—. Lo siento, es que... soy muy torpe. Como tú ya sabes, supongo. Me siento estúpida. Ya es malo ser la paria del pueblo. Ahora soy la paria torpe... —Su expresión era muy triste.  
—No eres una paria —aseguró él.  
—Si tú lo dices... Solo he recibido malas miradas desde que regresé.  
«Desde que regresé.» No le gustaba cómo sonaba eso.  
—Supongo que es lo que me merezco.  
Él se sentó a su lado. Ella deslizó la mano por debajo de la falda para quitarse la media con facilidad, lo que le sorprendió. Había esperado una especie de *striptease*. Hadley tenía la piel fría y suave, y la articulación estaba bastante hinchada. Sintió un poco de compasión.  
—¿Alguna vez le dijiste a la gente por qué nos separamos? —preguntó ella mientras él le vendaba el tobillo.  
—Se lo imaginaron, Hadley.  
—Jack —empezó a decir ella con la voz ronca—, ojalá pudiera borrar lo que hice...  
—Agradezco que lo pienses —dijo él—. Bueno, ya está.  
—Sé que te sientes doli...  
—No, ya no.  
—Pero es que he aprendido mucho. Entonces era muy joven.  
—No eras tan joven, Hadley.  
—Tienes razón. Pero era inmadura. Me gusta pensar que ahora soy más lista, al menos lo suficientemente inteligente para saber que eres lo mejor que me ha pasado. Y no todo fue malo, ¿verdad? Ven, mira lo que he traído.  
Ella se acercó a la mesa y agarró un libro. Era uno de esos álbumes de fotos que se hacen *online*, y en la portada había una fotografía de ellos dos en Central Park.  
—¿No lo recuerdas? —lo tentó ella—. Nos divertimos mucho ese fin de semana. Me llevaste a patinar al Rockefeller Center. Y luego cenamos en el edificio Chrysler, nos reímos muchísimo. ¿Te acuerdas?  
—Sí, Hadley. Tienes razón. Hemos tenido algunos momentos felices. Y también recuerdo las mentiras, las rabietas, los derroches y los engaños.

—Me gustaría hacer las paces contigo.

—No se puede deshacer algo así —dijo él.

—Pero podrías perdonarme. Lo siento mucho.

—Estás perdonada. Aunque eso no significa que quiera volver contigo, Hadley.

—Creo que sí quieres. Creo que solo estás enfadado. Si me dieras otra oportunidad, Jack, solo una...

Tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Hadley —le dijo, poniendo una mano sobre la de ella—. Basta. No sé por qué has vuelto, pero me imagino que algo ha debido de ir muy mal últimamente en tu vida para que, de repente, la vida conmigo no te pareciera tan mala. Pero yo he pasado página.

Los ojos de Hadley adquirieron esa expresión pétrea que recordaba de cuando no estaban de acuerdo.

—Mira esta imagen —le pidió ella, señalando una foto en la que él estaba de pie junto a uno de los caballos de los autos de Central Park—. Mira lo feliz que estabas. Solo tienes que pensar eso, Jack. Es todo lo que te pido, ¿no crees que el momento más feliz de tu vida se merece otra oportunidad? Sería mejor. Te lo juro.

Su vida en común había tenido algunos momentos de película al estilo Hadley, admitió Jack: su noviazgo, la coreografiada manera de hacer el amor, cubiertos por pétalos, las cenas a la luz de las velas, la forma en que podía convertir cada movimiento en algo hermoso.

Y en el pasado, cuando se acordaba de aquellos tiempos, también la recordaba con Oliver.

—Deja que descanse el tobillo —dijo. Y con eso, se levantó y se fue.

## Capítulo 15

Cuando Jack y Hadley regresaron de su luna de miel, hacia ahora dos años y medio, Jack tardó nueve días en ver que las señales de advertencia habían comenzado a parpadear como luces de neón.

Nueve días.

A pesar de lo que había dicho sobre sus ganas de tener familia tan pronto como fuera posible, Hadley decidió seguir tomando la píldora, cosa que estaba bien. Después de todo, ella era la que se quedaría embarazada y daría a luz. Solo que no era lo que le había dicho a él o a sus familias.

Tampoco quiso trabajar por el momento; antes quería aclimatarse. Una vez más, de acuerdo por completo. Se había trasladado a un pueblo nuevo, en una parte nueva del país. Claro que necesitaba aclimatarse. Después, aseguró, colgaría el cartel y pondría en marcha el negocio de decoración de interiores una vez más.

Pero en el momento en que la boda quedó atrás y la vida se convirtió en una rutina, Hadley comenzó a comportarse de forma un poco... irascible. Le sorprendió que no hubiera más eventos como el baile Blanco y Negro, y su interés por hacer catas de vinos y guiar *tours* por Blue Heron se desvaneció con rapidez.

Asistió a una reunión del club de jardinería, pero no se unió a ellos, asegurando que no era lo suyo. Se apuntó a la Liga de arte, recibió dos clases de cerámica y no volvió. Honor le pidió ayuda con el Club de mujeres de Manningsport, que estaba organizando un recorrido por los diversos hogares para recaudar fondos para las becas sociales, pero Hadley llegó a casa diciendo que le ponía muy triste lo que se consideraba caridad «allí, en el norte».

—No seas *snob*, cariño —le dijo Jack, sirviéndole una copa de vino.

—Bueno, venga, cielo —respondió ella—. Tú has estado en Savannah, ya sabes a qué estoy acostumbrada. —Entonces ella lo miró con timidez—. Lo siento. Es que estoy de mal humor. —Luego se fue al ordenador y lo llamó para que mirara con ella ideas de decoración navideña que había buscado *online*, a pesar de que todavía era verano.

Pasaba mucho tiempo sola en casa. Pru y Honor la invitaron un par de veces, pero a Hadley le caía mejor Faith, y Faith estaba en California.

Y luego estaba *Lázaro*, el gato con el que Jack vivía.

Decir que era «su» gato era una exageración: Jack le daba de comer y lo acogía, y *Lázaro* se lo permitía. De vez en cuando, *Laz* saltaba a su regazo, le amasaba el estómago durante unos segundos y, a continuación, hacía un sonido horrible y se marchaba a lugares desconocidos a asesinar y saquear la población de aves y roedores. Era una criatura fea: con manchas negras y rayas, le faltaba un trozo de la oreja izquierda y tenía el rabo torcido. Desconfiaba de todos los seres humanos, salvo de Jack.

Cuando Jack regresó a Manningsport al acabar sus estudios universitarios, le sorprendió la añoranza que sentía por su madre. Así que fue al cementerio familiar y se sentó bajo la mansa lluvia con un gran nudo en la garganta.

Y luego, por detrás de la lápida del primer Holland que cultivó esas tierras, apareció un animal pequeño. Había sido maltratado y la sangre se había secado en su pelaje hasta tal punto que no estaba seguro de lo que era, pero luego maulló.

Su madre tenía debilidad por los gatos. Siempre habían tenido algunos, ya fuera en los graneros o en casa. Que hubiera aparecido aquel le pareció una señal de su madre: era demasiada casualidad que lo hubiera encontrado allí, justo cuando estaba echándola de menos. Lo envolvió en su abrigo y lo llevó al veterinario, que le dijo que no creía que el gato sobreviviera. Cuando lo hizo, Jack le puso el nombre de *Lázaro*.

Hadley odiaba a *Lázaro*. Jack no sabía por qué, pero el animal tampoco se acercaba a ella.

Su esposa también tenía un gato. *Princesa Anastasia* era un rechoncho ejemplar persa de color blanco con ojos muy verdes y una gran afición por afilarse las uñas en las cortinas, las tapicerías y la carne humana. *Princesa* se subía a la mesa, se acercaba a las encimeras para arañar a quien pasara en ese momento y dejaba grandes bolas de pelo blanco por toda la casa. En Savannah había sido recelosa y poco afectuosa, en Nueva York se volvió realmente destructiva..., en especial —por irónico que fuera— con Hadley, a quien rasgaba la ropa, vomitaba en los zapatos y arañaba y mordía sin tregua. No se trataba de pequeños arañazos, sino de heridas sanguinolentas en los pies y en las manos.

Una noche, después de que la hubiera atacado, Jack agarró a la gata por el pescuezo y la arrojó al sótano.

—¡Jack! —gritó Hadley, sujetándose una mano ensangrentada—. ¡Solo es un animal inocente!

En cambio, Hadley no toleraba a *Lázaro*.

—¿No puede quedárselo Prudence? —preguntó una noche, con su propia gata en el regazo como si fuera un manso animal (hasta que decidiera convertirse en una asesina).

—Él no es el animal conflictivo aquí, nena —se limitó a decir.

—Creo que *Princesa Anastasia* sería más feliz si no la asustara, ¿no es cierto, *Princesita*? ¿A que quieres que el gatito feo se vaya a vivir con Prudence?

—Hadley. No lo voy a mandar a ninguna parte.

Ella se quedó mirando a *Lázaro*, que se había ocultado debajo de la mesita de café y hacía aquel sonido extraño.

—Es un animal repugnante, Jack.

—Bueno... —respondió Jack, sonriendo mientras servía más vino a su esposa—. Me gusta que sea así. Tiene carácter. Y sí, es feo, pero también lo soy yo y me quieres igual.

—Jack —replicó ella—. Tú eres muy guapo y lo sabes.

Ella le dio un beso, pero no se olvidó de *Lázaro*.

Una noche, como un mes después de que hubieran regresado de su luna de miel, Hadley invitó a toda la familia a una «verdadera cena del sur». Honor, Pru, Carl, Ned, Abby, su padre y la señora Johnson y Pops y Goggy llegaron a la vez. Incluso acudió Faith desde San Francisco, y Jack sirvió un pinot gris Media Luna que habían embotellado cuatro meses antes.

—La casa está preciosa —comentó Faith, y Hadley esbozó una amplia sonrisa.

Ella se había pasado todo el día preparando el evento, poniendo la mesa con la porcelana de la boda, colocando tarjetitas escritas con pluma con los lugares que ocuparía cada uno, haciendo los arreglos de flores... Hadley le había asegurado que no necesitaba que hiciera nada con respecto a la cena, y él había estado ocupado todo el día con los primeros brotes de la cosecha, por lo que no sabía lo que había cocinado. Ella estuvo agitada como un pajarito, y parecía incluso más pequeña entre sus robustas hermanas.

Bebieron vino y charlaron, y todo fue bien hasta que se sentaron a la mesa para comer. Hadley llevó una olla y le quitó la tapa.

—Pollo y bolas de masa al estilo sureño —anunció con orgullo.

La señora Johnson y Goggy retrocedieron al unísono. Allí dentro había bultos pegajosos.

—Estoy hambrienta, querida —comentó Pops—. ¡Comamos! Ya son las seis y yo me acuesto temprano.

Hadley sirvió la cena, que parecía una sustancia viscosa y gelatinosa con un ocasional trozo de carne blanca. Las bolas eran densas, resbaladizas y pegajosas, y el pollo estaba duro, muy diferente a lo que Jack recordaba haber comido cuando la señora Boudreau había cocinado el mismo plato.

Los Holland no se quejaron. Eran yanquis: la comida servía para nutrir, no para disfrutar, aunque sus estándares habían mejorado mucho durante los años que llevaban comiendo los platos de la señora Johnson (que era de Jamaica y, por lo tanto, creía en el sabor).

—Está delicioso, querida —aseguró Pops—. Gracias por habernos invitado.

—Siempre es bienvenido aquí, señor Holland —replicó ella, sonriendo y agitando las pestañas.

—¿Acabas de agitar las pestañas? —preguntó Pru—. Siempre me había preguntado si era algo que se hacía de verdad. Es decir, es algo que lees por ahí, pero creo que no lo había visto hacer nunca. Carl, deja de mirarla.



—Y tú también, viejo —intervino Goggy, golpeando a Pops en la parte posterior de la cabeza.

—¿Por qué no puedo mirarla? Es muy guapa. Eres guapísima, querida.

—Señor Holland, es usted muy amable —dijo ella, cosa que provocó un resoplido general. Hadley tenía una habilidad especial con los hombres, y Jack sentía debilidad por su abuelo. Después de todo, los hombres Holland debían permanecer unidos, como le gustaba decir a Pops.

—Estaba pensando en decorar de nuevo la casa —comunicó ella con dulzura—, y me encantaría saber vuestra opinión.

—¿Qué quieres decir con «decorar de nuevo»? —preguntó la señora Johnson muy seria—. La casa está perfecta. —Jack le guiñó un ojo; siempre había sido el favorito de la señora J.

—Estoy pensando en darle un toque femenino del sur —explicó ella. Pru se rio. Luego, al darse cuenta de que Hadley lo decía en serio, tosió para disimular.

—Hadley, se me ha olvidado, ¿eres diseñadora de interiores o decoradora de interiores? —preguntó Honor, que tomó un bocado de una bola viscosa.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Abby.

Hadley no respondió, limitándose a dirigirle a él una mirada que no pudo descifrar, por lo que permaneció en silencio.

—Un diseñador de interiores trabaja con el espacio —explicó Faith al ver que Hadley se quedaba callada—. Los decoradores trabajan con el aspecto. ¿No es eso, Hadley?

—Mmm, sí. Más o menos. Disculpad, tengo que comprobar algo en la cocina —dijo Hadley antes de levantarse con rigidez.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jack.

—No, cariño. Quédate ahí.

Ella se alejó de la mesa. Un segundo después, Jack oyó que se cerraba la puerta del dormitorio.

—¿Qué es esta salsa blanca, Jack? —preguntó Goggy—. No es que esté criticándola, pero no me importaría enseñarle a cocinar.

—Yo también podría ayudarle, Jack, querido —añadió la señora J, para no ser menos—. La cocina de Jamaica es deliciosa.

—¿Hay queso? —preguntó Pops.

Jack le llevó queso a su abuelo y luego recorrió el pasillo hasta el dormitorio.

—¿Nena? ¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo bien —dijo ella, que regresó a la mesa sin mirarlo.

«¡Mierda!» Aquello olía muy mal.

—¿Qué te parece la vida en el norte hasta ahora? —preguntó su padre a Hadley—. Espero que no tengas nostalgia.

—¡Oh, no! Por supuesto que no —respondió ella—. Me gustáis todos mucho.

—Me alegro. El sentimiento es mutuo —dijo él. «El bueno de papá.»

Fue, en muchos aspectos, la cena típica familiar para los Holland. Mucha conversación, mucho vino, muchas risas y una buena dosis de discusiones. Comieron la cena que, a pesar de estar sosa y pegajosa, no era intragable. Si la hubiera hecho Faith, las burlas hubieran sido implacables, pero como Hadley era nueva en la familia, nadie dijo una palabra.

Ordenaron que Ned y Abby recogieran la mesa, y la señora J sirvió la tarta de uvas que había llevado mientras Goggy y ella discutían sobre la técnica para hacer las mejores cortezas. Tres minutos después, cuando dieron cuenta del postre, Goggy anunció que había llegado el momento de marcharse todos, y la familia fue dispersándose entre besos, agradecimientos y abrazos.

—Hasta mañana —se despidió Jack mientras cerraba la puerta. Sonrió y se volvió hacia su esposa—. Así que ha ido bien.

Hadley apretó los puños en las caderas.

—¿Te has vuelto loco? ¡Tu familia me odia! ¡Tus hermanas son malas! Y tu abuela no hace más que criticar.

Jack la miró boquiabierto.

—Cielo, pero ¿qué tonterías dices? Nadie te odia.

—¿No has visto a Faith, toda soberbia? Escupiendo que los diseñadores son mejores que los decoradores. Y Pru ni siquiera se ha quitado las botas de trabajo.

—¿Es que tenía que hacerlo?

—¿Y qué me dices de tu padre, allí sentado, sin decir ni mu? ¡Me odia!

—Tranquilízate, cielo. Papá no suele hablar mucho. Y te adora.

—¡La señora Johnson es horrible!

De acuerdo, eso era ir demasiado lejos. La señora J era incansable, feroz y supermaravillosa.

—Eso sí que no —dijo él—. Es mi primer amor.

—Me odian porque soy del sur.

—Eso es ridículo —explotó él—. Ganamos la guerra y lo superamos hace tiempo. —A ella no le hizo gracia el comentario y le lanzó una mirada airada—. Venga, nena. No te preocupes. Todos quieren que te sientas a gusto aquí. Trataban de conocerte mejor.

Le preparó un baño. Encendió velas. Le sirvió una copa de vino. Se disculpó si su familia le había parecido un poco brusca (que lo eran, pero eso era así, y había asumido que Hadley lo sabía).

Ella tomó un sorbo y suspiró.

—¿Sabes? Me voy a concentrar en mi trabajo, eso es lo que haré.

—Eso es estupendo. ¿Tienes ya algún cliente?

—Claro que sí, tonto. Se llama Jack Holland. Y ahora ven a la bañera, conmigo.

Y dicho eso, el estado de ánimo de Hadley mejoró.

\* \* \*

Hadley se volvió loca con la redecoración de la casa.

La casa de Jack estaba en el punto más alto de la colina, a medio kilómetro de la Casa Vieja, donde vivían sus abuelos, y de la Casa Nueva, donde residían su padre, la señora J y Honor. Había recibido esas tierras cuando cumplió los treinta. Su padre tenía parcelas similares para sus hermanas, pero hasta el momento era el único que había hecho algo en ella. Pru y Carl vivían en un barrio agradable al otro lado de Manningsport. Honor todavía residía con su padre y Faith era, por el momento, californiana, aunque él sospechaba que no tardaría en regresar a casa.

Sin embargo, Jack había construido su casa hacia dos años, después de vivir en una caravana Airstream durante seis meses para conectar con la tierra, donde la luz le alcanzaba varias veces al día. Había estudiado los proyectos de Frank Lloyd Wright y la corriente Arts and Crafts, y luego contrató a un arquitecto para diseñarla.

El resultado final era un lugar amplio, donde los espacios se organizaban alrededor de una enorme chimenea de piedra abierta. Los suelos eran de anchos tablones de cerezo, las encimeras de la cocina de esteatita negra. Los dos dormitorios de la planta superior eran para cuando tuviera hijos, y había otro abajo, así como un despacho. En el sótano había una mesa de billar y la bodega. La casa no era enorme, pero había espacio para respirar.

Y, lo más importante, se integraba a la perfección con el paisaje, que era lo primordial para un Holland. El exterior de la casa era de tablones de cedro, con enormes ventanas a los viñedos y el lago Torcido. En tres de sus fachadas estaba rodeada por un bosque de arces, robles y pinos, por lo que quedaba casi camuflada. Faith había elaborado un proyecto paisajístico como regalo de Navidad y él lo había llevado a la práctica.

El resultado era que parecía que la casa de Jack llevaba allí toda la vida. Moderna pero tradicional, y todos los que la veían quedaban deslumbrados.

Salvo su mujer. Oh, le gustó la primera vez que la vio, pero ahora que llevaba un mes viviendo allí, de repente había sentido la extrema necesidad de dotarla de «encanto sureño». Lo que hubiera estado bien si hubiera sido el tipo de encanto que Jack había disfrutado en la casa donde pasó su infancia, con antigüedades

cuidadosamente elegidas y fotos familiares, líneas limpias y muebles de alta gama.

Pero no.

Los cojines parecían ser la marca de la casa. El sofá apareció cubierto de ellos: parecían cómodos, pero era imposible sentarse sin mover al menos tres. La cama tenía las dos almohadas que utilizaban para dormir y, además, cuatro almohadones cubiertos por algo llamado *shams* y una docena de cojines de diferentes tamaños y colores. Al parecer todo aquello poseía un orden meticuloso que él nunca llegó a averiguar. A *Lázaro* le gustaba ocultarse en el mar de formas, saltar, y dispersarlas, lo cual irritaba a Hadley de forma increíble.

También cambió los muebles de sitio. Compró un sofá nuevo —que costaba ocho mil dólares— sin pedir su opinión. Adquirió un ventilador con forma de pavo real para la chimenea. Jack apiló unos troncos de abedul blanco, hasta que hiciera más frío, para ocultar aquella cosa horrible. Hadley compró también cortinas de terciopelo que bloqueaban la luz. Aparecieron carteles con mensajes por todas partes, ordenándole máximas como «Vive profundamente, ama por completo y riete a menudo», o recordándole que «¡Hemos sido bendecidos!». En la cocina colgaba ahora una pizarra con forma de reno donde ponía «Faltan \_\_ días para Navidad», pero el mensaje que más le molestaba estaba en el vestíbulo: «La vida no se trata de esperar a que pasen las tormentas, sino de aprender a bailar bajo la lluvia». Siempre se sentía como si tuviera que pedir perdón por eso. Después de todo, su gente eran granjeros holandeses, y anquis luteranos. No bailaban bajo la lluvia.

De todas formas, era consciente de que ahora su casa era también la casa de Hadley, así que tragaba con las almohadas con la esperanza de que sus esfuerzos la hicieran feliz.

Cuando le preguntó si podía hacer algún trabajo para Blue Heron, Jack le dijo que hablaría con Honor. Hadley puso mala cara y dijo que Honor era muy mandona y mezquina. Y sí, Honor era mandona, pero no grosera. Sin embargo, así era como debía ser, porque era de hecho la que dirigía la comercialización final del producto, y lo hacía muy bien. Sin duda no era mezquina. Hadley no lo entendió así, porque cuando trató de explicárselo, ella lo acusó de estar del lado de su hermana.

Honor estuvo encantada de tener un poco de ayuda, lo que demostró que no era mezquina en absoluto. Sin embargo, al final del primer día de Hadley en Blue Heron, Honor le pidió que fuera a su despacho, él entró y cerró la puerta.

—Hadley no va a encajar —le dijo directamente.

—¡Mierda! —se quejó él—. ¿Estás segura? Solo ha pasado un día.

—Pensaba que podría empezar eligiendo el *merchandising* para la tienda de regalos, quizá colocar mejor algunos de los artículos.

—Eso sería estupendo. Le encanta comprar. Y reordenar. —La noche anterior se había tropezado con la mesita de café porque ella la había movido por cuarta vez.

—Ya, bueno, pero ella tenía otras ideas. —Su hermana se puso a jugar con un lápiz.

—¿Cuáles?

—Quería volver a diseñar el logo y todas las etiquetas de cada botella que vendemos. Cambiar la sala de degustación quitando la barra y poniendo otra de mármol italiano y suelos de baldosas.

«¿Mármol italiano?» La sala de degustación (que había sido elegida como una de las diez más hermosas de Estados Unidos por *Wine Spectator*) contaba con una barra larga y curva, obra de Samuel Hastings, para la que había usado la madera de un árbol caído por culpa de una tormenta invernal hacía diez años. El suelo era de pizarra azul. Había dos chimeneas de piedra, perfiles de acero y hermosas alfombras orientales.

—También piensa que hay que poner placas de yeso en la sala de barricas porque las paredes de piedra son... —Honor trazó unas comillas con los dedos— escalofriantes.

Y la sala de barricas era una de las mejores partes de los viñedos, una antigua bodega de piedra donde el vino envejecía en barriles de madera. A los turistas les encantaba.

—Le he dicho que estamos orgullosos de todo eso y ella... —Honor hizo una pausa—. Bueno, creo que he herido sus sentimientos. Es posible que debas regalarle flores.

Las flores no ayudaron. Hadley estaba encendida cuando llegó, y afirmó una y otra vez que Honor la odiaba y no creía en ella.

—Cariño —intentó apaciguarla él—. Tienes que entender que a todos nos gusta Blue Heron como está. No queremos cambiarlo. Tus ideas son estupendas, pero...

—¡Pero no las queréis!

—No, no queremos cambiar eso. La sala de degustación se reformó hace poco.

—Bien, pues es fea.

—A nuestros clientes y visitantes no se lo parece —refutó con la voz un poco tensa. Se tomó su tiempo—. Honor sabe lo que hace, nena. Quizá decirle todo lo que querías cambiar el primer día no ha sido buena idea.

—Estupendo. Ponte de su lado. Como siempre.

Aquella sensación que tenía Hadley de creerse perseguida lo desconcertaba. Después de todo, su padre siempre la llamaba «cariño» y le daba un beso en la mejilla al abrazarla, Goggy le sonreía cuando aparecía con él en la iglesia cada semana, Pops le decía que era la cosa más bonita que Manningsport hubiera visto nunca. Faith le enviaba correos electrónicos y regalos de mujeres desde San Francisco. La señora Johnson le había dado la receta del bizcocho de limón, el postre favorito de Jack, algo que no le hubiera arrancado ni la propia Al-Qaeda. Pru los invitaba a su casa y se admiraba de lo bien que olía Hadley, y Honor... bueno, a Honor no le caía bien. Pero jamás había dicho nada que pudiera interpretarse ni remotamente como de mala educación, ni a Hadley ni a él.

Por supuesto, el primer año de matrimonio era el más difícil, lo decía todo el mundo. Y no fue tan malo, en absoluto. Hubo momentos en los que Jack no podía creer que tuviera una esposa que, literalmente, saltaba a sus brazos cuando llegaba a casa (ocurría a veces) y que acostumbraba a decirle lo inteligente, guapo y maravilloso que era. Que apoyaba la cabeza en su hombro y le decía que todos sus sueños se habían hecho realidad el día que lo conoció.

Pero estaba aprendiendo con rapidez que, por cada cosa buena que ella decía o hacía, esperaba una respuesta por triplicado, y Hadley llevaba, sin duda, la cuenta. Una noche habían ido a cenar a un lugar muy agradable en Corning, pero Hadley apenas había hablado con él, mostrándose cada vez más sombría según avanzaba la noche y negándose a responder cuando le preguntaba qué le pasaba. Por fin, y solo después de llegar a casa, ella se lo contó. Él no se había dado cuenta de que llevaba un nuevo vestido negro. Cuando le indicó que poseía más vestidos del mismo color (ocho, para ser precisos, como contó más adelante), ella cerró la puerta con tanta fuerza que un cuadro se cayó de la pared.

Hadley tenía la necesidad de ser felicitada constantemente. Si él le decía que estaba guapa, ella no paraba hasta arrancarle que en realidad estaba hermosa, preciosa o increíble. Cuando le preguntaba si notaba algo diferente en ella, que Dios le ayudara si no se daba cuenta de que llevaba un nuevo perfume o un nuevo tono rosado en las uñas de los pies, porque lo acusaba de darla por segura. Adoraba que le hiciera regalos, y aunque él solía llevarle flores a casa, Hadley siempre se ponía a rebuscar juguetonamente en sus bolsillos para ver si había algo más para ella. La cosa era que lo decía de verdad. Que todo lo que hacía para llegar a ella no era suficiente, con la única excepción de su anillo de compromiso. Aun así, ella ya había comenzado a insinuar que le regalara una alianza de zafiros y diamantes por su aniversario que, según la web que le mostró, costaba veinticuatro mil dólares.

Por otra parte, había días en los que ella le contaba una historia llena de humor y que su risa musical y sus ojos brillantes le hacían sentir una presión casi dolorosa en el pecho, y que así era como él había imaginado que podría ser. A veces, ella lo llamaba para decirle que quería escuchar su voz. Que podía hacer galletas y llevárselas, todavía calientes, para él, su padre y Pops.

Y, no menos importante, su vida sexual era fantástica. Frecuente, dinámica, interesante... Cuidadosamente planeada, de verdad. Coreografiada. Por ella. ¡Eh!, él no se quejaba. Pero sentía que era como si cubrieran un cupo.

En cuatro meses de matrimonio, Jack no había podido ni una sola vez meterse en la cama al final del día y hacer el amor con su mujer. Tampoco había logrado llegar a casa del trabajo y besarla o llevarla a la cama (o a la alfombra de la sala, o al sofá y sus numerosos cojines). El sexo por la mañana estaba mal visto. Sin embargo, a la hora del almuerzo estaba bien siempre y cuando él se lo hiciera saber con un par de días de antelación para que pudiera prepararse. Jack casi pensaba que esa era su parte, conseguir que ella estuviera preparada, pero... bien. Estaba bien. Era frecuente y satisfactorio, y eso era bueno.

Aun así, podría haber sido agradable no tener que pasar todo el tiempo encendiendo velas. O salpicando la cama de pétalos de rosa (algo que había hecho en su luna de miel y ahora era casi obligado). O poniendo cierta música. A veces había noche temática y ella le pedía que adivinara de qué se trataba.

Aquellas producciones requerían un fondo de armario especial para Hadley, así como nueva ropa interior y zapatos de tacón de aguja con la suela roja, o diminutos saltos de cama, cuando todo lo que él quería era que estuviera desnuda.

Y si bien era magnífico, y ella ponía mucho de su parte en ese aspecto de su matrimonio, aquello era demasiado... er... artificial. Y luego, sí, todo lo del dinero.

—¿Es un error? —le preguntó una noche después de abrir la carta con el saldo de la American Express—. ¿Dos mil dólares en Bergdorf?

—No. No es un error, cariño. —Ella sonrió y movió las pestañas al tiempo que le mostraba un hoyuelo.

—¿Cuándo has ido a Bergdorf Goodman?

—Pedí algo por Internet —replicó ella, sin levantar la vista del juego del ordenador.

—¿Qué pediste?

—Unos zapatos.

—¿Y qué más?

—Nada.

—¿Unos zapatos de dos mil dólares? ¡Dios mío! ¿Estás tomándome el pelo?

—No me levantes la voz, Jack Holland —le advirtió ella—. Y no uses el nombre de Dios en vano. Sí. Unos zapatos de dos mil dólares. —Ella hizo un mohín—. ¿No te parece que me merezco cosas buenas, cariño?

Así empezaron las peleas, y ahora Jack lo sabía. Doscientos dólares hubieran supuesto ya muchísimo para él, a menos que se tratara de unas buenas botas de trabajo con la punta de acero como las que Pru se había comprado en Navidades el año anterior. Pero ¿dos mil?

—Claro que te mereces cosas buenas. Pero tienes docenas de pares de zapatos. Dos mil...

—¡Cariño, son unos Louboutin! La otra noche no te quejaste. —Otra sonrisa. Sí, la otra noche, Hadley había hecho un *striptease* la mar de provocativo, y al final solo se había dejado puestos los zapatos. A pesar de eso, no valían dos mil dólares.

Él respiró hondo.

—Cariño. Esto es demasiado.

—Tenemos el dinero.

Jack cruzó los brazos.

—No tenemos dos mil dólares para gastarlos en un par de zapatos completamente inútiles, Hadley.

Ese fue el pistoletazo de salida. Ella dio un golpe en el suelo con el pie. Era evidente que él no valoraba lo mucho que trabajaba para que su casa fuera bonita. Ni la cantidad de esfuerzo que ponía en ser atractiva, porque «eso es lo que hacen las sureñas, Jack, no como tu hermana, que parece un hombre».

Jack se pasó la mano por el pelo.

—Cariño, no puedes llevarnos a la ruina porque te gustaran un par de zapatos.

—¡Solo fue un par, Jack! Creo que me merezco unos Louboutin.

Pero luego supo que tenía cuatro pares.

Esa noche se sentaron y elaboraron un presupuesto midiendo qué gasto podían hacer con el dinero que tenían. Ella puso mala cara.

Era obvio que Hadley se había hecho una idea equivocada con respecto a lo que él ganaba. Sí, Blue Heron daba para mantener a la familia. Sí, él era propietario de una parte y recibía un buen sueldo, además de participar en los beneficios del viñedo (la mayoría de los cuales se reinvertían en las tierras o en una cuenta ahorro especial, porque los granjeros no podían dar los ingresos por seguros). Ella no le dirigió la palabra durante el resto de la noche.

Pero a la mañana siguiente se disculpó, dijo que su comportamiento había sido pueril y lo besó con ternura. Le hizo un pastel utilizando una de las recetas de la señora Johnson y, después de la cena, llamó a Faith y mantuvo con ella una larga conversación llena de risitas.

Se desplazaron a Savannah una semana por Acción de Gracias. Hadley se mostró encantada de volver a estar con su familia, y esta se alegró de verlos. Jugaron al fútbol americano versión sureña (que se parecía sospechosamente a la del norte) con su padre, sus dos cuñados, que resultaron ser muy buenos, sus sobrinos y Frankie.

—¿No habéis pensado tener hijos? —preguntó Beau, que estaba casado con Rachel. El partido había casi terminado, y Jack lanzaba a su sobrino al aire.

—Por supuesto —dijo Jack.

—Quizá deberías pensártelo bien —intervino Frankie, dejándose caer en la hierba—. Los niños hacen que todo se vuelva permanente. ¿No es cierto, monstruito? —añadió la joven, rodeando a su sobrino con un brazo.

—¡Ya basta, Frankie! —dijo el padre de Hadley, lanzando a Jack una mirada de disculpa—. Venga, vamos adentro, huele a jamón y a pavo. La abuela lleva trabajando demasiado tiempo como para que nos sentemos tarde a la mesa. Entrad y lavaos las manos ya.

Todos fueron adentro salvo Frankie y Jack.

—Lo siento si he metido la pata —se disculpó ella—. Pero es que me pareces un buen tipo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Quiero decir, Jack —dijo dándole un golpecito en la cabeza como haría una de sus hermanas—, que un puñado de mujeres como Hadley nos da mala fama a las sureñas. Así que asegúrate de lo que quieres antes de hacer nada. —Luego ella miró por encima del hombro—. Por cierto, creo que saldré del armario ante la familia después de la cena. Espero que tú no te vuelvas loco también. Sabes que me gustan las mujeres, ¿verdad?

—¿Qué? Oh, sí. —Él todavía estaba intentando digerir sus palabras sobre Hadley.

El anuncio de Frankie no resultó demasiado sorprendente. Ruthie y Rachel dijeron que lo sabían desde que Frankie tenía once años, y Bill y Barb admitieron que lo sospechaban, pero que tenían la esperanza de estar equivocados porque podía tener algunas consecuencias «complicadas».

—¿Qué van a decir? —dijo Frankie con cariño—. Ahora soy yanqui. En el norte hay muchas lesbianas. Se extiende como la rabia. —Esto hizo que todos se rieran, y Bill se acercó y besó a su hija pequeña antes de decirle que todos la querían fuera cual fuera su orientación sexual.

—¿No te importa, Jack? Vigilarla un poco —preguntó Bárbara.

—En absoluto —dijo Jack. Frankie le caía bien—. No es de las que hay que cuidar, y estamos a solo una hora de Cornell.

—Jack y yo estamos a punto de empezar una familia —anunció Hadley.

Él la miró con sorpresa. Desde aquella conversación después de la luna de miel, el tema de los niños no había vuelto a surgir. Sin embargo, la conversación giró en torno a los bebés y los embarazos, y cuando él miró al otro lado de la mesa, a Frankie, no dijo nada. Ella arqueó una ceja y él se dio cuenta de que su esposa estaba tratando, de una extraña manera, de robarle protagonismo a su hermana pequeña y concentrar la atención en ella.

Hadley parecía un poco triste en Navidad, por lo que él la sorprendió con un viaje a Manhattan, lo que le hizo ganar un montón de besos y gritos de felicidad (y la ira de su abuela y la señora J). Fueron a un musical, durmieron en un buen hotel (aunque no en la suite) y patinaron en el Rockefeller Center, donde Hadley se agarró contenta a su brazo mientras patinaba tambaleándose.

A pesar de que hizo una significativa pausa frente a Tiffany, Jack no mordió el anzuelo: ya le había comprado unos pendientes muy bonitos en Manningsport y arreglado ese viaje. No estaba dispuesto a dilapidar su presupuesto por una cajita turquesa. A ella no pareció importarle y siguieron caminando de la mano por la Quinta Avenida.

Cuando regresaron a casa, ella parecía más feliz. Los baches de su vida en común parecían haberse suavizado.

En febrero, Jack se detuvo en la oficina postal (que era una de las tareas de Hadley). Ella había definido con claridad qué debía hacer un marido y qué la esposa. Los maridos debían sacar la basura y deshacerse de las víctimas de *Lázaro* (así como de las bolas de pelo de *Princesa Anastasia*), y la esposa debía hacer la cama y elegir las películas. El marido despejar la nieve del camino de acceso y raspar el hielo de las ventanillas del automóvil, la esposa ir a recoger el correo.

Pero Honor estaba esperando un paquete y le pidió que pasara por allí. Ya que estaba, miró su propio apartado postal.

Dentro había tres sobres: uno era de MasterCard y dos eran de Visa, todos dirigidos a John N. Holland IV.

Eso era muy extraño, porque él solo tenía una tarjeta de crédito. Una American Express. La usaba cuando no le quedaba más remedio. Prefería utilizar dinero en

efectivo siempre que fuera posible.

Con una creciente sensación de inquietud en el estómago, se dirigió a la *pickup* y abrió los sobres. Su aliento formaba nubes en el aire. Una factura era por más de seis mil dólares, otra por casi nueve mil y la tercera por cuatro mil quinientos dólares.

Casi veinte mil dólares. Con un interés de un veinticuatro por ciento, nada menos.

Los pagos habían sido hechos en octubre..., después de que Hadley y él hubieran mantenido la conversación sobre los carísimos zapatos de suela roja. Eran de tiendas que Jack solo conocía de oídas. Tiffany's... Recordó lo bien que se había tomado que no se detuvieran allí en Navidad. Creería que podía tomárselo así, dado que se había comprado algo hacía poco. Henri Bendel. Neiman Marcus. Chanel, Coach, Prada, Armani.

Casi veinte mil dólares en ropa, zapatos y bolsos.

Jack se dio cuenta de que estaba sudando.

Después de pagar los vuelos de ida y vuelta a Savannah, de gastarse el sueldo de cinco meses en un anillo de compromiso de Tiffany's y una alianza de diamantes... Después de pagar la cena para setenta y cinco personas..., de la luna de miel de lujo, del sofá nuevo, de pasar la Navidad en Nueva York, de todas las porquerías que Hadley había comprado para la casa..., sencillamente no podía permitirse eso. Jack nunca le había dado demasiada importancia al dinero, pero eso..., eso era como haber tirado veinte mil dólares.

Lo peor, de todas formas, era la mentira.

Ella le había mentado durante meses.

Jack condujo hacia su casa con los dientes apretados. Ella estaba allí, sentada ante la mesa de la cocina, mirando al vacío, sin hacer otra cosa que revolver el azúcar en el té.

—¡Hola, guapo! —lo saludó cuando entró—. ¿Qué haces en casa tan temprano?

Le puso los recibos en la mesa, ante sus ojos.

—Explicámelo —le pidió con firmeza.

Ella se mantuvo serena; tenía que concederle eso. Acarició a *Princesa Anastasia* y le dijo que sí, que podía haberse «excedido» un poco, que no debería habérselo ocultado, pero que las compras siempre habían sido un pasatiempo. Le gustaban las cosas bonitas, y él lo sabía. Creía en las compras de calidad. No era necesario que él pusiera el grito en el cielo.

La obligó a enseñarle sus compras, y ella suspiró y lo hizo. Algunas estaban allí mismo, en su armario, otras en su joyero, otras ocultas en el desván.

Muchos zapatos. Siete nuevos vestidos negros, cada uno de ellos idéntico al anterior. Cuatro cazadoras de cuero. Cinco abrigos de piel. Más maquillaje del que podría utilizar en años, jabones especiales y cremas hidratantes y limpiadoras. Cinturones, bufandas y guantes. Perfume. Una botella de sales de baño que costaba ciento setenta y nueve dólares.

—Se me ocurrió que era el regalo de Navidad ideal para Faith —se justificó ella con poca convicción.

—Estamos en febrero.

—¿Y qué más da? Me gusta ir comprando los regalos a lo largo del año.

—Hadley, ¡no podemos permitirnos esto! —ladró. Y ella se cruzó de brazos y lo miró con paciencia.

—Jack, claro que podemos. Sé que eres un poco agarrado, pero a mí no me criaron así. De donde vengo, un hombre cuida a su mujer.

—¿Por cuidar te referes a que se endeude?

—No pasa nada. Hice un poco de terapia con compras.

—Pues quizá deberías probar a hacer una terapia normal.

—Eso ha estado fuera de lugar —dijo ella—. ¡No sabes lo sola que estoy! ¡Te pasas el día trabajando!

—En general, la gente que trabaja para ganarse la vida, trabaja todo el día, Hadley.

—¡Pues entonces me has engañado! Pensaba que eras... —Se interrumpió bruscamente.

—¿Qué es lo que pensabas que era?

Rico. Eso era lo que había pensado. Y se defendía bien: pagaba sus facturas, poseía una casa, cambiaba de automóvil cada doscientos mil kilómetros, no tenía deudas (hasta ese momento), invertía una modesta cantidad en el mercado de valores e incluso ahorra.

Pero no era rico. Al menos para los estándares de Hadley.

Ella miraba al frente.

—Pensaba que valorabas más el tiempo que pasamos juntos.

—¿Por qué piensas que no valoro ese tiempo, Hadley?

—Siempre das prioridad a tu familia. Pasas más tiempo con tu padre que conmigo.

—Trabajo con mi padre.

—La señora Johnson me gruñe cada vez que la miro, y tus hermanas son horribles.

—Mis hermanas no son horribles, y la señora Johnson le gruñe a todo el mundo. De todas formas esas no son razones para gastar veinte mil dólares en ropa.

—Estás exagerando. Lamento que no creas que lo valgo. Después de todo, es por hacerte feliz. —Había un desafío en sus ojos.

—Esto es un despilfarro, y no tenemos tanto dinero. —Cogió unos largos guantes blancos, de esos que una mujer se ponía para... Bueno, ¡mierda!, no sabía para qué. —Has falsificado mi firma al utilizar unas tarjetas de crédito, lo que es ilegal por un lado y, además, significa que debes haber agotado el crédito en las tuyas. Has ocultado tus compras porque sabes que no deberías gastar tanto. No es el comportamiento que cabe esperar de un adulto responsable.

Ella se mostró herida y ofendida. Le aseguró que pagaría el importe de las facturas en cuanto tuviera algunos clientes si el dinero era lo único que le importaba. Al parecer, no lo había entendido.

Jack amaba a su esposa. La amaba.

«O lo hacías antes de conocerla tan bien», susurró una voz en su cabeza. Una voz que se parecía mucho a la de Honor.

No. La amaba. Pero estaba claro que su relación no era tan sencilla como había pensado cuando se conocieron. Y también estaba claro que lo consideraba un viticultor rico y no un tipo que trabajaba para vivir. Quizás esa no era la vida que ella había imaginado.

—Hadley, si no eres feliz aquí... —sugirió tan suavemente como pudo.

Ella se sacudió como si la hubiera golpeado.

—Si no soy feliz, ¿qué? —replicó ella. De pronto, le temblaba la voz.

—Quizá nos apresuramos demasiado. Si no es esto lo que quieres...

—¡Jack, no! ¿Estás sugiriendo... que nos divorciemos? ¡Oh, Dios mío! —Ella se echó a llorar cubriéndose la cara con las manos—. ¡Por favor, Jack! ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! ¡Te lo devolveré todo cuando pueda, pero por favor, no me dejes!

Él se levantó y la rodeó con sus brazos.

—Hadley, cariño, es que parece que esperabas algo diferente.

—Por favor, ¡dame otra oportunidad! —Los sollozos eran desgarradores.

No era eso lo que él esperaba.

Cogió un pañuelo y le secó la cara antes de abrazarla con fuerza, sintiéndose un capullo absoluto... y preguntándose cómo, exactamente, habían llegado a eso. Le sirvió una copa de vino y se puso otra para él, después le aseguró que no quería el divorcio.

Y no lo quería. Solo deseaba un matrimonio mejor.

Al día siguiente, Hadley no estaba en casa cuando regresó de Blue Heron. Ella atravesó el umbral media hora después, con la cara brillante.

—¡Adivina quién acaba de conseguir un trabajo! —anunció.

Era por lo de las tarjetas de crédito. Quería pagar ese dinero. Él tenía razón, se le había ido un poco de las manos, pero ahora tenía un trabajo y todo se resolvería.

Su trabajo era llevar la tienda de regalos de Dandelion Hill, otra de las bodegas que había en Keuka. La dirigía Oliver Linton, un *broker* de Wall Street que al cumplir los cuarenta años dejó la bolsa y se compró un viñedo. Por lo que sabía por las reuniones de la sociedad del vino y otros eventos en los que participaban, era un buen tipo. Oliver incluso los invitó a cenar, y ellos le correspondieron abriéndole también las puertas de su casa una noche. Así que parecía que por fin las cosas estaban encarriladas.

Jack se sorprendió por el alivio que sintió. Hadley tenía un trabajo, un lugar al que ir todos los días, que parecía que era justo lo que necesitaba. Ella se reía más y hablaba por los codos, le contaba historias divertidas sobre la gente que conocía o sobre el malhumorado encargado de la tienda de Dandelion Hill. La situación se volvió más fluida, más normal..., más feliz.

Fue casi liberador que ella tuviera los pies de barro. Cuando la conoció, le había parecido perfecta, pero ahora era real. Sí, sí, había gastado demasiado dinero y se hizo la víctima poniéndose a la defensiva cuando se lo reprochó, pero nadie era perfecto. Hadley parecía más feliz ahora. Incluso empezó a hablar de tener hijos.

—Jack, ¡tengo la mejor noticia del mundo! —le dijo ella una noche al entrar en casa de sopetón. Él sintió que le daba un vuelco el corazón. Estaba embarazada, tenía que tratarse de eso—. ¡Oliver quiere redecorar Dandelion Hill! ¡Por fin!

«Ah...» Bueno, eso también era agradable.

—¿Qué? —insistió ella.

—Pensaba que podías estar embarazada.

Vio una sombra en la cara de Hadley.

—Oh. No, aún no. Pero ¡esta es también una buena noticia! Oliver quiere cambiar la sala de degustación.

Hadley se volcó en el trabajo. Se pasó muchísimo tiempo ante el portátil. Solo hablaba de telas, estilos y vasos, todas esas cosas que él no controlaba en Blue Heron porque estaban en manos de Honor.

Oliver empezó a llamarla por las noches. Ella se disculpaba con Jack y luego subía a la habitación que había convertido en su despacho. Hadley comenzó a poner más cuidado en su apariencia, y cuando él le tomaba el pelo al respecto, ella le daba una palmadita en el brazo al tiempo que decía: «Jack, ya no soy una empleada más. Soy la decoradora, cariño. Tengo que dar una imagen». Por fin, comenzó a hacer amigas, un par de mujeres que también trabajaban en Dandelion Hill. Hadley se unió a su club de lectura semanal, aunque nunca la vio leer nada.

Él no la había visto tan feliz desde la boda.

La única pega de todo aquello era, curiosamente, el sexo. En esa época no mantenían relaciones.

—Oh, cielo, lo siento. Estoy agotada —explicaba ella—. Y no me preguntes por qué, te aseguro que cuando tenga alguna noticia, serás el primero en saberlo. No soy de esas mujeres que se lo va contando a todo el mundo diez minutos después de haber concebido.

Un bebé. No, lo inteligente era estar seguro primero, pero Jack sintió una opresión en el pecho.

—Deja de mirarme con cara de bobo, Jack Holland —bromeó ella—. ¿Qué acabo de decirte? —Sonó el teléfono, a pesar de que eran más de las nueve—. ¡Oh, cielos, seguro que es Oliver! Parece que ese hombre no es capaz de encontrar las llaves del Mercedes sin una linterna y un sabueso. ¿Sí? Oliver, ¡santo Dios! No lo sé. —Sonrió a Jack y salió de la habitación sin dejar de hablar.

Unas dos semanas después de que ella hubiera hecho aquellas insinuaciones sobre un embarazo, Jack decidió salir antes del trabajo. Su padre y él habían comprobado los tanques y proyectado la secuencia de los sembrados en primavera con Pru, pero era una época tranquila. Se detuvo en una tienda *gourmet* carísima que acababa de abrir y compró un poco de solomillo, queso y espárragos. Allison y Charles Whitaker también estaban allí: vivían cerca de Pru y pasaban por Blue Heron muchas veces.

—¿Piensas hacerle la cena a tu mujer? —preguntó Allison.

—Claro —respondió él.

—¿Por qué nunca me haces la cena? —le preguntó a Charles al tiempo que le daba un fuerte codazo en el costado. El pobre Charles le lanzó una mirada aviesa y murmuró algo para sus adentros. Jack se alejó mientras ellos discutían sobre los cultivos orgánicos que habían cultivado los monjes de Saint Benedict.

A continuación, entró en la tienda de Laura Boothby, con la que coqueteó unos minutos, y se llevó un ramo de rosas rojas.

—Jóvenes enamorados —suspiró Laura—. Me pones enferma, Jack, pero no dejes de venir. Eres bueno para el negocio.

La última parada fue en la licorería del pueblo. Por supuesto, él tenía una buena colección, pero a Hadley le gustaba el champán francés. Y él quería que esa noche ella tuviera algo especial, ya que desde el gran desastre con las tarjetas de crédito, ella no se había comprado nada que no fuera estrictamente necesario y él se sentía un poco mezquino.

Además, puede que tuvieran algo que celebrar, en cuyo caso dejaría el champán en la bodega y lo abriría el día del nacimiento de su hijo. Si no estaba embarazada, al infierno: sería un pequeño capricho. Ella era irresistible cuando se emborrachaba, y también se excitaba mucho, así que quizás él podría hacer algo, después de dos semanas (en otras palabras, después de una eternidad).

Pru estaba apoyada en su *pickup* cuando salió.

—¡Eh, inútil! ¿Es que nuestros vinos ya no son lo suficientemente buenos para ti? —preguntó ella, que le arrancó la bolsa de la mano y miró dentro—. ¡Oh! ¡Moët & Chandon White Star! ¿Es que tienes problemas en casa?

—No, Prudence. Soy el mejor marido del mundo.

—Tonterías. Sigues siendo un poco idiota para mí, hermanito.

—Soy consciente de ello. Devuélveme mi champán.

—Bien. Iba a invitaros a cenar a ti y a Escarlata O'Hara, pero veo que tienes otros planes. —Le dio una palmada en el hombro y se alejó.

Estaba nevando bastante, pero Jack se sentía el hombre más feliz del mundo. Silbó de camino a casa. No había nada como estar aislado por la nieve con una mujer hermosa. Se dirigió a lo alto de la colina donde estaba su casa. La nieve amortiguaba el sonido de los neumáticos y apagó el motor.

Vio el Volkswagen escarabajo amarillo de Hadley cubierto por la nieve... Oliver debía haberla dejado salir temprano. Y también había otro vehículo. ¿Quizá de una de sus amigas? Llevaba un tiempo diciéndole que invitara a las mujeres del club de lectura para conocerlas. Quien fuera, tendría que marcharse rápido dada la forma en que nevaba.

Cargó con las bolsas y las flores y se bajó del vehículo. Por alguna razón desconocida, se detuvo y sacudió la nieve del otro automóvil. Era un Mercedes.

Si no recordaba mal, Oliver tenía un Mercedes. Debían estar hablando de la redecoración.

No era que Dandelion Hill necesitara nada de eso. Era espectacular y se había renovado hacia poco. Resultaba elegante, moderna y sofisticada.

No era algo que Hadley pudiera mejorar con cojines.

Era curioso que no se le hubiera ocurrido nunca.

De repente sintió que se le revolvió el estómago. Pero no, no, eso era una estupidez. Oliver era su jefe, le llevaba doce o quince años. Era un buen tipo, y Hadley estaba felizmente casada. Su relación jamás había ido mejor. Estaba siendo un poco idiota imaginando algo ilícito. «¡No!» Estarían sentados frente a la mesa de la cocina mirando muestras de tela o lo que fuera.

Escuchó un pequeño graznido. Era *Lázaro*, que esperaba ante la puerta.

Su gato odiaba la nieve. Se paseaba bajo la lluvia, los truenos y el viento. Le daban igual el frío o el calor, pero odiaba la nieve. Vio que el animal levantaba su torcida pata delantera, la sacudía y emitía aquel pequeño chillido de angustia una vez más.

—¡Hola, amigo! —lo saludó, y dejó las bolsas de la tienda. El gato saltó a sus brazos. Era la primera vez que ocurría. Frotó las patas del minino e hizo una mueca al sentir lo frías y duras que tenía las pequeñas almohadillas. Al parecer, *Lázaro* llevaba fuera bastante tiempo. Y cuando ocurría, el gato golpeaba la puerta con la cabeza, rayaba el vidrio y lanzaba lastimeros maullidos si no conseguía entrar.

Y si *Laz* había renunciado ya a eso, es que llevaba mucho rato a la intemperie.

Jack abrió la puerta y dejó al animal en el suelo, luego recogió sus compras y las flores y lo siguió.

La casa estaba en silencio.

Quizá no estaban allí. A lo mejor habían ido a Blue Heron a... a... mirar la sala de degustación o algo por el estilo. Quizás Oliver quería hablar con Honor de negocios.

No sabía por qué, pero se sentía enfermo.

Entró en la cocina. Vio el abrigo de lana negra de Hadley en el suelo.

Y los zapatos de suela roja, los que habían costado dos mil dólares, tirados de cualquier forma.

Notó como si una prensa le comprimiera el pecho. Como si tuviera un resfriado que no le dejara respirar.

Su mente se quedó vacía mientras recorría el pasillo hacia el estudio. Pasó ante el cuarto de baño, ante el cuarto de lavado.

Ya los oía. Gemían. Suspiraban. Era la voz de Hadley.

—¡Oh, Dios mío, sí! ¡Sí, oh, Dios! ¡Sí!

Eso respecto a no tomar el nombre de Dios en vano.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. La empujó para abrirla un poco más. Sí. Hadley estaba en medio de la habitación con un sujetador negro *push-up* y un tanga. Oliver, completamente desnudo, estaba arrodillado delante de ella, sujetándola por las nalgas y besándole el ombligo.

¿Qué protocolo se seguía en esos casos? ¿Debía anunciar su presencia? ¿Gritar? ¿Marcharse? ¿Echar a Oliver?

Hadley pasó los dedos por el escaso pelo de Oliver.

—¡Oh, Ollie! ¡Oh, Dios mío!

Y luego, más o menos por suerte, Oliver abrió los ojos y lo vio. Reaccionó empujando a Hadley. Se arrastró hacia el lado de la cama que le correspondía a Jack y forcejeó para ponerse los pantalones.

—¡Jack! —Hadley jadeó, agarró uno de los cojines y se tapó con él—. ¡Has llegado muy pronto!

\* \* \*

Jack sacó a Oliver a rastras y lo lanzó a la nieve. Desnudo. Después le tiró la ropa. Hadley, envuelta en el albornoz (de seda roja, uno de los derroches de la tarjeta de crédito), lo siguió histérica por toda la casa: lloraba, lo acusaba, se disculpaba y le suplicaba, todo a la vez. Entonces, él regresó al dormitorio, recogió todas las sábanas, mantas y también los malditos cojines, y los llevó afuera.

Oliver ya se había ido. No parecía que la histeria de Hadley se hubiera desvanecido un ápice, a pesar de que había tenido la presencia de ánimo suficiente como para sostener a *Princesa Anastasia* junto a su pecho. La gata se retorció para liberarse, y Jack esperaba de forma distante que se escapara y fuera devorada por un coyote. Pero vaya, el animal era inocente, más o menos. Mezquino como una serpiente, en realidad no quería que muriera, por supuesto que no, pero si lo hiciera no derramaría ni una lágrima.

Entró en la bodega en busca de líquido inflamable y volvió a subir. Tranquilidad. Necesitaba leña. Entró en la cocina y arrancó el ««Felices para siempre» empieza aquí» de la pared. El «Mantén la calma y ten encanto sureño». ¿Y cómo olvidar «La vida no se trata de esperar a que pasen las tormentas, sino de aprender a bailar bajo la lluvia»? Arrojó los carteles de madera sobre las sábanas y las almohadas y luego roció todo aquello, toda la infidelidad, los engaños, el asco, y prendió fuego. Lo miró hasta que sintió el calor en la cara.

—¿Jack? —dijo Hadley con una vocecita.

—Fuera —dijo él.

—No puedes negarme que estás siendo...

—Lárgate.

—Ya sé que quieres que me...

Se volvió hacia ella, pero ella debió de ver algo en su cara, porque se echó atrás y regresó a la casa.

Unos minutos más tarde, Hadley metía dos maletas y a *Princesa Anastasia* en su vehículo. El desagradable gato le arañó la mano, y Hadley se echó atrás, tan sorprendida como siempre del odio de aquella criatura malcriada. Por fin, se volvió hacia él sujetando la mano herida contra el pecho.

—Jack, ¿por qué no...?

—Cierra el pico, Hadley.

Ella lo miró boquiabierta.

—No hay ninguna necesidad de que seas grosero.

—Tienes que estar tomándome el pelo. Lárgate de una maldita vez.

Y, por fin, lo hizo.

Él vio cómo el vehículo de su mujer recorría el camino hasta la orilla del lago, y siguió con los ojos clavados en la distancia mucho después de que el pequeño automóvil desapareciera por el camino (que llevaba a Dandelion Hill, por supuesto). Se quedó allí, de pie bajo la nieve, vacío, aturdido y enfadado a la vez, con el olor del queroseno en la garganta.

Dos días después, Hadley fue a hablar con él. Y ahí fue donde la cuestión se puso interesante.

Parecía que el tal Oliver no quería más que una pequeña distracción. Eligiendo las palabras con mucho cuidado, Hadley le dijo que aunque se había sentido «tentada», había dejado a Oliver porque «no quería poner en peligro su matrimonio» ni «romper su acuerdo».

—Hemos terminado, Hadley —le dijo él.

Ella permaneció sentada durante unos minutos y sus ojos se llenaron de lágrimas. Seguramente más porque sentía compasión por sí misma que porque le doliera.

—¿Vas a contarle a alguien la razón? —susurró.

—No lo sé. —Y no lo sabía. Ni siquiera había hablado con su padre, aunque este era consciente de que algo iba mal. ¡Y joder!, en un pueblo pequeño como ese, no existían secretos. No tendría que contar nada.

Ella se fue a vivir con Oliver. Los rumores decían que a él no le hacía mucha gracia que su novia viviera en su casa, pero allí estaba.

Unas semanas más tarde, Bill Boudreau le envió una nota diciéndole que lamentaba enterarse de que las cosas no iban bien. Jack recordó entonces aquella conversación que había tenido con su suegro y las sutiles advertencias que tanto él como Frankie le habían hecho.

Jack siempre se había considerado un tipo inteligente. A fin de cuentas, tenía un título en Química por una universidad de la Ivy League. Pero se sentía jodidamente idiota, de todas formas.

Hadley le pidió diez mil dólares a cambio del divorcio, y él los pagó. Era una cantidad y nada más. Ella intentó reivindicar la casa y la «inversión» que había hecho en ella, pero al parecer su padre la convenció para que lo dejara. Durante todo el proceso, ella insistió en que no le había sido infiel, a pesar de lo que Jack había visto y de descubrir que no existía ningún club de lectura... Así que todas aquellas noches en las que se sentía feliz porque su esposa por fin estaba haciendo amigos las había pasado con Oliver.

Las leyes del estado decían que tenían que estar separados seis meses para que su divorcio fuera efectivo, así que Jack se sentó y esperó. Y trabajó. Y fue a su casa. Y repitió todo eso un día tras otro.

Hadley no había previsto una cosa. Engañar a Jack la convirtió en una paria. La única vez que entró con Oliver en la Taberna de O'Rourke, Colleen, que prácticamente se había criado en casa de los Holland, les dijo que se largaran. Cuando Hadley protestó resoplando, Connor abrió la puerta y le dijo que tenían tres segundos para salir antes de que le pidiera a Levi Cooper (también presente) que los escoltara al exterior. Jack supo todo eso por Prudence, que parecía no haberse enterado de que no quería saber nada al respecto.

No fue posible evitar los cotilleos. Gerard Chartier, el bombero especialista en primeros auxilios con el que se cruzaba con frecuencia en las ambulancias, le contó que había visto a Oliver y Hadley discutiendo en la tienda de antigüedades. Honor le dijo que se había encontrado con Hadley y que le había parecido una loca, revoloteando por la tienda como una abeja tratando de salir de un automóvil. En la degustación de vinos de primavera del lago Torcido, Oliver apareció para presentar Dandelion Hill, pero Hadley no lo acompañó.

Y más adelante, tres meses después de que Hadley se hubiera marchado de casa, una noche en la que la familia lechuza había decidido darle una serenata mientras estaba sentado en el porche con *Lázaro*, sonó su móvil.

Era Hadley.

—Jack, no sé a quién llamar. —Su voz era un susurro aturdido—. No puedo... no puedo despertar a Oliver. No sé si respira.

Él le dijo que llamara al 911 y que salía para allá.

Eran las tres de la madrugada.

Y Hadley no tenía a nadie más. Frankie estaba al menos a una hora en autobús.

Jack condujo hasta Dandelion Hill y llevó a Hadley al hospital, siguiendo a la ambulancia. Y esperó bajo las implacables luces de urgencias con su casi exmujer.

Cuando ella fue a buscar una botella de agua a la máquina expendedora y al regresar deslizó su mano fría sobre la de él, no la apartó.

Y cuando el doctor salió del quirófano y les dijo que había hecho todo lo que estaba en su mano pero, por desgracia, el paciente había fallecido, la rodeó con sus brazos y la consoló mientras lloraba.

Los padres de Oliver llegaron al pueblo con el corazón roto y se pusieron furiosos al encontrar a aquella aprovechada viviendo en casa de su hijo, así que la echaron. Ella lo llamó una vez más, con un hilo de voz, diciéndole que no tenía dinero (los diez mil dólares debieron escurrirse entre sus dedos como si fueran agua). Su padre estaba enfadado con ella, no podía pedirles nada a sus hermanas y lo único que le pedía era quedarse con él hasta después del funeral de Oliver.

Él se negó. Pero le pagó una habitación y las comidas en el Black Swan.

Ella se acercó a su casa horas después del funeral para despedirse y decirle que le devolvería el dinero correspondiente a su estancia en el hostal. Tenía la cara muy pálida, sus ojos parecían demasiado grandes y su mirada era de terror.

Casi quiso tomarla en brazos y decirle que todo estaría bien, que podía quedarse un tiempo con él.

Casi. De hecho, le preocupó lo mucho que le costó no decir esas palabras.

## Capítulo 16

—¿Qué tal estuvo la boda, agente Em? —preguntó Tamara cuando Emmaline entró en el sótano de la iglesia luterana.

—No vamos a hablar de eso —dijo ella, sonriendo a los adolescentes que ayudaba.

—Fue una mierda, ¿verdad? —intervino Dalton.

—Más o menos, sí. ¡*Sargento*, mira! ¡Son los niños! ¡Han venido a verte! —Soltó al cachorro, que no dejaba de menear la cola, y observó con una sonrisa cómo el animal se cruzaba entre las piernas de los adolescentes con el pollo de goma chillón en la boca.

Una de las razones para adoptar a *Sargento* fueron esos adolescentes en riesgo de exclusión. Además, por supuesto, de que estaba soltera y le gustaba que hubiera alguien esperándola en casa, y también porque era policía y podía convertir al cachorro en un perro policía (o no, porque sin duda carecía del gen «soy un perro grande y doy miedo»).

Sin embargo, para ese propósito, para que esos cuatro duros, aburridos y cínicos adolescentes la toleraran, el perro era perfecto.

—Cory, así que te han hecho un parte de nuevo, ¿eh? —dijo ella, dejando a un lado la caja de galletas que había recogido en la panadería de Lorelei ese mismo día.

—Le dijo a la señora Didier que...

—Ya lo sé, Tamara. ¿Cory? Ya tenías problemas con la señora Greenley. ¿La situación ha llegado a un punto crítico?

Cory se encogió de hombros. Le habían hecho un parte después de sugerir que la directora del instituto de Manningsport era, de hecho, un hombre. Un hombre feo, y había utilizado algunas coloridas palabras para describir cuán feo y escaso era lo que indicaba la masculinidad de la señora Didier. Luego tiró el pisapapeles de la directora a la basura, con ganas. Como si fuera una pelota de béisbol. El resultado era que habían hecho un parte.

—Supongo que sí —comentó Em—. Y todos tenemos momentos así, Cory, en los que nos gustaría romper algo. Pero no es aceptable que nos dejemos llevar.

—A menos que seas idiota —añadió Tamara, que se estaba mordiendo el barniz de uñas azul del pulgar y miraba las galletas.

—Que te jodan —dijo Cory. Agarró otra galleta, se la puso entre los dientes y dejó que *Sargento* se comiera la mitad para, a continuación, tragarse ella la otra parte. Los niños eran brutos. Aunque Em había hecho lo mismo la otra noche, así que no estaba en situación de juzgar.

—Entonces, Cory, ¿qué pasa con ese parte? —preguntó, tratando de centrar el tema.

—Amigo, te van a expulsar —intervino Dalton.

—Fuiste tú el que robó un automóvil —dijo Cory.

—Sí, pero tú eres más listo —indicó el otro muchacho—. Podrías tener una beca y todo. A mí me espera una vida de delincuencia. ¿Verdad, agente Em?

—Muy mal, Dalton. Cory, tiene su parte de razón. Podrías aspirar a una beca. Pero si no encuentras la manera de controlarte, tu genio ganará toda la vida.

—Lo sé —murmuró Cory—. Es que no puedo evitarlo. —Hizo una pausa—. Iba a tirar esa cosa por la ventana y en el último minuto la lancé a la basura.

Ah, un pequeño progreso.

—Está bien, has dado un paso en la dirección correcta. Has hecho la elección menos destructiva.

—Quizá consigas una pegatina —intervino Kelsey Byrd.

Em siguió hablando.

—Hay pequeñas cosas, como respirar hondo muy despacio, que te pueden ayudar. Comer bien, respirar aire fresco. Son clichés porque es cierto. Quizá podrías unirte al club de boxeo.

—O, como yo, escuchar música —sugirió Tamara—. Cuando mi madre tuvo a mi hermano y lloraba todo el tiempo, me ponía los auriculares y escuchaba a Nine Inch Nails a todo volumen y bailaba. Debo añadir que muy mal, pero siempre me sentía mejor.

Cory esbozó una sonrisa.

—Faltan cuatro meses para la graduación, niños —añadió Emmaline—. Ya casi hemos terminado.

—Ohhh... la graduación —repitió Kelsey—. Como si eso fuera a suponer alguna diferencia—. Cruzó los brazos y los apoyó en su barriga de embarazada. Tenía buenas razones para estar amargada, supuso Em. La maternidad ya era difícil por sí sola, ser madre adolescente era todavía peor.

—Bueno, la verdad es que sí supone alguna diferencia —replicó Em—. Si no te gradúas u obtienes el graduado escolar, lo más probable es que tengas que trabajar más y ganar menos. Y durante más tiempo me refiero a más horas y más años. ¿Quieres tener un buen automóvil? ¿Vivir en un lugar decente? ¿Un trabajo que te guste? Será mucho más fácil si sigues estudiando.

—Yo quiero trabajar en la televisión —dijo Tamara—. Como Ellen. —Tomó una galleta y la mordió.

—Ellen se graduó en el instituto, idiota —puntualizó Cory—. ¿Cuántos días te has perdido?

—No es asunto tuyo.

—Es mi turno de tener a *Sargento* —intervino Kelsey—. Ven aquí, perrito. —Su rostro, maquillado, se suavizó.

Em estaba bastante segura de que, de esos cuatro adolescentes, Tamara, Cory y Dalton tenían una buena oportunidad. Los padres de Cory se estaban enfrentando bien a sus problemas de temperamento y adoraban al niño. A Tamara también la apoyaban sus padres y poseía una buena cabeza: no era más que una flor tardía a la que le gustaba llamar la atención. Seguramente iría a la universidad y averiguaría a qué quería dedicarse mientras hacía la carrera. Dalton procedía de una larga lista de delincuentes de poca monta: tanto su padre como su madre habían estado presos un tiempo. El niño tenía buen corazón y encanto y era tan guapo como ellos. Si diera con algo que le interesara, algo que pudiera hacer bien... Ella lo veía en ventas o publicidad. O como estafador. A fin de cuentas, era lo mismo.

Kelsey... Kelsey era la que lo tenía más difícil. Había un bebé en camino, su padre estaba muerto y a su madre la detenían frecuentemente por posesión de drogas. Vivían en una granja decrepita. Las ventanas estaban cubiertas por sábanas raídas y había un agujero en el techo. Kelsey tenía muchos tatuajes, serios problemas de sobrepeso, dilataciones en las orejas y un *piercing* en el labio. Aprobaba por los pelos cuando los profesores se sentían generosos.

Las probabilidades nunca habían jugado a su favor.

—Kelsey, ¿cómo te ha ido esta semana? —preguntó Emmaline.

En ese momento se abrió la puerta y entró una ráfaga de aire frío.

—¿Quién es ese? —La muchacha levantó la cabeza como un pato ofendido.

Era Jack.

«¿Eh?» Em no esperaba que apareciera.

—¡Amigos! ¡Es él! El tipo que sacó a Sam, a Garret y a los demás del lago. ¡Joder! ¡Encantado de conocerte, amigo! —Dalton se acercó a Jack y le tendió la mano—. Es un héroe.

La expresión de Jack no cambió, pero al oír mencionar el accidente los ojos le brillaron de forma extraña. La miró.

—Lamento llegar tarde —se disculpó, aclarándose la garganta—. ¡Hola! Soy Jack Holland. He oído que necesitáis que os expliquen un poco de química.

Hubo gruñidos y un murmullo de desagrado general.

—¿Eres profesor? —preguntó Tamara, mirándolo de arriba abajo.

—¿Sabes hacer metanfetamina? —se interesó Dalton—. ¿Igual que ese tipo que sale en la tele?

—Es probable que pueda —dijo Jack, que colocó una silla junto a la de Emmaline—. Pero no la haré.

—Muy bien —repuso Dalton—. Solo estaba preguntando, hombre. Y si necesitas un Jesse para tu Walter White, tenme en cuenta.

—¿Y una bomba? —preguntó Cory, observándolo con interés—. ¿Podrías hacerla?



—Lo mismo digo: sí, puedo, pero no, no la haré.

—¿Y una nube de gas venenoso?

—Gas venenoso, sí. ¿Una nube de gas venenoso? ¿De las que flotan sobre una ciudad y dejan caer una lluvia de azufre sobre la gente?

—¡Sí, de esas! —se entusiasmó Dalton.

—No creo.

—Bueno, entonces, ¿qué sabes hacer que sea legal? —intervino Tamara.

—Vino.

Los niños pusieron los ojos en blanco y se acomodaron en las sillas plegables de metal. En la zona, todo el mundo hacía vino. De hecho, era casi aburrido.

—Los químicos hacemos muchas cosas distintas —explicó Jack—. Y todas son muy interesantes. En química orgánica trabajamos con carbono y sus compuestos.

Podemos desarrollar medicamentos, fertilizantes, plásticos. Los químicos inorgánicos trabajan con metales, electricidad y minerales.

—Por favor, que se calle antes de que me clave algo en el ojo —dijo Dalton.

—Y luego tenemos los químicos analíticos, que identifican los materiales y evalúan las propiedades físicas y químicas que...

—Los estás perdiendo, Jack —anunció Emmaline—. Están, literalmente, muriéndose de aburrimiento. Míralos, pobrecitos bebés. ¿Dalton? ¡Háblame! ¡No te acerques a la luz!

Jack sonrió.

—También puedo garantizarles un sobresaliente en cualquier examen de Química que hagan este año —presumió—. Y un notable en Física y en Biología.

—Amigo, estamos todos a punto de irnos del instituto sin conseguir ningún título. Salvo Cory —explicó Dalton—. Es posible que desees replantear tu estrategia.

—La oferta sigue en pie —dijo Jack antes de mirarla—. Igual que la invitación para la cena —agregó.

—¡Oh, agente Em! ¡Tienes novio! ¡Tienes novio! —Tamara se levantó y se puso a bailar en la silla, cosa que deleitó a los demás (salvo a Kelsey). Chocaron las manos y *Sargento* ladró contento antes de hacer pis en el suelo. Em fue a por unas toallas de papel.

—No pienso usar nunca la química para nada —dijo Kelsey—. Así que ni siquiera me importa suspenderla.

—¿Has oído hablar de la oxitocina? —preguntó Jack.

—Mi primo es adicto —intervino Tamara en tono sombrío.

—Eso es Oxycontin —señaló Jack con una sonrisa—. La oxitocina es un péptido de nueve aminoácidos. Una hormona. La llaman la hormona del amor.

—¿Y? —Kelsey lo miró con absoluto pasotismo.

—Cuanto más avanzado esté tu embarazo, más receptores de oxitocina se crearán en tus músculos uterinos. Cuando el bebé sea lo suficientemente grande, el nivel de oxitocina subirá, provocará el parto y hará que los músculos se contraigan para que puedas dar a luz.

—Qué soez —comentó Cory.

—No —replicó Jack—. Es un milagro. Sin la oxitocina, tus músculos no serían lo bastante fuertes como para expulsar al bebé. Pero gracias a la química, es posible.

Te convertirás en una superheroína. —Sonrió mientras miraba a Kelsey a los ojos—. Entonces, cuando veas a tu bebé, la oxitocina te ayudará a crear un vínculo con él. Por eso la llaman «la hormona del amor». Si le das el pecho, se liberará más oxitocina y fortalecerá vuestro vínculo. El instinto materno es el más fuerte del mundo. Y la química tiene que ver con ello.

—Sin duda, deberías darle el pecho, Kelsey —intervino Dalton moviendo las cejas—. Yo lo supervisaré.

—Cállate, Dalton —dijo Em.

Kelsey tenía ahora una expresión tierna, casi absorta.

Em estaba dispuesta a apostar que nadie le había hablado sobre el embarazo usando palabras como «superheroína», «milagro», «amor» o «vínculo».

—Qué guay... —suspirió Kelsey. Jack miró a Em de reojo sin dejar de sonreír, y ella se sintió... bueno, un poco como Kelsey. Incluso aunque estuviera limpiando orina de perro.

Se fue a la cocina, se lavó las manos y regresó.

—Dalton, es tu turno. ¿Qué tal está tu padre?

—Está con la condicional —explicó el muchacho—. Pero está en período de prueba y empieza a ponerse nervioso. —Se miró el zapato—. Quizá podrías pasarte por allí. No quiero que haga una estupidez.

—Por supuesto.

Jack estuvo más bien tranquilo el resto de la reunión, pero aun así era diferente con él allí.

Em sabía que los muchachos estaban allí porque no tenían más remedio: la alternativa era la expulsión. Pero esperaba no ser la típica adulta autoritaria y poco comprensiva (como Levi) ni de las que pretendían absurdamente parecer más jóvenes y utilizar palabras como «gordibuenas» o «*hater*». Quería que fueran capaces de contar con ella. No tenía que caerles bien, pero esperaba que así fuera.

Dieron las ocho antes de que se dieran cuenta.

—Id recogiendo, niños —les dijo.

—Enséñanos algún truco de poli —pidió Tamara. El grupo se había mostrado absurdamente emocionado la última vez, cuando llamó por radio para hacer un control de audio. Parecía que los *smartphones* habían reemplazado a los maravillosos *walkie-talkies*.

—Dispara a ese reloj —sugirió Dalton.

—Eso sería ilegal y me despedirían —dijo ella.

—Dale a Dalton con la Taser —intervino Kelsey.

—No puedo. Por desgracia, no puedo hacerle una descarga a nadie —se quejó ella—. Es injusto.

—Enséñanos cómo detener a un malo —se le ocurrió a Cory.

—¡Sí! —dijo Kelsie.

—Yo me presento voluntario —se ofreció Dalton—. No seas mala conmigo, agente Em. —Y sonrió como un niño travieso.

—Sería inapropiado, jovencito —replicó ella, tomando prestada una frase de su jefe—. Jack, ¿te importaría ayudarme a enseñar a los niños cómo detener a un atacante?

—Claro que no.

Em sintió un cálido latido en sus partes femeninas. Estaba a punto de tocarlo. ¡Dios, tocarlo! Tenía que salir de allí.

—Te haré daño —advirtió ella.

—Puedes intentarlo —dijo él.

—¡Oh, un reto! Qué emocionante. De acuerdo, niños, mirad. Jack, adelante. Agárrame desde atrás.

—Estaba deseando que dijeras eso —murmuró él.

—Hay criaturas delante. Compórtate.

—Soy el malo. Se supone que no debo comportarme bien. —Jack sonrió.

Ella entrecerró los ojos y le dio la espalda. Su corazón, acelerado, se ruborizó. Ese órgano era idiota.

Los niños los rodearon para ver mejor.

—¿Cómo quieres que te agarre? —preguntó Jack.

—Como quieras —respondió ella.

Él la abrazó como un oso y provocó un coro de risas y unos delirantes saltos de *Sargento*. A Em le hubiera gustado quedarse allí y pensar en cosas agradables.

Quizás apretarse un poco hacia atrás. ¿Se había lavado hoy el pelo? Si tenía suerte, olería bien y no a ajo... Oh, ¿por dónde iba? Hizo un rápido giro y, de pronto, puso

a Jack de rodillas y con la cara contra el suelo. Puso la rodilla en la parte baja de la espalda de él y lo esposó.

Caray, qué divertido.

—¿Alguna pregunta? —preguntó, sonriendo a los niños.

—Sí, agente Em —gritó Tamara—. ¡Eres la leche!

—Cumplo dieciocho años dentro de dos meses, agente —añadió Dalton—. Quiero hacer eso.

El perro se acercó a ella y le lamió la cara antes de morder la oreja de Jack.

—¡Ay! —dijo él.

—Eso es todo por hoy, niños. Nos vemos la semana que viene. Y aseguraos de presentaros en la tutoría. Jack no está aquí solo para que os recreéis la vista.

Quitó las esposas al voluntario y él se levantó.

—La próxima vez que usemos las esposas, será mi turno —dijo él en voz baja, con un tono que resultó provocativo y aterciopelado a la vez. Ella se concentró en colocar de nuevo las esposas en el cinturón y en no ruborizarse.

—Hasta luego, agente Em —se despidió Cory.

—Hasta luego, cariño. No te metas en líos, ¿de acuerdo?

El muchacho asintió con un murmullo y se alejó subiéndose los pantalones caídos. Kelsey lo siguió mirando el móvil como una zombi. Dalton y Tamara también se fueron.

—Se te dan muy bien los niños —dijo Jack.

—A ti también. Me sorprende que tú y Hadley no tuvierais ninguno.

—¿Por qué la mencionas siempre? —El cruzó los brazos y la miró con dureza.

—¿Por qué está a tu alrededor siempre? ¿Por qué no le dices que deje de revolotear y...?

—Estamos en Estados Unidos. Puede vivir donde le plazca.

—Creo que te gusta tener una acosadora. ¿Cómo se encuentra su pequeño y delicado tobillo?

—Hinchado y morado.

—¿Vas a tener que llevarla a la cama? ¿Arroparla? ¿Leerle un cuento?

Jack no respondió. Solo siguió mirándola, por fin arqueó una ceja muy despacio. Em sintió que se ruborizaba.

—Lo siento —murmuró.

Sargento se dejó caer al suelo y comenzó a roer los cordones de Jack.

—¿Cenarías conmigo si Hadley no estuviera revoloteando a mi alrededor? —preguntó Jack.

—¿Querrías ir a cenar conmigo si Hadley no estuviera revoloteando a tu alrededor? —replicó ella—. Esa es la verdadera cuestión.

—Supongo que sí —dijo él, acercándose un paso—. Me lo pasé muy bien contigo en Malibú. Fue agradable acostarme contigo. Me gustaría verte.

—¡Mierda, Jack! Ya basta.

Él se rio.

—¿Qué he dicho?

—¡Nada! Es difícil discutir contigo.

—Pues no discutas. —Ahí estaba otra vez, ese susurro aterciopelado—. Simplemente, di sí. —Em tragó saliva.

Si fuera sincera, diría: «Mira, Jack, así están las cosas: quiero un marido abnegado y tres niños que se porten bien, pero que sean también deliciosamente irrefrenables. ¿Estás preparado para eso? Porque, de lo contrario, deberíamos omitir la cena, ya que es probable que me enamore de ti en veinte, veinticinco minutos, luego pasaré meses resentida por no sentir lo mismo que yo».

Él le tocó el lóbulo de la oreja.

Santo Dios. Estaba a medio camino del planeta orgasmo y solo porque él le había tocado la oreja. «Contrólate, Neal. Tienes juguetes para adultos por alguna razón.»

—Vamos, Emmaline. Di que lo harás.

Por otra parte, ¿quién era ella para decirle que no quería salir con ella? Por supuesto, él no estaba hablando de citas, no era de eso en realidad..., sino sobre ir a cenar. Lo que probablemente llevaría a un cierto coqueteo. En ese caso, «cierto coqueteo» significaría: «Prefiero un revolcón contigo que tener un *flashback* y, de paso, utilizarte para que mi ex se ponga celosa», y amigos, era una estúpida, porque Jack sabía lo que estaba haciendo con el dedo. Los lóbulos de sus orejas estaban directamente conectados con otras partes de su anatomía.

En el móvil sonó un mensaje.

Ella dio un paso atrás.

—Apuesto algo a que adivino quién es —propuso ella. Estaba casi segura de que su voz sonaba normal.

—¿Te apetece ir a cenar conmigo en alguna ocasión, Emmaline? —dijo él.

—Mira el móvil.

—En cuanto me respondas, lo haré.

—No —dijo ella—. Antes prefiero que lo mires. —«Piii»—. Oh, otro...

—Eres muy dura —se quejó él.

—Gracias.

Él sacó el móvil del bolsillo y lo volvió a guardar.

—Mi hermana.

—¿Cuál?

—Faith.

—Mentiroso.

—De acuerdo —dijo él—. Tienes razón, es Hadley.

—Apuesto lo que quieras a que necesita algo y que tú eres el único que puede ayudarla.

—Bueno, yo también necesito algo y tú eres la única que puede ayudarme.

—¿Ves? De eso se trata, Jack. De que no creo que sea cierto.

—Tienes una terrible imagen de ti misma.

—No es cierto. Pero sé distinguir entre alguien a quien le gusto de verdad y alguien que necesita que le distraiga de...

De repente, la estaba besando. ¿Cómo demonios había acabado contra la pared? El hombre listo se había apoyado contra ella y... ¡madre del amor hermoso! Sabía besar de maravilla. Su boca era insistente y cálida. Ahuecó la mano sobre su cara mientras ella le devolvió el beso, sin pensarlo, y le rodeó la delgada cintura con los brazos. ¡Guau!: sí, podría haberle agarrado el trasero, pero vamos, es que él era completamente irresistible.

Jack se alejó un poco y la besó en la comisura de la boca. Em fue vagamente consciente de que respiraba con dificultad.

Jack le agarró la mano y la puso sobre su corazón; ella sintió el duro y sólido latido.

¡Maldito fuera! Era bueno.

—Por favor, ven a cenar conmigo —susurró él.

—De acuerdo. —Ella se aclaró la garganta.

—¿El sábado?

—De acuerdo.

Jack sonrió.

—Te llamaré.

—De acuerdo.

Él no se dejó intimidar por su escaso vocabulario. La besó en la frente y se alejó, sin más. La dejó inestable, temblorosa y... preocupada. Puede que ella no necesitara veinte o veinticinco minutos para enamorarse de él. Al parecer, lo único que necesitaba era ese beso.

—Querida, necesitas un tanga.

Allison permanecía quieta ante el patético armario de Em. La mejor pieza de su guardarropa era un jersey de cachemira que tenía un agujero en la manga, cortesía de *Sargento*, que trataba de recogerlo disimuladamente. Los pulgares de Allison volaron sobre su teléfono.

—Sí, Caroline está de acuerdo con mi opinión profesional.

¿Estaba bien que Allison estuviera consultando a su niña sobre ropa interior provocativa? Claro que Caroline estaba en la tercera edad de la infancia, pero aun así...

—Bueno, Jack no va a ver mi ropa interior —aseguró.

—Claro, claro —replicó Allison—. Eso dicen todas.

—¿Quiénes son «todas»? ¿Jack es un ligón? Dime la verdad.

—¡Cielos, no! Quizá podría habérmelo hecho con él si se hubiera insinuado. Jack fue mi mejor cita. Creo que incluso llamé a Charles para regodearme.

—¿Cómo está Charles? —preguntó Emmaline.

—Oh, bien. Seguramente nos reconciliemos. Ha dejado los tarros de galletas. Pero no se lo digas a nadie. Quiero poder echárselo en cara el resto de nuestra vida. Centrémonos en ti. El tanga. Venga. En la tienda de novias tienen ropa interior increíble. No me pongas esa cara. Te aseguro que su ex se ponía tangas todos los días. Mujeres así son las que dan mala fama a las sureñas. Y tienes que ponerte un vestido.

—No es una ocasión especial.

—Shhh... querida. Deja que sea tía Allison la que lo decida.

Así fue cómo, dos horas después, Emmaline estaba en su dormitorio cortando las etiquetas de un sujetador rosa de encaje y un tanga a juego que había comprado en la tienda de novias. Eran muy bonitos. Y pequeños. Se puso primero el sujetador. Picaba un poco, pero no estaba mal.

Y luego se probó el tanga.

No podía ser... ¿Las mujeres usaban eso de verdad? Debía habérselo puesto mal, porque ¡madre de Dios! ¡Era horrible! ¿Se suponía que el cordel tenía que...?

Se lo quitó, se acercó al portátil y buscó en Google: «Cómo ponerse un tanga». No, no se lo había puesto mal. Lo intentó de nuevo.

«¡Ay, estupendo!» Aquello era la versión de veinticinco dólares de una tortura china en forma de braga. Buscó el teléfono y llamó a Allison.

—Hola, Allison... es que...

—Te acostumbrarás —dijo su amiga sin molestarse en saludar—. Tardarás un par de semanas.

—¿Dos semanas? ¿Estás de broma?

—Tengo prisa. Un niño se ha metido una pieza Lego de Darth Vader por la nariz y soy la única que está de guardia esta noche.

De acuerdo, el tanga era horrible..., eso estaba claro. Pero quedaba bien. Mucho mejor que las bragas de algodón a rayas moradas y naranjas (estaban de oferta) con un agujero en el lado que había comprado hacía tanto tiempo que ni se acordaba. Si iba a acostarse con Jack («despacio con eso, Em», le advirtió la parte más inteligente y menos lanzada de su cerebro), se merecía algo mejor que rayas moradas y naranjas. Y que un agujero en el costado. Se merecía encaje, zapatos de tacón y *spray* de Sicilia.

En realidad, el hecho de que ya se hubiera acostado con Jack era casi surrealista. La luna brillaba esa noche, las puertas de la terraza estaban abiertas, el mar susurraba en la orilla... y todas esas metáforas llenas de insinuaciones. Si él no se lo hubiera recordado, Em pensaría que lo había soñado, que era una fantasía inducida por el vodka casero.

Pero si se acostaban allí, en Manningsport, sería real.

Dio un paso hacia el cuarto de baño. «¡Maldición!» Dolía. ¿De verdad se suponía que tenía que ser capaz de caminar e incluso de sentarse con eso puesto?

Se sentó para practicar. Se detuvo a la mitad y volvió a subir. *Sargento* corría hacia ella, saltaba y la llenaba de pelos.

Media hora más tarde, después de gastar varios metros de cinta adhesiva para eliminar los pelos de pastor alemán, sonó el timbre. Cojeó hacia la puerta y allí estaba él: el guapisimo rubio de ojos azules, el incomparable Jack Holland.

Llevaba un ramo de tulipanes rojos en la mano.

—Hola —la saludó—. Estás muy guapa.

—Gracias. —Agarró las flores y, tras contar mentalmente el número de pasos que tardaría en llegar a la cocina y ponerlas en un jarrón, las arrojó sobre la mesita de café—. ¿Adónde vamos? ¿A la Taberna de O'Rourke?

—Hugo's acaba de abrir para estrenar la temporada. He pensado que podríamos ir andando. Hace una noche agradable. ¿No prefieres ponerlas en un jarrón? Podría comérselas el perro.

De hecho, *Sargento* las miraba con cara de deseo.

Ella suspiró.

—Claro. —Agarró el ramo de camino, entró en la cocina consciente de partes de su anatomía desconocidas hasta ese momento y puso las flores en un jarrón. Se detuvo un minuto para acariciar los pétalos suaves y frescos. Los tulipanes eran una buena elección. Menos típicos que las rosas. Y a ella siempre le habían gustado.

Se lo pasó por el labio al tiempo que aspiraba la débil fragancia a melocotones. No era de extrañar que los cervatillos se comieran las flores del parque cada primavera. Casi estaba a punto de probarlas para ver qué tal estaban.

Se dio la vuelta y pegó un leve respingo. Jack estaba apoyado en la puerta, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de medio lado.

Ella sintió una opresión en el pecho.

—¿Preparada? —preguntó él.

—Claro. —Casi olvidó el incómodo tanga. Jack era muy guapo.

No se dieron la mano mientras caminaban por la acera, una lástima. Quizá que Jack entrelazara sus dedos con los de ella pudiera haberla hecho olvidar que el tanga estaba tratando de destriparla. Además, el pecho izquierdo había comenzado a picarle. Trató de rascarse con la parte superior del brazo, pero solo empeoró el asunto. Se preguntó si podría intentarlo sutilmente con el tenedor cuando se sentaran.

Ya casi habían llegado. Solo faltaban treinta o cuarenta dolorosos pasos para alcanzar su meta. ¿Había dicho que llevaba zapatos de tacón? No eran tan altos como para hacerse un esguince, pero hacían que le palpitaran los pies. Ser una mujer es un incordio.

Sin embargo, cuando llegaron a Hugo's, Jack se detuvo en seco en el vestíbulo y soltó una maldición.

—¿Te has olvidado la cartera? No te preocupes. Llevo dinero.

—No. Es que... er...

—¡Oh, Dios mío! ¡Es él! Cariño, mira, ¡es Jack Holland! —exclamó Lori Baines.

Entre los comensales se formó un murmullo. Lori y Phil Baines eran los padres de Garret. Le debían a Jack la vida de su hijo.

—Jack ¡cómo me alegro de verte! —Lori se abrazó a Jack con fuerza, los hombros le temblaban por los sollozos.

—Deje que paguemos su cena —dijo Phil, con la voz ronca—. Pida lo que quiera. Por favor, déjenos.

—¡Hola, guapos! —dijo Jessica Dunn, que trabajaba allí un par de noches a la semana—. ¿Mesa para dos?

Jack se había puesto pálido, aunque trató de sonreír cuando Lori le enseñó algunas fotos de su móvil.

—No estoy segura de que vayamos a quedarnos —murmuró Em—. Lo siento, Jess.

—No, parece un poco...

—Sí. —Em puso la mano en el brazo de Jack—. Oye... resulta que no tienen nada sin gluten —le dijo—. Y ya sabes lo que me pasa.

—A mi hermana le pasa lo mismo —intervino Lori—. Agente Neal, nunca le dimos las gracias, pero también estuvo maravillosa esa noche.

—Me alegro de que todo saliera bien. Me refiero a que saliera bien para Garrett.

—Sí —añadió Lori, con los ojos llenos de lágrimas una vez más—. Pobre Josh.

—Recuerdos de nuestra parte a Garrett, ¿de acuerdo? —se despidió Em—. Tenemos que marcharnos.

—Pero nos gustaría invitarles... —comenzó Phil.

—Es muy amable por su parte. Quizás en otra ocasión. —Em sonrió y se colgó del brazo de Jack—. Espero que pasen una noche estupenda.

Él no dijo nada. Una vez fuera, comenzó a caminar hacia la zona verde. Em casi tuvo que correr para mantenerse a su altura. Eso acarreó problemas con su ropa interior.

Jack se detuvo en el primer banco y se dejó caer en él pesadamente antes de inclinarse y poner la cabeza entre las manos. No levantó la vista cuando Em se sentó a su lado tratando de colocarse la tira del tanga disimuladamente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí.

Ella esperó. Al cabo de un minuto, él se pasó las manos por el pelo y la miró.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar.

Jack suspiró y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Ella quería decirle lo valiente que había sido, hablarle de cuánto lo admiraba por arriesgar su vida para salvar a aquellos jóvenes... Y por haber vuelto a por Josh incluso cuando las probabilidades eran tan pocas.

Pero también sabía que lo había oído una y mil veces, si no más.

—Cuando rescatas a alguien, todo el mundo piensa que eres lo más —dijo con suavidad—. Pero no se les pasa por la cabeza el miedo que pasas.

Cuando él abrió los ojos, la sorprendió el intenso azul de sus iris.

—¿Has salvado a alguien alguna vez? —preguntó.

—Todavía no. No como tú. He detenido a algunos conductores ebrios, pero nada más.

—Odio que se me ensalce como a un héroe —dijo él en voz baja—. Solo soy un enólogo que estaba sacando fotografías de la puesta de sol. No hay nada menos heroico que eso.

—Lo que hiciste fue extraordinario, Jack. —No pudo evitar decirselo.

—No lo fue. Dime que no habrías hecho lo mismo si hubieras estado allí. Cualquiera lo hubiera hecho. Mi sobrina lo hubiera hecho. Y Faith. Hasta su perro.

—Pero lo hiciste tú. Eres el que estaba allí, y fuiste tú quien buceó y sacó a cuatro muchachos de un lago helado, Jack. Puede ser que nosotros lo hubiéramos intentado si nos viéramos en la situación, pero no conozco a nadie más que hubiera podido lograrlo. Y tú..., tú no te rendiste.

—Que se lo digan a Josh Deiner. Seguro que él también piensa que fue extraordinario.

—Hubiera muerto si no lo hubieras sacado del Audi.

Él soltó una risa amarga.

—Por lo que yo sé, está muriendo en este momento. Solo que poco a poco.

—Entonces, ¿no deberías haberlo hecho?

—No es eso —contestó él en voz baja—. Debería haberlo hecho mejor.

Em sintió que se le rompía el corazón.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Y no fue suficiente. —La miró durante un momento—. Bueno, esto no es muy divertido, ¿verdad? Venga, vamos a cenar. —Le agarró la mano y la ayudó a levantarse—. ¿Tienes hambre?

—No es necesario que...

—Yo sí tengo hambre. Vamos.

—Jack, lo que estás pasando es...

—Pienso pedir nachos. ¿Sabías que Connor les pone salmón si se lo pides? Puede que suene repugnante, pero es estupendo. —La arrastró sin piedad por la zona verde, abrió la puerta de la Taberna y se convirtió en un tipo loco y divertido; besó a Colleen en la mejilla, estrechó la mano de Lucas. «¡Estupendo!» También estaban allí el padre y la madrastra de Jack.

—Conocéis a Emmaline, ¿verdad?

—Jack, claro que me conocen. —Él parecía lleno de energía—. Me alegro de verle de nuevo, señor Holland. Señora Holland. —La madrastra de Jack hizo una regia inclinación de cabeza, y Em sospechó que acababa de ganar puntos por haber usado su nombre de casada.

—Estás muy guapa esta noche, querida —la aduló el padre de Jack. Tenía los ojos tan azules como su hijo, y Em sintió que se ruborizaba ante el cumplido—. ¡Bien!

¡Os dejamos disfrutar de vuestra cita!

—Esperamos que también disfrutéis de la vuestra —dijo Jack. Llevó un minuto más darle una palmada en la espalda a Gerard Chartier y saludar a Lorelei.

«Increíble.» Le sorprendió que no volara por la habitación un par de veces de la energía que él destilaba.

Por fin se acomodaron en una mesa.

—¿Todo bien? —preguntó ella al sentarse.

Él suspiró.

—Por favor, pasémoslo bien esta noche —le pidió, mirándola a los ojos con todo el poder de sus iris azules—. No necesito una psicóloga. Necesito una amiga.

En amigos desnudos había pensado ella después de la sesión de besos en el sótano de la iglesia. Si no iban a ser amigos desnudos, podría haber usado ropa interior humana en lugar de ese alambre de espino.

—Somos amigos —aseguró.

—Me gustas, Emmaline. —Él sonrió. Una amplia y encantadora sonrisa, y ella recordó una vez en que Jack había ido a recoger a Faith a algún acontecimiento del instituto. El universitario que regresaba a visitar a su familia. Le hizo desear tener un hermano mayor.

Pidieron nachos, hamburguesas y una botella de vino que, según prometió Jack, sería perfecto para esa cena. Un pinot joven y afrutado con notas de nuez moscada y hojas de otoño.

—Si tú lo dices —dijo ella cambiando de postura en el asiento. El tanga estaba haciéndole una colonoscopia. Trató de sentarse sobre las manos. No sirvió. Cruzó las piernas. «¡Ay! Mala idea. Fuera, fuera...»

Jack frunció el ceño.

—¿Pasa algo?

—¿Algo diferente a tu ataque de pánico de hace diez minutos?

—No —dijo él, haciendo caso omiso a su comentario—. A ti. Primero caminas de una forma rara y ahora no dejas de moverte.

—Estoy bien —aseguró ella.

—¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien.

—Si no te encuentras bien, podemos...

—Jack, ¡estoy bien! ¿De acuerdo? De hecho, estoy mejor que tú, que eres el rey del escaqueo. —Ella se movió e hizo una mueca.

—Lo has vuelto a hacer de nuevo. Eres como un gato con una cola larga en una habitación llena de mecedoras.

—Tremenda frase del pintoresco sur. ¿Se la has robado a tu esposa?

—La verdad es que a su padre. ¿Qué te pasa?

—Me he puesto un tanga, ¿de acuerdo? Me molesta.

Él se detuvo. Y también los miembros de la junta parroquial de Saint Thomas, que estaban sentados en la mesa de al lado. El reverendo Fisk le guiñó un ojo antes de volver a sumergirse en los problemas de presupuesto.

—Así que un tanga, ¿eh? —dijo Jack.

—Sí. Disfruta de la vista porque no pienso volver a ponérmelo.

—Si tan incómodo es, puedes quitártelo. —Y sonrió, con todo su descaro.

—Ser una mujer no mola, que lo sepas.

—Tendré que creerte. Pero me alegro de que lo seas.

Su corazón dio un vuelco lento que le removió las entrañas. En ese momento, Hannah puso los nachos encima de la mesa y Prudence Vanderbeek se dejó caer en el asiento, junto a Jack.

—¡Hola, inútil! ¡Hola, Em! ¿Puedo tomar unos pocos? Tengo hambre. —Se sirvió uno y lo mordió—. ¿Tenéis una cita?

—Solo somos amigos —contestó Em.

—Sí —contestó Jack al mismo tiempo.

Ajá. Quizás el tanga merecía la pena después de todo.

—Me gustan las opiniones diferentes —confesó Pru—. Mantiene el misterio. Disfrutad de estas cosas mientras empezáis, queridos, porque cuando llevas casado un cuarto de siglo acabas teniendo que ser mucho más creativo en el *boudoir*, ya me entendéis.

—No quiero saber a qué te refieres —aseguró Jack—. Te pagaré para que no digas nada más.

—Em, no le hagas caso —dijo Pru—. Te puedo dar consejos muy valiosos.

—No pienso aceptar consejos sexuales de mi hermana —se escandalizó él—. Pru, vete, ¿de acuerdo? Estás arruinándome los planes.

—No tienes planes —dijo ella—. Es un triste y maloliente soltero, Emmaline. ¿Has visto a su gato? —Pru se estremeció—. Puedes aspirar a algo mejor. —Tomó otro puñado de nachos, dio una palmada a Jack en el hombro y se marchó. Sus pasos resonaron en el suelo de madera.

—En el fondo me quiere —aseguró Jack.

—Lo sé.

Él sonrió. Em también lo hizo y, durante un segundo, se miraron el uno al otro hasta que ella apartó la vista.

«¡Maldición!» Las citas eran difíciles. Seguramente eso explicaba por qué ella había tenido tan pocas.

—Parece que te gusta ser policía —comentó Jack.

Bien, eso valdría. Le encantaba hablar del trabajo.

—Sí, mucho.

—¿Levi es un buen jefe?

—¿Se lo dirás si digo que sí?

—No. No quiero que se lo crea.

—Yo tampoco —dijo ella—. Pero sí, es un buen jefe. ¿Qué tal cuñado es?

—Es un buen cuñado. Salvo que creo que se está acostando con mi hermana. De hecho, estoy casi seguro.

—Sí, la barriga de Faith parece indicarlo.

Hannah les llevó las hamburguesas, revolvió el pelo de Jack (parecía existir una ley que decía que, si eras mujer, tenías que tocar a Jack) y volvió a dejarlos solos.

Era agradable. Ella se sentía casi relajada.

Salvo cuando lo miraba demasiado rato seguido. Porque bueno, era muy... muy guapo. Era perfecto de pies a cabeza. Su amplia y bonita sonrisa, su boca (cada vez que pensaba en sus besos, casi se atragantaba con la comida) y sus ojos... Azules como el cielo, podían considerarse la guinda del pastel.

Ella no estaba mal. No era desagradable a la vista. Tenía una buena sonrisa gracias a la habilidad del doctor Warren al sustituirle los dientes delanteros. Su pelo estaba portándose bien gracias al ingenio siciliano.

Se recordó que debía sentarse con la espalda recta, pero eso agravaba el problema con el tanga. Trató de sonreír. Esbozó una sonrisa mientras trataba de pensar en alguna historia con la que entretenerle, pero no se le ocurrió nada.

Seguramente conocía historias divertidas. Er... sí, estaba casi segura de que era así, pero ¿por qué no podía pensar en ninguna en ese momento? Algo sobre un gato, ¿eso era! ¡Sí! La historia del gato. Eso estaría bien.

—El otro día estaba atendiendo una llamada y me encontré que...

—¡Hola, guapos! —Era Faith, más redonda y guapa que nunca—. ¿Qué tal estáis? —Sonrió con las manos sobre la barriga.

—Bien —dijo Emmaline, haciendo caso omiso al gruñido de Jack—. ¿Levi y tú habéis venido a cenar?

—No, estoy con mis hermanas —confesó—. Hemos venido a espiar a Jack.

—Será mejor que no lo hagáis —intervino él.

—Pru dice que no tienes planes.

—Entonces, ¿debería comportarme como ella?

—Por favor, Dios, no. ¿Sabes que me contó el otro día? Carl y ella están viendo una maratón de *The Walking Dead*. Por supuesto, les entraron ganas de sexo, así que...

—¡Basta! Venga ya, Faith, eres peor que ella.

Faith le guiñó un ojo a Emmaline, y Em sintió una cálida oleada de afecto. Faith siempre le había caído bien.

—¡Oh! El bebé me acaba de dar una patada. Mira. —Agarró la mano de Em y se la puso sobre su estómago. En efecto, hubo un misterioso movimiento y luego otro.

¡Guau!

Ahí dentro había un bebé. Bueno, era evidente que había un bebé, pero sentir cómo se movía era...

—Es increíble —aseguró Em con la voz ronca.

—Faith, venga, déjalos en paz. —Honor Holland se acercó y sonrió—. Lamento el desfile de hermanas, Jack. ¿Cómo estás, Emmaline?

—Bien. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. Vamos, Faith, acaban de traer tus nachos.

—¡Oh! ¡Tengo que irme! Como para dos y todo eso.

—Honor, eres mi hermana favorita —gritó Jack mientras se alejaban.

—¿Cómo? —dijo Faith por encima del hombro—. ¿Quién te ha dicho que serás el padrino de su primer hijo?

—Me retracto, Honor. Faith es mi favorita —rectificó él. Honor agitó la cabeza.

—Tienes una familia estupenda —reconoció Emmaline.

—Están bien —dijo él—. Son un poco abrumadores, pero increíbles.

Luego clavó la mirada en la puerta.

Em también lo hizo.

«Por supuesto.»

Hadley acababa de entrar, envuelta en un elegante abrigo color marfil y unas botas de caña alta de color caramelo, todo ello combinado con una bufanda verde anudada de forma sofisticada. Tenía el pelo recogido en una coleta, lo que le daba un aspecto desenfadado y vital. La miró mientras se quitaba el abrigo y dejaba a la vista unos pantalones verdes y una blusa de encaje. Elegante y *sport* a la vez, informal pero refinada. Quizá debería sacarle una foto y usarla como referencia para saber cómo debía vestirse para una cita, porque, de pronto, su vestido negro le pareció aburrido y patéticamente ambicioso.

Ella suspiró. Hadley no tardaría ni un minuto en acercarse a saludar y hacerla sentir como una gorila que hubiera sido autorizada para vestirse y alternar con los seres humanos.

—Me estabas contando una historia sobre una llamada —le recordó Jack, mirándola.

—¿No quieres ir a saludar a tu esposa?

—Exesposa, Emmaline. No, no quiero. Cuéntame lo de esa llamada. —Pero ella notó que su mirada volvía de nuevo hacia Hadley y que tenía el ceño fruncido.

—Tienes el ceño fruncido —le anunció.

—Estoy enfadado —replicó él.

—Lo siento, gruñón.

—No es por tu culpa. Deberíamos habernos quedado en Hugo's.

—Estoy segura de que te hubiera seguido dondequiera que fueras. Es por ese chip que te puso en el cuello. —Em tomó un nacho y esperó a que Hadley se acercara flotando a Jack.

Para su sorpresa, Hadley no lo hizo. Los vio, les guiñó un ojo con una sonrisa y se sentó en la barra. No estaba directamente en la línea de visión de Jack, pero tampoco fuera de ella.

«Mmm... sospechoso.» Todavía más sospechoso, Hadley sacó un libro del bolso.

Vaya, vaya, vaya... La ex de Jack sabía leer.

Por otra parte, Em sabía muy bien lo que era sentirse solo a la hora de la cena, cuando noche tras noche estabais solo tú y el silencio. A veces la soledad era bienvenida. Otras veces no, y ese era un lugar fantástico al que acudir cuando uno se sentía solo.

Podía ser una coincidencia que Hadley estuviera allí.

—Así que tienes un gato —dijo ella.

—Sí —dijo él, clavando sus ojos en ella—. *Lázaro*.

—Es fácil de recordar.

—Lo encontré cuando era un gatito. Parecía que lo habían atacado, estaba cubierto de sangre, le faltaba un trozo de oreja y tenía una pata rota. Lo llevé al veterinario. No esperábamos que superara la noche, pero lo hizo.

La mano izquierda de Jack estaba sobre la mesa. La derecha de ella también. Casi se tocaban. No se había dado cuenta hasta ese momento. ¿Debía apartar su mano? ¿No sería más evidente que estaba nerviosa si lo hacía?

Él tenía las manos grandes. Grandes, fuertes y masculinas. Em tragó saliva.

El meñique de Jack rozó el suyo como si fuera una pequeña caricia. Notó que él estiraba los labios en una leve sonrisa. Una cálida oleada de felicidad la atravesó.

Le había llevado flores. Se había afeitado. Su dedo meñique la hacía estremecer. Si el dedo meñique era capaz de hacer eso, entonces, ¿qué haría la mano entera? ¿Y su...?

—¡Oh, no! ¡No!

Tanto Em como Jack miraron a Hadley, que se había llevado una mano a la boca y con la otra sostenía el móvil sobre su preciosa oreja.

Damisela en apuros, toma dos.

Emmaline suspiró.

—Ve a ver qué pasa, anda —le dijo a su cita.

—No —se negó Jack, aunque tenía los ojos clavados en su ex—. Si me necesita...

—Que lo hará.

—Puede venir aquí.

Em puso los ojos en blanco.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Cómete la hamburguesa.

Bien, al menos podía disfrutar de eso. Le dio un mordisco a una de las hamburguesas especiales de Connor, con cebolla caramelizada y crujiente y un queso derretido delicioso.

Hadley no tardó demasiado tiempo en acercarse. Las lágrimas rebosaban sus ojos de Bambi.

—Jack, ¡lamento interrumpir.

—¿Qué pasa, Hadley?

Sí, ¿qué había ocurrido? ¿Qué crisis requería que Jack fuera a su casa en esa ocasión?

—¿Se trata otra vez de tu tobillo? —preguntó Em.

—Ha habido una muerte en la familia —susurró Hadley.

«¡Guay!», se dijo Em, poniendo los pulgares en alto para felicitarle por la metedura de pata.

—Lo siento —Alargó el brazo para sostener la mano de Hadley. La otra mujer lanzó un sollozo desgarrador.

—¡Oh, no! ¿Quién ha muerto, Hadley? —preguntó Jack poniéndose en pie.

Hadley retiró la mano y se cubrió la cara antes de romper a llorar contra el pecho de Jack. Si estaba diciendo algo, Em no lograba entenderla. Pensó haber oído el nombre de Anna. ¿Y si Anna era una niña? ¿O la hermana de Hadley? ¿O su abuela? ¿O...?

—Ya sé que tenía veintitrés años, pero supongo que... no estaba hecha a la idea de perderla. ¡Oh, Jack!

«¡Dios mío!» Era demasiado joven para morir. ¡Pobre Hadley! ¿Y por qué Jack no era más agradable con su ex? Con un suspiro, Jack le puso un brazo sobre los hombros, lo que hizo que Hadley se encogiera contra él como un topo.

—Son cosas que pasan —dijo él.

—¡No puedo imaginarme la vida sin ella! —lloró Hadley. La gente los miraba ahora abiertamente.

—¿Quién es Anna? —murmuró Emmaline.

—Su gato —explicó Jack—. *Anastasia*.

Em parpadeó.

«Por el amor de Dios.»

—Veintitrés años, ¿no? —dijo—. Increíble. —Esos nachos no se iban a comer solos, así que Em tomó otro puñado. Hadley no estaba comportándose de forma exactamente estoica. Em se dio cuenta de que llevaba una máscara de pestañas resistente al agua. Por supuesto.

—Ni siquiera estaba enferma —dijo Hadley—. ¡Ha sido una sorpresa!

—No sé, pero me da la impresión de que veintitrés años son muchos para un gato —intervino Em—. Seguramente había llegado su hora.

—¡No, de eso nada! ¡No había llegado su hora! —Hadley soltó un trágico, herido (y posiblemente triunfal) suspiro y luego siguió aferrándose a la camisa de Jack—. Siempre estuve muy sana. ¿No lo recuerdas, Jack?

—Pero veintitrés años... —insistió ella—. Son muchos años. No creo que fuera una sorpresa tan grande.

—¡Lo es! —protestó Hadley—. ¡Es un *shock*! No estaba preparada para esto.

—No, claro, ¿cómo ibas a estarlo? Es decir, ¿*acaso las mascotas no viven para siempre?*

Jack la miró.

—Lamento lo de *Anastasia* —le dijo a su ex mientras trataba de alejarla un poco, aunque la Pitufina era más fuerte de lo que parecía y se aferró a él con más fuerza.

Em suspiró, dio otro mordisco a la hamburguesa y se preguntó si sería demasiado grosero ponerse a mirar en el móvil cómo había quedado el partido entre los Rangers y los Penguins. Viendo que su cita estaba consolando los sollozos de otra mujer, no le importaba.

Varias personas se habían acercado al oír el escándalo; los miembros de la junta parroquial se mostraron solidarios. Gerard Chartier, Víctor y Lorena Iskin.

—Yo tuve un gato que llegó a los diecinueve —soltó Lorena con su vozarrón—. Se metió debajo del radiador para morir y no lo encontré hasta que empezó a oler.

Pobre *Oscar*.

Hadley lloró con más fuerza.

—¿Cuánto suele vivir un gato? —preguntó Gerard Chartier.

—Unos quince años —respondió Víctor Iskin, que tenía muchos animales domésticos.

—¿Quince? —repitió Em, levantando la vista del teléfono (habían ganado los Rangers por cuatro puntos, ¡benditos fueran!)—. ¡Guau! Parece que has tenido mucha suerte, Hadley.

—Bueno, no me siento muy afortunada en este momento, la verdad. —Su fachada grácil parecía haber desaparecido. Entrecerró los ojos, que tenían una expresión pétrea. ¿Dónde estaban las magnolias de acero cuando las necesitabas? Allison Whitaker jamás hubiera llorado en público de esa manera.

—Es muy triste —la consoló Víctor—. Si quieres, lo diseño para ti. Ya sabes que me dedico a la taxidermia.

Los sollozos de la Pitufina se hicieron más fuertes.

Em ya había tenido suficiente.

—Bueno, Jack, ya nos veremos por ahí. Mi más profundo pésame, Hadley.

—Si hubiera sabido que su hora se acercaba, habría estado con ella —lloró Hadley—. ¡Oh, Jack! ¡Murió sin mí! ¿Cómo he permitido que ocurra eso?

—Tranquilízate —le pidió él—. Em, no te vayas.

—Gracias por la cita. He pasado un rato maravilloso. —Se aseguró de dirigirle una mirada vacía para que no se perdiera el sarcasmo.

—Iré a verte después —dijo él.

—No —replicó ella—. Quédate aquí y consuela a los afligidos. Insisto.

—Emmaline...

Y se marchó.

Y pensar que se había puesto un tanga para eso.



## Capítulo 18

Tres días después, Jack se despertó de mal humor.

Había acompañado a Hadley la otra noche a casa, desoyendo la desaprobación de sus hermanas y de la señora J cuando salía de la Taberna de O'Rourke. Entre todas le habían enviado seis mensajes de texto con su opinión.

¡Sí, era un imbécil. Pero ¿qué se supone que tendría que haber hecho? ¿Dejar a Hadley allí, llorando a lágrima viva, en un sitio donde no le caía bien a nadie? ¿Debería haber conducido una hora hasta Cornell para dejarla en casa de Frankie? ¿Decirle en ese momento que no tenía nada que hacer con él?

*Princesa Anastasia* había sido la mascota de Hadley y ella la adoraba, no importaba lo mal bicho que hubiera sido. Se la habían regalado cuando cumplió siete años. Y estaba destrozada, él lo sabía.

Salió del apartamento de su ex en cuanto pudo y se dirigió hacia la casita de Em. Había luz en el piso de arriba, en lo que quizás era su dormitorio. La pared era verde y tenía el techo inclinado. Desde la calle podía ver también algunos ladrillos de la chimenea.

Apostaría lo que fuera a que su cama estaba deshecha y cómoda. Que las sábanas eran de franela y el colchón mullido. Habría un par de libros en la mesilla de noche. Parecía de esas personas a las que no importaba que su perro durmiera con ellas.

Sacó el móvil y la llamó. Salió el buzón de voz.

—Hola —dijo—. Estoy ante tu casa. Lamento mucho lo que ha ocurrido esta noche. —Se interrumpió un momento—. Llámame, ¿de acuerdo?

Y ella no lo había hecho. No. Y tenía la sensación de que no iba a hacerlo.

Era una lástima, porque le gustaba estar con ella. Era una extraña combinación de mujer dura con el corazón de caramelo pegajoso. Fruncía el ceño intensamente, pero llevaba un tanga. Le ponía las esposas en un pispás, pero acariciaba un tulipán. Hacía un placaje capaz de castrar a un toro y tenía la piel suave y sedosa.

Bien. Había terminado el café y era hora de ir a trabajar. Pero antes... encendió el ordenador, miró la página *web* del periódico local y buscó la noticia de la muerte de Josh Deiner.

No. Todavía no.

*Lázaro* soltó su lastimero maullido «dame de comer». Jack obedeció. La señora Johnson le había reñido por no ir a desayunar y le había sobornado ofreciéndole un pastel de chocolate que había hecho para él. Consecuencias de ser su favorito.

Recogió las llaves mientras revisaba mentalmente todo lo que debía hacer: limpiar los barriles era buena idea, trabajo duro y que no requería pensar; comprobar las vides con Pru, que estaba preocupada porque había caído nieve más pesada de lo normal y podía haberlas dañado; hablar con su padre sobre la posibilidad de utilizar otra variedad de roble en los barriles.

Pasar por el hospital y quizás atreverse a preguntar a los Deiner. A lo mejor le dirían cómo estaba Josh. Quizá le dejaran ver al muchacho aunque solo fuera un momento.

«Lo dejaste para el final. Era el que más te necesitaba, y lo dejaste para el final.»

Jack salió de casa, sus movimientos eran deliberadamente estudiados. Cerró la puerta y se detuvo un minuto.

«El que más te necesitaba.»

Permaneció allí un rato, intentando olvidar los recuerdos de esa noche. Aspiró el aire fresco y húmedo y respiró hondo. La pesada niebla cubría el lago Torcido, pero allí arriba los pálidos rayos del sol de marzo parecían rebanadas doradas. Un cuervo pio desde un roble y, a continuación, voló hasta un poste de cedro que marcaba el final de una fila de vides.

Respiró otra vez más, más despacio. Allí estaba el muro de piedra que había construido uno de sus antepasados y que Jack mantenía junto al camino.

Abrió la puerta de la *pickup*, empezó a entrar y se detuvo.

Había una zarigüeya muerta sobre el salpicadero.

Las zarigüeyas no son nunca animales atractivos, pero muertos... y en su propia *pickup*... era todavía más feo. La cola rala colgando, la boca demasiado abierta; no había manera de que una zarigüeya se hubiera podido meter en el automóvil, no se había colado por la ventanilla porque no había dejado ninguna ventanilla abierta. Estaban a principios de marzo y la temperatura había sido inferior a cero grados la noche anterior.

Alguien la había dejado allí.

\* \* \*

Un poco más tarde, Jack fue a la comisaría.

—¡Hola, Jack! —dijo Carol, que se levantó para abrazarlo. Él correspondió—. ¿Has venido a ver a Emmaline? Me han dicho que la cita no fue demasiado bien.

—¿Está aquí?

—No —respondió Carol—. Está asistiendo a unas clases de Negociaciones para situaciones de crisis. Aunque no es que tengamos muchos secuestros por aquí.

La decepción que sintió le sorprendió.

—¿Levi está disponible? —preguntó.

—Sí, está en su despacho, hablando por teléfono. ¡Levi! —gritó—. ¡Ha venido Jack, quiere hablar contigo cuando cuelgues!

—Eres una gran secretaria —observó Jack.

—Soy auxiliar administrativo, listillo —dijo ella—. Y no me tomes el pelo, que te cambiaba los pañales cuando eras pequeño.

—Eso se lo dirás a todos —replicó él.

—Adelante, Jack —dijo Levi desde su despacho—. Y, Carol, intenta aprender a utilizar el intercomunicador en vez de gritar, ¿de acuerdo?

Carol puso los ojos en blanco y volvió a sentarse. Jack le guiñó un ojo. Siempre le había gustado la señora Robinson.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Levi.

—Es que... bueno, es un asunto policial. Quizá. No lo sé.

Levi se sentó detrás del escritorio, y Jack lo imitó.

—Adelante —dijo su cuñado, buscando un bolígrafo.

—No sé si quiero presentar informe oficial ni nada —dijo Jack—. Me ha aparecido una zarigüeya muerta en la camioneta esta mañana. Tenía el cuello roto.

—¡Joder! ¿A qué hora?

—Sobre las siete.

—¿Y por qué no me llamaste entonces?

Jack se encogió de hombros.

—Estaba muerta. Sus días de morder habían acabado ya.

—La gente no suele ir encontrándose animales muertos dentro de sus vehículos, Jack.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Lo sé.

—¿Qué hiciste?

—Me puse los guantes de goma y la metí en una bolsa de basura. Está en la parte de atrás de la *pickup*.

—Y seguramente limpiaste la *pickup* de arriba abajo, ¿verdad? Borrando un montón de huellas dactilares que podrían haber sido útiles.

—Puedes examinar el vehículo, pero sí, lo hice. No quiero darle importancia. Es probable que sean cosas de críos. —Pobres críos, siempre se les acusaba de todo.

Levi permaneció en silencio durante un minuto, tomando notas en un bloc.

—¿Te ha ocurrido algo más en los últimos días?

—Alguien me dejó una nota en el parabrisas. Ponía: «Cúbrete las espaldas».

—¿La conservas?

—No.

—¿Sabes, Jack? Resulta muy frustrante que los contribuyentes de Manningsport no recurran a la poli en busca de ayuda. Sobre todo cuando ese policía es un miembro de su familia.

—Ya, pero... —se interrumpió—. El papel de la nota era rosa, por si te sirve de ayuda.

—Lo que realmente me habría ayudado era que no la tiraras. ¿Algo más que no me hayas contado?

—La otra noche, cuando llegué a casa, estaban todas las luces encendidas y la puerta principal estaba abierta. Aunque eso podría haberlo hecho yo mismo.

Últimamente me olvidé de algunas cosas.

—Ese accidente te está provocando algo de estrés. ¿Has hecho alguna otra cosa rara? ¿Tienes problemas para dormir?

Era bueno saber que Emmaline no le hubiera mencionado nada a su jefe. Por un segundo, pensó en hablar con Levi sobre los *flashbacks* y las pesadillas. Pero Levi era su cuñado, sería padre dentro de poco y como jefe de policía y veterano de guerra tendría seguramente sus propios recuerdos con los que lidiar. Jack no iba a añadir los suyos.

—No, estoy bien.

Levi se quedó mirándolo. Jack no apartó la vista.

—Está bien —claudicó Levi finalmente—. Me parece que alguien está enfadado contigo, Jack. Me gustaría hablar con los Deiner.

—Me niego en redondo —replicó Jack—. No.

—Jack, ellos...

—Su hijo está en coma. Dudo mucho de que tengan tiempo para cazar zarigüeyas y ponerlas en mi *pickup*.

—Sí. No han salido del hospital, así que también lo dudo. —Levi se reclinó en la silla—. ¿Y tu ex?

La idea se le había pasado por la cabeza.

—Es posible que hubiera hecho lo de las luces y la nota en el parabrisas. Pero no lo de la zarigüeya.

—¿Estás seguro? Los celos hacen que la gente se comporte de manera extraña.

Jack hizo una pausa. Hadley estaba un poco... fuera de sí, eso era cierto. Sin embargo, no la imaginaba haciendo algo así.

—No me parece de su estilo.

—Podría hacerle algunas preguntas. No seas tonto, Jack. Si ocurre algo más, dímelo. Poner un animal muerto en la camioneta es llevar el juego demasiado lejos.

—De acuerdo. —Había una foto de Faith en la estantería, detrás de Levi—. ¿Cómo está mi hermana?

La expresión de Levi se transformó y pasó de ser el estoico jefe de policía al torpe enamorado.

—Está muy bien.

—Bien. Estoy deseando conocer a mi sobrino. —Se levantó y le estrechó la mano—. Tengo que irme.

Y Emmaline todavía no había regresado.

«¡Mierda!»

## Capítulo 19

—Recordad que esa persona es, en ese momento concreto, vuestro amigo —explicó la ruda instructora Jamie—. Incluso aunque no os guste lo que esté haciendo y queráis echarle el guante, por el momento, debéis empatizar, escuchar, asentir. —Jamie golpeó la pizarra para enfatizar las palabras que había escrito allí—. No le digáis que lo que está haciendo es una locura ni una estupidez. No neguéis lo que está sintiendo. Eso sirve para iniciar una discusión, y lo que buscáis es que confíe en vosotros. ¿De acuerdo? Emmaline y Butch, manos a la obra. Em, eres la mujer atormentada que apunta a sus padres con una pistola. Y... acción.

Butch se aclaró la garganta. Em y él estaban sentados en dos sillas en la parte delantera de la clase, de espaldas el uno al otro, mientras que Shirley y Gale se hacían pasar por unos padres acobardados.

—Dime, ¿qué te ha pasado con tus padres? —preguntó Butch.

—Los odio —espetó Em al tiempo que le guiñaba un ojo a Shirley, que era la persona con la que mejor se llevaba en esa clase.

—Bueno, sí, todo el mundo odia a sus padres. A mí tampoco me gustan los míos —confesó Butch.

—No, Butch —los interrumpió Jamie—. Esto no trata de ti. Se trata de Em y sus padres de mierda. Adelante.

—Está bien —dijo Butch—. Er... Odias a tus padres, ¿verdad?

—Sí —dijo Em—. Quieren más a mi hermana pequeña. —Bien, podía tomar como ejemplo la vida real.

—Quieren más a tu hermana, ¿verdad? —repitió él.

—Sí.

—¿Por qué crees que es así? —profundizó Butch. Em casi podía oír cómo sudaba; no es que fuera el mejor alumno del grupo.

—Porque ella es mejor. Más guapa, más lista, más estupenda.

—Ella no los retiene como rehenes —bromeó Ingrid.

—Continúa, Butch —indicó Jamie.

—Entonces... er... ¿qué debo decir a continuación?

—¿Qué tal algo de tipo emocional? —dijo Jamie—. Identifica sus sentimientos para que sepa entender la situación.

—Está bien, de acuerdo... er... y eso te parece muy mal, ¿verdad?

Em trató de no sonreír.

—Sí, ¡estoy cabreada! Por eso he atado a mis padres y les apunto con el arma. —Aquellas escenificaciones eran divertidas.

Para ser sinceros, había mucho más trabajo psicológico en ese campo del que Em había previsto. Asertividad, empatía y escucha activa, forzar un cambio de comportamiento... Por primera vez en su vida entendió por qué a sus padres les gustaba tanto su trabajo.

—Deja que me encargue yo, Butch —dijo Jamie. Butch se levantó de la silla y la instructora tomó asiento—. Entonces, Em, sientes que no es justo que tus padres tengan predilección por tu hermana.

—Exacto —dijo Em.

—Eso debe de ser muy frustrante. Fijaos, clase, que estoy etiquetando sus sentimientos, no solo haciéndome eco de ellos, como hacía Butch (sin ofender, Butch). Pero, cuando les pongo una etiqueta, Em es consciente de que percibo lo que le pasa y la entiendo. Estamos creando empatía. Está bien, Em, vuelvo contigo. Eso debe ser frustrante.

—Lo es. —Em se sintió un poco culpable—. Pero yo no era fácil y mi hermana, en realidad, era guay. —Hablando de Ángela... Debía llamarla.

—Parece que os lleváis bien.

—Sí. Bastante bien. Ella es buena.

—¿Qué te parece que diría ante esta situación?

—Me diría que no lo hiciera. —Jamie no respondió, por lo que Em siguió hablando—. Se enfadaría. Se sentiría destrozada, la verdad. Los quiere mucho.

—¿Veis cómo he guardado silencio, gente? —preguntó Jamie—. Esto no es un interrogatorio policial de preguntas rápidas en el que tratáis de desequilibrar a alguien para conseguir que diga la verdad. A veces, las pausas permiten que el malo piense un poco y que su situación se hunda. —Se levantó—. Y se nos ha acabado el tiempo, amigos míos. Hoy habéis hecho un buen trabajo.

De camino a casa, Levi llamó por la radio y le pidió que fuera a ver a Alice McPhales, una anciana que luchaba contra la demencia. Todavía vivía sola, pero era cuestión de tiempo que su hijo hiciera algunos cambios. Llamaba a la policía al menos tres veces por semana convencida de que veía a gente arrastrándose por su propiedad, que era una casa aislada a las afueras de la ciudad. Esa tarde había llamado para informar de que alguien había entrado en su casa. Esa queja en concreto la recibían un par de veces al mes, así que Em no estaba muy preocupada.

Everett detuvo su vehículo policial junto al de ella.

—¿Un día aburrido? —preguntó Em.

—Voy a comprobar que el perímetro está libre de intrusos —dijo Everett, echando mano al arma.

—No la saques de la funda, idiota —advirtió Emmaline.

—Bien, ¿qué se supone que debo hacer? —preguntó—. No me gusta ir ahí. Está abarrotado de cosas.

—Everett... no importa. Elige lo que quieras y comprueba el perímetro, pero como saques el arma por algo menos importante que un ataque extraterrestre se lo diré a Levi.

Everett maldijo entre dientes y dio una patada a la hierba.

—¿Señora McPhales? —llamó Emmaline mientras llamaba a la casa.

La anciana abrió un poco la puerta.

—¿Dónde está Levi? —preguntó.

—Está en la comisaría. Me pidió que viniera en su lugar. Soy Emmaline Neal, la nieta de Luanne Macomb. ¿Recuerda? También soy agente de policía.

—¡Oh, sí, Luanne! ¡Es encantadora! ¡Y tan buena modista! La saludarás de mi parte, ¿verdad?

—Claro que sí, señora McPhales. —No tenía sentido recordarle a la anciana que su amiga ya había desaparecido—. ¿Puedo entrar a comprobar cómo está todo?

La casa de la señora McPhales era la típica de un anciano: demasiado desordenada, con demasiadas alfombras con las que era fácil tropezar. Además, estaba oscura, ya que había cerrado las cortinas.

—¿Le falta algo, señora McPhales? —preguntó mientras encendía una luz.

—¡La salsa que me regaló mi abuela! ¡No me puedo creer que se la llevaran! —La anciana se puso a llorar—. Era preciosa y ya no está. Deben haber venido cuando estaba durmiendo. Jamás volveré a sentirme segura aquí, y fue mi marido quien construyó esta casa. ¡La han arruinado! ¡Qué gente tan vil!

Em la rodeó con un brazo.

—¿Por qué no deja que le prepare una taza de té? —preguntó.

—Prefiero el café. Pero... el... la... eso negro de la cocina está roto.

—¿La cafetera?

—Sí.

Em fue directa a la cocina. Los platos sucios estaban apilados en el fregadero. La cafetera estaba desconectada. La enchufó de nuevo y preparó café y, mientras se

hacia, llenó el fregadero de agua caliente.

—No tienes por qué hacer eso —protestó la señora McPhales.

—No me importa. Me gusta lavar los platos. Usted podría decirme dónde los pongo.

—El perímetro está despejado —se oyó la voz de Everett por la radio.

—Me lo imaginaba —murmuró Em—. De acuerdo —dijo—, ¿por qué no vuelves a la comisaría, Ev?

—Entendido, nos vemos allí.

Los armarios estaban llenos de cajas de cereales y de loza desordenada. Había un bote de mantequilla de cacahuets abierto y un colador. Em lo ordenó lo mejor que pudo y sirvió el café.

—Entonces, ¿cómo es la salsa? —sacó el bloc para que la señora McPhales no pensara que estaba quitándole importancia a lo que le iba a contar.

La señora McPhales dio un sorbo al café.

—¿Qué salsa?

—La que le regaló su abuela.

—¡Ah, sí! Era blanca, con flores de color rosa. Es muy antigua; la trajo de Inglaterra cuando era pequeña, y era la que usaba en Navidad. Me encantaba verla en la mesa. Era muy elegante y bonita. —Comenzó a llorar en silencio y a Em se le encogió el corazón. Los padres de su padre habían muerto cuando ella era pequeña, Nana había tenido un derrame cerebral o un ataque cardíaco mientras dormía.

Entonces Em vivía en Michigan. Recordó lo mucho que le afectó la noticia cuando se lo dijo su madre y lo maravilloso que había sido el comportamiento de Kevin, abrazándola y sintiendo el reconfortante olor de su camisa, el omnipresente olor a sudor que siempre desprendía cuando estaba tan obeso.

Nana había tenido suerte. La vejez no era tan buena para la mayoría de la gente.

—Déjeme echar un vistazo por aquí —le dijo a la anciana, poniéndose de pie.

—¡No la encontrarás! Se la llevaron esos hombres. ¡No quiero que vengan aquí!

—¿Por qué no echar un vistazo de todas formas? Así nos aseguraremos de que no le falta nada más. —Em apoyó la mano en el hombro de la señora McPhales y la anciana parpadeó al mirarla con los ojos todavía llorosos.

—¿Lo harías, querida? ¡Oh, gracias!

La salsa estaba en el baño, sobre el radiador.

—¿Es esta? —preguntó al volver a la cocina.

—¡La has encontrado! ¡Oh, gracias, querida! ¡Gracias! ¡Te adoro! —Em sonrió, no estaba segura de si la señora McPhales le hablaba a ella o a la salsa.

Después hizo un sándwich para la anciana, comprobó todas las ventanas y los seguros para que la mujer se relajara y se dirigió al vehículo policial, donde se puso en contacto con Levi por radio.

—Por aquí todo despejado, jefe. Creo que debería hablar con su hijo sobre la conveniencia de ingresarla en Rushing Creek, o quizás ayuda a domicilio. Vive muy aislada.

—De acuerdo —respondió Levi—. Ven a comisaría. Necesito que hagas algo.

—Entendido, gran jefe.

—Es jefe Cooper, muchas gracias.

Em sonrió al desconectar. Levi se tomaba a sí mismo demasiado en serio, pero era entrañable. Era un buen jefe y todavía mejor como policía. No necesitaba que se lo dijera, pero la gente del pueblo lo adoraba.

Em llamó a sus padres desde el automóvil. Primero haber pensado en ellos en la clase de Negociaciones para situaciones de crisis y después ver a la señora McPhales tan triste... Bueno, qué demonios, sus padres no estaban haciéndose más jóvenes.

—Hola, mamá —la saludó cuando contestó al teléfono.

—¡Emmaline! ¿Estás enferma?

—No. Solo llamaba para saludar.

Hubo una pausa.

—Ah...

—Bien, ¿cómo estás? —preguntó Em.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien.

Hubo otra pausa.

—¿Recibiste las fotos que te envié de la boda? —preguntó su madre.

Lo había hecho.

—Claro que las recibí. Pero ¿por qué me envías fotografías de Kevin y Naomi?

—¿Por qué? ¿Todavía te molesta?

—No, es que no quiero ver cómo se besan.

—Me pareció que un poco de terapia de inmersión podría ayudarte a olvidarte de él.

—No necesito ayuda. —«Salvo para hablar contigo, por lo que parece»—. Estoy de maravilla.

—Es interesante que elijas esa palabra para describirte, querida.

Su madre estaba en modo psicoterapia. La conversación nunca había sido el punto fuerte de su relación. Em lo intentó de nuevo.

—Ni te imaginas... Estoy yendo a clases de Negociaciones para situaciones de crisis y hay un montón de psicología.

—¿De verdad?

—Sí. —Emmaline esperó una pregunta utilizando la técnica de la pausa. La pregunta no llegó—. Creo que he entendido por qué te gusta tanto tu trabajo. —«¿Hola? ¿Hay alguien?»

Silencio. De acuerdo, mantener una buena relación era más difícil de lo que parecía.

—¿Cómo está papá?

—No lo sé. Trabajando.

—¿Y Ángela?

—Muy bien.

Em suspiró. Su madre era así a veces. Por lo general, después de pelearse con su padre.

—Está bien, mamá, me alegro de hablar contigo.

—¿Cuándo vas a venir por casa, Emmaline?

Em hizo una mueca ante el espejo retrovisor.

—Mmm... quizás este verano, algún fin de semana.

—Me refiero a cuándo vas a venir a casa para siempre, Emmaline. Ya has jugado a ser policía el tiempo suficiente, ¿no te parece?

—Es mi carrera, mamá. Y me gusta mucho.

—Pues a mí me parece que estás huyendo de la vida real.

—Esta es mi vida real.

—Si superaras realmente lo de Kevin y cerraras esa etapa de tu vida, podrías regresar a casa. En la boda me di cuenta de lo mal que estabas.

—Bueno, mamá, en primer lugar, tú has vendido mi casa. Y en segundo, por supuesto, estaba incómoda en la boda, yo...

—Cariño, eres inteligente. ¿Qué pasa con tu titulación? ¿Te has olvidado del periodismo? Seguramente quieres hacer algo más importante que poner multas por aparcar mal.

Solo una madre puede apuñalar tan directamente. Em se aseguró de no variar el tono de voz.

—Mi trabajo es importante, mamá.

—Podrías aspirar a más.

—Gracias.

—Bueno, ¡mira a tu hermana! Un doctorado en...

—Sé todo sobre su tesis doctoral, mamá. Pero yo soy feliz haciendo esto.

—Es una pena.

Alice McPhales no creía eso. Ni sus adolescentes en riesgo de exclusión. Más bien creían lo contrario, o eso esperaba.

—Tengo que dejarte, mamá. Estoy en la comisaría.

Colgó e intentó relajarse.

Cuando Levi le ofreció el trabajo le había dejado claro que el noventa por ciento del mismo consistiría en servicio comunitario y el restante diez por ciento sería de aplicación de la ley. Robos y allanamientos de vez en cuando, controles de velocidad y pruebas de alcoholemia serían la parte más seria.

Qué demonios, el rescate de Jack. Eso había sido espectacular (y aterrador). Verlo con hielo en el pelo presionando el pecho de Josh Deiner, con los muchachos agrupados a su alrededor, le había provocado terror e impotencia.

Pero lavar los platos de la señora McPhales y encontrar su salsa... Sentía una agradable sensación en el pecho gracias a eso.

—¿Qué tal fue la clase? —le preguntó Levi cuando entró.

—Estupenda —respondió—. Me encanta.

—Bien. Tengo otro trabajo para ti.

—Yo estoy libre, jefe —se ofreció Everett—. ¿Es peligroso? —preguntó, llevando la mano al arma de forma automática.

Levi lanzó a Everett una mirada de sufrimiento.

—No, Everett. Lo hará Emmaline. Y si vuelvo a verte acariciar el arma esta semana una vez más, te enviaré a casa.

—Entendido, jefe. No acariciaré el arma. Sí, señor.

—Entra en mi despacho, Em.

Ella obedeció y se apropió de una galleta del escritorio de Carol cuando pasó por delante. «Mmm... avena y pasas.»

—Toma otra —ofreció Carol.

—¿Quieres casarte conmigo? —bromeó Em.

—Ponte a la cola —replicó Carol.

Levi estaba sentado detrás del escritorio. Tenía las manos cruzadas.

—Necesito que verifiques algo. Al parecer, alguien guarda rencor a Jack. Es posible que se trate solo de una travesura, pero está comenzando a ser desagradable. En primer lugar, alguien entró en su casa, encendió todas las luces y dejó puertas y ventanas abiertas.

—¿Los Deiner?

—No creo que fueran ellos, porque siempre están en el hospital.

—¿Quizá su ex? —Podía imaginar a Hadley haciendo algo así para demostrar a Jack que necesitaba que ella volviera, pero no, Hadley parecía más de de las que debían ser rescatadas.

—Es posible —convino Levi—. Hace una semana, alguien le puso una nota en el limpiaparabrisas que decía «Cúbrete las espaldas». Estaba escrito en un papel rosa y no había sido escrito a mano.

—¿La tiene?

—No.

Em hizo un gesto de disgusto.

—¿Es que nadie ve *Navy: Investigación criminal*?

—Ya, lo sé. Y esta mañana encontró una zarigüeya muerta dentro de la *pickup*. Tenía el cuello roto.

Em se estremeció.

—¡Mierda!

—Exacto. —Levi miraba la pared—. Quiero que vayas a su casa como refuerzo de seguridad.

—¿Refuerzo de seguridad? ¿Qué soy, del servicio secreto?

—No te pases conmigo, señorita.

—Te llevo un año, Levi. ¿Crees de verdad que corre peligro?

—Nuestro trabajo es asegurarnos de que no sea así. —Levi agarró un bolígrafo y empezó a jugar con él. Sin mirarla.

—Jefe —le dijo—. En esta comisaría hay tres personas. ¿De verdad piensas que un roedor muerto significa que debo proteger a Jack Holland...? ¡Oh, Dios mío!

Estás haciendo de casamentero, ¿verdad?

Levi suspiró.

—Faith me obligó.

—Tienes que estar de broma.

—Aun así, sigo siendo tu jefe. Por favor, asegúrate de que Jack está a salvo esta noche.

—Levi...

—Soy el jefe Cooper, agente Neal.

—Oh, no, no me vengas con esas cosas. —Ella se dejó caer en la silla—. Está bien, lo de la zarigüeya con el cuello roto es espeluznante.

—Sí.

—¿No puede ocuparse Everett? Ya sabes lo mucho que le gusta pasearse con su arma.

—Sí, y acabará disparándose a un pie con ella. —Levi suspiró—. Has de admitir que encontrar una zarigüeya muerta sobre el salpicadero no es normal. Así que tienes que ir allí, registrar su casa y ver cómo está. Comprueba los alrededores. Y quizá deberías también hablar con su ex. Faith me ha dicho que está un poco... inestable. Y si es capaz de hacerse un esguince solo por conseguir la atención de Jack...

—¿Así que ahora me crees?

—..., ¿por qué no va a poder recoger una zarigüeya y ponerla dentro de su vehículo? En especial si se ha enfadado porque él está saliendo contigo.

—No está saliendo conmigo. Sigue tratando de salir conmigo y...

—No vamos a hablar de tu vida personal, ¿de acuerdo?

—Levi, eres tú el que se dedica al proxenetismo.

Él frunció el ceño y la miró con paciencia, con expresión un poco aburrida.

—De acuerdo —claudicó ella—. Lo haré.

—Gracias, agente.

—Espero que tengas en cuenta esto cuando te toque revisarme el sueldo.

—Lo haré. —Él se permitió una leve sonrisa antes de indicarle que saliera de su despacho.

\* \* \*

Em se detuvo primero en Opera House. Subió las escaleras y llamó a la puerta del apartamento 3-C. Hadley abrió con una brillante y expectante sonrisa que desapareció como si la hubieran golpeado con un disco de hockey al ver que no era Jack.

—Hola, Hadley —saludó Em—. Espero que no te importe que pase y te haga unas preguntas.

—¿Jack está bien? —preguntó ella, tratando de mirar por encima de su hombro.

—Interesante pregunta. ¿Por qué razón debería no estarlo? —dijo Em arqueando una ceja.

—Mmm... er... ¡no lo sé! —Vio cómo se sonrojaba.

«Culpable», pensó Em. Esperó.

—Bueno, pasa —dijo Hadley—. ¿Dónde están mis modales?

Llevaba un vestido, una especie de funda rosa. Em pensó que si se la pusiera ella la haría parecer una almohada, pero a Hadley le daba un aire romántico y delicado. Tenía el largo cabello rubio recogido en la nuca, en un intrincado moño que Em jamás habría sabido hacerse: sus espesos y ondulados cabellos eran el Houdini del pelo y solo podían ser recluidos en el moño reglamentario con una combinación de *spray* mágico, una goma (de las que se usaban para mantener juntas las ramitas de brócoli en el supermercado) y diecisiete horquillas.

Contuvo un suspiro, pensando que no debería preocuparse por eso, y entró en el poco iluminado apartamento. Em sabía que se alquilaba amueblado, pero Hadley había puesto su impronta. Un jarrón con tulipanes rosas y morados en la mesita de café, una manta de color crema colocada de forma artística en el brazo del sofá. Un montón de cojines, una serie de espejos en la pared del pasillo. Dos o tres velas que hacían que en la sala flotara un aroma a lavanda y que le hizo sentir un cosquilleo en la garganta.

Toda la habitación estaba preparada para la seducción.

¡Anda, qué bonito! Una foto gigante de la boda de Hadley y Jack sobre la estantería, colocada de forma que fuera imposible no verla. Tuvo que admitir que ver a Jack Holland con el uniforme blanco de la Marina era muy agradable. Hadley y él hacían una magnífica pareja, no se podía negar. Hadley estaba preciosa, radiante y pequeña, y Jack... Jack parecía muy feliz.

Se obligó a apartar los ojos de la fotografía. Había una botella de vino, de la que solo quedaba un cuarto, sobre la encimera. Un vaso. El corcho y el sacacorchos estaban en el fregadero, lo que indicaba que no hacía mucho tiempo que la había abierto.

Mucho vino para una mujer tan pequeña.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Hadley.

—Jack encontró una zarigüeya muerta dentro de su *pickup*. ¿Por casualidad sabes algo al respecto?

—¿De veras? —su rostro se iluminó—. ¡Es horrible! ¿Estaba preocupado? ¿Debo llamarlo? ¿Me necesita?

—¿Fuiste tú quien la puso ahí?

—¿Yo? ¡No!

—¿Y dónde estabas anoche?

—Estaba aquí. Sola.

Jack ni siquiera había presentado cargos. Quizás él sospechaba que había sido su ex y no quería meterla en problemas.

—¿Tienes alguna manera de demostrar tu coartada? —indagó Em.

—La verdad es que sí. Hablé con mi hermana alrededor de las diez. Con Frankie. Jack se lleva muy bien con ella. Adora a mi familia. Lo cierto es que también son su familia, por supuesto.

—¿No fuiste a ninguna parte?

Hadley cruzó los brazos.

—Ya te lo he dicho, no he hecho nada. ¿De verdad crees que tocaría un animal muerto? ¿Parezco ese tipo de mujer? —Tenía su parte de razón. Por mucho que a Em le gustaría detener a Hadley por conducta delictiva, no podía imaginarla ensuciando sus perfectas y pequeñas manos de esa forma—. Después de hablar con Frankie, me metí en la cama como cura de belleza. Quizá deberías probarlo.

Emmaline se permitió una breve fantasía en la que ponía unas esposas a la Pitufina y le leía sus derechos antes de meterla en una celda. Un pensamiento feliz.

—¿Siempre bebes sola, Hadley? —preguntó Em, señalando la botella de vino.

—Bueno, estar casada con un enólogo sin duda ha desarrollado mi aprecio por el vino, agente. Pero no siempre bebo sola. A veces tomo una copa con Jack.

Em no mordió el anzuelo.

—Asegúrate de no conducir si has bebido.

—Oh, estoy perfectamente sobria. De hecho, parece que Jack está solo. Iré allí y comprobaré qué tal está.

—No es necesario. La policía está en ello.

Hadley frunció el ceño.

—Bueno, creo que Jack agradecería un poco de compañía.

—El jefe Cooper opina lo mismo, por eso voy ahora mismo hacia allá. Espero no encontrarme con ningún intruso. Que tengas buenas noches.

Salió de Opera House y cruzó la zona verde, pasó la Taberna de O'Rourke, que ya estaba llena, y siguió por la calle hasta su casa. Tenía que dar de comer a *Sargento*. Y podía llevar con ella a *Superperro* si tenía que pasar un rato con Jack.

*Sargento* saltó y dio vueltas sobre sí mismo con el pollo de goma chillón entre los dientes cuando ella entró.

—¡Hola, guapo! ¿Te alegras de verme? ¿De verdad? —De hecho, *Sargento* gemía y aullaba de alegría. Em le acarició las orejas con las dos manos y dejó que le lamiera la cara durante unos minutos—. ¿Quién es un buen perrito? ¿Eh? ¡Eres tú, amigo! ¡Vamos a salir de paseo!

Mientras *Sargento* hacía sus necesidades en el patio trasero, ella echó un vistazo a su alrededor.

No era tan femenino como el apartamento de Hadley, eso era seguro. Pero era un espacio feliz. Había algunas fotos en la repisa de la chimenea: una de Ángela y ella y otra de Levi poniéndole la placa el día que se graduó en la academia. Miró con cariño otra en la que estaban Nana y ella, un día de verano, riéndose. En esa le faltaban los dientes de delante. Los muebles eran cómodos y robustos (como ella). Había un montón de libros en los estantes. Una hermosa lámpara Tiffany que había adquirido en la tienda de antigüedades Presque Antiques.

En aquella casa había pasado los momentos más felices de su vida, aparte de los años que vivió con Kevin. Era el lugar donde se había criado, donde se había convertido en la persona que era ahora. Pero todavía le dolía la facilidad con que sus padres habían dejado alejarse a su única hija cada verano. Habían mantenido a Ángela con ellos; incluso después del divorcio no habían sido capaces de separarse para no dejar de verla.

Bien. A ella le habían hecho un favor. Estaba mejor allí.

—Vamos, *Sargento* —dijo, mientras su perro corría hacia la gatera—. Esta noche estamos de guardia.

## Capítulo 20

Para Jack, la cocina había adquirido mayor importancia desde el accidente, ya que le daba algo en lo que pensar. Había puesto un *podcast* sobre ciencia en el ordenador que le servía para mantener la mente ocupada.

Por extraño que pareciera, en realidad no le preocupaba que hubiera aparecido una zarigüeya muerta dentro de la *pickup*. Seguramente sería cosa de un adolescente, algún amigo de Josh Deiner. Y si era así, quizá lo mereciera, ¿verdad?

En el teléfono sonó un mensaje de texto. Hadley. ¡Lo que faltaba!

*M enteré del «incidente» de oy. Tas bien??? Bss*

¿Tan difícil era escribir bien? La ortografía y el estilo de aquel mensaje harían que Stephen Hawking pareciera idiota. Optó por no responder.

Fue un error, porque el teléfono volvió a vibrar en la encimera.

Xfa, dime si stas bien.

Jack suspiró.

Kieres venir a cnar?

Debía admitir que Hadley tenía los pulgares rápidos.

Puedo ir yo si prefieres :)

Y ahora una carita sonriente, por el amor de Dios.

Lámame, ok???

No, gracias, no iba a hacerlo.

T echo d menos!!!

Stoy preocupada x ti!!!

Era el equivalente emocional a pasar las uñas por una pizarra.

Y ahora sonaba el teléfono. Había tres posibilidades sobre quién podía ser. No se molestó en responder a la llamada, pero sí a los mensajes.

Estoy bien. No te preocupes por nada.

Pensó en apagar el móvil, pero no disponía de teléfono fijo. Su abuelo había estado algo decaído últimamente y le había pedido a Jeremy Lyon que le hiciera una revisión, ya que el viejo no iría al médico a menos que le apuntaran con una pistola a la cabeza.

Añadió salchichas al ajo y las cebollas que estaba salteando. Esa sería una buena cena. No había comido demasiado los últimos días. Ah... y tenía tarta de chocolate de la señora Johnson de postre. Agarró el teléfono y la llamó.

—Solo quería darte de nuevo las gracias por la tarta—dijo.

—¡Oh, Jackie, no seas tonto! Ya sabes que eres mi favorito—dijo la señora J.

—Lo sé, y presumiré de ello delante de mis hermanas cada vez que pueda. Y también de papá. —Sonrió—. ¿Qué vais a hacer esta noche?

—Eso no es de tu incumbencia, querido Jack.

Jack se estremeció.

—Tienes razón. Gracias de nuevo, señora J.

Quizá debería tener un perro. *Lázaro* no era un animal demasiado cariñoso. Como para demostrar que se equivocaba, el gato se frotó contra su tobillo como muestra de afecto y, a continuación, bufó y se metió debajo del sofá.

En ese momento llamaron a la puerta y apretó los dientes de forma involuntaria. Apagó los fogones y se acercó a abrir. Si era Hadley, llamaría a la policía.

No era su ex, sino la propia policía, todavía de uniforme. Y el perrito de la policía, con un muñeco de goma con forma de pollo en la boca.

Jack no pudo reprimir una sonrisa.

—Hola—saludó, abriendo la puerta de par en par—. ¿Cómo estás?

—Se trata de un asunto policial—dijo ella, ya ruborizada—. Levi me dijo que viniera.

—Le debo una—murmuró él—. Pasa. Estoy haciendo la cena. Puedes quedarte.

—No, solo hemos venido a echar un... mmm... vistazo.

—¿Por? ¿Por la zarigüeya muerta?

—Básicamente. ¿Te importa si doy una vuelta por la finca?

—En absoluto. Te acompaño. —Fue a buscar una cazadora—. Hola, amiguito. —Se inclinó para acariciar al cachorro, que se retorció presa del éxtasis y soltaba algunos ladridos agudos. *Lázaro* salió disparado como una flecha y corrió debajo de un arbusto, seguramente para espiar al perro. Jack se incorporó y se vio invadido por el olor del champú de Emmaline.

«Mmm... muy bueno.»

Em tenía unos ojos preciosos. Rasgados como los de un gato y azules. Su boca... Recordaba muy bien esa boca. Sí, claro que sí. Era una boca estupenda, perfecta para besarla, perfecta para...

Se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y se aclaró la garganta.

—¿Qué buscas?

—Señales de un intruso. —Metió las manos en los bolsillos de la cazadora—. Por cierto, no deberías haber limpiado la *pickup*. La próxima vez que seas objeto de un delito, por favor, deja que los profesionales hagan su trabajo.

—Lo sé, lo sé—dijo él—. Levi ya me ha largado un sermón.

—¿El camino de entrada es el único que llega hasta aquí?—preguntó ella dirigiéndose hacia el muro de piedra que bordeaba el bosque.

—No. Se puede venir desde el otro lado de la cordillera y atravesar la propiedad de los Ellis.

—Si alguien subiera por el camino de acceso, ¿te despertarías?

—Sí, claro. Es de grava.

—Entonces, estoy segura de que nuestro hombre entró por la parte de atrás.

—Es posible.

La nieve se había derretido durante una breve ola de calor, pero la temperatura de nuevo había estado bajo cero la noche anterior. Su aliento empañó el aire limpio y nítido. *Sargento* resopló detrás de ellos, sin correa. *Lázaro* cerraba la marcha.

—¿Cómo va todo? —preguntó Jack.

—Bien —respondió ella—. ¿Tienes alguna idea de quién podría haber dejado una zarigüeya muerta en tu vehículo?

—Quizás un par de amigos de Josh.

Ella asintió.

—Eso pienso yo también.

La luz se desvanecía, la puesta de sol teñía el horizonte de un brillante color rojizo.

Igual que el día que los niños cayeron al lago.

Aquel pensamiento no le permitió pensar en nada más. La parte inferior del Audi, tan nítida y extraña, volando por encima de su cabeza. El ruido de la cámara cuando la dejó caer al muelle. La mordedura acerada del agua sobre su cabeza cuando se sumergió.

Durante un segundo no pudo respirar, solo mirar el cielo rojo y púrpura. Josh no se movía y Jack estaba respirando. Sus ojos se cerraron, Josh ya estaba muriéndose y él...

Notó pelos en la boca y un cuerpo caliente retorciéndose contra su pecho. Em le había entregado al cachorro.

—Tiene las patas un poco frías. ¿Te importa llevarlo en brazos?

—¡Oh, Claro! —*Sargento* le lamía con alegría el rostro y gemía—. Tranquilo, amigo —dijo Jack—. Apenas nos conocemos. —Su voz sonaba casi normal.

El perro emitió un cómico ladrido y, a continuación, apoyó la cabeza en su hombro.

Emmaline no lo miraba, tenía los ojos clavados en el juguete del perrito. A Jack se le ocurrió que ella le había entregado el animal por alguna razón.

—¿De dónde has sacado a tu amiguito? —preguntó él.

—Me lo dio Bryce Campbell. Es el dueño del refugio de animales. Oye, ¿eso de ahí es la casa de Jeremy? —Ella señalaba la propiedad de Lyon, el vecino más cercano a Blue Heron, que era propiedad del exprometido de Faith.

—Sí.

—Es un hombre agradable. Quizá podrías hablar con él sobre tu trastorno de estrés postraumático.

—No tengo trastorno de estrés postraumático.

—¿Eres consciente de que hace apenas dos minutos te detuviste en seco y no respondiste hasta que te entregué al perro?

«¡Joder!»

—Vamos a terminar con esto, ¿de acuerdo? Vamos a comprobar el perímetro o lo que sea que estés haciendo. Luego podemos cenar.

Ella no respondió, pero a medida que se acercaban a la casa se detuvo en cada ventana y miró al suelo.

—Lástima que no haya nieve. Y que haga demasiado frío para que quedaran huellas en el fango —comentó ella—. Pero quizás alguien haya tirado una colilla o algo así.

*Sargento* roncaba con suavidad.

—Creo que ya está —dijo Em, que parecía disgustada por no haber encontrado nada incriminatorio.

—Bueno. ¿Cuándo termina tu turno?

—Esta noche estoy de guardia.

En ese momento sonó el móvil de Em. También el de él. Jack comprobó la pantalla.

*Levi ha cambiado el turno de guardia, así que si Emmaline sigue ahí puedes invitarla a cenar. Bss, tu hermana favorita.*

Em suspiró.

—¿Todo bien? —preguntó Jack.

—Sí.

—Así que, si no tienes que trabajar esta noche, puedes quedarte a cenar.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién dice que no tengo que trabajar?

—La esposa de tu jefe. —Jack sonrió—. Venga, Em. Quédate. Podría ser productivo. Y deja de fruncir el ceño, se me da bien cocinar. Y ya que estás fuera de servicio, puedes tomarte una copa de vino.

\* \* \*

Era un placer ver a Jack Holland en la cocina, pensó Em. Él la pilló observándolo y ella apartó la mirada.

—He visitado a tu esposa —le comunicó.

—No tengo esposa —respondió él con calma, sirviendo una copa de vino blanco—. Nuestro chardonnay Granito. Lo llamamos así porque los viñedos están en el campo que está junto al cementerio familiar y nos pareció raro llamarlo «cementerio de acelgas». Aroma a vainilla y flores, notas minerales limpias y un acabado que permanece en el paladar. ¿Para qué demonios has ido a ver a Hadley?

—Para preguntarle por la zarigüeya.

—No has hecho más que darle munición, ¿sabes? —explicó él—. Cuanta más atención recibe, peor se pone. —Sus dedos se rozaron cuando le entregó la copa, y una corriente le subió por el brazo.

Ella se sentó en un taburete frente al mostrador y tomó un sorbo de vino.

—¿Te gusta? —le preguntó él.

—No está mal.

—Ya que estás, apuñálame el corazón, ¿por qué no?

—Se mostró muy emocionada por el hecho de que alguien estuviera acechándote.

Jack dejó caer la espátula con la que removía la carne del delicioso plato que estaba preparando.

—Emmaline, no quiero hablar de mi ex, ¿de acuerdo?

—Claro. ¿Qué estás preparando?

—*Ragout* dulce de salchicha italiana con salsa cremosa de vodka con brócoli y *penne*. Ven. Pruébalo. —Sostuvo la cuchara de madera ante su boca, y ella obedeció.

«Una comida capaz de llevar al orgasmo. Picante y cremosa, dulce y condenadamente increíble.»

—¿Preparas cosas así todas las noches? —preguntó.

Él clavó los ojos en su boca.

—Lo haría si tuviera una razón para ello.

Em dejó de masticar. Tragar le resultó difícil.



Los hombres como Jack deberían tener cuidado con lo que decían. En esa declaración se podían entender muchas cosas.

Entonces, su gato emitió un sonido extraño, como el chirrido de una puerta, y *Sargento* se precipitó a por él.

—¿Quieres que encierre al perro en el sótano? —preguntó.

—No, está bien. *Lázaro* puede cuidar de sí mismo. —Abrió una alacena y sacó algo que añadió a la sartén.

No podía recordar la última vez que un hombre había cocinado para ella. Bueno, cocinado algo que ella realmente quisiera comer, porque los últimos meses con Kevin no contaban.

El fuego comenzó a crepitar en la enorme chimenea de la sala. Em se levantó y se puso a mirar a su alrededor.

Jack tenía algunas fotos dispersas: una de Levi, Faith y *Blue* del año anterior, en su boda. Em había asistido y se acordaba del momento en que se sacó esa foto, y de cómo la gente se reía cuando *Blue* intentaba interponerse entre la pareja. Otra foto de otra boda en la que había estado, la de Tom y Honor. Esta era de Jack y Honor. «Maravillosa.» En la siguiente *él* aparecía en compañía de su padre, con una medalla de oro y una botella de vino. Otro retrato de la familia Holland, en esta ocasión incluso estaba la madre de Jack. Era la boda de Prudence, Jack era todavía muy joven, pero alto y espigado, muy guapo.

La librería estaba llena de biografías y *thrillers* políticos, las cosas que leía un hombre aficionado a la lectura. Había también docenas de tomos sobre vino, como era de esperar.

Por las ventanas se veían las extensas tierras donde los Holland plantaban sus vides, ladera abajo hasta el lago Keuka.

Los muebles de Jack eran preciosos, simples y funcionales, pero con algunos detalles decorativos en la madera que daban un toque de elegancia.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó ella, pasando el dedo por una mesa alta y estrecha.

—Lo hice yo —respondió él.

Claro que lo había hecho. Jack Holland salvaba a los niños y hacía hermosos muebles, cocinaba de rechupete y parecía una estrella de cine.

—Fue mi primer y último proyecto —confesó él—. Casi me rebané el dedo con la sierra al cortar una pieza. —Sonrió y levantó la mano—. Me dieron diecinueve puntos.

Por extraño que pareciera, era agradable saberlo.

—A mí me destrozaron los dientes delanteros en un partido de hockey en la universidad —dijo ella—. Cinco puntos.

—¡Oh! ¿De verdad? ¿Esos dientes son falsos?

—No. Gracias a los milagros de la cirugía moderna, el dentista pudo volver a ponérmelos. Fue una brutalidad. Había tanta sangre que parecía una carnicería. Yo fui muy valiente, por supuesto.

—¿No tienes cicatriz?

—Sí, claro que tengo.

—Déjame verla.

La cicatriz estaba justo encima del labio superior, una tenue línea blanca de unos dos centímetros, que apenas se veía.

—Está ahí, créeme.

Él salió de la cocina y se acercó a ella. Encerró su cara entre las manos para estudiar su boca.

Emmaline podía sentir perfectamente los latidos de su corazón, unos golpes lentos y constantes.

La expresión de Jack era seria. Su boca perfecta. No se atrevía a mirarle los ojos por temor a que se le aflojaran las rodillas.

—Oh, sí... —susurró él—. Aquí está. —Pasó el pulgar por la cicatriz y Em se olvidó de respirar. ¿Estaba inhalando o exhalando? Esos ojos... —oh... ¡guau!, lo había mirado— eran preciosos. Todo él era...

*Lázaro* salió disparado con *Sargento* pisándole los talones. El gato saltó al sofá; el cachorro no controlaba tan bien sus movimientos y se estrelló contra las piernas de Em.

Ella dio un paso atrás. Se aclaró la garganta. Todavía llevaba puesto el uniforme; seguro que había alguna ley que prohibía besar de uniforme.

—*Sargento*, tumbate —ordenó. El cachorro le lanzó una mirada de reproche—. Hazlo —añadió.

El animal obedeció, arqueando una ceja con la tristeza que solo podía mostrar un pastor alemán.

En la cocina sonó un temporizador. Jack regresó detrás del mostrador.

Comenzó a nevar. El cielo se inundó de copos de nieve.

Era muy romántico estar allí, incluso con aquel sonido horrible que el gato hacía debajo del sofá.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Em.

—Oh, sí. Es como suele maullar.

Jack parecía muy poco afectado después de haberle tocado la cicatriz, y eso la irritaba. «Hombres. Seres misteriosos.» Volvió a sentarse en el taburete y lo observó mientras agitaba, medía y ajustaba el calor. Capitán Seducción un minuto, el chef Ramsay al siguiente.

Ahora que lo pensaba, ella siempre había sentido cierta debilidad por Gordon Ramsay, el chef británico que tenía su propio programa en televisión.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Jack?

—Claro.

—¿Por qué yo? En este pueblo hay muchas mujeres a las que les encantaría salir contigo. Que fantaseen con ello. Que correrían más rápido que sus abuelas en un tractor por tener una cita contigo. ¿Por qué estás interesado en mí?

—No lo sé —replicó él—. Soy un hombre. No pensamos demasiado. ¿«Porque eres buena en la cama» sería una respuesta adecuada?

A ella se le escapó un risueño resoplido de sorpresa.

—Mmm... no.

Él le sirvió más vino. Todo un anfitrión.

—Tengo una pregunta para ti, agente. ¿Por qué no quieres salir conmigo? Y no me vengas con esa tontería de que todavía siento algo por Hadley o que tengo trastorno de estrés postraumático.

—Todavía sientes algo por Hadley. Y servirías como ejemplo para explicar el trastorno de estrés postraumático.

—Voy a fingir que no he oído nada. Sigo esperando tu respuesta.

Em hizo tiempo dando un sorbo de vino; de verdad que era fantástico. Jamás había prestado demasiada atención a las descripciones del vino. Era vino, ¿podía ser malo? Pero cuando Jack identificaba los matices de la forma en que lo hacía, ella podía saborearlos. Supuso que, después de todo, no decía esas cosas por alardear.

—¿Qué pasaría si Hadley no estuviera en el pueblo? —insistió al ver que ella no respondía—. ¿Y si esos niños no hubieran tenido el... accidente? Entonces ¿saldrías conmigo?

—Bien, jamás te habías interesado antes en mí, por lo que tendría que decir que no.

—Es que quizás eras tú la que no estaba interesada, y yo siempre he pensado en ti como la tía buena de hockey.

Otro resoplido. «Em, deja de hacer eso.»

—Jamás me invitaste a salir.

—Nunca me diste pie.

—Si estabas suspirando por mí, lo ocultabas muy bien.

Él le lanzó una mirada condescendiente.

—No suspiraba por ti, Emmaline. Eras la tía buena de hockey. Es lo que pensamos todos.

—Lo que explica por qué he tenido dos citas en tres años.

—Quizá tu actitud dulce y amable tuviera algo que ver con eso.

—Oh, que te den.

—Ya está todo dicho. —Él sonrió—. No tienes por qué tener una dulce y amable actitud, pero deberías sonreír de vez en cuando. Eres un poco desconfiada. ¿No te lo ha dicho nadie?

—No, la verdad —mintió. Tomó otro sorbo de vino y volvió a resoplar—. Además está tu apariencia. —«Cállate, Em», le aconsejó su cerebro.

—¿Tan mal estoy?

—Pues sí. Lamento tener que decírtelo. —Él sonrió y a ella se le secó la boca—. No..., lo cierto es que eres muy guapo. Y eso juega en tu contra.

Él la miró como si fuera una complicada ecuación de álgebra.

—Así que no estás interesada en mí por tener buen aspecto, ya que tu ex también tenía buen aspecto y te rompió el corazón.

—Entre otras cosas. Y no pongas esa expresión. No es tan tonto como parece.

—Bueno, es que todo eso suena muy tonto.

—Bien, pues no lo es. Es complicado e inteligente.

«O no.» Tal vez era una tontería. Quizá debería comer algo antes de beber más vino.

Tomó otro sorbo.

—Jack, pienso que quieres estar conmigo porque estoy a mano, porque ya nos hemos dado un revolcón y porque quieres distraerte de tus problemas.

—Todo eso es cierto. Y además me gustas.

Por alguna razón, esas palabras fueron como un déjá vu.

A él le gustaba. Ella ya lo amaba. Ya era consciente de ello.

«¡Mierda!»

Esa era justo el tipo de situación que llevaba a la perdición y a la desesperación, a lloriquear con las «Traicionadas y amargadas», a llorar sobre la almohada por la triste certeza de que alguien a quien amabas no te correspondía. Jack quería una distracción. Y ella le gustaba. Eso era todo.

—Debería marcharme —dijo ella tras aclararse la garganta.

Él apagó la cocina y rodeó el mostrador mientras ella hacía girar el taburete para no perderlo de vista. Eso fue un error.

Jack apoyó las manos a ambos lados de ella y se inclinó hacia delante. Oh, olía bien. A jabón para la ropa y vino, a comida y humo.

—No te vayas —murmuró.

Luego se inclinó más y frotó su mejilla contra la de ella, que sintió el roce de la barba incipiente, el calor de su cuerpo. Él le pasó los labios por la barbilla y Em sintió que se le aflojaban las piernas y que un latido casi doloroso empezaba a palpar en sus partes femeninas.

—Jack... —intentó decir.

—De postre tengo tarta de chocolate.

Ella tragó saliva.

—¿Esta es tu idea de unos preliminares?

—Sí —susurró él, besando el lugar donde se encontraban la barbilla y el cuello. Bajó más la voz—. ¿Está funcionando?

Se echó un poco hacia atrás y la miró con aquellos ojos azules, claros y sonrientes.

—Sí —se escuchó decir.

Entonces, aquella boca suave y sonriente se posó sobre la de ella, y Em supo que había sido idiota, porque llevaba dos semanas posponiendo aquello cuando habría podido estar besándolo. Él comenzó a deshacerle el moño que, por supuesto, no podría soltarse sin una palanca y un mapa para localizar las diecisiete horquillas, pero no, no, no sabía qué estaba haciendo él, pero notó que el pelo se aflojaba, que Jack enredaba los dedos en él y que algunas horquillas rebotaban contra el suelo. Sintió su boca en la garganta provocándole escalofríos por todo el cuerpo. Sin pensar en lo que hacía, deslizó las manos hacia sus costillas y su torso. Sus músculos estaban calientes, sólidos y firmes.

Luego, Jack tiró de ella para que se pusiera de pie y la mantuvo cerca de él. Menos mal, porque no estaba segura de que sus piernas la sostuvieran. Em le sacó la camisa de la cinturilla de los pantalones y buscó la piel caliente y aterciopelada que cubría aquellos músculos acerados.

Ella se quitó la cartuchera del arma, algo en lo que debería haber pensado antes, pues no quería disparar de forma accidental, y la dejó sobre la silla.

Entonces, Jack la tomó en brazos (no había duda de que era un hombre fuerte), la acostó sobre la mesa de la cocina y empezó a desabrocharle la camisa del uniforme, apartándole las manos cuando intentó ayudarlo. También le quitó las botas, le aflojó el pantalón y se lo bajó por las piernas, luego, como hombre listo que era, se deshizo del sujetador y de las bragas.

Jack Holland le hizo el amor allí mismo.

¿Quién necesitaba tarta?

\* \* \*

—Esta tarta está de muerte —comentó Em mucho tiempo después.

Estaba acurrucada en el sofá. Llevaba unos pantalones de pijama de patitos (eran de Jack, regalo de su sobrina, según había dicho) y una sudadera de la Universidad de Cornell, y estaba dando cuenta de un trozo de la famosa tarta de chocolate de la señora Johnson.

Jack la miraba comer con una sonrisa juguetona en sus labios y se sintió una diosa del sexo.

«¡Oh, sí!»

Sí, sí, era una fresca: que la demandaran. Pero no era capaz de resistirse a Jack cuando le susurraba cómo sabía y olía, cómo se sentía y todas esas cosas íntimas que la hacían verse hermosa, fuerte y débil y querida, todo a la vez.

Se había dado una ducha en aquel increíble cuarto de baño. Pasó un minuto mirándose al espejo, despeinada, con los labios hinchados y un posible chupetón en el hombro. Si sacara una fotografía y la subiera en su muro de Facebook, pondría algo así como «mi aspecto después de hacerlo con Jack Holland». Todavía tenía el pecho enrojecido y su piel parecía todavía más blanca. Sí, lo había hecho.

El cuarto de baño de Jack era una pasada. Había una bañera rectangular enorme enterrada en un enorme bloque de madera oscura, con un borde lo suficientemente amplio para poner plantas o una copa de vino, un sándwich y un libro y que nada se mojara. La ducha era igual de impresionante, y estaba separada de la bañera por una pared de pavés. Se peinó y se puso la ropa que él le había dado antes de dirigirse a la cocina, donde la esperaba Jack, no con una bolsa de patatas fritas, sino con un enorme trozo de tarta.

El postre primero. Por fin había encontrado un hombre que la entendía.

*Sargento* estaba dormido ante el fuego y *Lázaro* se había sentado en la repisa de la chimenea, desde donde vigilaba al pequeño cachorro como un buitre.

—¿Tu gato se va a comer a mi perro? —preguntó.

—Lo intentará. —Jack se sentó junto a ella y se puso sus pies en el regazo—. Por cierto, ahora estamos saliendo.

—Bueno, eso será si...

—Silencio, mujer. Estamos saliendo. Ahora termina la tarta. Tengo planes para ti y necesitarás energía.

Y, por una vez, Em no protestó.

## Capítulo 21

Resulta que lo único que Jack necesitaba era una mujer. Al menos, eso era lo que le parecía.

Por supuesto, conseguirla había sido tan difícil como capturar una anguila, pero una vez que lo hizo, apreciaba sus maravillosas propiedades. Y lo decía con toda la doble intención del mundo.

Emmaline Neal le gustaba de verdad.

Era divertida, inteligente, increíble en la cama. Su perro era precioso.

Era agradable no estar solo. El sábado fueron a hacer esquí de fondo después del partido de hockey. El aire era frío y duro, el cielo brillante, el día era perfecto. *Sargento* se acercó a ellos galopando a través de la nieve y trató de alcanzar los guantes que acababa de sacarse. Cuando regresaron a su casa, Jack fue a la bodega a por una botella de vino.

Entonces se dio cuenta.

Aquello era lo que se suponía que debía ser un hogar. Mientras estuvo casado, la casa era abrumadora con todos aquellos cojines, carteles y nubes de perfume. Y estando solo era un lugar estéril, solitario, más parecido a una imagen de revista de decoración que a un lugar donde vivía la gente.

Pero ahora la casa era perfecta. Em había llevado un libro de bolsillo, que estaba sobre la mesita de café, y un cómic para él... Le había confesado la pasión que sentía hacia Superman en su adolescencia y le había encontrado un ejemplar antiguo en Presque Antiques. La mochila de Em estaba en una silla de la cocina, y *Sargento* se había tumbado de espaldas, tratando de atraer a *Lázaro*. Había una taza de café sobre la mesa y la cazadora de Em colgaba en la parte de atrás de la puerta.

Estaba tumbada en el sofá, no tratando de parecer atractiva como siempre hacía Hadley, sino relajándose. O quizá durmiendo, dado su aspecto.

—¿Qué pasa? Estoy cansada. Me has agotado —dijo ella, sin abrir los ojos—. Y no estoy hablando solo de esquiar. Anoche dormí como un muerto.

La imagen de Josh Deiner, frío y sin vida en el embarcadero, inundó su mente.

Emmaline se incorporó.

—Mierda. Lo siento. He elegido mal las palabras.

—No te preocupes.

Ella jugueteó con el cómic antes de mirarlo.

—¿Has pasado hoy por el hospital?

Lo había hecho. Lo hacía todos los días por alguna razón estúpida que no entendía.

—¿Tienes hambre?

—¿Cómo está Josh?

—No lo sé, Em. No me dejan verlo. ¿Tienes hambre o no?

Ella no le respondió, pero se puso de pie y le agarró la mano.

—Sabes que tienes que enfrentarte a eso, ¿verdad? —le preguntó con cariño.

Él le apretó los dedos.

—Mira. Salvé a tres niños. Casi a cuatro. Eso es bueno. No me conviertas en una víctima, Emmaline. Me pareció que eran tus padres los que lo psicoanalizaban todo, no tú. Ahora dime, ¿quieres cenar o no?

Su voz sonó dura.

—Claro —respondió ella—. ¿Por qué no cocino yo? —Y se dirigió hacia la cocina.

Jack vio que le entraba un mensaje de Faith en el móvil.

Em está ahí? No lo estropees. Estás vestido decentemente? Pista: la ropa limpia mola

Casi de inmediato, recibió otro mensaje, esta vez de Honor.

No vengas a ver el Top Ten de Tumores, te lo grabaré. Espero que tengas cosas mejores que hacer. Como estar con Emmaline.

Y otro, esta vez de Pru. El aquelarre debía estar reunido y había decidido que no había nada más divertido que atormentar a su hermano.

No temas experimentar.

—¡Santo Dios! —exclamó. Llamó al número de Faith.

—¿Y quién puede ser? —respondió su hermana pequeña. Se oía de fondo el ruido de la Taberna de O'Rourke.

—Dejadme en paz. Estoy ocupado.

—¡Sí! —gritó Faith—. ¡Jack está ocupado!

—Si necesitas algún consejo, hermanito, estamos a tu disposición —gritó Pru, haciendo reír a Honor.

Colgó sin poder reprimir una sonrisa.

Emmaline estaba apoyada en el mostrador, mirando una olla.

Jack se levantó y se acercó a ella.

—Lamento haberte respondido así —dijo.

—No pasa nada. —Ella esbozó una rápida sonrisa, lo que le hizo sentir peor.

La besó con suavidad, luego la subió al mostrador y la siguió besando con más rudeza, e hizo caso omiso a la vocecita que en lo más profundo de su mente le decía que quizás estaba aprovechándose de ella.

\* \* \*

Ese jueves, Emmaline estaba con sus adolescentes en riesgo de exclusión.

—Vamos a ir al campo —anunció—. Tratad de no ponerlos nerviosos. —Sonaron los esperados y consabidos gemidos, quejas y excusas—. ¡Basta! —les dijo—. Será divertido. Es deporte. Ejercicio y vida sana, niños. Las claves de una buena vida.

—Agente Em, nos gustabas... —dijo Cory.

—Shhh. Venga niños, subíos al vehículo policial. Si sois buenos, pondré en marcha la sirena.

Los llevó a Pettiman Rink, donde jugaba al hockey todas las semanas.

—No puedo patinar —se disculpó Kelsey—. Estoy embarazada.

—¿En serio? —intervino Dalton—. Nunca lo hubiera dicho.

—Te odio.

—No vamos a patinar —explicó Em—. Vamos a hacer *curling*, os va a encantar.

—¿Qué es el *curling*? —preguntó Kelsey.

—Es eso que hacen en el hielo con una especie de bolos y escobas los pringados del Círculo Polar Ártico —repuso Dalton.

—¿Es una broma?

—No, es cierto —dijo Emmaline.

—Tengo una media demasiado baja para estar en un equipo —dijo Tamara con orgullo—. Sin embargo, buen intento, agente Em.

—Esto es un club, no un equipo. Acabo de recibir permiso de la señora Didier para que podáis participar. ¿No es una noticia estupenda y maravillosa?

—¿Qué se chuta? —dijo Dalton—. Y más importante, ¿puedo probarlo?

Dentro de la pista había dos adolescentes más: Abby Vanderveek y Charlie Kellogg.

—¿Podemos participar? —preguntó Abby con indiferencia—. Mi madre me dijo que tenía que practicar un deporte de equipo, pero lo que quiere de verdad es estar más tiempo a solas con mi padre.

—Lo siento mucho —dijo Tamara.

—Sí, claro que puedes unírte —dijo Emmaline—. Charlie, ¿te gusta el *curling*?

—Ni siquiera sé lo que es —respondió el muchacho—. Solo le hago compañía a Abby. —Se sonrojó.

—¿No sois primos? —preguntó Cory.

—No. No somos parientes. —La cara de Charlie adquirió un brillante tono rojo.

—En este pueblo todo el mundo está relacionado —suspiró Abby—. He oído que estás acostándote con mi tío, Emmaline. ¿Crees que dentro de poco te tendré que llamar tía?

—Cállate, Abby —dijo una voz—. ¡Hola, niños!

«Hablando del rey de Roma...» Jack se acercó a Em y le dio un rápido beso en los labios.

—Es repugnante —dijo Abby—. ¿No es suficiente con que mis padres estén fingiendo ser lord y lady Crawley? ¿Tengo que ver cómo mi tío hace manitas con la única adulta chachi del pueblo?

—Creo que es bonito —dijo Dalton—. Ven, Jack.

—Hacéis buena pareja —intervino Tamara—. ¿Vais a casaros? ¿Podemos ir a la boda?

—¡Ya basta! —gritó Em—. Estas son las reglas... más o menos.

Durante los siguientes noventa minutos, Emmaline dejó que los muchachos jugaran. La bola de *curling*, realizada en granito pulido, era empujada de un extremo de la pista al otro mientras los niños barrían el hielo por delante. Em no se molestó en corregir su técnica, bastaba con que sus muchachos estuvieran haciendo algo diferente a quedarse sentados quejándose de las injusticias de la vida. Dalton corrió por el hielo, deslizándose como una nutria, y Charlie Kellogg y Abby parecían conocer miles de chistes, lo que también amenizó aquel rato.

Em acabó yendo a las gradas, donde se sentó para sacar un par de fotos de sus niños (y también un par de Jack). Era raro ver a sus niños en movimiento y, por una vez, todos sonreían.

Kelsey incluso se involucró y lanzó la piedra. Estaba de seis meses, lo que significaba que el bebé nacería justo antes de la graduación. No había dicho quién era el padre ni había tomado una decisión firme sobre la adopción. Em estaba preocupada por ella, si Kelsey no se graduaba...

—¡Sí, amigo! —gritó Jack, chocando la mano con Dalton—. ¡Ganamos!

Y hablando de preocupaciones, Jack estaba un poco raro. De hecho, lo estaba desde el otro día, cuando le preguntó si había ido al hospital. Esa misma noche, Jack había tenido una pesadilla y ella lo había intentado calmar susurrándole que estaba a salvo. Pero tenía unas profundas ojeras.

Notó que lo miraba y le dirigió una sonrisa demasiado luminosa.

Había intentado también proteger a Kevin. Afianzar su autoestima, su problema de peso, protegiéndolo de la gente malvada y de su propia negatividad, pero había fracasado de forma estrepitosa.

Así que no había ninguna razón para pensar que podría ayudar a Jack. Podía ser una distracción para él, podía ser divertida. Sin embargo, no podía salvar a nadie, y no debía intentarlo siquiera.

—Disculpe —dijo una voz suave. Em intentó no estremecerse.

—Hadley, ¿cómo estás?

—Estoy estupendamente, gracias —dijo—. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien. —A pesar de que la temperatura había subido hasta casi diez grados, Hadley llevaba un abrigo de lana negro con cuello de piel y un sombrero a juego que parecía sacado de un cuento de hadas ruso. Em estaba de uniforme, como de costumbre.

La ex de Jack la miró de arriba abajo.

—Estás muy musculosa... hoy.

—Gracias.

—Ha sido más una observación que un cumplido. Pero supongo que aquí las mujeres tienen que ser fuertes, y a que es mucho más probable que os quedéis solteras.

—Cierto —dijo Emmaline—. Soy soltera y sé abrir los botes de conserva y o solita. Dicho esto, jamás me he divorciado. —«Ni he engañado a mi marido.»

—Sí, he leído la revista *People* —respondió Hadley—. Bueno, ¿no lo hace todo el mundo?

*Touché.*

—En realidad he venido a hablar con Jack, pero me encanta verlo moverse. Me recuerda lo elegante que es. Y también lo depredador, y a me entiendes.

Em puso los ojos en blanco. Miró el reloj.

—Empezad a recoged, niños —gritó—. Jack, hay alguien que quiere verte...

Jack se acercó y miró a su ex con expresión seria.

—¿En qué puedo ayudarte, Hadley? —preguntó, siempre educado.

«Exasperante.»

—¡Jack, me alegro de verte! —dijo Hadley, entrelazando sus dedos enguantados—. Estás muy guapo. Bueno, como siempre, ¿verdad? ¿A que no adivinas quién está en el pueblo? ¡Frankie! ¡Se muere por verte, Jack! Por favor, dime que vendrás a cenar esta noche, ¡por favor! Ya sabes que siempre te ha adorado. ¡Oh, Dios! ¿a que no sabes de qué me he acordado hoy? De la vez que los tres hicimos el recorrido por la vieja Savannah en el Trolley Tour y tú y ella os bajasteis delante de esa panadería y no te diste cuenta de que...

—Sí, de acuerdo —la interrumpió él—. ¿A qué hora?

—¿Qué te parece si tomamos un cóctel a las seis? Ya sabes que papá nos hizo adquirir esa costumbre —sonrió.

—Estupendo. Nos vemos luego.

—¡Oh, estupendo! ¡Nos vemos más tarde, cariño! —Satisfecha con lo que acababa de lograr, Hadley se alejó prácticamente volando.

—¿Estás engañando a la agente Em? —preguntó Dalton.

—Solo voy a ir a cenar —dijo Jack.

—Oye, ¿es que estás loco? —repuso Dalton—. ¡Eso no está bien! Aunque esa tía esté muy buena, la agente Em es maravillosa.

—¿Em? —preguntó Jack—. ¿No te importa, verdad?

—No pasa nada —dijo ella. Pero le importaba. Sabía que Jack se llevaba bien con su excuñada. Y tampoco habían hecho planes que tuvieran que cancelar. No quería ser el tipo de novia que le dijera lo que podía hacer o a quién ver, porque, seamos sinceros, a esas mujeres les gustaba controlarlo todo.

«Aun así...». La Pitufina quería ir a cenar con él y había aceptado.

—¡Estás jodido! —intervino Dalton—. Vas a tener problemas, amigo —aseguró antes de deslizarse una vez más por el hielo.

—¿Tiene razón? —preguntó Jack—. Cuando alguien dice en ese tono «No pasa nada», al final suele pasar.

Ella lo miró por encima del hombro.

—No pasa nada. Tengo que llevarme a los niños.

—Es que Frankie y yo seguimos siendo amigos.

—No tienes que darme explicaciones.

—¡Mierda! La he jodido, ¿verdad?

—No. Puedes cenar con quien quieras. Esto es América. Vives libre y puedes cenar con la loca de tu exmujer.

—Hace meses que no veo a Frankie.

—Jack, no pasa nada —aseguró con una sonrisa—. Pero me vas a echar de menos.

Él se inclinó y la besó en la boca.

—En eso tienes razón.

Emmaline dejó a los niños en la iglesia y regresó a casa. Parecía que esa noche iba a tener que cocinar, por desgracia. Abrió la puerta y entró.

Había cuatro maletas en la sala, y sentada en el sofá, con *Sargento* en el regazo, estaba su hermana.

—¡Ángela!

Al oír su voz, *Sargento* saltó del regazo de Ángela y comenzó a lanzar agudos ladridos y a gemir, saltando a su alrededor con el pollo de goma chillón entre los dientes.

—¡Oh, Emmaline, cómo me alegro de verte! Lamento no haberte llamado antes. —Ángela se levantó como una elegante flor y la abrazó con fuerza. Eso hizo que *Sargento* saltara con más alegría contra sus piernas, tratando de que lo incluyeran en el abrazo.

—Me alegro de verte —dijo Em—. ¡Qué sorpresa!

Ángela puso cara de circunstancias.

—Vas a tener que perdonarme —se disculpó—. Ha sido algo impulsivo, lo sé.

—¿Va todo bien?

—Oh, sí, sí, todo va bien. Es solo que... bueno, estoy un poco nerviosa. ¿Puedo quedarme contigo unos días?

—Claro —contestó Em—. También es tu casa. Nana nos la dejó a las dos. Pero ¿qué ha pasado?

—Voy a sustituir a un colega en la Universidad de Cornell —explicó Ángela—. Ha sido bastante repentino, pero francamente ha salido en el momento perfecto.

Acababa de terminar una relación.

—¿En serio? No sabía que estuvieras saliendo con nadie.

—Sí. Quise decírtelo en la boda, pero no surgió el momento adecuado. En realidad, hace tiempo que no iban bien las cosas, pero ahora es oficial. Y mamá y papá... no hacen más que indagar. ¿Conoces esa sensación de cuando están a punto de caer sobre ti?

—¿Como buitres?

Ange sonrió.

—Sabía que me entenderías perfectamente.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —la invitó Emmaline—. Lo que significa que... ¡por fin vamos a vivir juntas!

A Ángela se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y va a ser estupendo. Además, Emmaline, necesitaré tu ayuda para decírcles a nuestros padres algunas cosas.

—¿Qué cosas? —¿Estaría embarazada? Eso les encantaría. Demonios, incluso ella se emocionaba al pensarlo.

Su hermana respiró hondo.

—Soy lesbiana.

Em la miró boquiabierta.

—Er... yo... ¡guay! No lo sabía. —Hizo una pausa—. Va a ser todo un impacto para ellos que lo seas tú y no yo. —Y, para su alivio, Ángela se echó a reír y la abrazó—. Tienes que prometerme que algún día tendrás bebés biológicos —agregó—. Sería una pena que se perdiera tu material genético.

Una de las cosas que Jack recordaba mejor de Hadley era que no sabía cocinar. Incluso dos pisos más abajo olió el humo.

—No huele muy bien aquí —lo saludó Frankie cuando le abrió la puerta con su acento provinciano—. Me alegro de estar contigo esta noche, Jack, pero parece ser que algo se ha metido en el horno y se ha quemado. O podría ser la versión de mi hermana de carne guisada. Será mejor que no tratemos de averiguarlo.

—Hola, Frankie —dijo él antes de abrazarla—. Me alegro mucho de verte.

—¡Yo también, querido! Si no te importa, vamos a cenar a la Taberna de O'Rourke. Hadley trataba de impresionarte con sus dotes culinarias, pero yo recuerdo con ansias las hamburguesas de O'Rourke, así que no me importa en absoluto el giro que han dado los acontecimientos. —Se dio la vuelta en el vestíbulo para recoger su abrigo.

Jack avanzó un par de pasos en el apartamento. Había una botella casi vacía de chardonnay de Blue Heron en el mostrador. Y una foto de su boda justo detrás.

—¡Oh, Jack! ¡Estoy tan avergonzada! —gimió Hadley al tiempo que salía de la cocina quitándose el delantal—. Quería hacer una buena cena en familia y, sencillamente, no sé qué ha pasado.

Había lágrimas en sus ojos. Si había algo que Hadley odiaba por encima de todo era pasar por tonta delante de sus hermanas, todas ellas mujeres con alta capacidad intelectual. Sintió un poco de compasión por ella.

—Bueno, ha sido un magnífico gesto por tu parte intentarlo —la consoló.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias —susurró—. Supongo que ya tienes asumido que, en cuestión de cocinar, nunca he pasado de ser una aspirante.

—No te preocupes por eso. Vamos, señoras, salgamos de aquí. Frankie, ¿te has hecho un tatuaje nuevo en la muñeca?

—Sí, Jack. —Ella se subió la manga—. «Con conciencia y dignidad», es parte del juramento como veterinario.

—Me gustaría que no siguieras haciéndote tatuajes —le pidió Hadley—. Es tan...

—¿Masculino? ¡Oh, Dios mío! No digas eso. Pareces la jodida Blanche DuBois.

—Bueno, para ser alguien que supuestamente ama a los animales, no has demostrado mucha pena por lo que le ocurrió a *Princesa Anastasia*, ¿no crees? —espetó Hadley.

—Te envié un mensaje y te llamé. ¿Debía declararlo día de luto nacional? Ese gato era más viejo que Matusalén, Hadley. Y no te olvides que me mordió cuando cumplí nueve años. Todavía tengo la cicatriz.

Las hermanas discutieron entre sí con un sorprendente fervor mientras atravesaban la zona verde, por lo que Jack se sintió un poco más agradecido por sus propias hermanas (no eran perfectas, bien lo sabía Dios, sobre todo si tenía en cuenta el número de mensajes de texto con consejos románticos que le habían enviado últimamente). Si había dos mujeres en el mundo con poco en común, esas eran Frankie y Hadley.

La Taberna de O'Rourke estaba atestada. «Cierto.» Era Mardi Gras. Colleen llevaba un vestido de embarazada y su barriga había crecido. Y eso no era lo único perceptible, pues tenía un escote de impresión gracias al embarazo y Colleen ya tenía mucha materia prima a su favor. Lucas estaba detrás de la barra, ayudando. Colleen parpadeó como reacción tardía.

—¡Oh, hola! Frankie, ¿verdad?

—Tienes buena memoria —aseguró Frankie—. ¿Eso que veo es una barriga de amor?

—Desde luego que lo es. —Colleen puso la mano sobre el estómago y sonrió de oreja a oreja—. Este pirata español es mi marido, Lucas Campbell.

—En realidad soy contratista —dijo Lucas, estrechando la mano de Frankie—. Encantado de conocerte. Hola, Jack. Hadley.

—Me ha gustado lo del pirata —comentó Frankie—. Soy la excuñada de Jack.

—No creo que Jack te considere exnada —intervino Hadley.

—Veamos... —Coll echó un vistazo al restaurante, luego sonrió con complicidad—. ¿Queréis sentaros con Emmaline y a su hermana? Acaban de llegar. Seguro que no les importa. De lo contrario, no habrá una mesa libre hasta dentro de unos cuarenta y cinco minutos.

—¡Oh, no! No pasa nada. Esperaremos una mesa —dijo Hadley.

—Claro, nos sentamos con ellas —contrapuso Jack al mismo tiempo, en tono agresivo—. Suena perfecto.

\* \* \*

Emmaline y Ángela lo estaban pasando muy bien. Ángela era el tipo de persona capaz de disfrutar estando con cualquiera, fuera Kim Jong-un o una ama de casa de New Jersey, ya que no tenía ni una gota de maldad en el cuerpo. Pero era raro que ambas hermanas tuvieran la oportunidad de hacer cualquier cosa solas. Según los cálculos de Em, habían sido como mucho dos veces.

Y tuvo que admitir que era muy agradable que Ángela confiara en ella.

Su hermana había mantenido una relación con una mujer llamada Beatrice, pero las cosas llevaban un tiempo sin funcionar. Cuando le surgió la oportunidad de enseñar astrofísica en Cornell el resto del semestre, no se lo pensó.

—No podía enfrentarme a mamá y papá —dijo—. Van a llevarse una buena sorpresa. Puede que no sean las personas más observadoras del mundo, pero sí son unos padres involucrados —resumió Ángela con una sonrisa culpable.

—Lo sé —murmuró Em—. Creo que les he roto el corazón al ser hetero.

Ángela se rio y alzó la vista.

—¡Vaya! ¡Hola, Jack! ¡Me alegro de verte de nuevo!

Jack estaba allí con Colleen, Hadley y otra mujer, no muy alta pero sí muy guapa, que llevaba el pelo corto y un montón de *piercings*.

—¿Os importa compartir la mesa con ellos? —preguntó Colleen, guiñando un ojo a Em. «La buena de Colleen.» Em le devolvió la sonrisa.

—No, en absoluto —dijo Ángela—. Por favor, sentaos con nosotros. Hola, soy Ángela Neal, la hermana de Emmaline.

—Frankie Boudreau. Mi hermana, Hadley, estuvo casada con Jack unos meses.

Ángela no se inmutó.

—Hola, Hadley. ¡Qué nombre tan bonito! Soy Ángela.

—Hola —saludó Hadley, arrugando la nariz como si estuviera oliendo animales muertos.

—¿Cómo conocisteis a Jack? —preguntó Frankie.

—Em y yo estamos saliendo —informó él, reclamando un asiento al lado de Emmaline.

—¿En serio? —exclamó Ángela—. ¡Oh, hurra! Ya sabía yo que había algo. Lo sentía. —Se reclinó en el asiento y sonrió.

—Bien, esta noche es ahora más interesante, ¿verdad? —Frankie sonrió y se sentó enfrente de Ángela.

—¿Necesitas un guardaespaldas? —susurró Em cuando Jack se acomodó a su lado.

—Sí —musitó él—. Te debo una.

—Sí, es cierto —replicó ella, tomando un sorbo de vino (notas de albaricoque y hierba con un toque de piedra caliza... o tal vez fuera solo sabor a uvas, pero lo intentaba).

Hadley se sentó enfrente de Jack y deslizó la chaquetita de punto rosa por sus hombros para dejar a la vista un vestido sin mangas del mismo color.

—Es muy agradable estar aquí de nuevo —comentó, agitando las pestañas—. Siempre me ha gustado este rincón. Jack y yo lo hemos pasado muy bien aquí.

—¿No es precioso? —convino Ángela—. Frankie, perdóname, no soy de por aquí. ¿También vives en el pueblo?

—No, pero antes de que digas nada, me gustaría comentarte lo mucho que me gusta tu acento —dijo Frankie.

Ángela se rio.

—A mí también me gusta el tuyo.

—¿África oriental?

—¡Oh, Dios mío, sí! ¡Menudo oído tienes!

—Pasé un par de semanas en Kenia, en una reserva —explicó Frankie—. Estoy terminando el grado de veterinaria en Cornell.

—¡Qué pasada! Yo empiezo a dar clases allí la semana que viene. Sustituyo al doctor Bering en relatividad y astrofísica.

—¿Qué le pasa a ese viejo perro? Me apunté a su clase de sistema solar solo por diversión, o eso creía yo. Bueno, ya os digo que sus alumnos se llevan una buena sorpresa cuando atraviesan la puerta.

—¿Quieres que le diga a Frankie que deje de coquetear? —le preguntó Jack a Em.

Ella miró a su hermana, que sin duda no parecía estar sufriendo.

—No, Ange puede arreglárselas sola.

Hadley tenía una expresión reprimida en la cara.

—Parece que vuestras hermanas se gustan —le dijo Emmaline—. Es muy tierno, ¿no crees?

—Mmm... —murmuró Hadley, abriendo el menú.

Jack había apoyado el brazo en el respaldo de la silla de Em. Le acarició el brazo con suavidad y a ella se le puso la piel de gallina. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, él esbozó una sonrisa que hizo que el azul de sus ojos pasara de ser como el de un sombrío cielo de enero al de un mar del Caribe.

«¡Dios!» Menos mal que no la escuchaba nadie. Eso por decirse tantas veces que no se dejara llevar.

Pero no debería estar tan cariñoso con ella delante de su exmujer, daba igual que fuera como un grano en el trasero.

Y Em sabía bien lo que era ver a su ex con otra mujer.

—¿Cómo va todo, Hadley? —preguntó, sorprendiéndose a sí misma.

Antes de que la ex de Jack pudiera responderle, Hannah O'Rourke regresó con una botella de vino tinto y otra de vino blanco.

—Para el héroe del milagro del invierno y sus amigas —declaró de forma pomposa—. De parte de Barb Nelson, a la que no le importaría entrevistarte para el periódico. Ha supuesto que le responderías que no, pero quiere invitarte al vino de todas formas.

Jack entrecerró los ojos.

—Y tiene razón —afirmó. Pero se dio la vuelta para mirar a Barb y agitó la mano. Cuando volvió a la posición inicial, Em sintió que se había encerrado en sí mismo. Su brazo ya no estaba apoyado en el respaldo.

A medida que avanzaba la velada, Frankie y Ángela llevaron el peso de la conversación, pues las dos parecían dotadas para el arte de hablar. Hadley apenas dijo nada, a pesar que se reía con estrépito cada vez que se decía cualquier cosa remotamente divertida. Su expresión parecía desesperada: «¡Mírame, estoy divirtiéndome!».

Aunque le desesperaba, no pudo evitar sentir pena por ella. En ese pequeño grupo de cinco era la única en discordia.

—¿Has tenido algún trabajo decorativo interesante últimamente, Hadley? —le preguntó cuando les llevaron la cena.

—No. Lo cierto es que no —contestó Hadley con firmeza.

—¿Eres decoradora de interiores? —preguntó Ángela—. ¡Qué interesante!

—Pues mi familia no opina lo mismo —espetó Hadley—. Frankie va a ser veterinaria.

—¿A que no adivinas dónde ha estado hoy esta mano? —dijo Frankie—. En la vagina de una vaca. Por cierto, madre y cría están perfectas.

—Y como decía antes de que mi hermana me interrumpiera, mi hermana Ruthie es médico, y Rachel es fiscal del estado, y, como mi padre acostumbra a decir, a mí me gustan las cosas bonitas. Nadie entiende o aprecia lo que hago.

Frankie puso los ojos en blanco, y Jack suspiró. Em estuvo de acuerdo. Hadley era difícil de tratar.

—Creo que es un campo maravilloso —la consoló Ángela—. ¿Qué sería de la vida si no hubiera alguien que creara pequeños refugios en nuestras casas?

—Emmaline y yo estuvimos hoy jugando al *curling* con sus adolescentes en riesgo de exclusión —comentó Jack, y por el rostro de Hadley pasó una tormenta ante el cambio de tema.

—¿Qué es el *curling*? —preguntó Ángela.

—Disculpa —interrumpió una voz masculina que arrastraba las palabras—. Me veo obligado a decirte lo preciosa que eres.

—¡Oh, gracias! —respondió Hadley, levantando la cabeza con una brillante sonrisa—. ¡Eres muy amable al decirlo!

—No hablaba contigo.

Hadley lo miró boquiabierto en estado de shock. «¡Ay, por favor!», pensó Em. Hadley era guapa, sí, pero Ángela era impresionante, casi de otro mundo, deslumbrante por completo. Em sonrió a su hermana y esta arqueó una ceja perfecta.

—Se refiere a ti, Emmaline —le dijo.

Em levantó la mirada.

—¿En serio? —Al muchacho, que estaba muy bueno, todo hay que decirlo, le caía el flequillo artísticamente sobre la frente. Debía de tener unos veinticinco años.

—Sí. —El muchacho sonrió—. Eres realmente... ¡guau! —Se balanceó un poco.

—¿Vas a conducir esta noche? —preguntó Em.

—No, si me llevas tú a casa —replicó él, apoyando las manos en el borde de la mesa.

—¿He mencionado ya que soy policía? —dijo ella.

—¿He mencionado ya lo cachondo que me pone eso? —replicó él.

—Está conmigo, amigo —intervino Jack. Hadley apretó tanto los labios que se convirtieron en una fina línea.

—¡Ohhh! Me encanta eso —se maravilló Frankie—. Es decir, puede que me gusten las mujeres, Jack, pero eso ha estado muy, muy bien.

—De acuerdo, amigo —respondió el joven—. Lo respeto. Pero tú estás muy buena. —Miró a Frankie—. Y tú no estás nada mal tampoco.

—No puedes conducir así —repitió Em.

—Sí, agente. A pesar de que no me importaría nada que me esposaras.

—¡Guau! Eso no me lo habían dicho nunca —aseguró Em.

Jack empezó a levantarse, pero el joven sonrió —era muy guapo— y se alejó.

Ángela aplaudió con deleite.

—¡Oh, Emmaline! ¿Estas cosas te ocurren siempre?

—¿Eh? No —dijo con una sonrisa. Solo Ángela podía preguntar eso en serio—. Perdona, debo asegurarme de que no piensa conducir.

—Sí, por favor, hazlo —intervino Hadley—. Ese pobre hombre estaba tan borracho que apenas veía. —Apuró la copa y la sostuvo para que le sirvieran más.

Em se detuvo. Un talento era un talento y, sin duda, Hadley dominaba el arte del desprecio con gran nitidez.

Se acercó a la mesa del rincón, donde estaba aquel tipo con algunos amigos de la misma edad.

—¿Habéis decidido quién va a conducir? —preguntó ella.

—Yo —respondió uno de los muchachos, levantando la copa—. Agua mineral.

—Estupendo. Solo quería comprobarlo y asegurarme del que el hombre maravilla no conducía. Soy policía —añadió, por si acaso.

—¡Me has seguido! ¡Lo sabía! —dijo el joven achispado—. ¿Quieres que vayamos al cuarto de baño a pasar un buen rato?

—No —dijo ella. «Borrachos...», suspiró para sus adentros.

—¡Cállate, idiota! —Le dijo uno de sus amigos.

Em se dio la vuelta para marcharse, pero de repente se oyó el chirrido de una silla y sintió una mano en el hombro. Se giró con rapidez.

—Basta —dijo con firmeza.

Pero el muchacho la estrechó y la besó en la boca.

Nueve meses atrás, Emmaline se hubiera limitado a darle un rodillazo en las pelotas y a dejarlo gimiendo en el suelo. Ahora era policía, y en vez de ser acusada de brutalidad policial, se limitó a presionar el dedo índice en la nuez del joven.

Y funcionó, por supuesto; nadie podía besar cuando sus vías respiratorias estaban obstruidas. Entonces, de repente, sintió un tirón hacia atrás y vio que Jack tenía al joven contra la pared con un brazo en la garganta mientras el muchacho siseaba aterrado.

Los amigos se levantaron y se quedaron paralizados sin saber qué hacer.

—Quieto —ordenó ella—. Jack, ya basta. —Le puso la mano en el hombro.

La taberna quedó en silencio. Solo se oía la música de la máquina.

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

—Sí —dijo ella—. Incluso estoy un poco aburrida.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Connor O'Rourke secándose las manos en un paño de cocina. Lucas estaba detrás de él, así como la mitad del cuerpo de bomberos. Listos para atacar.

—Nada —dijo Em—. Solo un muchacho que no sabe beber cerveza. Jack, suéltalo.

Él lo hizo (aunque se tomó su tiempo) y la miró con expresión congelada. Em notó que le palpitaba un músculo debajo del ojo izquierdo.

—Que te den —balbuceó el borracho.

—Ya habéis acabado aquí —dijo Connor a los jóvenes—. Pagad y marchaos.

Jack todavía tenía los dientes apretados y miraba con furia al joven borracho y, en realidad, a ella le gustaba verlo así. Nadie se había puesto celoso por ella. Eso le excitaba.

—Volvamos a nuestra mesa —sugirió, agarrándole el brazo y guiándolo hacia aquel lugar. Él se lo permitió aunque murmuró algo por lo bajo. Em sonrió.

Luego se oyó un golpe seco y Jack se tambaleó hacia delante. Em se dio la vuelta: vio una avalancha de gente y cómo Connor y Lucas, y la mitad de sus colegas, habían empujado a aquel idiota contra la pared.

El borracho acababa de romper una botella de cerveza en la cabeza de Jack. Su pelo rubio estaba impregnado de rojo.

\* \* \*

—A ver si lo entiendo —dijo Levi en la sala de urgencias, una hora después—. ¿Mi cuñado y mi ayudante participaron en una pelea en un bar?

Jack suspiró. Le palpitaba la cabeza, Hadley aullaba tan lastimeramente como *Lázaro* cuando lo llevaba al veterinario y él no necesitaba toda esa... atención.

—Levi, deja de actuar como un padre cabreado —dijo Emmaline—. Ese joven le rompió una botella en la cabeza.

Jack apenas los escuchaba. Varios pisos más arriba, Josh Deiner estaba conectado a las máquinas.

—Jack, ¿por qué ese muchacho te rompió una botella en la cabeza? —preguntó Levi.

—Porque me besó —intervino Em—. Jack defendió mi honor de forma pura y sin contaminar.

«Ingrata mujer. Nunca se podía ganar con ellas.»

Levi arqueó una ceja antes de volverse hacia Hadley, que seguía sollozando de forma ahogada. Frankie estaba sentada a su lado, leyendo una revista.

—Y tú, ¿qué haces aquí? —preguntó.

¿Qué hacía? Jack sabía desde hacía mucho tiempo que su exesposa se alimentaba de la atención ajena como un vampiro de la sangre. Pensaba que lo que le pasaba a los demás le ocurría a ella con creces. El simple hecho de que un muchacho se hubiera fijado en Emmaline era suficiente para volverla loca, así que no se sorprendió cuando Hadley empezó a ponerse histérica poco después.

En cuanto aquel borracho le rompió la botella de cerveza en la cabeza, Hadley se puso a gritar como un alma en pena, a pesar de que él estaba de pie y se había puesto un paño con hielo, facilitado por Colleen, justo después del golpe. Pero eso no era suficiente para Hadley, y se había arrastrado hacia él cuando Frankie la recogió del suelo.

Entonces llegó Everett, de uniforme e inflado de importancia, ya que se llevó al muchacho esposado entre los aplausos de los clientes de la taberna. Pru y Carl estaban también en el local, ocultos en una de los reservados del fondo, disfrazados con ropas de *Star Trek*, y Pru se echó a reír al ver que él estaba sangrando.

A continuación, llegaron Levi y Faith, y contra sus deseos —los del propio interesado— llamaron a la ambulancia para pitorreo de sus compañeros en el equipo de voluntarios de urgencias sanitarias de Manningsport.

Él solo quería regresar a casa. Con Em.

Como si fuera consciente de su deseo, Hadley hizo una pausa en su llanto, lo miró y estalló en renovados sollozos.

—Tengo que interrogarla —dijo Levi, con un montón de arrugas en la frente.

—No puedo decir que te envidie —repuso Em.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Esta noche hay mucho lío —explicó Levi—. ¿Quieres que llame a alguien? ¿A tu padre? ¿A la señora Johnson?

—Estoy seguro de que tu mujer ya se lo ha contado. Eso si Pru no se le adelantó. —La discreción no era algo de lo que hiciera gala la familia Holland.

—¡Hola! ¿John Noble Holland IV? Precioso nombre, ¿verdad? Acompáñeme. —Jack se levantó y se acercó a una pequeña mujer de origen asiático que no parecía tener más de catorce años—. ¡Hola! Encantada de conocerle. Soy la doctora Chu. Perdonen la espera. Esta noche está siendo de locos.

Hadley se levantó y trató de seguirlos.

—No —se limitó a decir Jack, lo que hizo que su llanto arriera.

—¿Por qué no intentas controlarte? —sugirió Frankie a su hermana—. Como no lo hagas acabarán dopándote. Deja de intentar ser el centro de atención, Hadley. Él está bien. Y además, ya no es asunto tuyo.

—¡He pensado que estaba muerto! ¡Oh, Jack! Si hubiera sido...

Por suerte, las puertas se cerraron a su espalda, cortando los lloriqueos de su exmujer.

La doctora, que no podía medir más de uno cincuenta, lo hizo pasar a una de las salas de examen.

—Tome asiento, señor Holland. Le atenderé ahora mismo. ¡Actitud positiva, listo!

Hubo un golpe en la puerta y Emmaline asomó la cabeza.

—¿Quieres compañía? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Es su mujer? —preguntó la doctora a Em.

—No. Su novia —respondió, sonrojándose.

—Bueno, dado el aspecto del paño, señor Holland, creo que va a necesitar algunos puntos de sutura —informó la doctora Chu—. Me encanta dar puntos. Es lo que más me gusta. ¿Alguien le ha dicho que es muy guapo, señor Holland?

«¡Dios!»



—Er... ¿Está Jeremy Lyon de guardia esta noche? —preguntó Em. Jeremy cubría turnos allí un par de veces al mes.

La doctora contuvo su entusiasmo.

—Mmm... ¿sí?

—Es amigo de la familia. ¿Le importaría avisarlo para que fuera él quien atendiera a Jack?

La joven suspiró.

—De acuerdo —respondió, ya desinflada—. Voy a buscarlo. —La oyeron chasquear la lengua mientras se alejaba.

—Gracias —dijo Jack.

—Claro. —Emmaline se sentó en el borde de la cama, lo miró y se estudió las manos—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Gracias por... ya sabes... preocuparte por mí. —Se metió las manos en los bolsillos—. No era necesario.

La irritación de Jack se evaporó un poco.

—De nada. Yo creo que me he ganado un beso, ¿y tú?

—Quizá.

—Seguro.

—Lo pensaré.

Extendió la mano y le enganchó la parte delantera del suéter con un dedo para atraerla hacia él, luego la besó. Em le puso las manos en el pecho. Su boca era tan suave que fue como un bálsamo en aquella noche estúpida.

—De verdad, no podía soportar ver cómo te besaba aquel tipo —murmuró ante sus labios.

—Eso espero.

La volvió a besar, y esta vez su lengua rozó la de ella, que se derritió contra él.

—Hola, Jack... ¡Oh, Dios mío! ¿Estáis saliendo juntos? ¿Por qué siempre soy el último en enterarme de los cotilleos más jugosos? —Jeremy entró en la sala—. ¡Es estupendo! Ojalá hubiera sido gracias a mí. ¡Hola, Emmaline! ¿Cómo estás? —La abrazó y estrechó la mano de él—. Así que te han golpeado en la cabeza, ¿eh? No esperaba eso de ti, Jack.

—Es que le dio la espalda a un borracho —intervino Em. Jeremy chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—En realidad fuiste tú la que me hizo darle la espalda —puntualizó él.

—Cierto. Lo siento.

—¿Llegó a perder la conciencia? —preguntó Jeremy mientras se lavaba las manos.

—No.

—¿Te duele?

—No.

—Así sois los militares. Muy estoicos. —Examinó su cabeza y, a continuación, abrió un armario y sacó un kit para suturas—. Es necesario que te dé un par de puntos, amigo. Te va a molestar un poco.

Cuando Jeremy terminó, Em dijo que iría a ver cómo estaba Hadley y si Levi necesitaba algo más.

—Aparte de la herida en la cabeza, ¿cómo va todo? —preguntó Jeremy cuando ella se hubo ido.

—Bien.

—¿Alguna secuela del rescate?

Jack se levantó bruscamente.

—¿A qué te refieres?

—Dolor en el oído interno, problemas de equilibrio. —Jeremy hizo una pausa y lo miró fijamente—. Trastorno de estrés postraumático.

—No.

—Esto es confidencial, por supuesto, ya que soy tu médico. Lo del trastorno de estrés postraumático serían cosas como pesadillas, ataques de pánico, *flashbacks*...

—Ya sé lo que es, pero estoy bien, Jeremy. Gracias.

—Bien. Me alegra oírlo. —Firmó un documento—. Hielo, Tylenol, si lo necesitas, y ven por aquí la semana que viene para que te quiten los puntos. —Jeremy sonrió—. Me alegro de verte, aunque sea en estas circunstancias.

—Yo también, Jer. —Le dio un abrazo a Jeremy. Ese tipo era casi de la familia. Y decente como pocos.

Emmaline no había regresado todavía, y Jack se encontró yendo hacia el ascensor. Se metió dentro de la cabina y apretó el botón. El ascensor comenzó a subir y, seis segundos más tarde, se abrieron las puertas con un tintineo.

«Cuarta planta. Unidad de cuidados intensivos. Por favor, hablen en voz baja.»

La sala estaba en silencio, salvo por los pitidos de las máquinas y, más adelante, el murmullo en el puesto de enfermeras. El chirrido de los zapatos de goma. El silbido de un ventilador.

La habitación 401 tenía un letrero colgado en la puerta. «McGowan, H.» escrito con rotulador verde. Jack vio una cama y a alguien durmiendo (o muerto). Al otro lado del pasillo, 402 «Zaccharias, M.», 403 «Blake, S.», 404 «Humbert, L.».

La habitación 405, «Deiner, J.».

La puerta estaba entreabierta.

Él no debería estar allí.

El corazón se le aceleró en el pecho, retumbaba contra sus costillas como si fuera una liebre perseguida por un lince.

Si abría la puerta un poco más, sería capaz de ver algo. Quizá los pies de Josh.

La imagen de Josh Deiner sentado en la cama, leyendo mensajes de texto en su teléfono, viendo la tele o comiendo gelatina, se le formó tan rápidamente en su cerebro que casi se le doblaron las rodillas.

—¿Puedo ayudarle?

Jack pegó un brinco. Ni siquiera había oído acercarse a la enfermera. La etiqueta con su nombre ponía «Jane MacGregor, Enfermera en prácticas». Jack se dio cuenta de repente de que estaba empapado en sudor.

—¿Cómo le va? —susurró Jack.

—¿Es usted de la familia? —preguntó la joven con expresión más suave.

—No.

—Entonces no puedo decirle...

—¿Cómo te atreves? ¡Fuera! ¡Fuera!

La madre de Josh Deiner estaba junto a la puerta y su voz era tan aguda que podría haber roto un cristal.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? ¡Aléjate de mi hijo!

—Señora Deiner, solo quería...

—¡Aléjate de nosotros! —gritó al tiempo que comenzaban a oírse sonidos de pisadas y las cabezas de los visitantes salían de las habitaciones—. ¡Está aquí por tu culpa! ¡Cómo te atreves a venir aquí!

La enfermera lo agarró del brazo y lo condujo por el pasillo. Jack pensó que iba a caerse; no estaba seguro de que sus piernas fueran capaces de funcionar. Quizás era culpa del golpe en la cabeza, pero algo iba mal, muy, muy mal.

«Josh, por favor, no mueras, por favor.»

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor y salió Emmaline.

—Aquí estás...

—Ha habido un incidente —dijo la enfermera—. Seguridad está en camino.

—¿En la habitación de Josh Deiner? —preguntó Em—. Jack es el hombre que lo rescató del lago.

—Ah... entiendo. —La mujer miró a Jack con amabilidad—. Lo siento, pero sigo teniendo que pedirle que se vaya.

—Vamos —dijo Em—. No es necesario que venga seguridad. Pertenezco al departamento de policía de Manningsport.

—Por cierto, lo que hizo fue increíble —añadió la enfermera en voz baja—. Lo lamento por los Deiner. —Luego se alejó por el pasillo.

Jack oyó los sollozos de la señora Deiner, el sonido más solitario y desgarrador de la tierra: una madre que llora a su único hijo.

Josh no estaba mejorando, y no era necesario que un médico se lo dijera.

—Vamos para casa, grandullón —dijo Emmaline. La vio apretar el botón del ascensor y que se abrían las puertas.

Cuando se cerraron tras ellos y el ascensor comenzó a moverse, Jack la rodeó con sus brazos, estrechándola sin palabras.

La soltó en el momento en que llegaron al vestíbulo y vio que ella tenía los ojos húmedos.

—Le voy a decir a Ángela que dormiré en tu casa —dijo ella. Eso fue todo.

Unos días después, Emmaline se encontraba sorbiendo su tercera taza de café. Era su día libre. Ángela y ella habían estado hasta tarde la noche anterior con las «Traicionadas y amargadas», que habían aceptado a Ángela como miembro honorario aunque dijeran que era «demasiado guapa y demasiado agradable» para pertenecer al club.

El grupo era un hervidero de noticias: Jeanette O'Rourke iba a irse de crucero con Ronnie Petrosinsky, El Rey del Pollo. Allison se estaba planteado volver con el desesperante Charles, que había demostrado su amor enviándole una caja envuelta para regalo que contenía los fragmentos de un bote de galletas. Shelayne anunció que acababa de ser aceptada como madre adoptiva, y hubo más abrazos, unas cuantas rondas de Peach Sunrise y una botella de champán.

Y, por último, Em mantuvo un elocuente silencio sobre cómo era Jack en la cama. Silencio que provocó muchas especulaciones apasionadas (y muy distintas).

—Está sonrojada —señaló Grace, que regresaba desde la cocina con una jarra llena de Peach Sunrise—. Ya sabéis lo que eso significa. Jack es de los guarros, guarros... —Viniendo de un miembro de la tercera edad, eso provocó carcajadas en las demás.

—Quizá sea el momento de cambiarle el nombre al club —sugirió Ángela—. Ninguna de vosotras me parece particularmente amargada o traicionada.

Eso hizo dudar a las demás.

—Podéis llamarlos «Las muchachas del Peach Sunrise» —sugirió Ange—. Estos cócteles son maravillosos, Grace.

Sin duda, eso hizo que la reunión fuera todavía mejor. Ninguna mencionó el libro que todas habían olvidado leer, pero claro, eso nunca era lo importante.

Ángela, por supuesto, se levantó de la cama sin rastro de resaca después de esa noche. Emmaline no fue tan afortunada. *Sargento* estaba levantado después de decidir que quería más a su hermana (desgraciado infiel), y ladraba con entusiasmo ante cualquier cosa que Ángela decidiera hacer. «Y fuerte», pensó Em, haciendo una mueca.

Diez minutos después, las dos tuvieron antojo de chocolate y se dirigieron a la panadería de Lorelei, Sunrise Bakery. El olor de los pasteles fue como un canto de sirena.

—¡Oh! —exclamó Ángela—. ¡Mira eso! Es una tienda de vestidos de novia. Vamos a entrar, Emmaline.

—¿Por qué? —dijo Em.

—Estaba pensando en que deberías buscar un vestido —dijo su hermana—. Para cuando te cases con Jack. Siempre he odiado ese vestido triste que te compraste.

—No era triste —replicó Emmaline.

—Por favor. Parecía un vestido para el baile de club de campo del año 1983 —dijo Ángela—. No, esta vez tienes que llevarme a comprarlo. Insisto.

—¿Cómo sabes cómo es un baile en el club de campo? Además, no voy a casarme pronto.

—Por favor. Jack está loco por ti. Te lo pedirá en cuestión de semanas.

Emmaline abrió la puerta de la panadería y se tropezó de lleno con el hombre en cuestión.

—¡Jack! Precisamente estábamos hablando de ti —dijo Ángela.

—¿Ah, sí? —Miró a Emmaline como si tratara de ubicarla.

—Jack, ¿qué te parece? —insistió Ángela—. ¿Blanco o marfil? ¿Qué te gusta más?

—No le hagas ni caso —dijo Emmaline.

Jack miró al otro lado de la calle, donde refulgía un vestido de novia en el escaparate de FELICES PARA SIEMPRE. No sonrió.

—¿Te gustaría cenar con mi familia esta noche?

Ángela ahogó un grito. Em le lanzó una mirada asesina.

—Er...

—Tú también serás bien recibida, Ángela —aseguró Jack.

—¡Oh, no! No, gracias por incluirme, Jack. Eres un hombre estupendo. Pero no, tengo que estar en Cornell esta noche. —Dedicó a Emmaline una sonrisa maliciosa

—De hecho, ¡mira qué hora es! Ya debería estar allí. Como siempre, un placer verte, Jack. —Y se alejó tras saludar a alguien que estaba en la tienda de antigüedades.

—No estaba pensando en comprarme un vestido de novia —dijo ella, pero lo lamentó al instante.

—¿Quieres venir a cenar? —repitió él.

Em entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro de que quieres que vaya?

—¿Por qué iba a pedírtelo si no fuera así?

—No lo sé.

—A las seis en la casa de Honor y Tom. Puedo recogerte si quieres —explicó él mirando el reloj.

—No, está bien. Jack, ¿te encuentras bien?

—Muy bien. Tengo que apresurarme. Nos vemos esta noche.

\* \* \*

Por raro que pareciera, Emmaline se había olvidado de cuántos Holland había.

El camino estaba lleno de automóviles, y *Blue*, el enorme golden retriever de Faith, corrió hacia su puerta. *Sargento* ladró con entusiasmo y la golpeó con el rabo en la cabeza.

Honor la había llamado antes para invitarla personalmente a la cena y le dijo que llevara a su perro, ¿acaso alguien no adoraba a los cachorros? Dijo también que así su perro disfrutaría también de un poco de vida social.

La enorme casa blanca de los Holland era un hito en Manningsport. Em no había entrado nunca y resultaba un poco imponente. Se alegró de haberse puesto una falda.

Puso la correa a *Sargento* y se bajó. Dejó que su perro se retorciera de placer cuando *Blue* comenzó a olfatearlo. Luego suspiró profundamente, recogió el ramo de margaritas que había llevado, se acercó a la puerta y llamó.

No respondió nadie, aunque se oía el ruido que había en el interior. Llamó de nuevo. Nada. Abrió y asomó la cabeza.

El lugar estaba atestado.

—¡Emmaline! Bienvenida —dijo Honor a gritos—. ¡Oh, son preciosas! Gracias.

—Gracias a ti por invitarme. ¿Estás segura de que no quieres que deje a *Sargento* en el asiento trasero?

—No te preocupes, a todos nos gustan los perros. —Honor se inclinó para acariciar a *Sargento*, que se sentó y movió la cola—. ¡Hola, guapo! ¿Verdad que vas a enseñar a *Spike* algunos modales? —Le soltó la correa y sonrió.

Una pequeña yorkshire se acercó sigilosamente y gruñó a *Sargento*. El cachorro casi colapsó de deleite y se dio la vuelta reconociendo que sí, que la *yorkie* era la jefa y podía hacer lo que quisiera.

—Ya está. Los mejores amigos del mundo —dijo Honor, sonriente—. Pasa. Esto es un caos, pero así somos. Voy a colgar la correa y a poner las flores en agua. —Se alejó con el ramo y la dejó sola.

La sala, pintada en un tono azul lavanda, era grande y elegante, amueblada con buen gusto, con estanterías integradas y una magnífica chimenea de mármol blanco.

Jack y su padre estaban allí, enfrascados en una profunda conversación, cada uno con una copa de vino en la mano izquierda. Era fácil darse cuenta de a quién se parecía Jack. El señor Holland de más edad, el abuelo de Jack, los escuchaba mientras comía un trozo de queso del tamaño de un *smartphone*. La abuela preguntaba por qué Honor había pintado la sala con ese tono de azul cuando ella prefería un tono más pálido y, acto seguido, sin transición, advirtió a Abby de que debía de tener cuidado con las furgonetas blancas porque eran los vehículos que usaban los secuestradores.

Mientras se acercaba a Jack, Em oyó que la señora Johnson hablaba con Tom Barlow sobre su forma de hacer *curry*. Pru y Carl Vanderbeek discutían en un rincón sobre algo. Ella ponía los ojos en blanco. Su hijo, Ned, estaba hablando con Charlie Kellogg, y Levi estaba en otro rincón, viendo a Abby poner las manos en el vientre de Faith.

El nivel de ruido hizo que le palpitara la cabeza.

—Hola.

Ella pegó un brinco.

—Hola, Jack.

No la besó.

—Atención, todos conocéis a Emmaline, ¿verdad? —preguntó.

—¡Hola, cielo! —dijo Prudence—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha invitado Jack? ¡Guau! No había hecho nada parecido desde que trajo a la belleza sureña. ¿Tenéis alguna novedad? ¿Vais a vivir juntos, casaros o algo así?

—Jack —intervino su abuela—, tienes que casarte de nuevo. Tu abuelo no va a vivir siempre, ¿sabes? ¿No quieres darle más bisnietos? Y esta muchacha tiene buenas caderas.

—¡Goggy! —gritó Faith.

—¿Qué? Tú también las tienes. No te preocupes.

—Dejadlos en paz, ¿de acuerdo? —soltó Honor—. Lo siento, Emmaline.

—No, no —replicó ella, que había comenzado a sudar—. Tengo buenas caderas... Gracias, señora Holland.

—Hola, Em —la saludó Tom, dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué te apetece beber?

«Mucho, quiero beber mucho», pensó ella.

—Er... un poco de vino está bien —dijo.

—¡Estupendo! Ahora te traigo una copa.

Los tres perros atravesaron corriendo la sala y, a continuación, subieron y bajaron las escaleras. Em parecía ser la única que opinaba que allí había demasiado ruido. Sus propias cenas familiares consistían en voces cuidadosamente controladas con las que intercambiaban insultos disfrazados de amargas conclusiones de psicología barata, felicitaciones a Ángela y protestas hacia ella. Los temas de discusión incluían autorrealización, recuerdos reprimidos y por qué ella estaba desperdiciando su vida. Todo ello, regado con martinis.

Así que unos perros ruidosos no parecían tan malos en comparación.

—Honor, querida, ya son las seis y diez —avisó el viejo señor Holland—. ¿Cuándo vamos a cenar? ¿Es que nos hemos vuelto europeos o algo así?

—Me alegro mucho de que estés saliendo con mi tío el perdedor —dijo Abby, que se acababa de plantar a su lado—. Y, ya que estamos, ¿podrías llevarme contigo al campo de tiro? Me encantaría aprender a matar a un hombre.

—Bésale y ya está —intervino Ned—. Se moriría de horror.

—¡Cierra el pico, Ned! Levi, ¿sabes que Ned se va el domingo a Ginebra a ver a tu hermana?

—¡Solo somos amigos! —se defendió Ned—. Deja de mirarme así, Levi. Si me haces daño, a Faith se le romperá el corazón.

—Oh, no sé... —se apresuró a decir Faith—. Tu manera de ser no siempre me gusta.

—Estoy hambriento —se quejó el abuelo—. ¿No podemos seguir hablando mientras comemos?

Levi y Em fueron los últimos en entrar en el comedor mientras Jack iba a la cocina a ayudar.

—¿Es siempre así? —susurró Em.

—Sí —dijo Levi—. Por cierto, te interrogarán durante la cena. Me pasó lo mismo la primera vez que vine a cenar, y también a Tom la última primavera. No te preocupes. Son buena gente.

—Estoy sudando a chorros.

—Recuerdo la sensación. Puedes superarlo, agente. Piensa en ello como si fuera un secuestro con rehenes, solo que en este caso el rehén eres tú. —Le brindó una sonrisa de medio lado.

—Gracias, jefe —replicó ella—. A veces no eres tan malo.

—¡Dios mío! Eso es grave.

—Retiro lo dicho.

Se reunieron alrededor de la mesa, y Honor, Tom, la señora Johnson y Jack salieron de la cocina cargados con bandejas y platos. El nivel de ruido se incrementó a medida que la comida era aprobada, descrita y argumentada, y antes de que Emmaline lograra sentarse, el viejo señor Holland y Charlie ya estaban repitiendo.

—Bueno, Emmaline, querida —dijo la señora Johnson—. Háblanos de tu familia.

—¡Oh...! Bueno, solo somos mis padres, mi hermana y yo. A mi hermana, Ángela, la adoptaron cuando yo tenía catorce años.

—¿Fuiste hija única hasta entonces?

—Sí.

—¡Qué suerte! —soltaron Ned y Abby al unísono. Charlie se rio.

—¿Y te llevas bien con tus padres? —preguntó la señora Holland.

—Sí, claro —mintió.

—¿Los conozco? —insistió la señora Holland.

—No, pero es posible que recuerde a mi abuela, Luanne Macomb era la madre de mi madre. Vivía en la calle Water, donde yo vivo ahora. Solía pasar los veranos con ella, y luego, en secundaria, me vine a vivir con ella.

—¿Por qué dejaste de vivir con tus padres? —se interesó la señora Johnson con el ceño fruncido.

—Mamá, ¿puedes enviarme a vivir a otro lugar el resto de la secundaria para que no tenga que ver a Ned? —intervino Abby.

—Hazlo, mamá, por favor —apoyó Ned.

—¿No ibas a jugar allí a veces, Faithie? —preguntó el padre de Jack.

—Sí. Su abuela siempre nos tenía allí en verano. Hacía los mejores *brownies* del mundo. —Faith sonrió al recordarlo.

—Entonces, ¿dónde creciste? —dijo la señora Johnson.

—En el sur de California —dijo ella.

—¡Oh, qué horror! —murmuró la señora Holland—. Bueno, supongo que no puedes evitarlo.

—Goggy, en realidad es una zona muy bonita —aseguró Faith.

—¿Ves mucho a tus padres? —se interesó la señora Holland.

—¡Déjala en paz! —estalló el anciano señor Holland—. La pobre no ha probado todavía la comida.

«Es cierto.» Estaría bien que Jack interviniera y sujetara a los perros, pero no parecía estar escuchando.

—Los visito un par de veces al año, señora Holland —respondió Emmaline.

—Llámame Goggy.

«¿Es necesario?», se preguntó Em.

—Bien, Goggy.

—Es lo mejor, ya que vamos a ser familia... —añadió la anciana con malicia.

—¡Ya basta, Goggy! —intervino Honor.

—Charlie, hablemos del combate del otro día —dijo Tom al tiempo que guiñaba un ojo a Emmaline desde el otro lado de la mesa—. Em, nuestro niño se está convirtiendo en todo un boxeador.

\* \* \*

Miles de horas después, Emmaline agradeció a Honor y a Tom una vez más su invitación y salió con *Sargento*. Recibió con agrado la fresca lluvia sobre su rostro caliente. Jack la siguió.

El tema del matrimonio fue mencionado esa noche nueve veces. Consejos sobre bebés, once. Goggy (¡menudo nombre!) había expresado la esperanza de que Em y Jack no «vivieran en pecado»; Pops opinaba lo contrario. Abby solicitó más primos sin sutileza. Pru le mostró una web de juguetes sexuales llamada KinkyKitties que provocó un ataque de histeria a Abby, Ned y Charlie.

Se sentía como si alguien le hubiera pasado una lija por el cerebro.

Jack apenas había dicho una palabra. Y aunque no quería ser infantil, hubiera sido agradable si su... su... su novio, maldita palabra, la hubiera apoyado un par de veces esa noche. Incluso se preguntaba por qué la había invitado.

Metió a *Sargento* en el automóvil; el perro parecía cansado, aunque eso podía cambiar en el momento en que arrancara el motor. Ahora llovía con más ganas y el agua le empapaba el pelo.

—Ha sido divertido —dijo Jack.

Ella lo miró. Lo decía en serio.

—¿Divertido? ¿Ha sido divertido? No me ha parecido divertido, Jack.

Él frunció el ceño.

—¿No?

—Claro, claro, no es que estuvieras con nosotros en cuerpo y alma precisamente, ¿verdad? Da igual, me alegro de que hayas pasado un buen rato.

—¿No lo pasaste bien? Les caes bien a todos. —Sonó el teléfono de Jack mientras él la miraba.

—¿A todos? ¿Incluso a ti? Porque no me has dirigido la palabra ni una sola vez.

Parecía como si él no tuviera ni idea de lo que estaba hablando.

—¿No te he hablado?

—Bueno, rebobinemos —dijo ella—. Creo que me has dicho «hola» y... y... ya está. Mientras tanto, tu abuela me ha preguntado cuánto tiempo estuvo de parto mi madre, la señora Johnson se ha interesado por cuántos hijos me gustaría tener, ha anotado la respuesta y tu sobrina quiere que le enseñe a disparar.

—No suena mal. ¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos niños quieres tener?

—Le dije que dieciocho. O veinte.

Él sonrió brevemente.

—¿Te apetece venir a mi casa? —preguntó él.

Em parpadeó. «Hombres...»

—Jack, ¿por qué estamos saliendo?

—No lo sé.

La besó. Los dos de pie, bajo la lluvia. Su boca era dulce y tierna, su cuerpo, caliente en el frescor de la noche. Em se sentía dividida entre el deseo de golpearlo y... y de seguir besándolo, porque él le tomó la cara con las manos y ella le rodeó la cintura con los brazos. Él sabía muy bien lo que estaba haciendo. Sí, en efecto, movía la boca, tenía los labios suaves y contrastaban con el roce de la barba incipiente.

—Estamos juntos —murmuró él junto a su boca—. Acostúmbrate a ello.

Ella dio un paso atrás y aspiró una bocanada de aire húmedo y frío.

—Eres impredecible, Jack.

—De muchas formas. Ven a mi casa y te lo demostraré. —Él sonrió, y fue como si saliera el sol: provocó una ola de calor en su pecho. Aquella sonrisa hizo que se le debilitaran las piernas, que se calentara. Le hacía pensar en bebés de ojos azules; en dieciocho, nada menos. De acuerdo, quizá no en dieciocho, pero sí en unos cuantos.

Y dado que él era Jack Holland, se subió a su *pickup* y la puso en marcha, completamente seguro de que lo seguiría.

Porque ella estaba convirtiéndose con rapidez en una de esas mujeres debiluchas y enfermas de amor.

Los hombres eran desconcertantes.

Pero, ¿y qué? Tenía una hermana, y aunque Ángela era lesbiana, también era la persona más inteligente del continente. Sacó el móvil y marcó su número.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Ángela a modo de saludo.

—Mmm... no lo sé muy bien. Jack parece feliz, pero apenas ha hablado durante la cena. Me han dicho que tengo buenas caderas... para ser madre. Ahora vamos a su casa.

Ange rio con alegría.

—¿Ha llegado el momento de sacudir su mundo?

—No lo sé.

—Bueno, si me permites opinar, Emmaline... —comenzó Ángela.

—Tenía la esperanza de que lo hicieras —interrumpió ella tomando el largo y sinuoso camino que conducía a casa de Jack.

—Quizá lo que necesitas es ser un poco menos... ¿cuidadosa? ¿Dejarte llevar un poco más por el corazón? Tengo la sensación de que sientes algo muy profundo por Jack, y quizá ha llegado el momento de que él lo sepa. Te ha llevado a una cena con su familia... quizás él también necesite alguna señal por tu parte.

—¿Cómo cuál?

—Ahí es donde no puedo ayudarte. Pero lo sabrás. Lo harás. ¿Quieres que vuelva a casa? ¿Qué pase a *Sargento*?

—No, lo llevo conmigo. Gracias, Ángela. Gracias.

—Nos vemos mañana, cariño.

Em siguió el largo camino que llevaba a la casa de Jack y se quedó allí sentada durante unos segundos. La luz estaba encendida en el interior y una cálida sensación se apoderó de ella. La casa era preciosa. El dueño guapísimo y la estaba esperando. Ángela tenía razón. Quizá había llegado el momento de sacudir su mundo.

—Vamos, perrito —le dijo a *Sargento*, limpiándole las patas con una toalla que guardaba en el maletero para ese propósito. Lo llevó al vestíbulo y lo dejó en el suelo, se quitó el abrigo y lo colgó en una percha. *Lázaro* salió a investigar y maulló al cachorro con su tono ronco, ganándose un meneo de cola y una caricia cautelosa en la cabeza, que soportó con estoicismo antes de salir.

Cuando entró en la sala, Jack estaba encendiendo el fuego.

«Estamos juntos. Acostúmbrate a ello.»

Así que eso no era solo sexo, una distracción o un escudo humano para Hadley. Quizá fuera real.

El calor que sentía en el pecho pareció extenderse.

El teléfono de Jack pitó en la mesita, a su lado.

—Seguramente sea una de mis hermanas —explicó él, que se puso de pie y se acercó a mirar el aparato—. Sí, debería de vender a alguna. ¿Quieres una copa de vino?

—Claro. —Apenas había bebido en la cena.

—Tengo una botella buena en la bodega. Ahora vengo. —La besó en la coronilla y bajó las escaleras. No había dicho nada cuando estaban con su familia, pero lo hacía ahora. Podía vivir así. Ella tampoco era perfecta.

*Sargento* se acercó a la chimenea y dio cinco vueltas sobre sí mismo antes de enroscarse. *Lázaro* se acercó, cauteloso, y luego se tendió cerca de la cabeza del cachorro.

«¡Oh!» Se caían bien.

El móvil de Jack sonó de nuevo. Y otra vez más. De hecho, la vibración lo movió hasta el borde de la mesa. Sin pensarlo, lo recogió antes de que se cayera.

Y, antes de poder evitarlo, miró la pantalla.

Pru: Nos gusta, inútil. ¿Os habéis desnudado ya? No le enseñes ese pijama horroroso que te regaló Honor en Navidad. Quémalo.

Faith: Deberías haber hablado más esta noche, figura. Ella parecía un ciervo deslumbrado por los faros. Dile que no tiene buenas caderas para parir, incluso aunque le vayan a ser útiles más adelante. Daos tiempo para conoceros.

Goggy: Nstrrrrwww ci&rt cmlwlr?

Honor: Ha sido toda una campeona. Tom y yo la aprobamos. Charlie también.

Hadley: Jack necesito hablar contigo. Ya. Nos perturbamos el 1 al otro. Xfa, llama ya. No es dardo de amar. Podemos resolver esto!!!!

Goggy: QHY ro \$ (IA nos FLT RGIS

Bien. La abuela de Jack parecía estar borracha. Pero no, Abby se había quejado de recibir diecisiete mensajes de ella ese mismo día.

El mensaje de Hadley no era tan agradable. Aquella mujer necesitaba aceptar la realidad o algún tipo de asesoramiento.

Em se sentía contenta de caerle bien a las hermanas de Jack, algo que ya sabía, más o menos. Y también de gustarle a Jack, porque a ella le gustaba demasiado... o quizá lo necesario. Quizás era el momento de ir a por ello. Y si quería hacerlo esa noche, un constante zumbido del teléfono no iba a ayudar.

Tal vez no estaría mal que lo silenciara durante un rato. Eran más de las diez. Deslizó el dedo por la pantalla.

«Así.»

Jack y ella llevaban juntos un par de semanas. Y sí, había sido muy cautelosa debido a su pasado, a que la ex de Jack parecía estar en todas partes y al torbellino emocional en que lo había sumido el accidente.

Pero esa noche no lo sería.

Cuando él subió de la bodega, ella se puso de pie.

—¿Así que ha sido una noche horrible? —pregunto él. Dejó la botella en el mostrador.

En lugar de responder, se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó por todo lo que valía la pena. Fue un beso caliente, húmedo y exigente. Un beso absolutamente excitante.

Jack no perdió el tiempo. La agarró por las caderas y la subió al mostrador mientras ella lo atraía hacia sí, sintiendo su cuerpo duro, sólido y caliente contra ella. Em deslizó las manos debajo de la camisa, sobre su estómago fibroso, su pecho ligeramente cubierto de vello y le quitó la camisa por la cabeza. Luego dejó que sus manos vagaran por aquella espalda ancha mientras lo besaba de nuevo, acercando las caderas con más fuerza contra ella.

*Jeans* desabrochados.

Luego la recostó sobre la encimera, le quitó el suéter y le desabrochó la falda, que dejó caer al suelo. Jack bajó la vista y emitió un sonido muy gratificante justo antes de desabrocharle el sujetador. Luego ella lo besó en el cuello, en su cálido y precioso cuello y le mordió la clavícula. Y luego, tras un remolino, sintió el suelo de la cocina contra la espalda, y a Jack encima, duro, pesado y exigente, paseando su ardiente boca por los lugares más adecuados hasta que llegó la liberación para ambos.

Así que sí.

Ya no iría con pies de plomo.

Y menos cuando lo hacían en el suelo de la cocina.

Los animales, benditos fueran sus peludos corazones, permanecieron profundamente dormidos, a pesar del ruido.

Jack Holland era un hombre feliz. Al menos en ese momento.

Después del encuentro en el suelo de la cocina —que por cierto, «¡sí!»—, llevó a Emmaline al cuarto de baño del dormitorio principal, abrió los grifos y lo volvió a hacer mientras la bañera se llenaba. La dejó allí para descorchar el vino y llevó una copa para cada uno. Luego se sumergió en el agua con ella, la recostó contra su pecho y se alegró muchísimo de haber elegido una bañera tan grande cuando construyó la casa.

Los únicos sonidos que se oían era el de las salpicaduras del agua si se movía alguno de los dos y el de la lluvia golpeando contra las ventanas. El cachorro entró e intentó beber de la bañera, lo que les hizo reír. Y si había algo que sonaba mejor que la risa de Emmaline, él no sabía qué era.

Ella tenía la piel cremosa y suave, y su cuerpo era sólido, fuerte y perfecto. Después de un rato, Em notó que él estaba excitándose y se dio la vuelta para ponerse frente a él. Lo hicieron allí mismo, en la bañera.

Ahora que lo pensaba, Jack sabía qué sonaba mejor que la risa de Emmaline. Era oír su nombre en su voz entrecortada, casi asustada; eso lo hacía sentir increíblemente bien.

Luego la llevó a la cama y la estrechó con fuerza. Notó su pelo castaño rozándole la mandíbula y su mano sobre el corazón. Ella se durmió en cuestión de segundos, pero él permaneció despierto, disfrutando de algo que hacía mucho tiempo que no disfrutaba.

Paz.

Su matrimonio había sido tumultuoso, jamás sabía qué versión de Hadley se iba a encontrar al llegar a casa al final del día. Los breves períodos de felicidad se habían cimentado en lo que creía saber, como cuando juzgaba un vino por su color y claridad pero descubría que se había convertido en vinagre. Después de pillarla con Oliver había llegado al límite, con sensación de fracaso y de soledad.

Y desde que los niños cayeron al lago, su mente había sido como un río después de una inundación bestial, habían pasado por ella, sin pausa, todo tipo de ideas peligrosas, afiladas. Surgían a toda velocidad y a veces chocaban contra él sin previo aviso.

Sin embargo, había algo más que dejarse llevar por la inercia, y por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz.

Jamás habría adivinado que la poli malhablada que jugaba al hockey con él fuera la mujer adecuada.

Estaba equivocado.

*Lázaro* saltó a la cama y, un segundo después, Jack oyó su rancio ronroneo. Junto a Emmaline, nada menos. Incluso le gustaba a su gato salvaje.

No fue consciente de que se había quedado dormido hasta que oyó un ruido. Un sonido sordo.

¿Un trueno?

No.

Había alguien en la puerta.

Eran las dos y media de la madrugada.

Salió de la cama con cuidado, se puso los pantalones y se dirigió a la puerta. Era Pru.

Eso no era buena señal.

—Llevo cuarenta y cinco minutos llamándote, inútil —le ladró su hermana—. A Pops le ha dado un ataque al corazón. ¡Date prisa, Jack! No tiene buena pinta.

Una inyección de adrenalina le atravesó de pies a cabeza. Agarró una sudadera del perchero y se la puso antes de correr a por la cartera y las llaves. Y el teléfono.

Dieciséis llamadas perdidas. Y un montón de mensajes de texto. ¿Por qué coño no lo había oído?

—¿Ha pasado algo?

Em estaba allí, con su albornoz y el pelo enredado.

—Han llevado a Pops al hospital —dijo Pru—. Un ataque al corazón.

—¡Oh, no! ¿Puedo hacer algo?

—Mi móvil estaba silenciado —dijo Jack con firmeza.

Em se llevó la mano a la boca.

—Jack, lo lamento. Lo silencié antes de...

«¡Por todos los demonios!» Eso era algo que haría Hadley, no Emmaline.

—Tenemos que irnos —le dijo—. Te llamaré más tarde.

No tenía tiempo para hablar de ello.

Su abuelo estaba muriéndose y él ni siquiera se había enterado.

\* \* \*

Todos estaban en el hospital, sentados en la sala de espera de urgencias, preocupados. Goggy estaba entre Honor y Faith; Abby lloraba silenciosamente en brazos de Ned; Carl, Levi, Charlie y Tom estaban a un lado, y la señora J tenía un brazo sobre los hombros de su padre.

Jack fue derecho a Goggy y se arrodilló ante su silla.

—¡Oh, Jack! —dijo ella, abrazándolo.

—Todavía no sabemos nada —murmuró Honor—. Jeremy sigue con él.

Al parecer, Pops se había despertado con un intenso dolor en el pecho que irradiaba hacia el brazo izquierdo. Era incapaz de hablar, y Goggy no perdió el tiempo: presionó el botón de emergencia que tenían todos los apartamentos de Rushing Creek y metió a su marido una aspirina infantil en la boca. El complejo tenía su propio servicio de ambulancias y tardaron menos de quince minutos en llegar al hospital. Goggy también había llamado a Jeremy, el médico de Pops, que estaba ahora con el cardiólogo.

—Has seguido todos los pasos adecuados —le dijo Jack a su abuela—. Como siempre.

—Empezó a gustarme el año pasado —lloró ella sobre su cuello. Jack la abrazó con más fuerza.

—Venga, venga —la acunó, con un nudo en la garganta—. ¿Sabes qué me dijo el otro día? Que eras el amor de su vida.

Goggy trató de sonreír.

—Claro que lo soy. ¿Quién más iba a aguantarlo?

—Hola a todos —dijo Jeremy desde el pasillo—. Ahora está estable. Elizabeth, quiere verte. John, ¿puedes acompañarme?

Su padre lo miró. Jack fue con él con el brazo sobre sus hombros mientras caminaban por el pasillo.

Normalmente, sus hermanas harían comentarios despectivos sobre el sexismo existente en la familia y lo llamarían «el principito». El hecho de que no lo hicieran fue horrible.

Nadie vivía para siempre, por supuesto. No es que no lo supiera, pero era impactante cuando esa verdad universal te afectaba a ti.

Con Pops era fácil tomárselo a broma, porque era un viejo gruñón, pero solo aparentemente. John Noble Holland Jr. Sentía un profundo amor por su familia y su tierra, su ética en el trabajo era espartana y también era bastante sentimental, aunque trataba de ocultarlo. Se le hacía un nudo en la garganta cuando veía a Jack vestido de marino. Ponía flores en todas las tumbas del cementerio familiar en los aniversarios de las muertas y cada mes de abril antes de bendecir la cosecha. Se le habían

llenado los ojos de lágrimas cuando Faith y Levi le dijeron que iban a tener un bebé. Y el año anterior, cuando Goggy había estado a punto de morir en un incendio, el miedo a perder a su mujer casi lo había aniquilado.

Jeremy se detuvo ante una habitación y les hizo señas para que entraran.

Pops estaba pálido y macilento; tenía puesta una mascarilla de oxígeno. Si no hubiese sido por el pitido del monitor, Jack habría llegado a pensar que estaba muerto.

—Aquí estamos, papá —dijo su padre, tomando la mano del anciano. Vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Hola, Pops —lo saludó Jack.

Pops abrió los ojos. Hizo un débil gesto y Jeremy se inclinó y levantó la mascarilla.

—Estoy orgulloso de vosotros —susurró su abuelo, que miró a su padre y luego a él—. Muy orgulloso de mis muchachos.

Luego cerró los ojos de nuevo y el pitido del monitor se ralentizó.



## Capítulo 25

Decir que Emmaline se sentía tan culpable que no podía dejar de retorcerse de dolor no hubiera sido una exageración.

«¡Mierda!»

¿Cómo se le había ocurrido silenciar el teléfono de Jack? Sin preguntárselo. Se restregó las manos por la cara por décima vez esa mañana.

Todavía estaba en casa de Jack, a pesar de que tenía que estar en el trabajo media hora después. Pero se había quedado allí con la esperanza de volver a verlo. Había puesto la cafetera e incluso había hecho una tarta de almendra (receta de su abuela y una de las pocas cosas que sabía hacer de memoria) a las cuatro de la madrugada. Se había imaginado que Jack regresaría a casa y le diría que su abuelo estaba bien, que solo había sido un susto; que le preguntaría qué tenía en el horno y que la perdonaría sin dudar, que no volvería a mencionar el tema del móvil.

Pero él no había vuelto a casa, no le había mandado un mensaje de texto ni llamado y ella no se atrevía a interrumpirlo. Después de todo, no era de la familia.

La lluvia se había convertido en nieve en algún momento, la última nevada pesada y copiosa del invierno. Aunque no fuera suficiente para considerarla una verdadera tormenta, sí servía para deprimir.

*Sargento* comenzó a ladrar excitado. Emmaline se levantó de donde estaba sentada ante la mesa. El cachorro movió la cola y gimió al tiempo que golpeaba el ventanal con una pata.

Se trataba de Hadley, que subía el camino de acceso hasta la puerta de Jack con un impermeable negro brillante.

«Lo que faltaba.»

Emmaline le abrió la puerta justo cuando la otra mujer llamó.

—¡Sorpresa! —gritó Hadley, abriéndose la gabardina.

Llevaba un corsé rojo pasión y un pequeño tanga.

—Hola —la saludó Em—. Una ropa interior muy bonita. —De acuerdo, eso era un cuerpo perfecto. Calculó que su muslo y la cintura de Hadley tenían aproximadamente la misma circunferencia.

—¿Dónde está Jack? Tengo que hablar con él ahora mismo.

«Ay, no.»

Hadley estaba borracha.

Se le había corrido la máscara de pestañas, y aunque no llegaba a parecer Heath Ledger en el papel del Joker, le faltaba poco. Se había pintado mal los labios y parecía que tenía la boca torcida. Su pelo rubio, por lo general liso y perfecto, estaba enmarañado. No llevaba medias a pesar del frío. Ni zapatos cómodos... Llevaba unos tacones de diez centímetros al menos. Tenía los pies casi azules.

—Adelante —dijo Em—. Jack no está.

—Bueno, ya he pasado por Blue Heron y allí tampoco está. Así que no me mientas. ¡Quiero verlo! ¡Después de todo es mi marido!

—Ya no lo es —replicó Emmaline. No pensaba contarle a Hadley lo del pobre señor Holland. Se presentaría en el hospital, y no creía que Jack necesitara eso.

Pero ¿no era esa una buena práctica para negociar una crisis? La mitad de las llamadas que recibía era porque alguien había bebido de más. Primera regla en una negociación: establecer una buena relación.

—Pasa, Hadley. Esos zapatos son preciosos, pero debes de tener los pies congelados.

—No t-tienes q-que decirme lo q-que tengo que hacer —Hadley arrastraba las palabras.

—No, claro que no. Pero, ¿estás segura? Aquí dentro se está muy calentito. Y hay café.

—Besa mi rosado... trasero... sureño. —Le clavó el dedo en el pecho con cada una de las tres últimas palabras.

Em aguantó una sonrisa. Era difícil llevar adelante una negociación con empatía oyendo cosas como esa.

—Debes estar muy frustrada —le dijo.

—Vete al infierno. ¿Dónde está Jack?

—No está aquí. Lo prometo.

—¿Os estáis acostando?

«Ay, ay. » Emmaline se quedó callada.

—¡No! —gritó Hadley, adivinando la respuesta—. ¿Cómo te atreves a robarme el marido, puta y anqui?

Era evidente que afirmar lo obvio no iba a ayudar. Em abrió más la puerta.

—Hadley, venga, entra y podemos hablar. Tienes... er... razón.

—¡No! ¡No eres mi jefe! Y si no puedo tener a Jack, lo mejor es que me quede fuera y me deje morir. —Se echó a llorar de forma ruidosa.

Madre del amor hermoso.

—Hadley. Vamos a tomar un café y puedes también... er... ver a *Lázaro*. ¿De acuerdo? Seguro que lo echas de menos. Te gustan los gatos, ¿verdad?

—¡Odio a ese animal! ¡Lo odio! ¡Jack! ¡Jack! ¡Te necesito! Como no aparezcas ahora mismo, lo vas a lamentar.

Dicho eso, recogió una piedra del suelo y la arrojó a la casa. Fue como si la tirara Derek Jeter a primera base, porque rompió el cristal de una ventana.

Claramente no era lo que estaba previsto, porque Hadley se quedó boquiabierta y la miró con los ojos abiertos de par en par.

—Vaya —dijo, y luego se dio la vuelta sobre sus ridículos zapatos, pero en lugar de correr hacia la carretera, fue hacia el bosque.

Eso era estupendo, sencillamente estupendo. Em soltó una maldición y corrió tras ella. No era así como quería pasar la mañana, y esperaba que Jack no llegara en ese momento y viera a su novia (que le había apagado el teléfono para asegurarse de que hacían el amor sin interrupciones y por tanto le había impedido estar con su familia durante una crisis) persiguiendo a su exesposa (que estaba borracha como una cuba y tenía casi al aire su rosado trasero sureño).

A pesar de estar ebria, Hadley era muy rápida.

—¡Hadley! —gritó Em—. ¡Basta! ¡Te vas a hacer daño!

O se congelaría hasta morir. Al parecer era su día de suerte. Los faldones del abrigo de Hadley se agitaban como torpes alas. Y ¿a qué se refería con eso de que Jack lo iba a lamentar? ¿Qué pretendía, además de romperle la ventana?

Jack no necesitaba nada de eso. Y menos con el señor Holland en el hospital, muy, muy enfermo... o tal vez muerto.

—Hadley. Por favor, deja que...

Ella se dio la vuelta y señaló a Em con el dedo.

«¡Estupendo!» pensó Em cuando le dio una rama en la frente y se le enredó en el pelo. Gruñó enfadada.

Alcanzó a Hadley cuando la ex de Jack intentaba saltar por encima de un muro de piedra. De hecho, la sureña la vio venir y se inclinó para recoger un puñado de algo que le lanzó a la cara.

Nieve y tierra.

«¡Qué bruta!»

Em le agarró la mano y le retorció el brazo en la espalda al tiempo que la echaba hacia atrás.

—¡Ya basta! —dijo, escupiendo un poco de musgo congelado—. O te detendré por ebriedad y desorden.

—¡Jack! ¡Jack! —chilló Hadley, luchando contra ella.

Obligar a caminar a una borracha sorprendentemente fuerte no era tan fácil.

—¿Podrías simplemente andar, por favor? —le pidió sin dejar de retorcerle el brazo—. No quiero tener que arrastrarte. —La única respuesta fue una patada en su espinilla. Las ramas se rompieron bajo sus pies y una ardilla las siguió por lo alto de los árboles, como si se riera de su estupidez. Parte de la nieve que Hadley le había lanzado se le había metido por la ropa (por supuesto) y tenía un bulto frío y húmedo en el pecho, como si fuera una tercera teta.

Cinco minutos después, Emmaline había esposado a Hadley y la había metido en el asiento trasero del vehículo policial, donde la ex de Jack empezó a sollozar. Al menos no se haría daño a sí misma (ni al vehículo) si estaba esposada, y se lo había ganado a pulso. Hadley tenía el pelo lleno de hojas y los ojos emborronados con la máscara de pestañas.

Em se apoyó en el automóvil, respirando con dificultad. Ella no estaba mucho mejor que su pasajera. Le hormigueaba la frente y le palpitaba la espinilla.

«Bien, lo primero es lo primero.»

—Ahora vuelvo —le dijo a su acompañante.

Entró en la habitación de la ventana rota y recogió los cristales; luego cerró la puerta para que no escapara el calor y que el gato no saliera. Se preguntó si debía llamar a Levi, pero decidió que no era necesario en ese momento. Tenía otras cosas en la cabeza.

Volvió a salir, abrió la puerta del vehículo policial para que subiera *Sargento* y se sentó al volante.

—¿Tu hermana sigue en el pueblo? —le preguntó.

—¡No! No tengo a nadie, ningún lugar al que ir.

—¿Siempre dependes de la amabilidad de los extraños?

—¡Pues sí!

«De acuerdo, Blanche DuBois», pensó, conteniéndose para no poner los ojos en blanco.

Tenía que llevar a Hadley a comisaría, porque no tenía tiempo para ocuparse de ella en su apartamento. En ese momento era el agente de guardia. Hadley podía dormir la borrachera en la celda que tenían para ese fin.

Se frotó el punto de la mandíbula en que Hadley le había dado el golpe con la cabeza.

Iba a ser un día muy largo.

Diez minutos después, estaban en comisaría.

—¿Tienes que estar congelada! ¿No estás helada? —preguntó Carol Robinson cuando Em llevó a Hadley ante ella. Aunque Em le había cerrado el abrigo, apenas le cubría las nalgas. Además, la ex de Jack se había negado a ponerse otros zapatos.

—¿No es la esposa de Jack Holland?

—Exesposa —aclaró Em con contundencia—. Everett, abre la celda.

Hadley arqueó la espalda, tratando de escapar, mientras la llevaba por el pasillo.

—¡No! ¡Allí no! ¡Por favor! ¡Eso no! ¡No puedo soportar eso!

—No es exactamente una mazmorra, Hadley —dijo Em mientras Everett abría la puerta de la celda—. Vas a quedarte un rato aquí dentro. Hay una manta en la litera. Tápate con ella para entrar en calor. ¿de acuerdo? —Le quitó las esposas, la empujó con suavidad y cerró la puerta de la celda—. Ahora te traigo algo que ponerte.

—¡Por favor! ¡Por favor, no me encierres! —Hadley se llevó un puño a la boca y sollozó como si hubiera visto *El diario de Noah* por primera vez. Ev, por su parte, miraba la ropa de Hadley (o la falta de ella) con la boca abierta. Em le dio un golpe en la cabeza—. Ev, ¡vamos!

—De acuerdo, de acuerdo, lo siento —replicó Everett—. ¿Qué te ha pasado? Estás horrible. Y sucia.

—Emmaline, estas horrible —señaló Carol.

—Sí, lo sé. —Em se fue a su taquilla, donde guardaba un uniforme limpio, unos pantalones cómodos de yoga y una sudadera del cuerpo de policía. Retiró las dos últimas prendas y se las entregó a Carol—. Llévaselos a Meryl Streep, ¿de acuerdo? Y pregúntale si tiene hambre.

—¿Está aquí Meryl Streep? —preguntó Everett.

Emmaline cerró los ojos.

—No, Ev. Me refiero a Hadley. La mujer que está en la celda.

Carol se fue por el pasillo.

—¡Todo esto es demasiado grande! —bramó Hadley un segundo después. Y siguió llorando—. Cuando Carol regresó, Em estaba tratando de no reírse—. Quiere saber si tiene derecho a una llamada telefónica.

—Podrá hacer una cuando esté un poco más sobria. —Em trató de ser profesional; Hadley estaba ahora detenida y era una huésped del pueblo, no solo la exesposa de Jack.

Pero le resultaba difícil saber si estaba tratando a Hadley como a cualquier otra persona detenida, porque quizás estaba siendo demasiado agradable. Hadley había conducido bajo la influencia del alcohol; en algún momento, durante su diatriba camino de la comisaría, había admitido que su automóvil estaba en Blue Heron, en mitad de la calzada. Había roto una ventana con una piedra, que se consideraba delito. Estaba detenida por ebriedad y escándalo público. Y además, había amenazado a un agente de policía, nada menos.

¿Qué hubiera hecho Levi?

Em pensaba que él no hubiera hecho más de lo que había hecho ella. Darle tiempo a enfriarse y, a continuación, echarle un sermón soltando algunos de los cargos que se tuvieran contra la persona en cuestión antes de decirle que madurara.

Sí. Visto lo cual, Em estaba bastante segura de que había hecho un buen trabajo.

Se lavó, se cambió el uniforme, se cepilló el pelo y se lo recogió en el moño habitual. Respiró hondo varias veces y salió del vestuario.

—Ha llamado Levi —dijo Carol—. John Holland, el viejo, ha tenido un ataque al corazón y está en observación, por lo que se quedará en el hospital, con Faith.

—¿Cómo está el señor Holland? —preguntó Em.

—No me dijo nada concreto. Quizá deberías preguntarle a Jack.

—Ya. ¿Algo más?

—Sí. —Carol le entregó un par de mensajes y luego volvió a sentarse detrás de su escritorio.

Avisos típicos de un día laborable cualquiera. La señora McPhales había creído ver un intruso. Alguien que había visto un perro callejero o un posible coyote en su patio trasero. Las gallinas de los Knox estaban causando problemas de tráfico. Dalton no había ido a la escuela.

Em miró su móvil.

Ninguna noticia de Jack.

—De acuerdo, voy a ocuparme de estas llamadas. Everett, no pierdas de vista a Hadley, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondió Ev, que regresó a su ordenador. Al oír la musiquita de Angry Birds le lanzó una mirada de advertencia y se fue.

\* \* \*

Cuando Emmaline regresó a comisaría, un par de horas después, Everett le salió al encuentro en la puerta.

—Es posible que tengamos un problema —le comunicó—. Acabo de ir a ver a Hadley y no tiene buen aspecto.

—¡Mierda! —corrió por el pasillo hasta la celda.

Hadley estaba sentada en el suelo. Em vio que su ropa le quedaba realmente grande. Estaba balanceándose y gimiendo. El olor a vómito era inconfundible.

—¿Hadley? —preguntó, entrando en el cubículo—. ¿Estás bien?

—Por favor, déjame salir —susurró. Se comportaba de forma completamente diferente a unas horas antes.

—Sí, claro. ¿Ahora te encuentras mejor?

—¿Puedo hacer una llamada telefónica? —Estaba temblando.

—Claro. —Emmaline la condujo hasta el teléfono de la comisaría—. No hemos presentado cargos. Todavía no, por lo menos. Solo quería que te tranquilizaras. Antes estabas muy... agresiva. ¿Lo recuerdas?

Ella asintió. Em la sentó ante el escritorio y le entregó el receptor.

—Marca el nueve y tendrás línea —le indicó. Luego retrocedió unos pasos para no escucharla.

Aquello no tenía buena pinta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carol.

—Ha vomitado. No sé qué más. Ahora parece mucho más tranquila. Everett, ¿has estado pendiente de ella?

—¡Oh, sí! Claro que sí. Lo que quiero decir es que cuando ella se calmó, yo me alegré, ¿sabes?

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste a verla?

Él miró el reloj y levantó la vista sorprendido.

—Hará una hora o así.

«Lo que faltaba.» Eso significaba que Hadley podía llevar una hora sentada sobre su propio vómito.

Notó que se le revolvió el estómago. Aquello no iba a terminar bien.

—¿Puedo ofrecerte algo? —le preguntó a Hadley cuando colgó el teléfono—. ¿Quizás un poco de agua?

Hadley sacudió la cabeza y cruzó las manos en el regazo.

—¿Necesitas ir al cuarto de baño? ¿Quieres limpiarte?

—No, gracias. —Su voz era un susurro.

Pasaron los minutos. Em intentó ocuparse de unos papeles, pero el miedo la envolvía como una niebla fría y húmeda.

Entonces se abrió la puerta.

—Jack —susurró Hadley. Se levantó y se tambaleó hasta llegar a sus brazos como si fuera una huérfana, nada que ver con la prostituta iracunda que parecía antes.

Estaba descalza. «¡Mierda!» Debería de haberle dejado unos calcetines. Hadley temblaba como una hoja de pies a cabeza.

Por una vez, no pensó que estuviera fingiendo.

—Emmaline, ¿qué coño ha pasado? —preguntó Jack con dureza.

—Estaba borracha, Jack. Se presentó en tu casa y...

—Así que la arrestaste.

Como si supieran que algo iba a estallar, los cuatro miembros voluntarios del cuerpo de bomberos de Manningsport, así como Shannon y Kelly Murphy, que entrenaban para convertirse en técnicos sanitarios, se acercaron.

—Hola, Jack, ¿cómo está tu abuelo? —preguntó Gerard.

—No muy bien —respondió Jack—. ¿Emmaline? ¿Me vas a explicar esto?

Ella echó un vistazo a las jóvenes Murphy, que hicieron una mueca de simpatía.

—No he presentado cargos. Solo la metí en una celda a dormir la borrachera.

—Emmaline, ¿tiene claustrofobia!

«Mierda.»

—No lo sabía.

—¿Y no te diste cuenta? Mírala.

Em se pasó una mano por la cara.

—A nadie le gusta estar en la celda de los borrachos, Jack.

—Ella gritaba y lloraba —dijo Carol como puntualización inútil. De hecho, tal y como lo exponía, parecía brutalidad policial.

—Bueno, lo cierto es que estuvo gritando desde el momento en que llegó a tu casa.

—Así que la detuviste —comentó Jack con los labios apretados—. Me ha dicho que la perseguiste y esposaste y que luego la encerraste en una celda. ¿Es cierto, Em? ¿Solo porque estaba borracha?

—¡No! Si lo hice fue porque... pensé que suponía un peligro para sí misma. Y posiblemente para los demás. Estaba muy agresiva, además.

—Es posible que peses veinte kilos más que ella, Em. ¿De verdad no podías manejarla?

La tartamudez abrió los ojos.

—Estaba actuando como agente de la policía —replicó con rigidez.

—Pues a mí lo que me parece es que estabas actuando como una novia celosa, como una matona —dijo él sin inflexión en la voz. Esas palabras la hicieron sentir más idiota.

«¡Oh, Dios!» ¿Tendría razón? Notó que se le revolvió el estómago. Hadley parecía tan pequeña, desvalida... y vulnerable. Estaba pálida. Nadie podía fingir eso.

—Jack... —intentó intervenir Everett.

—No tengo tiempo para esto —le interrumpió Jack categóricamente—. Mi abuelo está a las puertas de la muerte y tengo que volver al hospital. Y ahora tengo que ocuparme de ella. ¡Mírala! Está hecha una mierda. Gracias, Emmaline.

—J-Jack, n-no... —Em dejó de hablar.

La tartamudez, su vieja enemiga, se rio y apretó sus fauces.

—Tengo que irme —dijo Jack.

Luego abrió la puerta, miró los pies de Hadley y la tomó en brazos para que no tuviera que caminar descalza hasta la *pickup*.

Lo bueno era que Pops seguía vivo.

Lo malo... , todo lo demás.

Los últimos días habían transcurrido como una tensa sucesión de cafés malos y peores sueños. Cuando iba al hospital, Jack comprobaba siempre los pasillos para no ocasionar a los padres de Josh Deiner más molestias de las que ya tenían. Cuando por fin regresó a casa la primera noche se encontró una ventana rota en la habitación amarilla de arriba.

Había pegado una hoja de plástico sobre ella. El silencio reinante en la casa le agobiaba. Agradeció los extraños maullidos de *Lázaro*. Luego se echó en el sofá y se quedó dormido con el teléfono colocado sobre la mesita de café al volumen más alto posible. Se despertó alrededor de las cinco de la tarde con el gato dormido sobre su pecho.

Había un pastel de café en el mostrador y la cafetera estaba preparada para hacer café.

Eso había sido obra de Emmaline.

Sintió remordimientos, pero ¡joder!, estaba cansado de sentirse culpable. Emmaline había silenciado su móvil. Él no tenía teléfono fijo y ella lo sabía. ¿Y si Pops no hubiera superado el ataque? ¿Y si le hubiera robado la oportunidad de despedirse de su entrañable y viejo abuelo?

Em no tenía ningún derecho a decidir cuándo podía recibir llamadas. Ninguno.

De acuerdo, eso solo no era para tanto. Ella no sabía que a Pops le iba a dar un ataque al corazón.

Pero ¿por qué había detenido a Hadley? ¿Había sido necesario? Jack era muy consciente de que su ex era la reina del drama, pero ¿por qué había tenido que humillarla así? Cuando la vio con aquella ropa tan grande, los ojos llenos de lágrimas, él... ¡maldita sea! No sabía qué había sentido. Pero no podía dejarla allí.

La llevó al apartamento en Opera House, llamó a Frankie y le pidió que fuera. Mientras Hadley estaba en la ducha le hizo un sándwich de queso y esperó a que llegara Frankie. Hadley estaba pálida y parecía que no quería hablar. De hecho, estaba seguro de que se sentía avergonzada. Y algo más. Fuera lo que fuera, él solo quería volver con su abuelo, y en el momento en que llegó su excuñada se volvió a subir a la *pickup* y regresó al hospital.

Desde entonces, había estado sobrecargado de responsabilidades familiares. Como todo el mundo sabía, su padre era un blandengue, así que Jack pasaba tanto tiempo con él como le era posible: los dos John Holland más jóvenes vigilando al de más edad. También tuvo que estar pendiente de las cuestiones relacionadas con Blue Heron, el dominio de Honor, asegurándose de que su hermana no estuviera demasiado hundida. La siempre capaz Jessica Dunn parecía poder defender el fuerte. Llamaba a Faith dos veces al día, porque estaba en un momento delicado y quería asegurarse de que no se preocupaba demasiado, y además estaba cuidando de Goggy. Y pasó por casa de Pru para ver cómo estaba Abby, que jamás había perdido a nadie cercano.

Luego se dirigió de nuevo a Blue Heron para filtrar el vino y comprobar el sedimento, dado que era casi el momento de embotellarlo y esas cuestiones no podían esperar. Hizo algunas llamadas, pasó a ver a Hadley (que había estado durmiendo un montón, según Frankie) y más tarde regresó al hospital y, finalmente, a casa.

Tres días después del infarto, Pops pudo regresar al apartamento donde vivía en Rushing Creek. Ahora tenía que tomar Sintrón y Atorvastatina, contra el colesterol, y recibió instrucciones para dejar de consumir queso, helado, leche entera y, según sus palabras, «todo lo que sabía bien». Estaba más débil, pero Jeremy se había referido a él como «increíblemente saludable» a pesar de sus horribles niveles de colesterol. Jack hablaba con sus abuelos todas las noches, ya que, a pesar de las protestas de Goggy, también estaba preocupado por ella. Ninguno de sus abuelos era un jovencito, y el susto que se habían llevado con Pops se lo había recordado a todos.

Así que en ese momento, cuatro días después del ataque al corazón de Pops, Jack iba desde el hospital hacia la casita de Emmaline en Water Street. Estaba anocheciendo, y el lago brillaba de color cobalto. La luna llena brillaba en el cielo.

Tenía la sensación de que le debía una disculpa.

Jack no estaba acostumbrado a disculparse. A sus hermanas les gustaba llamarlo el principito, el hijo y heredero, y había algo de verdad en ello. Sabía que su padre había querido tener un hijo varón —y también su madre— y lo habían bautizado como John Noble Holland IV por alguna razón. Llevaba toda su vida tratando de hacer lo correcto. Había sido un buen estudiante y magnífico *scout*, tan buen hermano como pudo; había tomado el té con las muñecas de Faith, enseñado a Honor a conducir y cuidado de los hijos de Pru y Carl cuando eran pequeños. Su madre lo había considerado siempre perfecto, y aunque su padre no lo decía, lo creía de corazón.

Lo cierto era que solo lograba recordar dos veces en las que hubiera cometido un error significativo. El primero había sido la vez que había saltado desde la cerca en las ruinas del antiguo granero de piedra y se había roto el brazo. El segundo, casarse con Hadley.

Llamar a Emmaline «matona»... Sí, de acuerdo. Era su error número tres.

\* \* \*

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Emmaline desde el umbral del despacho de Levi. Era casi la hora de salir.

—Claro. Entra.

Lo hizo y cerró la puerta. Levi conocía ya el incidente con Hadley... y la reacción de Jack. Claro que se había enterado: Carol se lo dijo en el momento en el que entró por la puerta, y Gerard había llegado solo cinco minutos después para contarle el mismo chisme.

Abrió la boca para hablar, pero tenía un nudo en la garganta. No por la tartamudez, sino por las lágrimas. Su viejo defecto se había metido de nuevo en su agujero, aunque la noche anterior, cuando Ángela la tenía prácticamente convencida para ir a O'Rourke, su corazón se había acelerado, convencido de que alguien la iba a saludar «h-hola E-Emmaline» como en el pasado.

Nadie lo hizo. Pero de todas formas, todos lo sabían. Colleen incluso dijo que invitaba la casa.

—¿Qué puedo hacer por ti, agente? —dijo Levi.

—¿Cómo está el señor Holland? —preguntó ella, a pesar de que ya lo sabía. Corría el rumor de que el anciano estaba de nuevo en Rushing Creek, quejándose de que echaba de menos los cuidados de la guapa cardióloga que lo había atendido.

—Bastante bien —repuso Levi—. En realidad, muy bien.

—Estupendo. ¿Y Faith?

—Muy embarazada —dijo, curvando los labios.

—Vas a ser un gran padre, Levi.

—Gracias. —Él siguió mirándola. Era un truco suyo: clavar en su interlocutor aquella mirada paciente hasta que la otra persona cediera.

—Estaba pensando que debería presentar la renuncia.

—¿La renuncia?

—Al trabajo.

Más miradas.

—No la acepto —espetó él a continuación.

Ella tragó saliva.

—Cometí un error, jefe. Con Hadley. No manejé bien la situación y se desbordó. No fui a ver cómo estaba. —Se miró las manos. Seguramente había llegado el momento de quitarse el esmalte de uñas que se había puesto para la estúpida boda de Kevin—. Quizá no soy una buena policía —reconoció con la voz ronca—. Hadley

estaba sufriendo una crisis y no supe cuidar de ella.

Levi suspiró y se reclinó en la silla.

—Mira —le dijo—. De vez en cuando, meterás la pata en el trabajo. Es imposible no hacerlo. Investigas un aviso y sabes que el marido está maltratando a su esposa, pero no puedes convencerla para que lo deje. Paseas con la patrulla por un vecindario y no detectas un robo. —Levi se puso a dar golpecitos con el lápiz en la mesa sin mirarla—. O le das un sermón a un muchacho y le pones una multa cada vez que puedes y cae igualmente al lago.

«Ah, sí...» Josh Deiner había tenido algunos problemas con la ley.

—Y nada de eso te convierte en un mal policía —continuó Levi—. Hadley estaba borracha y tú no sabías que tenía claustrofobia. Te tocó atender algunos avisos. Si alguien metió la pata fue Everett. Él conoce el procedimiento. Le tocaba ir a ver cómo estaba cada quince minutos, y si no me equivoco, estaba jugando con el móvil.

—Creo que... reaccioné de forma exagerada. —Tragó saliva—. Quizá Jack tenía razón. Quizá lo hice porque es su ex.

—Emmaline —dijo Levi con esa voz excesivamente paciente que usaba cuando estaba enfadado—. Jack no estaba en su mejor momento. No eres una matona. No sabes serlo. En cualquier caso, fuiste demasiado amable con ella. Así que deja de hablar de renunciaciones, porque como me dejes solo con Everett no te lo perdonaré jamás.

—Sonrió y Em le devolvió la sonrisa de forma automática.

—Bueno... Gracias, jefe.

—Bien. Ahora tengo que ir a la tienda, porque Faith tiene antojo de helado. Eres una buena policía. Muy buena. ¿Hemos terminado ya?

Ella permaneció en silencio un minuto.

—¿Qué? —presionó Levi.

—Nada. Solo es que... te quiero, Levi.

—Vete.

—No, lo digo en serio. Te quiero. Eres el mejor jefe del mundo.

—Mañana te odiarás. —Él esbozó una sonrisa—. ¿Sigues enfadada con Jack?

Ella frunció el ceño.

—¿Quién dice que estoy enfadada con Jack?

—Ayer te comiste una caja entera de donuts. Caminas arrastrando los pies. Estás enfadada con Jack.

—Tienes razón. Jack ha sido... Espera un segundo. ¿De verdad soy tan patética como para querer contarte mi vida personal?

Levi arqueó una ceja.

—Dios. Me voy... Hasta mañana, jefe.

Em se despidió de Everett, besó a Carol y se metió en el vehículo policial. Condujo hasta su casa, entró y fue recibida por *Sargento* y el pollo de goma chillón con el que jugaba, que parecía haber perdido un ojo y la mitad del pico.

—¿Ángela? —llamó.

—*Namaste* —la saludó Ange—. Estoy haciendo yoga. Terminó dentro de veinte minutos.

Em se quitó la cartuchera y la colgó, luego se soltó el pelo y entró en la cocina. Se sirvió una copa de vino (Lyons Den, gracias; estaba boicoteando a Blue Heron en ese momento).

Sonó el teléfono y respondió sin mirar quién era. Cuando oyó la voz al otro lado, deseó no haberlo hecho.

—Hola, mamá —dijo—. ¿Quieres hablar con Ángela? —Hizo una mueca cuando su perro puso el pollo de goma chillón lleno de babas en su regazo como premio de consolación.

—No, en realidad quería hablar contigo.

—Ah. Eso es... er... está bien. —Le hizo una mueca a *Sargento*, que arqueó las cejas, tan sorprendido como ella—. ¿Qué tal estás? —Tomó un sorbo de vino. Un sorbo enorme.

—Bien. Vamos a mudarnos a esa zona.

Emmaline se atragantó y esparció el vino por el teléfono, el pollo y la cabeza de *Sargento*.

—¿Perdón?

—Ahora que las dos estáis ahí, hemos pensado que es lo mejor.

—Y por «esa zona», ¿qué entendéis exactamente?

—Manningsport.

«Santo Dios, estoy preparada. Lánzame ese rayo. Te quiere, Emmaline.»

Su madre estaba hablando de proximidad y vínculo materno-filial. De hacer un hábito del afecto y alimentarlo con reconocimiento visual de los seres queridos. De su estrecha relación con Ángela. Lo normal.

Cuando estaba en el instituto, sus padres no habían dicho ni una sola vez que podían mudarse allí para estar más cerca de ella o de Nana.

Ni una sola vez en los últimos tres años, los que ella llevaba viviendo allí, habían hablado de mudarse. Apenas la habían visitado. Pero se habían mudado de Malibú a Palo Alto para estar más cerca de Ángela, aunque eso en realidad tampoco le había molestado. No mucho.

Pero el hecho de que se mudaran allí, a su terreno, para estar más cerca de Ángela... Una repentina ira hizo que le ardieran las entrañas.

—Sí, haced lo que queráis —dijo—. Tengo que dejarte. Tengo visita.

Colgó sin decir nada más, y luego casi se cayó de la silla cuando sonó el timbre, como si hubiera invocado una presencia. *Sargento* salió de la cocina corriendo al galope y se lanzó hacia la puerta principal. Em lo siguió.

—Abajo, asesino —le ordenó cuando él gimió y se movió contra sus piernas—. Al menos tienes que fingir que eres feroz, ¿de acuerdo? Te guste o no, algún día serás un perro policía.

Abrió la puerta y el estómago le dio la vuelta.

Jack.

—Hola —dijo él.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó. Era un poco difícil mostrarse gélida con el perro saltando alrededor de Jack sobre dos patas, lamiéndole las botas de trabajo y masticando sus cordones.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Venga, Emmaline...

—Estupendo...

Él entró en el vestíbulo y miró a su alrededor.

—¿Está Ángela por aquí? —preguntó.

—Está haciendo yoga arriba. *Sargento*, basta. —El cachorro se detuvo. Luego corrió a la otra habitación y regresó con el pollo de goma chillón, cuya cabeza se bamboleaba de un lado para otro, entre los dientes. No era el escenario más digno del mundo, pero bueno.

—¿Qué tal está tu abuelo? —preguntó Emmaline.

—Está bien. Va progresando.

«Sí, lo sé porque me lo dijo Levi, y Faith, pero no por ti.»

—Me alegra oírlo —replicó.

—Gracias.

Intentó poner en marcha el truco de Levi de mirar fijamente mientras esperaba que él diera el primer paso.

Funcionó.

—Mira —dijo Jack, pasándose la mano por el pelo—. Es posible que el otro día reaccionara de forma exagerada. Estaba sometido a mucha presión.

—Mmm...

—Lo siento.

Ella arqueó una ceja.

Jack suspiró como si estuviera diciendo «las mujeres son muy complicadas». Claro que sí, lo eran.

—¿Y ya está? —preguntó ella.

—¿Debería haber más?

—No. Buenas noches. —Abrió la puerta de nuevo.

—Emmaline, espera. ¿Podría entrar y sentarme un rato? ¿Hablar contigo?

—No creo, Jack.

—¿Por qué?

«Porque me llamaste “matona” cuando solo estaba tratando de ayudar a esa idiota con la que te casaste. Porque me hiciste sentir estúpida, mala y sin importancia.

Porque me insultaste delante de mis compañeros de trabajo y me hiciste sentir como si estuviera de nuevo en el instituto. Porque tartamudeé. Por eso.»

—Vamos a ver... —comenzó ella.

—No me gusta nada que las mujeres empiecen con esa frase.

—Pues te jodes. Vamos a ver, Jack... —Cruzó los brazos—. Te dije que esto iba a pasar.

—¿Qué me dijiste que iba a pasar?

—¡Esto! Esta cosa caótica y perturbadora que hay entre nosotros.

—Es una buena manera de describirla.

—Bueno, eres tú el que lleva cuatro días sin dirigirme la palabra.

—¿He estado muy ocupado! Por cierto, ¿por qué silenciaste mi teléfono sin decírmelo?

—¿Te has olvidado de la razón, Jack? ¿El suelo de la cocina significa algo para ti? ¿La bañera? ¿O no lo recuerdas? —*Sargento* le rozó la pierna con el muñeco—.

Mira. No debería haberlo hecho. Fue un impulso, lo siento y me avergüenzo de ello.

—De acuerdo. Te perdono —dijo él.

—¡Dios, qué magnánimo! Pero la cosa, Jack, es que... —dijo ella, en un tono cada vez más elevado, porque por supuesto él era un hombre y trataría de fijarse en los detalles cuando tenía la situación delante de sus narices.

—¿La cosa es qué, Emmaline?

—Lo que pasa es que al principio era una relación falsa. Luego necesitabas una distracción, después querías divertirte... y por último me enamoré de ti.

Mierda, mierda y mierda. No era eso lo que quería decir.

Jack la miró boquiabierto. El reloj de Nana marcó la hora en el salón. *Sargento* gruñó, mordió la cabeza del pollo y sonó un suave pitido.

Y después nada.

—Muy bien —dijo ella—. Lárgate. —Miró el patrón del papel de la pared, las pequeñas flores de cerezo blanco sobre fondo marrón, y trató de contener las lágrimas.

—Emmaline...

Le daría esa oportunidad. Esa minúscula oportunidad de decir que él también la quería.

Jack miró al suelo.

—No lo dices en serio.

—¡Cállate! Claro que lo digo en serio. Eres Jack Holland. Todo el mundo te quiere. —Notó que tenía los ojos llenos de lágrimas. «Qué estúpida eres, ¡estúpida!»—

Y nunca sentirás lo mismo por mí, ¿quieres saber por qué?

—Tengo la sensación de que esto es una trampa.

No era el mejor momento para hacer bromas.

—Porque nunca voy a ser una damisela en apuros. No necesitaré que me salves. Si me tuerzo el tobillo, me las sé arreglar sola. Si se muere mi mascota, no voy a enrollarme a tu alrededor como una pitón. —Miró a *Sargento* pidiéndole disculpas—. A pesar de que lo sentiría mucho, perrito.

—Yo no...

—Y si te engaño con otro y el otro se muere, no voy a pedirte que me sostengas la mano en el hospital.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Lo sabe todo el mundo.

Él no respondió.

—Así que... —dijo ella con la cara ardiendo—. Supongo que no soy tu tipo. Te gusta ser un caballero de brillante armadura, y yo no necesito eso. No todo el mundo necesita mantener una relación para sentirse bien consigo mismo. Algunas personas están bien solas.

—¡Guau! Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Pero Hadley siempre te necesitará. Es una damisela en peligro, y tú eres su héroe, y a una parte de ti le gusta serlo. ¿Y sabes qué? No me gusta que me hayas puesto en esta situación. Te dije que no deberíamos haber empezado esta relación. Ya he competido por el amor de un hombre y he perdido. No pienso volver a hacerlo.

—No quiero a Hadley —espetó él.

—Entonces, ¿por qué sigue ella en el pueblo?

Él no respondió.

—Porque siempre tendrá algún tipo de crisis y tú la podrás rescatar y ser el gran héroe.

—¡Deja de decir esa palabra! —ladró, y ella dio un respingo de sorpresa—. ¿Crees que soy un héroe? Josh Deiner está cada día más cerca de la muerte, literalmente muriéndose en su cama, porque no soy un héroe. Porque no fui lo suficientemente bueno. Porque llegado el momento, no lo fui. ¿De verdad piensas que ayudar a Hadley lo compensa? ¿Es que estás loca?

*Sargento* soltó un ladrido, pensando que eso era muy emocionante, y dejó caer el pollo de goma chillón sobre el zapato de Jack, que bajó la vista.

—¿Sabes qué? —continuó él, ya con su voz normal—. Está bien. Tienes razón. No debemos salir. En realidad no estaba buscando una relación y tú tampoco. Solo querías un acompañante para una boda y te presioné. Lo siento. Está bien. Cuidate.

Se dio la vuelta hacia el vestíbulo justo en el momento en que Ángela bajaba, vestida con unos pantalones de yoga negros y una camiseta amarilla.

—*Namaste*, idiota —lo saludó. La palabra sonaba muy elegante con ese acento—. Deja de gritarle a mi hermana.

—De acuerdo. —Dicho eso, abrió la puerta y bajó los escalones.

Em lo siguió.

—Jack...

Él se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—Deberías ir a ver a alguien para que te ayude a superar ese trastorno de estrés postraumático.

No dijo nada, solo comenzó a caminar hacia su *pickup*.

El cielo estaba oscuro. Empezaron a caer pausadamente grandes copos de nieve.

Em volvió a entrar y se sentó en el sofá. No reprendió a *Sargento* cuando saltó y se puso sobre su vientre para que lo acariciara.

—Lo primero es lo primero —dijo Ángela—. Voy a llamar al Rey del Pollo (sirven a domicilio, ¿lo sabías?) y a preparar unos martinis. Luego hablaremos.

Después dejó una caja de pañuelos de papel a su lado.

—Toma. Por si acaso quieres llorar un poco.

—No soy de esas —presumió Emmaline justo antes de empezar a llorar. «Puaj.» Odiaba llorar; era demasiado humillante e incontrolable, y sin embargo, allí estaba, llorando sobre el hombro de su hermana mientras *Sargento* le lamía las lágrimas.

Media hora más tarde, cuando les entregaron un pollo de aspecto delicioso y Ángela preparaba la segunda ronda de martinis, Em estaba rodeada de un montón de pañuelos de papel. El cachorro las miraba con aspecto solemne a pesar de tener una oreja del revés. Ella se la puso bien y consiguió que él le lamiera la mano, agradecido.

Los perros eran maravillosos.

Y las hermanas también.

Ángela le puso otro martini frío en la mano antes de acomodarse como una *top model* cualquiera en el sillón rosa de Nana.

—Creo que tienes razón en que tiene complejo de caballero de brillante armadura. Hombres. Deberías hacerte lesbiana, Em. En este lado las cosas son mucho más fáciles.

—Dice la mujer que atravesó el país para perder de vista a su ex —murmuró Emmaline.

—Tienes razón. —Ángela tomó un sorbo con el mismo estilo que una Audrey Hepburn africana—. Voy a decirte una cosa, querida, y ten en cuenta que mi cociente intelectual era de ciento cincuenta y ocho cuando tenía quince años.

—Presumiendo de credenciales...

—Si las tengo, las tengo. ¿Has considerado que tal vez, solo tal vez, hayas pasado de esto a las primeras de cambio?

—¿A qué te refieres? Explícaselo a esta pobre imbécil que tiene un cociente normal.

—Pues que Kevin te rompió el corazón, un hombre horrible. Y desde entonces has evitado mantener relaciones.

—En realidad no es así. No lo hago a propósito.

—Por favor. No insultes mi altísima inteligencia. Como ya te he dicho, ahora que te has enamorado de Jack y que hemos visto la primera señal de que no es absolutamente encantador y perfecto, intentas arrancarlo de tu vida para evitarte futuros problemas.

—¿Te he dicho que nuestros padres pretenden mudarse a Manningsport?

—Buen intento de cambiar de tema. ¿Algo de lo que he dicho tiene parte de verdad?

—Sí, sí... —Em se sonó la nariz y tomó otro sorbo de martini—. La cuestión es, Ange, que me metí en esto con los ojos bien abiertos. Sabía que él no estaba en su mejor momento, que no soy realmente su tipo, pero así y todo me enamoré de él.

—Claro que sí. Es maravilloso.

Otro río de lágrimas ardientes bajó por sus mejillas.

—Me hizo tartamudear —susurró—. Cuando se enfadó conmigo delante de todo el mundo, me hizo tartamudear.

—¿Y dejó de girar el mundo? ¿Has perdido el trabajo? ¿Te han tirado piedras?

Em puso los ojos en blanco. Era posible que se hubieran quedado atascados, pero tenía la cara bastante entumecida —Ángela hacía unos martinis de muerte—, así que no estaba segura.

—No, listilla. —Otro sorbo—. Pero es una señal de debilidad.

—Es una señal de que te preocupas mucho por los sentimientos, en especial por los que te afectan a ti. Eso no es una debilidad. Es ser humano.

*Sargento* apoyó el hocico en su rodilla. Su pequeño perro iba a ser enorme. Le dio un bocado de muslo de pollo a cambio del de goma chillón cubierto de babas.

—Bueno, basta de cháchara —anunció Ángela—. Vamos a ver *Titanic*. Estoy enamorada de Kate Winslet.

Pusieron la película. Cuando Jack vio por primera vez a Rose en la cubierta de los ricos, Em miró a su hermana.

—Ángela.

—¿Qué, cielo?

—Me alegro mucho de que mis padres te adoptaran.

Ahora fue Ángela quien empezó a llorar.

\* \* \*

A la mañana siguiente había una divertida nota de Ángela en la mesa de la cocina comunicando que estaría en Cornell durante dos noches para llevar a cabo una investigación intensiva, pero que si necesitaba que volviera a casa llegaría tan rápido como un abejorro, o si Em quería ir a Ithaca, también estaría bien.

Ángela. Realmente era todo un personaje. Salvo que dejaba el cuarto de baño hecho un desastre y le gustaba demasiado flirtear, por lo que había visto.

En realidad, se alegraba de quedarse sola un par de noches. La interesante perspectiva de Ángela le había dado mucho para pensar.

Tenía el día libre y brillaba el sol. La nieve de la noche anterior se había derretido, e incluso estaban previstos unos plácidos ocho grados según los poco fiables meteorólogos.

—¿Te apetece salir a correr? —le preguntó a *Sargento*, sonriendo al ver que el perro apresaba con los dientes su inseparable pollo de goma chillón y corría hacia la puerta. Se cambió de ropa, metió el móvil en el bolsillo de los pantalones cortos y le puso la correa al cachorro. La gente la saludaba al pasar y movía las manos, e incluso algunos la detuvieron para admirar al animal y acariciarlo.

En el aire flotaba el olor a primavera. Por supuesto, habría alguna tormenta en abril, pero por ahora hacía calor (para ser el estado de Nueva York) y olía a tierra, un fuerte aroma a pizarra. Salió corriendo del pueblo, adaptándose al ritmo del perrito. Pasó por delante de Victorian House, la mansión azul y púrpura donde vivía la agradable familia Murphy, cuyo césped estaba lleno de flores color azafrán, y por delante de la vieja escuela, que posiblemente acabaría convirtiéndose en un centro comunitario. Se encontró con Shelayne Schanta en Buttermilk Road, donde estaba recogiendo hojas verdes para hacer un lecho de flores.

—¿Alguna noticia sobre la adopción? —preguntó Emmaline, deteniéndose.

—Solo han pasado a visitar la casa —contestó una Shelayne radiante.

—¡Fantástico! Si necesitas que alguien dé referencias sobre ti, da mi nombre, ¿de acuerdo? A fin de cuentas no solo soy una ciudadana de a pie, también soy agente de la ley.

Continuó corriendo. Sus piernas estaban fuertes y firmes a pesar de que hacía un par de semanas que no salía a correr. Era agradable hacerlo sin rumbo fijo.

Además, le ayudaba a no pensar en Jack.

Puede que ya no fuera su novia, pero seguía preocupándose por él. Incluso aunque fuera una causa perdida.

Cuando llegó a Meering Falls, se detuvo con la respiración entrecortada. *Sargento* dejó de jadear mientras bebía en la corriente de agua.

Le encantaba estar allí. No en donde se encontraba en ese momento, en el inicio de una hermosa garganta, fruto del paso del agua a lo largo del tiempo, sino en Manningsport. En el estado de Nueva York. El clima perfecto y la excesiva exuberancia de Malibú nunca le habían gustado demasiado. Agradeció para sus adentros que



Nana la hubiera acogido. A la niña de catorce años enamorada que apenas era capaz de decir una frase completa.

La melodía del teléfono la pilló por sorpresa. Teniendo en cuenta que era policía, se podía pensar que el móvil no debía llevarla al borde del infarto, pero no era el caso.

«Estupendo... Mamá otra vez.»

Consideró brevemente dejar que le saltara el buzón de voz, pero después del incidente con el teléfono de Jack le preocupaba hacer cosas así.

—Hola —respondió.

—Sé que piensas que queremos más a Ángela —comenzó su madre con la voz tensa, lo que indicaba que estaba dolida.

Em cerró los ojos y suspiró.

—Lo que ocurre es que nunca supe cómo ayudarte. Odiaba ver que tenías problemas y que no podía solucionarlos. Si existe una sensación peor en el mundo que fallarle a tu única hija, Emmaline, no sé cuál puede ser. Por favor, no me cuelgues. Hice todo lo que pude, y soy muy consciente de que no fue suficiente.

—Mamá, no me vengas con esas. Me sustituiré.

—Eso no es cierto.

—Estuviste más que dispuesta a dejar que me mudara con Nana, y cuatro meses después tenías otra hija mejor. ¿Cómo puedes negar que me sustituiré?

—Eras tú la que querías vivir con mi madre. Eras más feliz allí. ¿Cómo podía negarme?

—Podrías haber fingido que me echabas de menos. —*Sargento* se acostó a sus pies, suspiró y mordisqueó el pollo de goma chillón, que soltó un gemido.

—Te eché de menos —estalló su madre—. Pero ¿de qué hubiera servido decírtelo cuando era evidente que estabas mejor ahí? Odiaba esa puta tartamudez. La odiaba por los problemas que te provocó, y cuando llamabas a casa y podías hablar sin problema, no podía echarme a llorar y decirte que dormía en tu cama, ¿verdad? ¿Te hubiera ayudado saberlo?

Emmaline se quedó paralizada.

—Mamá, ¿acabas de decir «puta»?

—La adopción de Ángela fue una decisión impulsiva. Me sentía un absoluto fracaso como madre, por lo que sí, lo intenté de nuevo. Si hubiera sabido que te haría daño, no lo habría hecho.

—¿Puedes devolverla? —preguntó Em.

—¿Qué? ¡No! Claro que no.

—Era una broma. De hecho, adoro a Ángela, ya lo sabes.

—Ah, bien. Me alegro.

El murmullo de la cascada era constante y encantador.

—A ti también te quiero, mamá.

Nada. No hubo respuesta desde el otro lado.

—¿Estás llorando? —preguntó Emmaline.

—Sí.

—¿De felicidad?

—Sí.

Emmaline descubrió que estaba sonriendo.

—Ven a visitarme pronto, ¿de acuerdo?

—Está bien —dijo su madre. Hubo una pausa—. Emmie, lamento mucho no haberte podido ayudar con lo de la tartamudez.

Em acarició el suave pelaje de su perro. Hacía mucho tiempo que su madre no había usado ese apodo.

—No estaba en tu mano, mamá. Además, fortalece el carácter.

Su madre se echó a reír y sorbió por la nariz.

—Eso fijo. Nadie tiene más carácter que tú.

—¿Ni siquiera la impecable Ángela? —bromeó Em.

—Oh... Ella es aburridamente perfecta.

—Y también fantásticamente fabulosa.

—Exacto. De acuerdo, lo dejamos estar. —Hubo una pausa—. ¿Puedo llamarte mañana de nuevo? —preguntó su madre.

—Me puedes llamar otra vez esta noche.

—No le digas a Ángela que la he llamado aburrida. No lo es.

—Ya sé que ha sido una broma, mamá. No te preocupes.

Cuando colgó, sabía a dónde tenía que ir.

—Arriba, *Sargento* —dijo al cachorro—. Tenemos que ir a un sitio. Debo ver a alguien.

\* \* \*

Em llevó flores. Tulipanes amarillos, porque ninguna otra flor le parecía tan alegre.

No sirvieron para nada, por supuesto. Lo supo en el instante en que llamó a la puerta de la habitación 405.

—¿Señora Deiner? Soy Emmaline Neal. La agente Neal. Estaba de guardia la noche del accidente.

Gloria Deiner, sentada junto a la cama, levantó la vista.

—¡Oh! Hola. —No tenía inflexión alguna en la voz.

Los Deiner no eran demasiado populares en Manningsport. Se habían mudado allí hacía unos siete años, por lo que había oído ella. Eran demasiado ricos, demasiado llamativos. Habían comprado una granja preciosa junto al lago, lejos de los viñedos, donde las granjas de los menonitas salpicaban los terrenos; luego tiraron la casa, cosa que rompió el corazón de los antiguos propietarios. En su lugar habían construido una estridente mansión con un garaje para cinco vehículos, ocho habitaciones, once cuartos de baño, una piscina cubierta y otra al aire libre. Solo para tres personas.

Por lo que Em sabía (y había oído), Josh era el típico niño consentido: drogas, alcohol, sexo y un automóvil rápido. Viajes a Vail (para esquiar) o a las islas turcas y Caicos (en el Caribe) o a Londres. Sus padres lo sacaban de la escuela en vacaciones, a veces durante semanas, y luego se enfadaban cuando no pasaba de curso. Nada era demasiado bueno para su hijo, que lo merecía todo solo por haber nacido.

Suponía que los Deiner estarían ahora reconsiderando su manera de criar a los niños.

Pero el hecho de que Gloria Deiner estuviera allí, sola..., era demasiado triste.

—¿Le apetece un poco de compañía? —preguntó Em.

—De acuerdo.

El respirador aspiró... y espiró. Aspiró y espiró. Sonó el pitido de una alarma en una habitación contigua y luego se detuvo.

Em dejó el jarrón con las flores, que ahora parecían demasiado alegres, en el alféizar de la ventana. No había más adornos. Se acercó a la cama y miró a Josh.

«Oh... oh...»

Se le veía muy pequeño bajo aquel equipo, tubos, cables y mantas. Una suave barba cubría su cara de forma desigual y tenía los ojos entreabiertos, aunque no los movía. Vio que tenía los puños cerrados sobre el pecho, hundido y flaco. Estaba despeinado y el pelo parecía grasiento. Desprendía olor a sudor y jabón Ivory.

—Hola, Josh —le dijo, tocándole la mano—. Soy Emmaline Neal. Una de las policías del pueblo.

—No puede oírte —escupió la señora Deiner—. Está clínicamente muerto, aunque rezo para que suceda un milagro. —Sus palabras estaban cargadas de amargura, como si quisiera que asimilara los hechos y le dijera que aceptara la realidad.

Aspirar... y espirar...

Hacia frío allí dentro. Em le subió la manta. Un edredón de *La guerra de las galaxias*, seguramente algo que a él le gustaba. Tragó saliva.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

La señora Deiner se encogió de hombros, así que se sentó.

—¿Cómo era de pequeño? —preguntó Em, y la mujer levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Hizo una pausa—. Estuve allí esa noche. Creo que, sencillamente, me gustaría saber cómo es.

La cara de la mujer permaneció impasible un segundo; luego se suavizó y sus ojos brillaron ante el recuerdo.

—Pues... —empezó, y su voz era jovial—. Era muy guapo. ¡Y travieso! —Se estiró para rozar la mano de su hijo—. Se reía de una manera especial cada vez que se salía con la suya. Siempre corría y rompía cosas, pero luego me miraba con esa sonrisa y no podía seguir enfadada con él. —Se le quebró la voz—. Sencillamente no podía. Lo quería tanto. Todavía lo hago... —Comenzó a llorar—. Mi marido dice que tenemos que dejarlo ir, pero ¡no puedo! ¿Cómo voy a dejar que muera mi bebé? ¿Cómo voy a dejar de ser madre?

Al instante, Em se arrodilló junto a la señora Deiner y la abrazó.

—No lo sé —dijo con la voz temblorosa—. No lo sé.

—Los médicos dicen que se ha ido ya —susurró Gloria, agarrándola por la camiseta—. Mi marido dice lo mismo —confió, mirándola fijamente—. ¿Tú qué crees?

Esa era su oportunidad de decir lo correcto. De hacer ver la realidad a Gloria Deiner, cuyo hijo estaba, sin duda, muerto.

—No lo sé —repitió—. Pero usted sabrá qué es lo correcto. Es su madre.

Gloria miraba a su hijo con una expresión tan dolorida que Em no pudo entender cómo lo soportaba.

—Gracias por venir —susurró—. Me gustaría estar sola. —La miró de nuevo—. Y gracias por hablar con él. Nadie lo hace.

Em volvió a abrazarla, pero la señora Deiner se había encerrado de nuevo en sí misma.

Estaba ya casi fuera de la habitación cuando la detuvo la débil voz de Gloria.

—¿Estabas allí esa noche?

Em se dio la vuelta.

—Sí. El jefe Cooper y yo... Le echamos una mano a Jack Holland.

—Jack Holland —dijo la señora Deiner con la voz dura—. No estaríamos aquí si no fuera por Jack Holland.

«No —pensó Emmaline—. Estaría mirando su tumba.»

—Jack Holland lo dejó para el final —afirmó Gloria con una voz extraña y cadenciosa, como si estuviera tratando de recordar una letanía—. Era el que más lo necesitaba, y lo dejó para el final. Mi bebé estaba solo.

El respirador inhalaba y espiraba, dentro y fuera.

—No estaba solo —dijo Em con muchísima dulzura—. Jack estuvo con él, en el agua, todo el tiempo.

Pero Gloria había vuelto la cabeza hacia su hijo, y Em dudaba de que la afligida madre la hubiera escuchado.

## Capítulo 28

Jack llamó a la puerta del 3-C. Un segundo después, Hadley abrió.

—Hola —lo saludó—. Pasa.

Ella parecía diferente. Más joven y cansada. Ya no se mostraba radiante al verlo.

Había pasado una semana desde el incidente en la comisaría. Aunque la había visto todos los días, no habían hablado.

Pero iban a hacerlo en ese momento.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café? ¿Agua?

—No, gracias —respondió—. Siéntate, Hadley.

Al hacerlo, recogió un cojín y se tapó el estómago.

—Menuda locura, ¿no? El clima...

No lo había sido, al menos teniendo en cuenta que estaban en el oeste del estado de Nueva York. Por otra parte, la gente siempre hablaba del clima cuando estaba nerviosa.

—Hadley, ha llegado el momento de que sigas adelante —le dijo.

—Lo sé —confirmó ella con los ojos llenos de lágrimas.

Él se reclinó en el asiento.

—Si quieres, te llevaré de nuevo a Savannah.

—¿Por qué? ¿Por qué estás dispuesto a hacer eso por mí después de todos los problemas que te he causado?

«Buena pregunta.»

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Me siento responsable de ti. De nosotros. De que nuestro matrimonio no funcionara.

—Te engañé, Jack. Soy yo la culpable del divorcio.

Hadley no lo había admitido hasta ese momento.

—Nadie engaña a su pareja si no tiene una razón —dijo él, mirando por la ventana—. Tú no eras feliz, así que buscaste la felicidad en otro sitio. No es que te disculpe, Hadley, pero te entiendo. Te sentías sola y estabas aburrida, necesitabas más atención de la que yo te podía dar. —Supuso que era difícil que alguien le prestara toda la que necesitaba.

—Mis padres apenas me hablan, piensan que estoy loca —susurró—. Estaban seguros de que eras lo mejor que me había pasado en la vida.

—No estoy de acuerdo —dijo él—. Creo que ninguno era la pareja... perfecta para el otro. No importa lo que pareciera al principio.

Miró la lágrima que se deslizó por la mejilla de Hadley.

Si hubiera hecho un poco más de caso a personas inteligentes como Honor, sus abuelos, la señora Johnson o Connor O'Rourke, podría haber detectado las sutiles (y no tan sutiles) señales de advertencia. Si hubiera dedicado un poco más de tiempo a conocer a Hadley, habiendo pasado más tiempo allí con ella en vez de fines de semana de ensueño, la realidad hubiera salido a la luz. Y lo cierto era que tanto ella como él habían visto lo que querían ver y no la verdad.

—¿Por qué regresaste, Hadley?

Ella se secó los ojos.

—A mi alrededor, todo el mundo estaba casado, tenía hijos o un trabajo fabuloso. O todo a la vez. ¿Sabes cómo era mi vida? Trabajaba a media jornada en *Bed, bath and beyond*. Tengo treinta años y no he conseguido nada. Nos divorciamos antes del primer aniversario. Soy un fracaso.

Podría haberle recordado que trabajar mucho no era motivo de vergüenza, o que podría haber regresado a la universidad a estudiar cualquier otra cosa, pero sabía por experiencia que sus palabras caerían en saco roto. Hadley había tenido siempre una idea muy clara de cómo debía ser la vida, y si no era exactamente así, la consideraba un fracaso.

Hadley respiró hondo.

—Cuando te vi salir en las noticias, en el programa del apuesto Anderson Cooper, apareció el lago, mostraron imágenes de la viña, de la página web, y pensé «Hadley Boudreau, la cagaste». —Agarró un pañuelo de papel y se sonó la nariz—. Por eso vine, para recuperar lo que teníamos.

—Lo que teníamos no era tan bueno, Hadley. Nos pasábamos la vida discutiendo.

—También había muchas cosas buenas. —Ella respiró de forma entrecortada—. Jack, ¿no es posible que me perdones y superemos lo que te hice? Te amo.

Jack sintió compasión por ella.

—No, no me amas —le dijo con suavidad—. Te gusta la idea que tienes de mí. Igual que a mí me gustaba la que tenía de ti. Y te perdoné hace mucho tiempo.

Hasta que no lo dijo en voz alta, no se dio cuenta de que era verdad.

—Lamento lo que hice, Jack —susurró ella—. No te lo merecías.

Por fin, una disculpa sincera, algo que jamás había hecho.

—Gracias. —Se levantó—. Haz el equipaje, ¿de acuerdo? Llamaré a tu familia.

\* \* \*

Esa noche, Em salió de la Taberna de O'Rourke, donde había coqueteado con gracia con Lucas Campbell durante quince minutos antes de hablar con Jeremy Lyon y con Tom Barlow (mientras Honor comentaba algo con Colleen). Para su sorpresa, coquetear no era tan malo. Había terminado por ofrecerse a demostrar a Lucas cómo funcionaban las esposas, colocar el cuello de la camisa de Jeremy y decirle a Tom que su acento le hacía más atractivo.

Era fácil flirtear con buenos tipos.

La noche era clara, aunque no había luna. Las estrellas brillaban nítidas sobre el lago. Recogería a *Sargento* en casa y lo llevaría a dar un paseo nocturno por el parque. Después, quizá llamaría a Ángela para ver cómo iba todo en Ithaca. Quizá llamaría también a su madre.

O quizás iría a casa de Jack.

«No. ¿O sí?»

No estaba muy segura de quién había roto con quién el otro día y, de todas formas, quería verlo. Solo para ver cómo estaba, para cumplir un deber cívico, etc., etc. Quizá pudiera cachearlo. «No, no, de eso nada», se dijo a sí misma. Pero estaba muy bueno, sobre todo desnudo.

Quizá le viniera bien hablar otra vez con él, en esta ocasión con más calma. Ver cómo estaba de verdad, comprobar que las ojeras habían desaparecido un poco. Estuvieran juntos o no, ella lo quería. Y lo echaba mucho de menos.

Era la segunda vez en su vida que se enamoraba.

Eso tenía que significar algo. Era evidente que no era de esas mujeres que se iban enamorando cada dos por tres. Pero todas las canciones, libros y películas tenían razón: el sol brillaba, las flores olían mejor... bla bla bla... Todo era cierto.

Y Jack... ¡maldita sea! No se veían hombres así todos los días. Un tipo que amaba a su familia, que era bueno con los niños, que se prestaba voluntario a salir con cualquier mujer que necesitara un acompañante. ¿Quién más era capaz de tirarse a un lago glacial y salvar tres vidas pero fijarse en la única que no pudo salvar?

Enfiló la calle en la que estaba su casa pensando que llevaría al cachorro en el vehículo con ella. Entonces lo vio.

Hablando del rey de Roma, la *pickup* de Jack estaba aparcada delante del edificio de apartamentos Opera House.

Em, sin pensarlo, dio un paso hacia la puerta de la tienda de antigüedades, Presque Antiques, para espiar mejor.

No tuvo que esperar. Hadley salió un par de segundos después, con aquel abrigo color crema y las botas de caña alta que le daban aquel aspecto tan elegante. Jack la seguía con una maleta en la mano.

—¿Tienes los pasajes? —preguntó Hadley. Su voz se oía fácilmente en la tranquilidad de la zona verde.

—Los pillé *online* —dijo Jack—. Savannah, allá vamos. —Abrió la puerta para que entrara Hadley y le dio la mano para subir, siempre el caballero perfecto. Luego rodeó el vehículo, metió el equipaje en el maletero y se sentó detrás del volante.

Y se fueron.

Emmaline tragó saliva. Apretó los labios para no gritar. Se lo había entregado a Hadley en bandeja.

Solo que siempre había estado convencida de que Jack no volvería a enamorarse de su ex. A pesar de que habían pasado varios años desde que Kevin la dejara por Naomi, ni pudo evitar el pensamiento que le vino a la cabeza.

La guapa había vuelto a ganar.

\* \* \*

Emmaline se reunió con sus adolescentes en riesgo de exclusión al día siguiente y trató de prestarles atención. Fue difícil. Jack estaba tutorizando a tres de los cuatro niños, y cada vez que lo nombraban se sentía como si alguien le hubiera disparado con la Taser. Kelsey se mostró hosca, y el déficit de atención de Dalton alcanzó su grado máximo. Cory se puso a limpiarse las uñas con una navaja suiza, que Em estaba considerando confiscar, y Tamara se dedicaba a enviar mensajes de texto.

—¿Por qué me pueden detener por faltar al instituto? —comentó Kelsey—. Estoy embarazada. Tengo una excusa para no ir.

—¿Estás enferma? —preguntó Em.

—No —dijo Kelsey como si fuera la pregunta más estúpida del mundo (que podría haber sido)—. Es que no quiero seguir yendo.

—Están discriminándote de alguna forma. Si es así, debes denunciarlo —intervino Dalton, enderezándose—. ¿Tienes más palomitas, agente?

—Os las habéis comido todas —dijo Emmaline.

—Alyssa ha faltado más que yo y la señora Didier no está dándole la murga. ¿Verdad?

—Sí, bueno, pero ella tiene una razón de peso —repuso Tamara sin levantar la vista del teléfono.

—No, ¡no es cierto! —espetó Kelsey—. Yo estoy aquí, creando el milagro de la vida. Ella está deprimida. Vaya cosa.

—¿Quién es Alyssa? —preguntó Emmaline.

—La novia de Josh Deiner —respondió Tamara—. Está totalmente destrozada por lo que ocurrió. —Tamara hizo una pausa—. Todos lo están. ¿No lo estáis vosotros también? Lloramos muchísimo. Fue horrible.

—Josh es un idiota —comentó Cory con calma.

—Sí, ya. Se está muriendo, ¿te hace eso feliz? —preguntó Tamara.

—Un poco —dijo Cory.

—No seas así, Cory —intentó conciliar Em.

—¿Prefieres que mienta? —replicó Cory—. Me pegó cuando estábamos en primero.

Emmaline murmuró algo, pero una parte de ella estaba alerta, siguiendo su instinto.

—¿Cómo se apellida Alyssa? —preguntó.

Después de que el grupo se marchara, Emmaline fue al lado oeste del pueblo. Recordó de repente que esa zona había sufrido una serie de robos hacía no mucho tiempo. El culpable había sido el propio Josh Deiner, pero al ser menor solo tuvo que cumplir una serie de servicios con la comunidad.

Llamó a la puerta del número 67 de Circle Road y esperó. No había vehículos aparcados junto a la acera, ni luces en el interior, salvo una en el piso superior. Volvió a llamar.

Después de un largo minuto más, oyó unas pisadas en las escaleras y la puerta se abrió.

—¿Qué?

—¿Alyssa?

—¿Sí?

—Soy la agente Neal, del departamento de policía de Manningsport. —Le enseñó la placa—. No pasa nada, pero me gustaría hablar contigo.

—¿Mis padres están bien?

—Sí. He venido para hablar contigo. ¿Te importa si paso?

La niña tenía los ojos hinchados de llorar, y su cabello castaño estaba lacio y sin vida. Llevaba puestos unos pantalones de pijama y una sudadera del instituto de Manningsport varias tallas más grande; Em estaba segura de que era de Josh.

Alyssa abrió la puerta de par en par y se dirigió a la sala. Se sentó y subió las piernas para apretar las rodillas contra el pecho.

—¿Estás sola, cariño? —preguntó Em.

—Sí. Mi hermano está en la universidad. ¿Te han enviado del instituto?

—No, no. Solo quiero hablar contigo. Eres la novia de Josh, ¿verdad?

Alyssa se echó a llorar después de asentir con la cabeza.

Em pensó que tendría que haber llevado a *Sargento* con ella: se le daban bien ese tipo de situaciones.

—Debe ser muy duro —murmuró.

—No puedo verlo —sollozó Alyssa—. Sencillamente, no puedo soportar verlo así. Me gustaría que su madre lo desconectara y lo dejara morir de una vez.

Emmaline asintió. Agarró la caja de pañuelos de papel de la mesita y se la tendió a la muchacha, que agarró uno. Tenía las uñas mordidas.

—¿No estás yendo al instituto? —le preguntó—. Quizá te ayudaría estar cerca de otros amigos.

Alyssa sacudió la cabeza.

—Todos me miran como si fuera un monstruo. Me siento mal todo el tiempo. A mis padres nunca les gustó Josh y hasta parecen aliviados. No es que me lo digan ni nada, pero creo que les preocupaba que Josh me fuera a convertir en adicta a las drogas.

—Debes de sentirte muy sola.

Alyssa la miró con sorpresa, como si hubiera esperado que Emmaline defendiera a sus padres.

—Sí. Lo echo mucho de menos.

—Claro que sí. Por lo que he oído, estabais muy enamorados.

—Lo estábamos, sí. Todos piensan que era un imbécil y, ya sabes, tenía sus momentos. No era la persona más fácil del mundo. Pero podía ser muy... muy... —Sus rasgos se arrugaron de nuevo y agarró otro pañuelo.

—Tenía también algunas cosas buenas —dijo Emmaline.

Alyssa levantó la mirada con esos ojos enormes y llenos de lágrimas.

—Sí. Las tenía. Por ejemplo, jamás me permitió pagar nada. Ya sé que el dinero era de sus padres, pero era agradable de todas formas. Era como ser mayor de verdad, tener un novio que no tenía que buscar en la cartera para pagar un café.

—Claro —dijo Em.

—Y era muy cariñoso. En realidad no le importaba estar conmigo sin hacer nada. —Comenzó a llorar de nuevo—. Lo amaba. Mi madre dice que tengo que superar eso, pero no puedo.

—Yo tenía un novio en el instituto —contó Em, variando los tiempos solo un poco—. Cuando él se fue lejos, me parecía que no iba a ser feliz nunca más. A mi madre no le gustaba. No es que sea la misma situación, pero recuerdo muy bien lo que sentía.

Alyssa asintió.

—¿Tienes alguna foto de Josh? —preguntó ella.

—Mmm... sí... Por supuesto. ¿Quieres verlas?

—Me encantaría —respondió Em.

Subieron las escaleras hasta la habitación de Alyssa, que estaba inusualmente limpia. La cama estaba hecha y en el escritorio había cuatro bolsas de regalo, cada una atada con una cinta de un color diferente.

Em sintió que le hormigueaban las rodillas.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó a Alyssa.

—No. Mmm... estoy ordenando un poco. He pensado que sería mejor regalar algunas de mis cosas. —Se mordió las uñas, pero luego se detuvo.

Sin embargo, había una enorme foto enmarcada en la que aparecían Josh y ella y una nota de papel.

De color rosa.

Alyssa metió la nota en un cajón y le dio la foto.

Josh Deiner sonreía de oreja a oreja, rubio y apuesto, con un brazo sobre los hombros de Alyssa. Por lo que le habían dicho, era un matón, mal estudiante... pero eso no era culpa de él. Y ahora no tendría la oportunidad de cambiar.

—Hacéis una pareja preciosa —comentó Em.

—Hacíamos... —corrigió Alyssa.

—Tienes una habitación estupenda. ¿Tienes un cuarto de baño para ti sola?

—Mmm... sí...

—¿Puedo verlo? —Porque el hormigueo era cada vez más intenso. La habitación estaba demasiado ordenada, y esas bolsas de regalo...

—¡No! Er... está un poco sucio.

—Ah, no me importa. ¿Es esta puerta? —Em puso la mano en el picaporte, y Alyssa saltó hacia ella.

—Por favor, no entres ahí —le dijo, sujetándole la mano.

Em miró a la niña.

—Cariño, no estarás planeando hacerte daño, ¿verdad?

Alyssa se mordió el labio con fuerza y sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más.

—S-sí...

Emmaline la abrazó.

—Oh, cariño —la consoló—. Por favor, no lo hagas. Sé que te sientes sola en este momento, pero no lo estás. Te ayudaré todo lo que pueda.

Alyssa se sacudía por los sollozos.

—Estoy cansada de estar triste —lloró—. No puedo seguir adelante.

—Sé que te parece así, te creo de verdad. Pero no siempre va ser tan malo todo. —La besó en la coronilla—. Te lo prometo.

\* \* \*

Resultó que Alyssa le había robado algunas pastillas para dormir a su tía y había planeado tomárselas esa noche. Las píldoras estaban alineadas en la repisa del lavabo, al lado de una botella de vino. El papel rosa que había sobre la mesa era una nota para sus padres, y las bolsas de regalo contenían sus joyas favoritas para sus dos mejores amigas y dos primas.

Em llamó a los padres de Alyssa para decirles que su hija estaba a salvo, pero a continuación les explicó la situación. Llegaron a su casa con apenas unos segundos de diferencia. Entraron y abrazaron a su hija. Hubo un montón de lágrimas. Alyssa había estado visitando a un psicólogo, a pesar de que se había saltado las dos últimas citas. Ella tenía dieciocho años, la terapeuta no había podido avisar a sus padres. Llamaron a la doctora y la pusieron a hablar con Alyssa, mirándola mientras se retorcían las manos nerviosamente. Pero la joven se había comprometido a no hacerse daño y a asistir a una cita a primera hora de la mañana. Su padre también había llamado a Jeremy Lyon para ver si podía recetarle un antidepresivo.

En el momento en que Em se fue de casa de los Pierson, Alyssa parecía aliviada, aunque agotada, y se había sentado en el sofá, donde bebía una taza de cacao.

La señora Pierson acompañó a Em a la puerta.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente —le dijo con las manos todavía temblorosas—. Sabíamos que estaba pasándolo mal, pero jamás imaginamos que hasta el punto de hacerse daño a sí misma.

—Me alegro de que vaya a recibir ayuda. No es fácil superar algo así solo.

—¿Agente Neal? —dijo Alyssa, que apareció en el vestíbulo.

—Cariño, tienes que descansar —indicó su madre—. Pareces tan débil como un gatito recién nacido.

—Solo un minuto, mamá. Quizá podrías hacerme un sándwich de queso.

—Claro que sí, cielo. —Besó a su hija en la mejilla y fue a la cocina.

—¿Qué ocurre, cariño? —le preguntó Em.

—Er... le hice algunas cosas a Jack Holland.

—Lo sé.

Alyssa parpadeó.

—¿En serio?

—¿Te refieres a la nota, lo de las luces encendidas y la zarigüeya muerta?

La jovencita se ruborizó y empezó a lloriquear de nuevo.

—Estaba muy furiosa por que no hubiera podido salvar también a Josh. ¿Tendré problemas por ello?

—Claro que no, cielo.

—Él podría presentar cargos.

—No lo hará. Puedo garantizártelo. Ahora ve a sentarte y deja que tu madre te cuide.

—Gracias por venir —susurró Alyssa, y para sorpresa de Em, la abrazó—. Gracias por adivinar lo que iba a hacer.

\* \* \*

Cuando Em llegó al vehículo policial se encontró con que el corazón le retumbaba en el pecho como si fuera un viejo tractor. Le temblaban las manos y sentía ardor en la cara. No sabía si era de júbilo o de terror. Quizá fuera por las dos cosas.

¿Y si no hubiera pasado por allí? ¿Y si no hubiera entrado en el cuarto de baño?

Pero lo había hecho. Había hecho caso a ese cosquilleo, y Alyssa estaría bien. Puso en marcha el motor y condujo por el camino de tierra que llevaba al viejo granero donde la policía de Manningsport había puesto el radar el Memorial Day. Apagó el motor y sacó el móvil para llamar a Jack.

«Cierto.» No podía hacer eso. Lo había dejado. O él la había dejado. Fuera como fuera, él volvía a estar con Hadley.

Esa noche, ella había salvado la vida de una joven. La verdad es que eso era lo único importante. Llamó a Levi.

—Hola. Soy Em —dijo en el momento en que él respondió—. Acabo de salir de casa de los Pierson. —Como un torrente incontrollable, le contó lo ocurrido.

Levi guardó silencio cuando por fin dejó de hablar.

—Excelente trabajo, agente —la felicitó.

Emmaline sonrió. Típico del jefe.

—¿Solo eso?

—¿Por qué? ¿Quieres una medalla de oro? Te mereces una. Solicítala y mañana lo hablamos. Y Em...

—¿Sí?

—Recuerda esto. Ha sido un buen día.

—Gracias, jefe.

A continuación llamó a Jamie, su instructora para enfrentarse a situaciones de crisis. Se mostró encantada.

—¿Sabía que tenías mano para estas cosas, Em! Tienes que venir a trabajar para nosotros. Piénsalo.

—Estoy feliz aquí. Pero gracias, Jamie. Significa mucho para mí.

Se dirigió a su casa con el corazón todavía acelerado y la adrenalina hirviendo en sus venas. Lástima que Ángela todavía estuviera en Ithaca. Em sospechaba que podía estar cenando con Frankie Boudreau. La llamaría más tarde, pero por el momento se conformaría con un buen vaso de vino. Zapatillas. Pijama. Una película de Gerard Butler.

Una figura se levantó de una de las sillas Adirondack que tenía en el porche. Ella llevó la mano a la pistolera. Justo antes de sacar el arma, se dio cuenta de quién era.

—Kevin. Casi te disparo —le dijo con la voz calmada.

—Hola, Emmaline —la saludó sonriente—. ¿Cómo estás?

\* \* \*

Quince minutos después, Em estaba en pijama (Kevin, sin duda, la había visto con peor aspecto) con una copa de vino en la mano. Le había servido a él un vaso de agua, ya que él seguía sin beber alcohol, lácteos, etc. Él se había puesto a acariciar a *Sargento*, al que no le preocupaba que ese fuera el hombre que había roto una vez el corazón de mamá, y comenzó a gemir de gusto cuando Kevin se puso a rascarle detrás de las orejas. Em tomó nota para mantener una firme charla con su perro más adelante.

—¿Qué te trae por Manningsport? —preguntó al tiempo que se sentaba.

—Tengo un Ironman en Buffalo —respondió él, sonriendo. Todavía tenía aquellos ojos preciosos. Y claro, su estado físico era, bueno... sorprendente.

—Se me ha ocurrido acercarme a saludarte.

—Hola.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó él—. ¿En la casa de tu abuela?

—Sí. ¿Qué haces aquí, Kevin? ¿Te has peleado con Naomi?

Él se rio.

—No, no. Somos muy felices.

—Estupendo.

—¿Cómo está Jason?

—¿Quién es Jason?

—¿Tu acompañante en la boda? ¿Tu prometido que no lo era?

—Jack. Está bien. —Tomó un sorbo de vino—. Pero sigues sin responder a mi pregunta, Kev. ¿Por qué has venido a verme? Salvo esos días en tu boda, hace tres años que no hablamos.

Él miró a *Sargento*, que había apoyado la cabeza en su rodilla y lo miraba con adoración.

—Me gustaría disculparme —dijo Kevin.

—Sigue.

Él resopló de risa.

—Siempre has sido muy directa.

—Una de las muchas cosas que decías que te gustaban de mí.

—Te amaba. Lamento haber dejado de hacerlo.

Ella tomó otro largo sorbo de vino. Blue Heron. Se le había acabado la reserva que tenía de Lyons Den y no tenía otra cosa en el frigorífico. Sin duda era un vino excelente. Acerado y brillante, con notas de suspiros de hadas y amaneceres. Fuera como fuera, se deslizó por su garganta con suma facilidad.

Kevin la miraba con una sonrisa de leve pesar en su cara.

Em dejó la copa.

—Nunca entenderé qué fue lo que nos pasó. Por supuesto, ahora ya he superado todo eso, pero sigo sin entenderlo.

Kevin asintió.

—Lo cierto es que... me odiaba. No podía pensar en nada que no fuera comida y lo repugnante que era. Todo lo demás era falso, solo breves distracciones de la comida y la grasa. Odiaba lo gordo que estaba, pero estaba deseando comer otra vez. Cuando empecé a perder peso y a reconducir mi vida..., yo... —Se encogió de hombros—. Te odiaba por amar a la persona perezosa, triste y patética que era.

—Y amabas a Naomi por odiarte.

—Sí. Irónico, ¿verdad?

—Sí, bastante irónico. Bueno, gracias por pasarte. ¿Qué son? ¿Dos horas hasta Buffalo?

Él no se movió.

—No todos los amores están destinados a durar.

—¿Lo llevas impreso en alguna camiseta?

Kevin sonrió, sorprendiéndola, y tuvo una sensación (muy leve) de afecto por él.

—Lo lamento de verdad, Em —dijo—. Siempre serás mi primer amor. Me alegro mucho de haberte conocido.

A ella le ardían los ojos.

Esa era una disculpa muy buena. O una frase de un libro de Nicholas Sparks. O las dos cosas.

—Estás en lo cierto. —Se aclaró la garganta—. Te deseo lo mejor, Kevin. Lo digo de verdad.

Él le agarró la mano.

—Y, Em... Lamento lo que dije de ti en el artículo de *People*. Jamás dejaste de apoyarme. De hecho, fuiste un apoyo constante. Y también te deseo lo mejor.

Ella le apretó la mano.

—No sé cómo habría superado octavo grado sin ti —reconoció. De hecho, podría haber intentado lo mismo que Alyssa. Pero gracias al amor y la aceptación de

Kevin, jamás se vio en esa tesitura.

Le dirigió una mirada y, durante un segundo, vio al muchacho que aprendió a amar cuando era una adolescente. Su corazón se inflamó. Alyssa y ella conocían la ilusión del primer amor: era un poder hermoso y terrible.

Luego la sensación desapareció, y en su lugar quedó... nada. No de forma negativa... sino como queda una habitación después de haberle cambiado los muebles antiguos y haberla cubierto con una capa de pintura.

—Debería marcharme —dijo Kevin.

—Me alegro de haberte visto. —Y era cierto.

Lo abrazó con rapidez en la puerta.

—Dale recuerdos a Naomi —se despidió, y ni siquiera sintió la necesidad de toser o poner los ojos en blanco.

—Lo haré.

—Buena suerte en la carrera.

—¡Gracias! Es una de las difíciles. Pero ya sabes cómo son las cosas. Las excusas son para los perdedores. Naomi dice que...

—¡Conduce con cuidado! —lo interrumpió y cerró la puerta.

*Sargento* se acercó y le lamió la rodilla.

—Ha estado bien, ¿no te parece? —preguntó—. Yo también. Y esto, mi querido amigo, requiere una buena dosis de Ben & Jerry's. Podemos hablar sobre a quién debes dar tus mimos más tarde.

Jack regresó de Savannah justo a tiempo para cenar con su padre y la señora Johnson.

—¿Qué tal el viaje, hijo? —le preguntó la señora J después de que terminara la tercera porción de asado de cerdo con guisantes y patatas, su plato favorito.

—Estuvo bien —respondió—. Y ya está hecho. Eso es lo mejor.

—¿Cómo está la familia de Hadley? —preguntó su padre.

—Son fantásticos.

—Siempre me gustaron —reconoció su padre.

—Pero ella no —añadió la señora J—. Te lo dije siempre, Jack: esa mujer no es buena para ti, pero no quisiste escucharme, ¿verdad?

—No, señora J. Y debería haberlo hecho. Lo siento. Por favor, ¿puedo tomar un poco de tarta?

—Dentro de un rato, hijo desagradecido. —La vio cruzar los brazos—. Antes explicame qué es esa tontería que he oído sobre ti y Emmaline Neal.

—No te preocupes. Ha terminado. —Las palabras fueron casuales, pero le provocaron una extraña opresión en el pecho. Emmaline y él no habían estado juntos mucho tiempo. La verdad es que no era normal que se sintiera tan... vacío.

La señora J regresó a la encimera y le cortó un trozo de tarta.

—Es que precisamente lo de dejarlo con ella es un sinsentido, Jackie. —Le puso una mano en el hombro y él bajó la mirada. Estaba acostumbrado a restar importancia a lo que le decía el aquelarre, sin embargo, con la señora Johnson... A ella no era fácil no hacerle caso.

—Hyacinth —dijo su padre—. ¿Podrías dejarnos a solas un momento, cariño?

—Claro que sí, cielo. Jackie, presta atención a tu padre. —Lo besó en la mejilla y salió de la cocina. Si Jack la conocía bien (y lo hacía), se quedaría espionando.

—¿Qué pasa?

Su padre le dedicó una mirada penetrante.

—Estoy preocupado por ti.

—No es necesario que lo estés —dijo con demasiada rapidez. De alguna forma, los amables ojos de su padre le hacían sentir mil veces peor.

—Lo estoy, hijo. Pareces perdido.

«¡Mierda!» Notó un nudo en la garganta.

—Estoy bien.

Su padre no dijo nada de inmediato, pero cuando lo hizo, su voz era muy, muy suave.

—Cuando tu madre murió —empezó—, había días en los que no sabía cómo había llegado de un lugar a otro. Estaba en el granero y pensaba: «¿Cómo he llegado aquí? ¿He desayunado? ¿He conducido yo?». A veces miraba mi cara en el espejo y no me reconocía.

La sensación le resultaba familiar. Solo que no quería que su padre, ni nadie de su familia, perdiera el sueño por su culpa.

—Así que te veo ahora, hijo, y reconozco esa mirada perdida. —Su padre puso una mano sobre la de él—. Sé que estás sufriendo. Todos lo hacemos. Y también sé que tu sufrimiento no va a desaparecer una noche, mientras duermes. Lo que le ocurrió a esos jóvenes es aterrador.

—No dejo de pensar —confesó Jack, y las palabras se resistían a salir—. Si hubiera hecho algo diferente, si hubiera sido veinte o treinta segundos más rápido, o incluso diez, quizá...

—Eres humano. Hiciste todo lo posible. Los ayudaste. Los otros muchachos estarían muertos si no fuera por ti, Jack. Rescataste tres vidas esa noche, Jack. Eso importa también.

Jack asintió. Tragó saliva. Sabía que su padre tenía razón. Lo malo era que... pensar eso lo hacía todavía más duro.

—Quiero que hables con Honor —le dijo su padre—. Conoce a unos cuantos terapeutas especializados en trastorno de estrés postraumático. ¿Me prometes que lo harás?

Jack asintió de nuevo. Se levantó, y su padre lo imitó. Se abrazaron. Su padre, que era sólido y perdurable como un roble.

—No quiero que te preocupes por mí, papá —susurró.

—No seas tonto —murmuró su padre, apretándolo con más fuerza—. Soy tu padre. La señora J es tu madrastra. Tus hermanas te adoran y siempre están ahí. Deja que nos preocupemos por ti.

\* \* \*

Honor tenía todos los datos, por supuesto: los números de teléfono, los correos electrónicos y el horario de oficina.

—Venga, hermanito —le dijo ella después de darle todo—. Vamos andando al cementerio. —La vio soltar la correa de Spike, que saltó y brincó, y mordisqueó su bota.

La noche era fresca, pero la primavera se acercaba a pasos agigantados. Al día siguiente, Ned tenía intención de aprovechar los árboles para hacer jarabe de arce y, un mes después, los Holland se reunirían para bendecir las cosechas. Pops seguiría con ellos y también estaría el bebé de Faith y Levi. Tom y Honor se habían casado y Charlie estaba viviendo ahora con ellos.

Supuso que Josh habría muerto para entonces.

Honor abrió la puerta del cementerio y se sentaron en uno de los bancos. Había flores en la tumba de su madre. Como siempre.

—¿Tú también me vas a dar un sermón? —preguntó Jack.

—Se me da bien —reconoció Honor, enlazando su brazo con el de él.

—Cierto. —La perrita de Honor se rozó contra su cazadora—. Tom y tú parecís muy felices.

—Gracias. Lo somos.

—Y también Charlie.

—Está bastante bien. —Ella apoyó la cabeza en su hombro—. Me ha sorprendido que Em y tú lo dejarais —comentó—. Me parecía perfecta para ti.

La imagen de Emmaline entrando por la puerta, con una sonrisa en la cara, inundó bruscamente la mente de Jack. O en la bañera, con espuma hasta el cuello. Y en el hotel de Malibú, con la mejilla manchada de chocolate. Riéndose los dos como adolescentes.

—No lo planifiqué —admitió él—. No es como fue con Hadley.

—Gracias a Dios —dijo Honor en tono seco.

—Si te hago una pregunta, ¿se lo contarás al resto del aquelarre?

—Depende de cuánto te gastes en mi próximo cumpleaños. —Le dio un codazo—. Claro que no voy a contárselo.

—¿Cómo lo supiste con Tom?

Ella no respondió al momento, lo que era bueno, porque a diferencia de sus otras dos hermanas, significaba que estaba pensándose en serio la respuesta. Pru podía decir algo sobre la cruda atracción animal que existía entre Carl y ella. Y Faith soltaría alguna cursilada romántica.

Honor le diría la verdad.

—Creo que fue bastante sencillo. Me imaginé cómo quería el futuro, y él estaba allí. Su sonrisa, su risa, su voz. No me veía con otra persona. Nosotros... mmm... no



empezamos de una manera demasiado normal, pero cuando llegó el momento, él era... el elegido.

Pasó una noche con Emmaline... una noche normal y corriente, en la que no habían hecho nada especial, en su casa. Él había hecho la cena mientras ella le hablaba sobre un aviso de una ardilla que se había colado en una vitrina de Barb Nelson y de todos los destrozos que había provocado. Jack se había reído largo y tendido cuando ella le dijo que había tenido que arrancarle el arma a Everett para que no matara al monstruo mientras Barb sacaba fotos para el periódico. Habían visto una película después de la cena... Bueno, la mitad de la película. Quizá solo la tercera parte, porque habían terminado haciendo el amor en el sofá. La piel de Em era muy suave, y sus ojos grandes y oscuros.

Una noche que no tuvo nada especial, salvo que fue perfecta.

—He cometido un error con ella —reconoció—. No estoy seguro de que vaya a poder arreglar las cosas.

—Bueno, eres un hombre. Claro que te equivocaste. Va en el paquete. —Honor se incorporó—. Ahora te toca hacer bien las cosas. —Se levantó—. Tengo que regresar a casa. Está a punto de empezar *Tree Bark Man* y no quiero perdermelo. ¿Por qué no te vienes a verlo con nosotros?

En ese momento, sonó su teléfono.

Era Jeremy Lyon.

—Hola, ¿qué pasa? —preguntó Jack.

—¿Puedes venir al hospital? —dijo Jeremy—. Gloria Deiner quiere verte, si fuera posible ¿podrías acercarte ahora?

—Voy para allá —contestó, y colgó—. Lo siento, Honor. Tengo que irme. Otra vez será, ¿de acuerdo?

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—Creo que sí. Te veré mañana.

\* \* \*

Las puertas del ascensor se abrieron en el cuarto piso. Jeremy estaba ahí, esperándolo, con su bata blanca de médico, que hacía que aquello tuviera un cariz más oficial.

—Es el final de Josh —comunicó Jer sin preámbulos—. Sus padres van a desconectarlo. Y Gloria ha solicitado verte.

—Bien.

—Jack, ¿estás preparado para esto?

—No. Pero sí. —De hecho, el corazón le latía con fuerza y tenía la camiseta empapada de sudor.

Jeremy sonrió con tristeza, le apretó el hombro con una mano y abrió la marcha por el pasillo poco iluminado.

—¿Gloria? Jack está aquí —dijo tras detenerse en la habitación 405.

Hubo un murmullo y salió el señor Deiner. Saludó a Jack con la cabeza. Tenía los ojos húmedos cuando se alejó por el pasillo.

—Adelante —invitó la señora Deiner.

—Estaré con Alan —informó Jeremy. Bajó la voz—. Buena suerte.

Jack entró en la habitación.

Y allí estaba él. Por primera vez en todas aquellas semanas, Jack vio a Josh Deiner, el muchacho al que no pudo salvar la vida.

Lo que quedaba de Josh, al menos. Tras semanas alimentado por un tubo, respiradores y daño cerebral profundo, la pérdida de masa muscular lo había reducido a unas proporciones casi esqueléticas.

Jack miró a la señora Deiner, que tenía los ojos clavados en su hijo.

—¿Señora Deiner?

Ella no levantó la vista.

—He pensado que querrías verlo —dijo ella.

—Sí —respondió Jack, y luego se aclaró la garganta—. Gracias.

—Entonces, toma asiento —lo invitó ella. Su voz estaba muy tranquila y resultaba extraño—. Puedes hablarle si quieres. Dicen que el oído es lo último que se pierde.

Jack se sentó en la dura silla de madera. La señora Deiner no dijo nada más. El rítmico silbido del respirador servía para llevar la cuenta de los segundos.

Era difícil ver más allá de los equipos médicos y los fantasmagóricos ojos casi cerrados de Josh. El respirador le cubría gran parte de la cara. Tenía los puños cerrados. Los brazos parecían demasiado largos por lo delgados que los tenía.

Sin embargo, sus pestañas eran largas y rubias, y parecía mucho más joven que los dieciocho años que tenía, que cuando él lo había sacado del lago. Tenía un lunar debajo de la oreja.

—Lo siento —dijo Jack—. Lo siento. —Tomó una de las manos de Josh. La piel estaba fría y demasiado suave.

Entonces, Jack inclinó la cabeza y se tapó la boca con una mano para que la madre de Josh no lo oyera llorar. Pero las lágrimas desbordaron sus ojos y, a pesar de que llevaba más de veinte años sin llorar, no pudo reprimirse. Lo mejor que podía hacer era tratar de guardar silencio, incluso aunque no pudiera evitar que le temblaran los hombros.

Eso no era justo. No estaba bien.

—¿Estaba asustado?

Se enderezó y carraspeó.

—No —dijo con la voz ronca—. Estaba inconsciente.

La señora Deiner estiró la manta sobre el pecho hundido de Josh. Le alisó el pelo y dejó la mano un minuto sobre la frente de su hijo.

—No quiero que muera —dijo ella, y luego le dirigió a él una sonrisa casi avergonzada—. Evidentemente. —Tenía los ojos llorosos—. Incluso aunque se quedara así, me gustaría cuidarlo. No me importaría. Soy su madre. Es lo que tengo que hacer.

Jack asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Pero está muriendo poco a poco de todas formas. Jamás me escuchó. —Clavó los ojos en su hijo y le acarició el pelo, demasiado largo—. Sé que hiciste todo lo que pudiste —añadió sin levantar la vista—. Gracias por intentarlo.

Una vez más, Jack inclinó la cabeza y se agarró a la fría barra metálica de la cama.

A continuación, Gloria Deiner se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Ahora tienes que marcharte —le dijo.

Jack asintió. Se levantó y dio a Josh un beso en la frente. Luego se dio la vuelta para abrazar a la desdichada madre, que sollozó contra su pecho. Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Lo siento mucho —repitió una vez más.

—Lo sé —susurró ella—. Yo también.

## Capítulo 30

Un soleado día de la última semana de invierno, cuando parecía imposible que pudieran cantar los pájaros y estar el cielo tan azul y brillante, enterraron a Josh Deiner.

Todo el pueblo asistió al sepelio. Em sería la que dirigiría el tráfico, así que encabezó la procesión al cementerio. Estacionó fuera y dejó las luces puestas mientras se bajaba. Justo detrás iba la limusina de la funeraria. Cuando se bajaron los padres de Josh, Em tragó saliva. El señor Deiner estaba doblado de dolor, inclinado como un árbol viejo que caería en la siguiente tormenta, y Gloria la miró sin ver, sin reconocerla, con la cara tensa y los labios temblorosos.

Em sintió un profundo dolor en pecho al contener los sollozos.

Todos los compañeros de clase de Josh estaban allí, cada uno con una rosa blanca. Alyssa Pierson pasó por delante de ella, acompañada de sus padres, con las mejillas llenas de lágrimas. El señor Pierson saludó a Em, y ella murmuró «hola» por lo bajo. La señora Pierson la había llamado hacía algunos días para decirle que Alyssa estaba mejor y, de hecho, la adolescente parecía menos angustiada. Estaba devastada, por supuesto, como todo el mundo, porque aunque Josh no era el mejor muchacho del instituto, la dolorosa verdad era que dos personas estaban enterrando a su único hijo. Josh jamás llegaría a ser nada más que un niño imprudente que había roto el corazón de sus padres, arruinado sus vidas y dejado como único legado un «no seas como yo».

Emmaline se subió las gafas de sol y se secó los ojos.

Vio a los Holland y el corazón le dolió todavía más.

El rubio cabello de Jack brillaba con la luz del sol. Llevaba unas gafas oscuras y un traje. Era fácil verlo, ya que era más alto que la mayoría. ¿Los Deiner sabían que estaba allí? Por favor, ¡Dios!, que no hubiera otra escena como la que hubo en el hospital, cuando la señora Deiner le gritó. Estaba demasiado lejos para que ella supiera si tenía la terrible mirada vacía en los ojos que tantas veces había visto en los últimos dos meses. Aquel funeral debía ser angustiante para él.

Levi se detuvo junto a él como si estuviera haciendo guardia, guapo y solemne con el uniforme de gala. Dijo algo, y Jack movió la cabeza. Faith estaba justo a su lado, reconocible al instante por su pelo rojo y su vientre enorme, y puso la mano sobre el brazo de su hermano. Cualquier día de esos habría un nuevo bebé en la familia. Algo que haría que Jack sonriera, porque esa sonrisa era una de las mejores cosas del mundo... ¡Ay, Dios!, ella la echaba tanto de menos en ese momento que por un momento le costó trabajo respirar.

El reverendo White empezó la oración. Em bajó la mirada. A sus oídos llegaba el llanto ahogado de alguno de los compañeros de clase de Josh.

—¿Em? —susurró por la radio la voz de Everett. Estaba en el otro extremo de la procesión, que se curvaba rodeando el cementerio.

—¿Qué? —musitó ella.

—Esto es muy triste. —Parecía como si estuviera llorando.

—Lo sé, amigo, lo sé. Aguanta.

Poco después, la multitud comenzó a caminar lentamente hacia los vehículos. Algunas personas se detuvieron en otras tumbas, se sacudieron la ropa o inclinaron la cabeza para orar. Un niño pequeño, de unos cuatro años, corría por delante de sus padres, riéndose. Agarró un molinillo de una tumba, y su madre corrió hacia él para quitárselo y dejarlo en nuevo donde estaba. A continuación, se arrodilló ante él para echarle un sermón.

¿Así había sido Josh? Su madre había dicho que siempre estaba haciendo travesuras, metiéndose en líos, pero que sonreía cada vez que se salía con la suya. A partir de ahora, Gloria Deiner tendría que ver a otros niños, y Em supo que siempre los compararía con su hijo, con el niño que había perdido.

—Hola, Emmaline.

Em se dio la vuelta.

—Hola, Jack —susurró con un nudo en la garganta—. ¿Cómo estás?

Él se quitó las gafas de sol y, aunque parecía cansado, tenía la mirada clara.

—Estoy bien. Mejor.

—Bueno... Eso es bueno, Jack. —Hizo una pausa; llevó la mano a la Taser, como acto involuntario. Dios, comenzaba a parecer Everett—. Me alegro de que hayas venido hoy.

—Fui a verlo —dijo él.

—¿De verdad?

Él asintió.

—Tenías razón, Emmaline —dijo en voz baja—. No he sido... no he sido yo mismo. Siento que te vieras en medio de todo.

—Está bien. No pasa nada.

La miró durante un largo minuto con aquellos ojos del mismo color que el brillante cielo de marzo.

Em quiso preguntarle qué había sentido al ver a Josh. ¿Qué había hecho cambiar de idea a la señora Deiner? ¿Lo había pasado mal? ¿Estaba durmiendo bien? ¿Había vuelto con Hadley? Y si era así, esperaba que Hadley estuviera cuidándolo bien, porque Jack... Jack era único en su especie.

Sonó la radio.

—Tengo que dejarte —dijo con la voz ronca—. Me toca dirigir el tráfico. —Hizo una pausa—. Me alegro de verte.

—Igualmente.

Y luego, porque no quería que la vieran llorar, porque otras personas tenían razones mucho más profundas para estar tristes que ella, se metió en el vehículo policial e hizo su trabajo.

\* \* \*

Una semana después del funeral de Josh, Emmaline estaba sentada en la comisaría, tratando de enseñar a Everett a presentar un informe. Era el momento perfecto para meterle en la cabeza algunos conocimientos básicos de informática. Un trabajo tonto. Levi se había tomado el día libre, por lo que estaba sola con Ev y Carol, y no había ningún delito que los mantuviera ocupados. Manningsport había estado triste y muy tranquilo después de la muerte de Josh: no había excesos de velocidad, no se cometían delitos, nadie bebía más de la cuenta antes de conducir.

No había vuelto a ver a Jack. La otra noche, Ángela le había preguntado si quería ir a la Taberna de O'Rourke, y Em le dijo que no, por si acaso él estaba allí. Se alegraba de que hubiera tenido un cierre con Josh, estaba contenta de que estuviera mejor. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que lo amara y de que él no sintiera lo mismo.

«Tienes razón —le había dicho—. No debemos salir. En realidad no estaba buscando una relación y tú tampoco.»

«Cierto.»

—¿Y ahora, qué? —preguntó Everett, que la trajo de vuelta a la realidad.

—Basta con hacer clic en «Subir». Justo ahí. ¡No, no, a «Escape» no! Vaya. Ahora tienes que meter los datos de nuevo.

—¿Cómo es que sabes más que yo? —preguntó Everett—. Llevo trabajando aquí más tiempo.

—Porque tú tienes el cociente intelectual de un pollo —dijo Carol.

—Venga ya, Carol —intervino Em—. Everett tiene muchas cualidades.

Sonó el teléfono, y Carol se abalanzó sobre él.

—Departamento de policía de Manningsport, ¿es una emergencia?... Ah, hola, Levi... ¿En serio? ¡Por fin! Pensaba que nunca... Está bien... No me grites. Está aquí.

—Carol miró a Em con resignación—. Faith se ha puesto de parto y Levi quiere escolta policial.

Em agarró el teléfono.

—Faith se ha puesto de parto y quiero escolta policial —ordenó Levi—. Mueve el trasero y ven ahora mismo.

—Voy para allá. —Corrió a la zona de aparcamiento y se metió en el vehículo policial. Encendió las luces y sirenas. Sí, era tan divertido como parecía. Atravesó el pueblo saltándose los cruces para llegar a la calle donde vivían Levi y Faith: una pequeña casa a pocas manzanas de la zona verde.

Pero, al parecer, no había sido lo suficientemente rápida, porque la calle estaba atestada. La cochambrosa *pickup* roja de John Holland, la camioneta azul toda abollada de Prudence. El Prius blanco de Honor, la *pickup* gris de Jack. Por otra parte, Colleen estaba de pie en el césped con los Barrett, que vivían enfrente, los abuelos y el sobrino de Faith y la hermana de Levi.

—Entonces, Sarah, deberíamos salir alguna vez —estaba diciendo Ned.

—Mi hermano se aseguraría de que nunca se encontrara tu cuerpo —respondió Sarah Cooper—. Pero si tú estás dispuesto a arriesgarte, yo también.

—¿Hace falta que alguien ponga orden? —preguntó Emmaline.

—Eso creo yo —dijo Colleen—. Hay una docena de personas ahí dentro.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y apareció Levi con Faith en sus brazos.

—Me parece muy *sexy* —murmuró Colleen—. Quiero que Lucas lo haga cuando llegue el momento.

Varios Holland salieron detrás de ellos: Abby, Pru, Honor, la señora Johnson, el padre de Faith...

Jack.

Estaba sonriendo, y Em sintió como si la hubiera alcanzado un rayo de sol.

«A ver.» Él no estaba sonriéndole a ella. Apartó la mirada; después de todo, estaba de servicio. Era necesaria.

Eso no impidió que le diera un vuelco el corazón. Trató de hacer caso omiso.

—¿Estás bien, Faith? —preguntó, trotando junto a Levi mientras él se dirigía al automóvil.

—Está reaccionando de forma exagerada —explicó Faith—. Pero yo quiero empujar ya.

—¡No empujes! —ladró Levi—. No empujes, cielo. Por favor. No empujes. Solo tardaremos quince minutos en llegar al hospital. Puedes hacerlo.

—¿Habéis pensado en ir en ambulancia? —preguntó Em.

—Gerard Chartier no va a ver mis partes femeninas —repuso Faith con contundencia—. Puedo aguantar. ¡Guau! ¡Esto duele! Date prisa, cielo. Tú no, bebé. Tú, cielo.

Jack abrió la puerta trasera del vehículo de Faith y Levi la depositó en el asiento.

—Yo conduciré —se ofreció Jack—. Vete atrás con tu esposa. —Miró a Emmaline—. ¿Estás lista?

—Sí.

Ella se metió en el vehículo policial y puso la sirena. Miraba hacia atrás de vez en cuando para asegurarse de que Jack la seguía. Frenaba en los cruces y comprobaba que todo estuviera despejado.

No iba a pensar en Jack. No era el momento ni el lugar.

Pero se había dado cuenta de que Hadley no estaba entre la multitud.

El truco consistía en ir rápido, pero no demasiado; básicamente despejar la carretera, por así decirlo. Jack tenía los intermitentes encendidos, y parecía casi una comitiva presidencial con todos los vehículos de los Holland siguiéndolos.

Tardaron en llegar al hospital doce minutos en vez de los quince reglamentarios, y Em corrió a buscar una camilla. Por supuesto, estaban hasta arriba. Luna llena. Shelayne estaba de servicio y examinó la sala de espera con el ceño fruncido.

—El bebé está a punto de llegar —le dijo Emmaline—. El de Faith y Levi.

—¡Ya era hora! —dijo Shelayne. En los pueblos pequeños no había secretos.

Emmaline trajo la camilla y Levi puso en ella a su esposa. Faith se aferraba a su mano, haciendo sonidos extraños que no debían funcionar. Seguramente solo servían para distraer a la mujer del hecho de que estaba de parto.

Jack se puso a caminar a su lado con una mano en la camilla. Em se vio envuelta en su olor a uvas y detergente para la ropa, a sol. Él le retiró el pelo sudado de la frente a su hermana y Em sintió un nudo en el estómago.

Qué buen hombre era Jack.

Al traspasar las puertas automáticas del hospital, Levi iba diciéndole cosas a su esposa. Detrás los seguía el clan Holland charlando entre ellos como cotorras.

Había un par de niños esperando para que los vieran, uno de ellos corriendo con un avión de papel, el otro con un pañuelo en la barbilla mientras se movía uno de los dientes delanteros. El loco de Matthias Pembry hablaba animadamente consigo mismo: sin duda necesitaba un ajuste en la medicación. Una anciana en silla de ruedas miraba el pasillo, y un hombre sostenía un trapo ensangrentado contra la oreja.

—¿Es usted enfermera? —preguntó—. Me parece que me han arrancado la oreja. —Llevaba algo en la mano. «Ah, la oreja.» Y le corría un reguero de sangre por el cuello.

—Qué desagradable —comentó Faith.

—Aléjese de mi esposa —intervino Levi de malas formas. «¡Qué simpático! ¡Hombres!»

—Oooh... Otra contracción. Dios, soy increíble. Mírame, hablando mientras me viene. Soy maravillosa.

—Por aquí no hay problemas de ego —murmuró Jack.

—Tengo muchas ganas de empujar —repitió Faith, jadeando un poco—. ¿Puedo empujar? Técnicamente, estamos ya en el hospital.

—No empujes todavía —dijo Emmaline—. ¿Shelayne? Si no quieres que el bebé nazca aquí, ya podéis empezar a moveros.

—No hay más que urgencias —explicó Shelayne, acercándose—. Hola, Faith. Ya es la hora. ¿Estás lista para ver a tu bebé?

—Buena suerte —se despidió Em. De repente, sintió que se ahogaba. Le dio a Levi una palmada en el hombro justo antes de que la pareja se alejara con un coro de «¡Buena suerte, Faithie!» y «¡Te queremos!» tras ellos.

—Sigo pensando que debería ser su acompañante en el parto —dijo Prudence dejándose caer en una silla—. He pasado por eso dos veces. Ned salió como un lindo, ensangrentado y bien engrasado cerd...

—¡Mamá, basta! —gritó Ned.

—Tengo hambre —dijo el abuelo—. ¿Quién ha traído comida?

—Fred Norbertson —llamó la enfermera.

El hombre que tenía la herida en la oreja comenzó a avanzar, pero su... er... «trozo» cayó al suelo. No se dio cuenta.

—Se le ha olvidado la oreja —dijo Em. Abby contuvo el aliento.

—¡Ay, gracias! —El hombre la recogió y le sonrió, haciendo un gesto con la cabeza de agradecimiento.

En ese momento se abrieron las puertas y entró Colleen. La vio dejar caer el teléfono en el bolso.

—¡Comienza la espera! Connor enviará unos sándwiches. ¿Esperamos aquí o arriba, en maternidad? ¿Cuántos somos?

Emmaline supo que era el momento de marcharse. Era la extraña allí.

—Buena suerte, familia —dijo con un gesto tímido.

Se oyó un coro de adioses y agradecimientos.

Sus ojos se detuvieron en Jack.

—Adiós —se despidió.

—Gracias, Emmaline —respondió él con una sonrisa. Nada más. Por un segundo, pensó que iba a decirle algo más.

Pero no.

El viaje de regreso a la comisaría le pareció largo y solitario.

Eran más de las cinco, por lo que técnicamente estaba fuera de servicio. Carol y Everett se habían marchado ya, aunque Ev estaba de guardia esa noche.

Ordenó la pequeña cocina de la comisaría y se sentó ante su escritorio. Mientras rellenaba algunos informes, no podía dejar de pensar en el hospital. Deseaba que todo saliera bien. Era maravilloso que estuviera allí toda esa multitud, esperando noticias del bebé. Era difícil imaginar formar parte de eso cuando su propia familia era tan pequeña.

Hablando de familia, quizás Ange quisiera hacer algo esa noche. Quizá salir a correr con *Sargento* y luego comer unos nachos en la Taberna de O'Rourke. Tomó el teléfono.

Entonces se abrió la puerta de la comisaría y entró Jack. Ella se puso de pie con rapidez.

—¿Va todo bien?

—Sí. Todo va bien.

—¿Ya ha nacido el bebé?

—No creo.

Em inspiró rápidamente.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Deberías estar en el hospital.

—¿A ti te gustaría que tu hermano estuviera allí? —preguntó—. Puedo ir más tarde. Cuando el niño ya esté limpio y sin sangre. —Se metió las manos en los bolsillos—. He venido a verte a ti.

—¡Ah! —Se volvió a sentar—. Pues... hola.

—Hola. —Él sonrió ligeramente, y sus ojos se arrugaron en las esquinas antes de que la sonrisa se manifestara en sus labios.

—¿Cómo estás? —Ella tragó saliva.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Estoy... Esto..., sí. Quiero decir que bien. —Demasiado afectada.

Jack se acercó. Se puso justo al lado de su escritorio.

—He llevado a Hadley a Savannah. No va a regresar. No sé si te habías enterado.

—No lo sabía. Qué... qué bien. Quiero decir que qué bien si eso es lo que tú quieres.

Él se miró las manos antes de mirarla.

—Emmaline, lamento haberte llamado matona. No lo eres. No podrías serlo aunque quisieras.

—Cierto —susurró ella—. Gracias.

—Además, estoy enamorado de ti.

—Está bien. —Hizo una pausa—. Espera, espera... ¿Qué has dicho? —Sintió que se sonrojaba, que el corazón se le aceleraba. Dios, latía tan rápido como las alas de un colibrí.

Él sonrió. Una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa que hizo vibrar cada célula de su cuerpo.

—Te amo, Em.

—Pero... pensaba que no estabas... er... buscando una relación. —Em sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No la estaba buscando. Pero parece que la he encontrado sin querer.

—Oh. Er... qué... qué bien.

—Me alegra que pienses así. —Metió la mano en el bolsillo—. Te he traído un regalo.

Se lo entregó, y ella tuvo que reírse, porque era una bolsa de caramelos masticables.

—¿No viene acompañada de una tarta de chocolate? —preguntó.

—La tengo en casa.

«En casa.» Era una palabra agradable. Esa palabra contenía todo un futuro. Jack le agarró la mano y la miró.

—También tengo esto —dijo.

Se dejó caer sobre una rodilla, y Em se dio cuenta de que estaba temblando... ¡Menuda sorpresa!

¡Madre del amor hermoso!

Jack estaba declarándose. Eso, o acababa de perder una lente de contacto.

Salvo que no usaba lentillas.

La miró con aquellos ojos de color azul intenso.

—Eres la mejor persona que conozco, Emmaline Neal. Dame otra oportunidad. Cásate conmigo.

—De acuerdo —susurró ella, y le salió la voz chillona, pero no importaba, porque él le puso el anillo en el dedo y luego se levantó para besarla, pegando su cálida y firme boca sonriente contra la de ella.

—Te amo —repitió él.

—Ya era hora —susurró ella.

## Epílogo

¡Estamos en la boda de Jack y Emmaline, por supuesto! ¿Dónde, si no, íbamos a estar? ¡Qué hermoso día hace! El granero está precioso. En la familia Holland es toda una tradición casarse allí. Faith lo hizo, y también Honor, justo el año pasado, ¿te acuerdas?

Mmm... la celebración es multitudinaria, pero con la familia que tiene Jack, ¿cómo no iba a ser así? Mira el programa. Los padrinos son sus tres cuñados: Levi, Tom y Carl, y su sobrino, el hijo de Prudence. Y, por supuesto, Connor O'Rourke, puesto que son viejos amigos. Veo que Emmaline ha elegido a las hermanas y a la sobrina de Jack como damas de honor. Faith está tan guapa como siempre. Y eso que Noah apenas tiene unos meses. Bien por ella.

Anda, la madrina de Emmaline es su hermana. ¡Una muchacha preciosa! Hemos oído que fue modelo en la universidad, y no nos extraña. Se ha hecho casi famosa por aquí. No, no intentes amañar nada con tu nieto: le gustan las mujeres. Ahora vive en casa de su abuela, en Water Street, y sus padres acaban de adquirir una casa en un lugar algo alejado del pueblo. Por supuesto, Emmaline vivirá con Jack. ¿Has visto su casa? Es impresionante.

Ah, y mira eso. Han invitado a los miembros de ese club de lectura que nunca lee nada. Grace Knapton no está... No, ¡se casó! ¡Ahora vive en Hawai! Y ahí está Shelayne, la enfermera más guapa de urgencias, que acaba de adoptar al bebé de Kelsey Byrd. Creo que tienen uno de esos «arreglos abiertos», por lo que Kelsey puede ir a ver al bebé cuando quiera. ¡Qué mérito tiene Emmaline! Jamás pensamos que esos muchachos llegarían a graduarse, pero lo hicieron.

Hablando de bebés: Colleen O'Rourke parece a punto de estallar, y cómo la mira su marido. ¿No es encantador? Pronto tendremos otro bebé en el pueblo. ¡Casi es un baby boom!

Anda, no había visto esto: «Los padres del novio, John y Hyacinth Holland». Bueno, ella se lo merece, la señora Johnson. Jack la adora. Y él siempre ha sido su favorito. He oído por ahí que ha sido ella la que ha hecho la tarta de boda, que no ha permitido que Lorelei se acerque siquiera. Y es muy bonito que le pidiera a su padre que fuera su padrino. John Holland ha sido bendecido con sus cuatro hijos.

Shhhh... ¡Empieza la música!

Bueno, mira. Mira a Emmaline. ¡Está guapísima! Ese vestido es increíble. ¡Qué alegría verla sin uniforme! ¿Quién iba a pensar que tenía una figura tan bonita? Sí, juega al hockey, mira qué hombros tiene. Así se conocieron Jack y ella. Resulta que él siempre había sentido algo por ella.

Y mira a Jack, ¡ay, qué sonrisa! Se le ve tan feliz.

Es de esas cosas que hacen que se te llenen los ojos de lágrimas, ¿verdad?

Es el tipo de amor que, por lo general, solo existe en tus sueños.

## Agradecimientos

Gracias a mi maravillosa agente, María Carvainis, y Martha Guzman, Elizabeth Coppins y Bryce Gold por todo lo que hacen por mí. De Harlequin, mil gracias a Susan Swinwood, Margaret Marbury, al increíble equipo de prensa y al resto de trabajadores de la empresa por cuyas manos pasan mis libros. Es un placer trabajar con gente tan agradable.

Gracias a Sarah Burningham, de Little Bird Publicity, y a Kim Castillo, de Author's Best Friend. Sois la bomba, me siento muy feliz de trabajar con vosotras.

Gracias a la maravillosa Sayre Fulkerson, de Fulkerson Winery, y a John Iszard, que ha sido tan agradable y servicial; al sargento Jamie Carr Prosser, que aguantó todo tipo de preguntas atrevidas, tales como «necesito que haya una ardilla, un arma de fuego y sangre...», ¿me pueden ayudar?» En el frente médico, gracias de nuevo al doctor Jeffrey Pinco.

Gracias a mis queridas Plot Monkeys: Shaunee Cole, Jennifer Izkiewicz, Karen Pinco y Huntley Fitzpatrick. ¡Os adoro, niñas!

Por el uso de sus nombres en esta ocasión, gracias a Allison Whitaker, doctor en medicina, y a Shelayne Schanta. Gracias a Peggy McKenzie por el precioso título de este libro.

A mi hermana, Hilary, y a mi hermano, Mike: sois maravillosos, incluso aunque me hicierais sentar en el centro del asiento trasero y me mareara siempre. Gracias a mi madre por hacerme galletas mágicas, entre otras cosas, como criarme y eso.

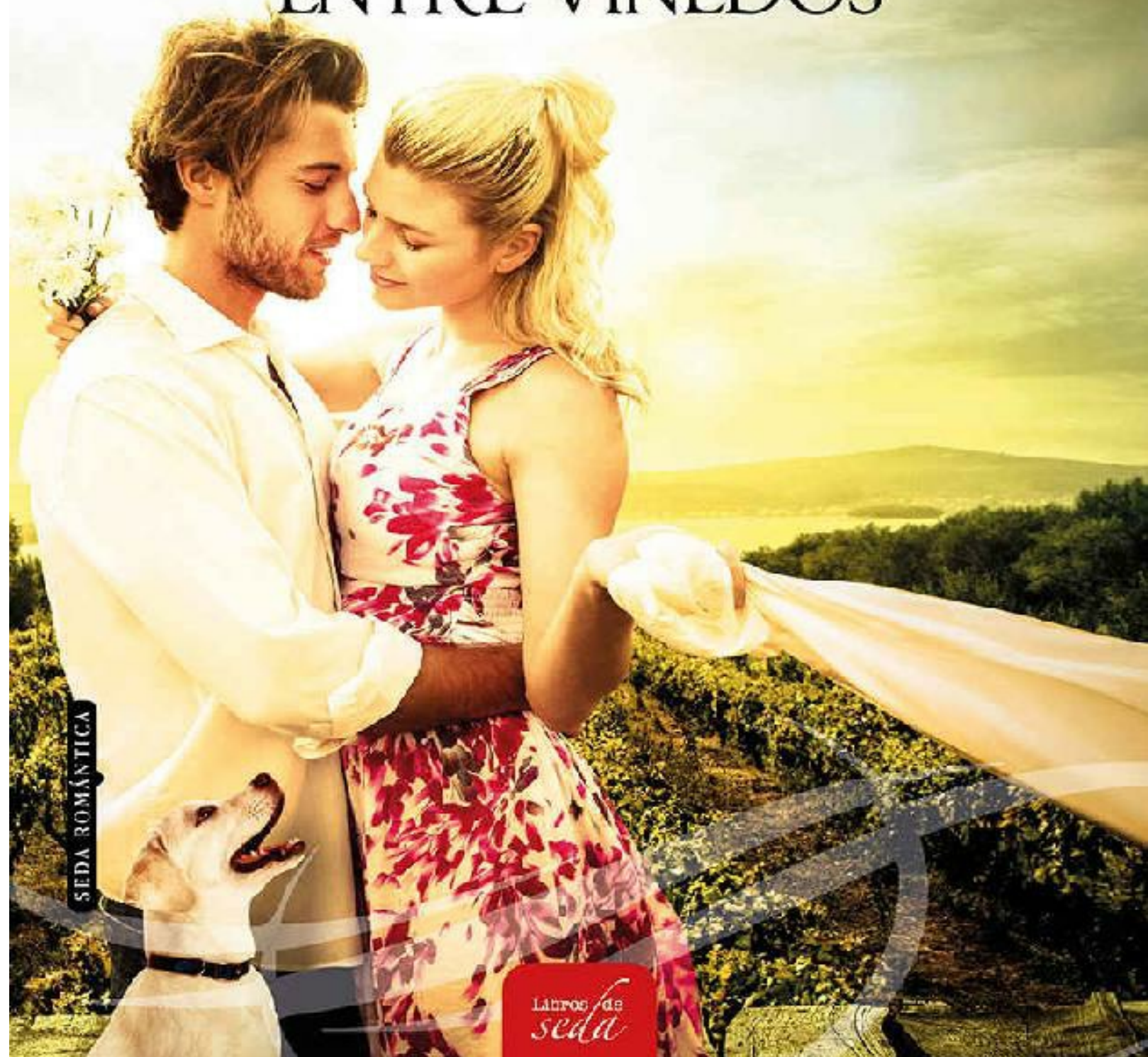
Gracias a Jill Shalvis por las muchísimas risas que hemos echado encerradas en una habitación de hotel. ¡Te quiero, Shalvis! Y gracias a mis innumerables amigas escritoras, a las que en su mayoría he conocido a través de Romance Writers of America; es el grupo de escritoras más guapas y generosas del mundo.

A mi marido y a mis hijos: os quiero más de lo que las palabras pueden expresar.

Y, a vosotros, queridos lectores. Gracias por pasar vuestro tiempo leyendo este libro. Es un verdadero honor.

# KRISTAN HIGGINS

## ENTRE VIÑEDOS



SEDA ROMÁNTICA

Libros de  
*seda*





## *ENTRE VIÑEDOS*

Faith Holland tuvo que marcharse de Maningsport, su hogar, después de que, delante de todo el mundo, su prometido la dejara plantada al pie del altar. Pero años después, con más edad y también más experiencia, cree que ha llegado el momento de regresar, y más después de que su hermana la inste a hacerlo para que su padre no caiga en manos de una cazafortunas añosa que se viste como una fulana.

De vuelta entrará de nuevo en la vida de la empresa de su familia, Viñedos Blue Heron, que su hermana Honor dirige con mano firme. Tendrá que enfrentarse a dramas familiares varios y, sobre todo, reconciliarse con su pasado y, de paso... Por qué no, también tomarse un buen tinto.

Igual que Levi Cooper, el jefe de la policía local —y el mejor amigo de su ex novio—. Ese desgraciado, con sus ojos de color verde intenso, de quien no sabe mucho salvo que fue el responsable de que su boda acabara en un fiasco. Y eso no ha podido olvidarlo. Para colmo, el dichoso jefe de policía parece estar en todas partes... para fastidiar... ¿O tal vez no?

# KRISTAN HIGGINS

LA PAREJA PERFECTA

SEDA ROMÁNTICA

Libros de  
*se da*  
Blue Heron



## *LA PAREJA PERFECTA*

A Honor Holland acaba de dejarla el chico del que lleva enamorada toda la vida. Y tan solo tres semanas más tarde, don Perfecto se ha comprometido con su mejor amiga. Honor se propone resurgir de sus cenizas saliendo con otro... Claro que eso es más fácil de decir que de hacer si una vive en Manningsport, una población con tan solo setecientos quince habitantes.

El encantador y atractivo profesor británico Tom Barlow solo quiere lo mejor para su hijastro de adopción, Charlie, pero su visado está a punto de caducar. Si no soluciona ese asunto, se tendrá que ir de los Estados Unidos dejando atrás al niño.

De manera impulsiva, Honor decide ayudarle proponiéndole un matrimonio de conveniencia para que así, de paso, su ex se ponga celoso. Sin embargo, batallar en todos los frentes no resultará tarea fácil. Y cuando empiecen a saltar chispas entre Honor y Tom...

¿Y si la pareja perfecta fuera una gran sorpresa?

# KRISTAN HIGGINS

TE ESPERARÉ SOLO A TI

SEDA ROMÁNTICA

Libros de  
*seda*





## *TE ESPERARÉ SOLO A TI*

Colleen O'Rourke está enamorada del amor... pero no cuando tiene que ver con ella. La mayoría de las noches las pasa tras la barra del bar de Manningsport, Nueva York, un negocio del que es propietaria junto a su hermano mellizo, dando consejos sobre el amor a los corazones dolientes, preparando martinis y siguiendo soltera y feliz, más o menos. Y es que, hace diez años, Lucas Campbell, su primer amor, le rompió el corazón... Desde entonces, vive feliz picando aquí y allá, y jugando a hacer de casamentera con sus amigos.

Pero una emergencia familiar ha hecho que Lucas regrese a la ciudad. Está tan guapo como siempre y todavía sigue siendo el único hombre capaz de echar abajo sus defensas. Para conseguirlo, Colleen tendrá que bajar la guardia o arriesgarse a perder por segunda vez al único hombre al que ha amado de veras.

# KRISTAN HIGGINS

POR TI, LO QUE SEA

SEDA ROMÁNTICA

Libros de  
*seda*





## *POR TI, LO QUE SEA*

Antes de que te arrodilles para pedírselo...

... deberías estar muy seguro de que la respuesta va a ser sí. Connor O'Rourke lleva diez años esperando para hacer pública la relación de ahora sí ahora no que mantiene con Jessica Dunn y cree que ha llegado el momento de hacerlo. Su restaurante va viento en popa y ella ha conseguido un empleo de ensueño en los viñedos Blue Heron. ¿Por qué no casarse ya?

No obstante, cuando le pide que se case con él, la respuesta es no, aunque no sea un «no» muy contundente. Si no hemos roto, ¿para qué casarnos? Jess está más que ocupada con su hermano pequeño, que ahora vive con ella a tiempo completo, y con la maravillosa carrera que tiene por delante, algo con lo que ha soñado durante los muchos años en que trabajó como camarera. Lo que tienen Connor y ella en este momento es perfecto: son amigos con derecho a roce y tienen un bienestar económico. Todo son ventajas. Además, con un pasado tan complicado (y una reputación de la misma guisa), sabe positivamente que la vida de casada no es para ella.

Pero esta vez, Connor dice que tiene que jugar a todo o nada. Si no quiere casarse con él, entonces se buscará a otra que sí quiera. Algo más fácil de decir que de hacer, ya que nunca ha amado a otra que no fuera ella. Y puede que, tal vez, Jessica no esté tan segura como ella cree...

## ¿Quiénes somos?

**Libros de Seda** nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevaban trabajando en el mundo editorial más de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española.

Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la novela romántica y erótica, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la novela juvenil. En 2014, además, abrimos una nueva línea de novela sentimental de crecimiento personal, que vamos ampliando poco a poco.

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto de calidad que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como hispanoamericano.

En la actualidad, nuestros libros llegan a países como España, Estados Unidos, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, El Salvador, Argentina, Chile o Uruguay, y seguimos trabajando para que cada vez sean más los lectores que puedan disfrutar de nuestras cuidadas publicaciones.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web, [www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com), o siganos por cualquiera de las redes sociales más habituales

